

CIÓ



CASTELAR  
LA  
GIVILIZACION



2



CB 331  
C34  
v. 2

R. C.





1020024947

EX-200  
ANTEROS SIGLOS DE C...



CIVILIZACION

EN LOS

LA

CIVILIZACION

EN LOS

CINCO PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTIANISMO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA  
CIVILIZACION

EN LOS  
CINCO PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTIANISMO.

LECCIONES

PRONUNCIADAS EN EL ATENEO DE MADRID

POR

EMILIO CASTELAR

—  
TERCERA EDICION  
—



TOMO SEGUNDO

FONDO<sup>®</sup>  
RICARDO COVARRUBIAS  
86109

MADRID:

EDITORES: A. DE SAN MARTIN Y AGUSTIN JUBERA,  
Puerta del Sol, 6; Carretas, 39, El Libro de Oro,  
y calle de la Bola, núm. 3.

1876

31269

Es propiedad.

Imprenta á cargo de Julian Peña, Regueros, 9. — Madrid.

CB 331

860

C 34

C.

V. 2



DIRECCIÓN GENERAL

31529

## EL PAGANISMO.

### LECCION OCTAVA.

SEÑORES:

Habiendo tratado en las lecciones anteriores de la familia, del Estado, del derecho, del arte, de la filosofía en la sociedad antigua, tócanos en esta noche tratar de la religion, del paganismo. No acierto á justificar el método que he seguido, dejando el paganismo para las últimas lecciones, sino diciendo que en la construccion de mi enseñanza he atendido más (defecto inevitable de mi carácter) al arte que al rigor científico. Por eso en vez de comenzar por el paganismo, comencé por la política y el derecho pagano. Mas tambien allá en las regiones de la ciencia, podria encontrar para mi método, si no fundamento, disculpa, con solo decir, que estando destinados el derecho, la filosofía y el arte á descomponer el paganis-

mo, debíamos comenzar por conocerlos para estudiar despues la gran religion, objeto de sus guerras.

Señores, no tratemos con menosprecio el paganismo, como han hecho los filósofos del pasado siglo. Yo, hijo de este siglo, que creo en la Providencia y en el progreso, comprendo que Dios mandó para sus providenciales fines los enciclopedistas á la tierra; pero cuando los veo escoger por arma el ridículo, escupir blasfemias á la frente del Eterno, adulterar toda la historia, menospreciar los grandes sentimientos religiosos, tener por vanos engendros de imaginaciones calenturientas los dioses que han protegido la vida de los pueblos, los dogmas que han alimentado el hambre del espíritu, los cultos más ó menos poéticos que han sido el consuelo de tantas generaciones, su inspiracion, su dulce luz; cuando los veo penetrar con su lógica en esa misteriosa region de la conciencia, donde vive, como en su templo, Dios, y allí combatir los principios más arraigados en nuestra naturaleza, y despues de penetrar en la historia y mofarse de los grandes y cruentos sacrificios que el hombre ha hecho para acercarse á lo absoluto, para poseer el conocimiento de la verdad, para ligarse con el cielo como con mística é invisible cadena, levanto mi espíritu al Creador y le pido que no me confie nunca destinos providenciales que exigen emplear esas ar-

mas; que aparte de mi frente tal castigo, porque yo, cuando más grande veo á la humanidad, es cuando la veo, mal hallada con su vida terrena, perderse ansiosa de otra vida, en la inmensidad de los cielos. (Aplausos.) Por eso yo creo que ha sido maltratado el paganismo, tratado con mofa, con burla, cuando algun respeto merecen, señores, los mithos, que han sido por espacio de muchos siglos las creencias de nuestros padres, y mucho más si esos mithos, aunque hayan perdido su carácter puramente religioso, se conservan como emblemas de grandes ideas, como símbolos inmortales que personifican las artes y las ciencias.

Señores, el criterio de la religion es la fé; la gran facultad religiosa es el sentimiento. Para apreciar una religion no solo se necesita saber, se necesita creer. El pensamiento puede abrazar y analizar un culto, pero solo puede comprenderlo verdaderamente el amor. Las religiones no quieren racionios, quieren adoracion. Para juzgarlas es necesario pensar como piensan sus adoradores, sentir lo que ellos sienten, adorar lo que ellos adoran. No basta comprender que tal concepcion religiosa es sublime, que tal forma religiosa es artistica, eso no basta; es necesario delante de esa concepcion y de esa forma religiosa, sentirse abrasados por el místico fuego de la fé. Mirad si no lo que sucede en nuestro mismo cul-

to. La Cruz levantada en un bosque; la tosca escultura que enseña al caminante las cercanías de una aldea; la campana de la oracion, que al caer la tarde derrama una plegaria en los aires; el canto de los sacerdotes, oído desde la puerta de la iglesia; el altar donde se levanta la Virgen, la madre inmaculada de Dios, cubierto en la primavera de rosas, alumbrado por la noche con la mortecina luz de una lámpara; el toque de ánimas, qué parece recordar la voz de la eternidad en el silencio de las tinieblas; el *Ave Maria Stella*, entonado por los marineros en el Mediterráneo, cuando el mar azul refleja el cielo y el crepúsculo tiñe de un color sonrosado los bordes del horizonte, y las sombras van cayendo, y brillan las primeras estrellas en el desierto cielo; todas estas prácticas religiosas, que á los ojos de un protestante son como vanas palabras, como ceremonias sin sentido, como tosco paganismo, son á nuestros ojos como las representaciones más verdaderas de Dios, su manifestacion más pura; y en el altar vemos centellear el fuego del cielo, y en las bóvedas de la iglesia sentimos el eco de la divina palabra, y sobre la cabeza de las vírgenes se nos aparece la blanca paloma, el espíritu de Dios cerniéndose puro; y nos sentimos extasiados y entrevemos el cielo, y la verdad centellea en nuestro espíritu; mientras un amor puro, ideal, como sopro divino, se derrama por nues-

tros arrobados corazones. (Generales aplausos.)

Es imposible, puramente imposible, juzgar la religion de un pueblo sin tener las creencias de ese pueblo, ni comprender sus misterios, sus sentimientos, el consuelo inefable que esos misterios llevan al espíritu; porque no podemos doblar el espíritu ante el dios en cuya presencia no doblamos tambien nuestras rodillas. Por eso, yo creo que no podemos dejar de ser injustos con el paganismo, porque hoy no es dado penetrar el sentido de aquellos dogmas, el espíritu de aquellas religiones. Quince siglos han pasado sobre ellas; las flores que lo cubrian se han secado, sus dioses son mómias, sus templos ruinas; sus cánticos se han perdido, y no queda de ellos ni un eco en los aires; las rientes playas por donde corrian coronadas de verbena sus teorías, sus procesiones, se hallan desiertas; y en vano la imaginacion se esforzará por desenterrar el cadáver y vestirlo de carnes, y darle el calor de la sangre, y poner en sus labios el sopro de la vida.

Pocas religiones ha habido que hayan centelleado con más vida que la religion pagana. En el Olimpo, monte ornado de mirtos floridos, de lentiscos, de laureles, en cuyas hojas brillan eternamente gotas de rocío que descomponen la luz en mil varios matices; monte coronado de un cielo siempre resplandeciente, etéreo y azul, desde cuya cima se descubren á lo lejos las ondas del



mar que se rizan en blancas espumas, y el Oriente, la cuna del sol, la cuna tambien del paganismo; en el Olimpo, como en un templo misterioso, habitan los dioses; Júpiter, con su rayo, que hierve en sus manos; Baco, ornado de brillante yedra, con la clámide en los hombros, el tirso en la mano y los labios perfumados con el aroma del vino; Psiquis, la verdadera diosa del amor, pura, casta, hermosísima, con su rubia cabellera esparcida por las espaldas, estrechando una blanca paloma contra su turgente medio desnudo seno; Venus, desciniéndose sus vestiduras blancas y ligeras como las gasas de las nieblas en las mañanas de Abril; Apolo, pulsando su lira de oro, ceñido de laureles, irradiando en su mármorea frente los rayos de la divina inspiracion; la diosa de la Noche, envuelta en un velo negro sembrado de estrellas, con una antorcha moribunda en la mano; y todos estos dioses no se contentan con vivir tranquilos en su eternal reposo, sino que se esparcen por toda la naturaleza, y cantan en los varios giros de las brisas, en el rumor de las hojas de los árboles, en el murmullo de los rios, en el seno de los mares, derramando por toda la naturaleza, como la sávia derrama en el árbol hojas y flores, el aroma de la inmortalidad, la luz de una vívida imperecedera alegría. (Aplausos.)

Es necesario, pues, indispensable, que examinemos esta noche con detenimiento, con escrupu-

losidad los cambios que ha sufrido esta religion pagana, las fases brillantes de su vida, sus revoluciones, la aparicion de sus dogmas. Yo, señores, no puedo seguir en esta noche el rigor lógico que intenté seguir en la noche en que desarrollé á vuestros ojos la filosofía griega. No es posible, señores. La filosofía es la idea inducida ó deducida con lógica; el paganismo, la religion, es el sentimiento, que no puede tener esas inquebrantables leyes. La filosofía es la herencia, el depósito de algunos espíritus elevados; el paganismo, la religion, es el patrimonio de todo el pueblo. La filosofía es una luz superior que solo alcanzan mentes muy cultivadas; el paganismo, la religion antigua, es el aire que todos respiran. La filosofía menosprecia el simbolo, la forma, y se atiene al pensamiento, al fondo; el paganismo, la religion del pueblo, menosprecia el fondo, no entiende el dogma, y adora en los dioses el simbolo, la corteza exterior, lo material, la forma. La filosofía ha menester una razon en que apoyar sus concepciones; el paganismo, la religion, no necesita más razon que su creencia. Por eso la filosofía antigua es la parte superior del espíritu, lo más esencial, lo más sustancial; pero la religion pagana, si es la parte inferior del espíritu, lo más tosco, el sentimiento ciego, es tambien lo más universal. Por eso, señores, los que desprecian en el estudio de las civilizaciones antiguas los dogmas re-

ligiosos, desprecian la faz más brillante, más verdadera y más ingénua del alma de los pueblos.

Para comprender el paganismo es necesario estudiar los caractéres propios de nuestra raza, de los indo-europeos. Pueblo móvil, combatiente, adorador de sus impresiones, querido de la riente naturaleza, poeta, artista, habiendo pisado en su camino por la tierra una senda sembrada de flores, viendo su imagen reflejarse en las claras márgenes de sus rios y en las riberas de sus mares, se amó á sí propio, revistió toda la naturaleza de las formas humanas, y produjo el paganismo. Mas el paganismo debia tener precisa y necesariamente varias edades. Primero se envolvió en la naturaleza, adorando la tierra, los mares, los rios. Despues levantó los ojos al cielo y adoró el fuego, la luz, los astros y todos los séres que nadan en la atmósfera. Más tarde su mirada comprendió que en la naturaleza habia una lucha sin tregua entre dos principios igualmente batalladores, y adoró la guerra de los elementos, la fuerza de composicion y descomposicion que hay en el seno del mundo. Pero luego vió que habia algo más grande que la naturaleza física, su naturaleza moral, y fué divinizando sus sensaciones, la impresion que los objetos hacian en su alma; pero no se contentó con esta serena adoracion, y comprendió tambien el hombre que tenia dentro de sí luchas, tempestades más tremendas que esas tempestades que en

el estio azotan la tierra y oscurecen el cielo, y adoró sus pasiones; mas vió que sobre sus pasiones relucia una luz que no se apagaba nunca, y adoró su idea, y entonces ya los dioses tomaron forma humana, los héroes se interpusieron entre los hombres y los dioses, las teogonías dejaron de cantar el mugido del viento y de las olas, el huracan, el rayo, para cantar la guerra del hombre con el hombre, ó del hombre con la naturaleza, y el espíritu ya más libre, se embriagó en las emanaciones de su misma vida, de su pura esencia.

Mas, señores, fácil es comprender que esta manera de estudiar *á priori* el paganismo no puede, no debe satisfacernos. Queremos algo más, algo que llene nuestro corazon, nuestros deseos; queremos ver cómo nacieron, cómo se desarrollaron históricamente esos dogmas paganos. Esta es una tarea ímproba y dificultosa. Para ello necesito muy especialmente vuestra benevolencia y vuestra vénia. Lejos de presentaros nada que pueda satisfacer ni encantar vuestro ánimo, he de ofreceros el campo de una erudicion agostada, campo árido, segado ya, en que apenas quedan algunas espigas. Yo os pido, señores, anticipadamente perdon, y reclamo vuestra benevolencia, porque si bien las formas han de ser toscas y el trabajo árido, la enseñanza, hija de largos estudios, en mi humilde sentir ha de ser provechosa. Pero, señores, en la misma historia de la religior

pagana se encuentra toda su filosofía, su alta filosofía, y ya vereis cómo á medida que el espíritu crece y se agranda, tiene nuevas y más grandes aspiraciones, á las cuales se presta esta religion blanda como la cera. Solo el día que el hombre aspiró á lo infinito, debió descender del cielo revelado por Dios el Cristianismo.

El hombre primitivo, hijo de la naturaleza, suspendido á ella como el niño al pecho de su madre, encantado con el espectáculo que ofrecen los campos, la sombra de los bosques, al través de cuyas ramas apenas penetra un rayo de sol, la cima de las montañas coronadas de nieve, la verde ondulacion de los prados, el rumor de los arroyos que serpentean como culebras á su vista, las mariposas que salen del cáliz de las flores, como si fueran sus almas, los pajarillos que se entregan á su amor en la copa de los árboles, la noche errante que pasa y se lleva en su blanco seno el rocío; encantado, decia, con todas estas maravillas asombrosas de la naturaleza, el hombre primitivo, ora fuese cazador, que tala el bosque y busca la vida en la muerte de los animales que le rodean, y hiere con su flecha la pintada ave que surca los aires; ora pastor, acompañado de su asnillo, seguido de sus ovejas, apoyado en su báculo, buscando las praderas, los oasis, las claras fuentes, los árboles, donde pudiera pacer y sestar su ganado; ora labrador, rendido al peso del tra-

bajo, depositando el grano de trigo en la tierra, viéndolo despues surgir lleno de vida, crecer, coronarse con la espiga, caer más tarde bajo sus plantas y darle el sustento; como quiera que viese agradecido en la naturaleza una fuente de amor, de vida, que en todos sus átomos, en todas sus trasformaciones llevaba á sus sentidos placeres infinitos, aromas para regalar su olfato, flores para encantar su vista, música para sus oidos, sustento para su cuerpo, agua para apagar su sed, frutos caidos á sus plantas para satisfacer su hambre, infinitos placeres, la sávia misma del mundo penetrando por sus venas, vertiéndose en su corazon, dándole vida; encantado y agradecido, debia ver dioses, almas en toda la naturaleza, en el círculo mágico que forma el sol, en la estela que dejaba su tímida barquilla, en las ondas del mar, en el astro que le guiaba, en la nube que llovía vida, en el fuego que calienta con su amor la tierra, en todos los espacios, en todos los séres, en toda la naturaleza; dioses sin formas, vagos como las ondas del rio, indecisos como las nieblas, mágicos y fantásticos, á manera que las exhalaciones, ó los fuegos fátuos, ó los misteriosos ruidos de la noche, ó el cambio de todos los objetos que aparecen y desaparecen á la luz de la naturaleza.

Y esta es la primera forma religiosa griega. Los dioses no tienen forma humana, son las fuerzas mismas de la naturaleza. El sacerdocio no está

aún organizado, los sacerdotes son magos, que enseñan dogmas, doctrinas misteriosas; médicos que curan; poetas que cantan; pero que han recibido del cielo directamente su misión, y no tienen ningún signo exterior para hacerse respetar más que su palabra y su tosca ciencia. Los dioses participan de esta misma indecisión; son una piedra levantada en un término; un lago, que refleja en su tosco espejo las estrellas; un árbol, á cuya sombra ha dormido y descansado el errante viajero. Estos son los dioses primitivos Cabires, los dioses de la magia, sin ninguna forma, sin ninguna imagen, la naturaleza en sí; pero en sus toscas y parciales manifestaciones, en sus individualidades, dioses, que llevarán los pelagos á la isla de Samotracia, primer santuario de la Grecia. Es el culto sencillo, personal del pastor agradecido á la tierra, donde ha fijado la marcha de sus ovejas; del tímido navegante agradecido á la estrella, que le ha señalado un rumbo; del agricultor agradecido á la tierra, que le ha brindado con regalados y sabrosísimos frutos; del trabajador agradecido al hierro, que le ha dado un instrumento para abrir las entrañas de la naturaleza y sorprender la amorosa fuente de la vida.

Señores, y lo que decimos de Grecia podemos decir también de Roma. La primitiva religión romana es pelágica. El culto es sencillo, la adoración tiene algo de fetichista. El sabino adora una

lanza, adora el instrumento que le ha llevado hasta las regiones donde encuentra una grata vivienda. La misma especie de magia que hay en la primitiva religión griega hay en la primitiva religión romana. El hombre se embriaga con las emanaciones de la naturaleza, con la vida de todos los seres. Cerca del mundo exterior, hijo predilecto de la creación, amamantado á los pechos de la naturaleza, la adora con exaltado amor. Su alma vaga entre todos los seres como la mariposa entre las flores, y se inunda de la vida de la creación. Aquí, señores, se vé que la adoración es natural en el hombre. El alma necesita dilatarse en lo infinito. El alma no puede sufrir las pesadas cadenas de la materia. El alma, cuando tiene esta inocencia primitiva, se contenta con vivir en la naturaleza y adorar la naturaleza; pero tiene que darle gran exaltación mágica, para que la naturaleza tome aspecto de divina.

Pero estas religiones pelágicas extendidas por Grecia é Italia, no podían de ninguna suerte resistir al influjo de Oriente. En el mundo no vive una civilización para perderse en lo vacío, nó; cuando desaparece como la flor al perder sus hojas, deja caer algunas semillas en la tierra. Así el Oriente, por ese enlace ideal de una edad con otra edad, de un pueblo con otro pueblo, debía penetrar en las entrañas de los primitivos ingenuos ritos griegos, debía producir una revolución reli-

giosa. Esta revolucion religiosa tenia dos fases; una perteneciente á las formas, otra perteneciente al espíritu. En la parte de forma nació el sacerdocio, que antes no existía una fuerte y poderosa organizacion sacerdotal; en el fondo religioso penetraron dogmas desconocidos antes, dogmas universales que abrazaban toda la naturaleza, pero dogmas desposeidos de la primitiva ingenuidad y escritos en caracteres hieráticos, sagrados, inteligibles solo para los sacerdotes. Aquella religion primitiva, candorosa, ingénua, que tenia toda la inocencia de la niñez, se convirtió en una religion sacerdotal, gerárquica, misteriosa, fuertemente organizada á manera de una sociedad aristocrática. El pueblo ya no pudo ser el intérprete de su culto, y tuvo que ir á depositar al pié de sus nuevos señores, de los sacerdotes, los frutos de su trabajo, para que calmaran los elementos y leyeran las señales propicias ó adversas en los cielos. Y si no, señores, mirad las antiguas Pléyades ó Vestales; primer ensayo de la institucion del sacerdocio. A orillas del mar, bajo uno de esos árboles hermosos del Mediodía, que suelen tener á un tiempo flores en cuyo aroma se bañan las mariposas, frutos de cuya miel se alimentan las abejas; á la hora misteriosa de anochecer, hora sagrada para todos los pueblos, hora poética en todos los climas; la sacerdotisa vestida de lana blanca, ceñida la sien de encina, poniendo los ojos en el cie-

lo, las manos en las entrañas palpitantes de la víctima, sonriendo, como poseida de una felicidad superior á toda felicidad humana, rodeada de los campesinos que la miran de rodillas y le ofrecen en canastillos de mimbres sazonados frutos ó en vasijas de toscó barro blanca leche y perfumada miel; la sacerdotisa, la vestal, decia, ora por el vuelo de la golondrina, ora por los momentos que la gaviota se mece sobre un punto en el mar, anuncia el buen ó el mal tiempo, y pide á Júpiter que fecunde con su amor á Juno, es decir, pide al éther, al aire, á la lluvia, que penetre y se confunda en los campos, en la tierra, para que pueda en el campo brotar el dorado grano de trigo y la vid dar el sabroso vino, que allá en su culto por la naturaleza, creían ellos ser la sangre de las venas de la tierra; y mientras esta muda oracion se levanta de su alma, el pueblo entona un melancólico y dulce cántico acompañado por el arrullo del mar, al mismo tiempo que la luna surge pura por el límite del horizonte, como una argentada lámpara encendida por Dios para iluminar aquel religioso cuadro. (Aplausos.)

Los filósofos, los historiadores que han podido penetrar en el oscuro seno de los tiempos primitivos, nos dicen que á la cabeza de esta primera aparicion se encontraba ya el Zeus oriental, el Júpiter, hermoso mancebo y hermosa virgen á un tiempo, compuesto de tres personas, Júpiter-cielo,

Júpiter-poseidon ó mar, Júpiter-fuego ó Pluton. Mas al poco tiempo se separan aquellas dos naturalezas y crean una divinidad femenina, Juno, esposa de Júpiter, que es á un mismo tiempo aire, tierra y luna; y del amor del aire con el fuego, de la tierra con el cielo, de la luna con el sol, amor sensual, embriagador, que tiene por lecho los inmensos espacios, de ese placer infinito que siente la tierra al verse iluminada por el sol, de esos eternos ósculos de amor nacieron todos los hombres. Este es el primer dogma que apareció á la cabeza de aquella religion oriental.

Y este mismo carácter vemos en el desarrollo de la religion romana. La religion de los etruscos era gerárquica y aristocrática. Era como el depósito de un sacerdocio privilegiado, único intérprete de aquella religion. La cosmogonía etrusca en que se vé nacer el mundo, merced al trabajo de seis mil años empeñados en crearlo, está llena de reminiscencias orientales; el perfume del mundo primitivo se exhala de todos sus dogmas. Sus dioses son genios que forman como unas familias aristocráticas y poderosas, gérmen primero de aquella aristocracia guerrera y teocrática que habia de absorber el espíritu absorbente de Roma. La misma gerarquía que aspiraban á establecer y fundamentar en el mundo, la tenian ya establecida y fundamentada en el cielo. La gerarquía de sus dioses, penetrándose unos á otros formaban una

inmensa pirámide, cuyo centro era la tierra, cuya cúspide, Júpiter, se perdía en el cielo. El padre de familias romano, tan severo, tan ceñudo, déspota oriental, tenia tambien su correspondencia en el cielo por medio de esos otros padres de familia que guardaban como un templo la puerta de la casa, y que se denominaban Lares. Pero, señores, veamos el primitivo carácter de las divinidades paganas.

Todas las divinidades paganas tienen en este tiempo un carácter oriental. El Júpiter de la Arcadia, que se levanta bajo una encima sagrada, de cuyas raíces mana una fuente, es el mismo Júpiter Ammon de los egipcios, y á sus piés se celebran las luchas del lobo con el perro tan parecidas á las lupercales romanas, signo de que los pastores han visto un protector de su ganado en este dios; que fué cordero allá en las márgenes del Nilo. El Júpiter cretense, que se levanta en aquella hermoso isla de Creta, es el Júpiter fenicio que bajo su manto protege y salva á los navegantes de las inclemencias del tiempo. Pero estas varias formas de Júpiter lo que señalan en verdad, no es un dios aislado, es el cielo, la tierra, el sér, todo el sér, el panteísmo materialista, en una palabra. La Juno de Samos, la gran Juno sacerdotal, piedra informe bañada por el mar, lleva aun en la frente las ramas de los sauces de Babilonia, de aquellos sauces paganos,

de que colgaban su llorosa lira los hijos de Israel. Neptuno tiene en Grecia el nombre de Poseidon. Poseidon es una palabra púnica, que significa extenso y ancho. En la religion puramente teocrática, es como un buey que muge espantosamente en el alterado fondo de los mares. El Ares ó Marte es una vieja lanza que se levanta sobre una pira empapada en sangre, dios hijo de los scitas, el mismo que adoraban los germanos en sus bosques, los sabinos en sus valles y en sus llanuras. Venus, despues tan hermosa, debía ser en aquella segunda evolucion de la idea pagana, una mujer informe, entregada á dar vueltas á un huso, mujer evidentemente siria. Diana, la bella cazadora, es en Efeso un tronco de árbol rematado en una cabeza de vaca. Mercurio es un dios-cabrito, semejante á muchas divinidades indias. Vesta que guarda el eterno fuego sagrado, es una divinidad pérsica. Athenea ó Minerva es hija de la Livia, y lleva en sus manos los ardientes rayos del sol. Céres, que debía engendrar más tarde el culto más puro y más ideal del paganismo, es todavía una oscura divinidad egipcia.

El dios que personifica esta gran edad oriental, esta edad teocrática de la religion pagana, es Apolo. La significacion que tiene, el nombre que lleva, sus mismos atributos dicen bien claramente que Apolo es el sol, el jefe de una religion oriental; el sol, que esclarece los cielos, fecunda la

tierra, dá su aroma á las flores, su sávia á las frutas, y derrama en toda la naturaleza vida y alegría. Los pueblos primitivos, al ver levantarse ese hermoso astro en el horizonte, al sentir el fuego de su amor, al contemplarlo centelleando, ora entre las ramas de los bosques, ora sobre las ondas del mar, al oír el armonioso concierto con que le saludaban las canoras aves, al ver las galas de que se ceñía la tierra para recibirlo, empapada en el rocío del alba como si hubiera llorado la ausencia del sol; los pueblos primitivos, desposeídos de ideas más altas, se postraron de hinojos ante el sol, ofreciéndole amorosos y rendidos los frutos del campo, los tesoros de la madre tierra. El culto de Apolo apareció en Lycia, en el Asia menor, no como un culto allí nacido, sino derivado del interior del Asia. Y este culto es tanto más de recordar, cuanto que merced á su poderoso influjo concluyen los sacrificios cruentos. Su altar está puro, no lo mancha ni una gota de sangre, no turba la alegría del templo el exterior de ninguna víctima. Panales de dulce miel, frutos olorosos, guirnaldas de flores cubren el ara. Es el signo de la reconciliacion sagrada y amorosa del hombre con la naturaleza. Al pié de aquel puro altar asiático se ven ya aparecer la lira y las flechas. Creían sin duda en el Oriente como creyó más tarde Pitágoras, que los astros formaban conciertos dulcísimos, y que el sol daba el tono á

sus misteriosas armonías. Y bajo este mismo carácter oriental pasó en los primitivos tiempos Apolo á Grecia. En vano querrán muchos eruditos negar al Apolo griego sus títulos á ser el sol de los orientales. En Atenas tenia un templo tan puro como los templos de la Lycia. Pitágoras le adoraba más aun que á Júpiter, como el gran centro, en torno del cual giran formando divinas armonías y una música misteriosa, todas las estrellas. Los sacerdotes hicieron su culto principal de este dios, que resumia todos sus dogmas y al cual en vano quiso arrancar su áurea mitra oriental el antropomorfismo griego. Los sacerdotes le alzaron un templo en Delfos, le dieron una lira, colocaron á sus piés una sacerdotisa, infundieron en su mente el fuego divino de la inspiracion, é hicieron de Apolo el dios-profeta, que á un tiempo iluminaba con sus rayos de oro toda la creacion y se extendia en el inmenso seno del espíritu. Y por esto es el dios que personifica la gran revolucion oriental.

Apolo entra en Grecia y lucha con Hermes. Este combate no significa en el fondo otra cosa más que la guerra colosal, gigantesca de sus grandes dogmas, de las enérgicas fuerzas de la naturaleza con los dogmas que tienen por objeto la adoracion de dioses individuales, nacidos entre el humo de las herrerías, entre las fraguas pelágicas. Apolo es el representante de un culto más

ilustrado, más puro, teocrático en forma y fondo, originario de Oriente; pero trasformado, al tocar el suelo de la tierra prometida del paganismo, la Grecia. Apolo somete á todos los dioses, les impone su ley, desvanece con sus rayos de oro las espesas sombras que los cubrian, y los encadena, dejándoles cuando más á las puertas del Olimpo para que sirvan de mensajeros á las divinidades vencedoras. Los dioses rústicos de la Arcadia, los dioses trabajadores, jornaleros, los dioses industriales, ahumados ennegrecidos, cubiertos de hojas, de polvo, de telarañas, son arrojados en sus cavernas por estos dioses mayores, que vienen del interior del Asia á respirar el aire sagrado de la libertad y de la vida en las montañas de Grecia. Mas al rededor de estas grandes divinidades orientales se organiza el sacerdocio, que aspira no solo á dirigir la religion y á dominar en la conciencia del pueblo, sino tambien á dirigir el Estado y á dominar en la voluntad del pueblo. Y estos son los tiempos, llamados órficos en la primitiva religion griega, los tiempos puramente sacerdotales, sí; los tiempos cercanos á Oriente. Esta edad primitiva no lleva en su seno el brillo del antropomorfismo, es una edad panteista, en que los dioses representan fuerzas naturales, en que apenas tienen formas, ó si las tienen no puede llegar á la bellísima forma humana; edad en que los sacerdotes ocultan en letras hieráticas todos los



dogmas, y no dejan pasar sin su permiso á los pueblos al interior de los templos, y tienen sometida á su direccion la voluntad y la conciencia religiosa; edad personificada por el gran Orfeo, mago, hechicero, poeta, médico, sacerdote, que explica las edades del mundo y su formacion, presentándonos el mundo soñoliento y dormido en el caos, envuelto en un velo de tinieblas, despertándose á la voz del amor, que arroja la vida, la clara luz sobre su seno, y poniéndose despues bajo la proteccion del tiempo que abre sus gigantescas alas á manera de un águila sobre su nido, y va poniendo en el seno de la tierra, herida de amor, la sustancia y la forma de todos los objetos y de todos los grandes séres que pueblan sus espacios.

El carácter, pues, de esta época primitiva es sacerdotal. Los sacerdotes se abstienen de comer animales; se visten con telas, cuyo tejido sea originario de las plantas; se encierran en su soledad; se aparecen á los ojos del pueblo con sus coronas de encina en la frente y palabras simbólicas en los labios; llevan en su mano una lira, cuyas armonías son tan dulces y misteriosas como las armonías de los mundos, como el concierto de las estrellas; y viven siempre al pié del misterioso santuario. Todo el culto sacerdotal está representado por Apolo, el dios de la luz, que ha vencido á las antiguas divinidades pelásgicas, y las ha encerrado en sus grutas, en sus negras cuevas, en

sus cavernas; que ha desterrado la primer noche del espíritu, extendiendo sus dorados rayos sobre toda la Grecia, y alejando las sombras y las tinieblas. Pero bien pronto esta religion, que habia desterrado á los dioses indígenas, á los primitivos dioses pelásgicos para traer en pos de sí un cortejo de divinidades que se apoderan del Olimpo y dejan como esclavos á sus puertas á los antiguos dioses de Grecia, esta religion se vé amenazada por un nuevo culto venido del Asia menor, culto delirante, que amenaza convertir en ruinas todo el paganismo.

La religion de los sacerdotes, religion tranquila de suyo y mística, se siente turbada por la aparicion de un nuevo dios. Aparece un hombre coronado de pámpanos, seguido de mujeres desnudas, de faunos que tocan el jaramillo y la flauta, y que danzan alegremente como embriagados por el vino, cuyos vapores se exhalan de las copas que traen llenas de hervidora vida en sus manos. Aquel hombre, primer asomo del antropomorfismo griego, ha recorrido la India, ha hollado con sus plantas el Egipto, ha tenido sacerdotes, culto en Frigia, y en toda su larga carrera ha manifestado ser la embriaguez de la vida, de la naturaleza. Su culto es un culto impuro; la sangre de la naturaleza, el vino, se vierte á torrentes en sus aras; sus sacerdotisas parecen furias, sus sacerdotes se entregan al placer y corren

locos por los campos, como si la vida rebosara en su seno. La flauta, el jaramillo, los mil instrumentos campesinos acompañan á este dios, coronado de yedra y de racimos, cuyo vacilante paso, cuyo mirar extraviado, cuya copa vacía unas veces, rebosando licor otras, cuya sardónica risa dice que su vida es la embriaguez y que su culto es la orgía. Por fin el dios llega á Grecia, toca en la tierra donde el Oriente se transformaba como el alado insecto que abandona su tosca larva. Los ahullidos del nuevo dios, sus desordenados cánticos, el grito de sus desnudas bacantes, el eco ingrato de las destempladas flautas, interrumpen la meditacion de los sacerdotes de Apolo, arrobados en contemplar la misteriosa y divina luz del cielo. Estos sacerdotes quieren oponerse al triunfo de aquel culto que parecia una profanacion terrible y espantosa, pero son devorados por el furor de las bacantes, que se reparten sus miembros palpitantes y los arrojan como una ofrenda á las plantas de su dios. El arte nos ha conservado memoria de esta lucha. En los vasos báquicos se vé aún á Baco armado del tirso, encendidos en ira los ojos, aplastando fuertemente á un guerrero defensor de Apolo; en otros hiere y mata al mismo Orfeo. Por fin Apolo mismo interviene en la gran lucha, y une su culto con el culto de Baco, la lira con la flauta, la danza con el cántico, el campo con el sol, la naturaleza toda en ósculo purísimo

de amor. El arte griego nos conserva el recuerdo de esta reconciliacion. En bajos relieves se veia á Baco apoyado en el tirso, la lira de Apolo en la mano, y el laurel entrelazado con su corona de pámpanos. Los sacerdotes, pues, rechazan este culto y son despedazados por las bacantes, hasta que Apolo, ó sea el representante del culto de los cielos y de las estrellas y del sol, abraza á Baco, el representante del culto de los campos, de la vegetacion, y el paganismo reina sin rival sobre toda la naturaleza y encierra en su teogonia todo el universo. Pero este culto sacerdotal, esta edad del sacerdocio no podia durar mucho tiempo.

Háy en el hombre una facultad por la que es verdaderamente hombre y rey de la creacion; facultad que es á la naturaleza humana lo que el centro de gravedad á los cuerpos, lo que la ley de atraccion á las esferas; facultad, que se empeñan en ocultar á nuestros ojos los que tienen un gran interés en aherrojarnos y envilecernos; facultad, que ningun hombre puede dejarse arrebatarse, porque tanto valdria mutilarse horriblemente; la libertad, sí, la libertad que á cada instante levanta su voz asustando á los tiranos; que penetra en las densas tinieblas de los más oscuros tiempos y las ahuyenta; que inspira las grandes obras de arte; la libertad, que llena toda la vida y se extiende á todo el espíritu, y penetra todo nuestro sér; la libertad, que no puede morir, porque aunque ar-

rojaran sobre ella para aplastarla bajo su inmensa pesadumbre todo el universo, la libertad seguiría victoriosa su camino, burlándose de sus perseguidores, aplastándolos bajo sus plantas, y reinando pura é inmaculada en el seno de la conciencia humana, como la verdadera ley de nuestra vida, y la corona centelleante y esplendorosa del hombre. (Estrepitosos aplausos.)

Hasta esta época que venimos historiando, los dioses se ocultan en la naturaleza, son el patrimonio de los sacerdotes. Desde esta época los dioses viven de la vida del espíritu, en la esfera de la libertad, toman las formas humanas, y nacen alegres en la razon del hombre. Si el espíritu religioso de Orfeo hubiera continuado, Grecia hubiera sido el mundo clásico, hubiera sido una provincia del Asia; fué necesario un nuevo sentimiento religioso más liberal, más humano, más popular, propio de Grecia, propio del mundo de la libertad, y entonces nació la gran protesta contra la religion antigua, nació el gran teólogo de la razon, Homero; ¡revolucion sagrada y prodigiosa, sin la cual acaso nunca hubiera nacido ni la libertad ni la democracia griega!

Mr. Creuzer, en su gran libro sobre historia de las religiones antiguas, tiene por dañosa la revolucion homérica; gran falta de espíritu filosófico en tan eminente erudito. La revolucion religiosa de Homero fué la protesta de la razon humana con-

tra las antiguas bárbaras castas, fué la muerte de la causa teocrática, fué el primer vuelo del espíritu humano á la libertad. Y así observad, señores, observad lo que vienen á ser los antiguos dioses, merced á este siglo y á esta inspiracion del amor. El Júpiter Ammon, cuerpo informe, rematado en una cabeza de carnero, se transforma en aquel dios humano, hermosísimo, coronado de la luz ideal de Píndaro y de Phidias; la Astarte egipcia, tan tosca, se convierte en la bella Juno, coronada de estrellas, vestida del azul del cielo, sentada en un trono de blancas nubes; de la grosera piedra que figuraba á Vénus, al beso del amor, se levanta una hermosura ideal, centelleando vida, amor, ceñida de perlas y corales la frente, vestida de la espuma de los mares, rodeada de hermosísimas bandadas de blancas é inocentes palomas; el tronco rematado en una cabeza de vaca, que en Efeso era Diana, se abre para dejar paso á la bella cazadora, casta, pura como el sueño de una virgen, con la media luna en la frente, el arco azul en la mano, la corta túnica doria azul hasta las rodillas, los borceguíes de púrpura, recorriendo en la silenciosa noche los bosques y mirándose encantada en los arroyos y en los lagos, rodeada de sus ninfas, que interrumpen el silencio de la noche con melancólicos cantares y depositan lágrimas de amor en las corolas de las flores; y esta general transformacion se ex-

tiende á todos los dioses, al bello Apolo, que de un círculo de metal pasa á ser hermano querido de las musas; á Baco, dios borracho, viejo, feo, tosco, que en Grecia se convierte en un hermoso mancebo, de formas femeniles, de blanco y sonrosado color, voluptuoso, cuyo mirar nada en una embriaguez divina; j6ven que anda desnudo por los campos, con la frente coronada de hiedra y de racimos, y en los labios una eterna risa; dioses todos hijos del hombre, encarnaciones de su pensamiento, símbolo de sus ideas, que entierran aquellas toscas piedras, aquellos informes animales, aquellos troncos, aquellas lanzas y cimeras, aquellos instrumentos de labranza, aquellas divinidades toscas y ahumadas y pobres de los antiguos, y sobre sus restos levantan el Olimpo, el Parnaso, los montes de la luz, de la alegría, del arte; montes sonrosados por la suave luz de la libertad, por los reflejos centelleantes y vívidos del humano pensamiento. (Aplausos.)

De suerte, señores, que la religion pagana fué primero la religion espontánea del pensamiento, la religion de la naturaleza en todo su candor; fué despues una religion sacerdotal, tradicional, que borraba el primitivo dogma, confundéndolo bajo el peso de grandes divinidades orientales; y fué en tiempo de Homero una religion humana, una religion individualista, una religion libre; y de aquí la multitud de dioses y las formas humanas

que tomaron esos dioses, y su vida franca y alegre en compañía de los hombres. Señores, cuanto más miro esta revolucion más me parece digna del espíritu humano. Homero es el Sócrates de la religion pagana. Así como Sócrates mató la filosofia fundada en el mundo exterior para fundar la filosofia de la conciencia libre, Homero mató la religion de la naturaleza para fundar la religion del hombre. Aquellas divinidades feroces, que ponian espanto en el corazon del hombre, se tornan en dioses cuya imágen era un reflejo del hombre. Las fuerzas de la naturaleza, fuerzas ciegas, irreflexivas, pasan á ser grandes fuerzas morales; el combate de unos elementos con otros elementos parecidos á las ráfagas de un huracan, se vuelven luchas fecundas del espíritu humano. El hombre vió su imágen reflejarse en el cielo, su personalidad se agrandó en lo infinito. Su mano tocaba la cima del Olimpo, su pensamiento volaba entre las flores del cielo, libando su esencia como la abeja liba la miel en los campos. Los libros hieráticos fueron sellados, y la esencia de la religion revelada á todos. El velo misterioso que cubria todos aquellos dogmas, rasgado por Homero, abrió á todas las generaciones la comunicacion personal con los dioses. En vez de aquellos libros religiosos que en el seno del templo leian los sacerdotes, nació el poema épico que cantaba todo el pueblo, que descendia de generacion en generacion, que

abrazaba el alma de todas las clases, haciendo al hombre objeto y sujeto de la religion, uniéndole por el corazon y el pensamiento á los dioses.

No creais, señores, que esta revolucion vino de improviso á la historia. Los héroes anteriores á Homero prueban ya que poco á poco el hombre se apartaba del seno de la naturaleza y se refugiaba en el seno de su misma conciencia. El valor, el heroísmo, la fuerza que domina los grandes obstáculos políticos, son los elementos del espíritu del héroe. Por eso Homero, despues de ser el gran fundador de la poesia griega, el reflejo de todas las glorias de aquella nacion predilecta de la Providencia; Homero es el gran sacerdote del espíritu humano, el gran teólogo de la libertad. El antropomorfismo griego, aunque tuviera precedentes históricos, es hijo de Homero. La revolucion homérica fué precedida de grandes tentativas de antropomorfismo, como vimos con Baco, tentativas que muy principalmente representan los héroes semi-divinos, semi-humanos, como Hércules. El mismo camino que el espíritu siguió en la filosofía y en el arte antiguos, el mismo camino siguió en la religion pagana, si bien predominando siempre el sentimiento. Mas la religion pagana llegó á tener conciencia de sí, á producirse, á realizarse verdaderamente en Homero. La negacion política escrita por Grecia contra Oriente, fué precedida y acompañada de la negacion religio-

sa. Así todo el espíritu en artes, en filosofía, en política y en religion se apartó del mundo antiguo y fué á buscar en la conciencia humana un nuevo mundo, una nueva civilizacion, un nuevo dios. Y á decir verdad, señores, la revolucion homérica, revolucion esencialmente religiosa, fué un progreso en la historia del mundo. El espíritu es superior á la naturaleza; el hombre es superior á la tierra. La naturaleza no tiene conciencia de sí, vive y se mueve bajo leyes que no puede quebrantar, que no puede conocer. El hombre dotado de esa alta facultad, que se llama razon, investido de libertad, teniendo conciencia de su vida y de sus obras, es un sér superior en la escala de los séres, como el punto que une lo finito con lo infinito, el cielo con la tierra, la naturaleza con el Creador. Y una revolucion religiosa que despertaba al hombre del oscuro sueño del sentido, que arrancándole el inmenso peso del mundo exterior le ponía sobre todo lo creado y le daba por objeto de su adoracion su idea propia, su propio espíritu, era un momento sublime en la gran historia de las religiones antiguas.

El arte contribuía con su poderoso influjo á elevar la revolucion homérica á todas sus consecuencias. Polignoto, pintor griego, aunque todavía impregnado en los recuerdos de la religion hierática, sacerdotal, antigua, pinta en los templos de los dioses, en vez de las monstruosas figu-

ras antiguas, las rientes divinidades nacidas de la imaginación de Homero, cuya gran teología era el poema épico. Este movimiento religioso se completa con Phidias. En sus estatuas, punto culminante del arte antiguo, último esfuerzo del artista, se vé la serenidad celeste, interior, del espíritu, centellear con luz viva é inmortal, como si fuera la apoteosis de la humanidad, que sintiendo su propia vida y gozándose en ella, se inunda de gozo al contemplar su victoria. La revolución homérica es el triunfo del paganismo griego sobre el paganismo oriental. Pero esta revolución necesitaba un complemento.

La poesía de Homero es la protesta contra la religión antigua; la poesía de Hesiodo, que es la que la sucede, es el dogma de la nueva religión, el complemento de la revolución homérica. En este dogma se vé la lucha del espíritu con la naturaleza, el triunfo del orden, personificado en Júpiter, sobre las fuerzas ciegas del mundo, personificadas en los monstruosos Titanes. La teogonía de Hesiodo viene á llenar un deseo de las nuevas generaciones, á satisfacer una necesidad religiosa. Rasgado el velo que ocultaba el dogma, desceñido el espíritu de las ligaduras de los nuevos principios, siendo ya el pueblo el sacerdote de la divinidad, necesita saber la historia de sus dogmas, la vida de sus dioses. Era imposible extraer de los poemas de Homero una teología sistematizada, cuan-

do esos poemas eran una protesta. La teología, el dogma sistematizado se encuentra en las páginas de Hesiodo. Después de la negación de las religiones antiguas ha de venir la afirmación de un nuevo dogma si no han de quebrantarse las eternas leyes del espíritu. Y esta afirmación es Hesiodo. Mas, á pesar de esto, como primer afirmación de la nueva teología, el poema de Hesiodo no puede abandonar completamente el antiguo dogma, no puede bajo ningún concepto despreciarlo. En su teología se vé que la afirmación, por muy radical que sea, tiene que encerrarse en la ley de la serie; y en la ley de la serie una afirmación nueva ha de estar muy cerca de las antiguas afirmaciones, se ha de encerrar en ellas, las ha de consultar, las ha de seguir en alguna de sus manifestaciones, si no quiere romper y desconcertar las leyes de la lógica. Por eso la teogonía de Hesiodo está llena de reminiscencias orientales; por eso se vé que se preocupa muy principalmente del origen del mundo; por eso que del seno de las fuerzas naturales de la tierra surgen las grandes fuerzas morales del espíritu, y que la materia, por su propia virtud, por su esfuerzo propio, crea seres ideales, superiores á la naturaleza misma. La idea naciente es como el fruto tierno, que lleva pegadas las hojas de la flor de que ha nacido, aunque ya secas. Así por la protesta de Homero y por la afirmación de Hesiodo se constituye el paganismo.

Hora es, pues, de examinar, aunque ligeramente, señores, la influencia social del paganismo. El hombre en esta religion que puebla de séres el espacio, sintiéndose rodeado de divinidades, mirándolas brillar en cada uno de los mil objetos de la naturaleza, debía exaltarse y ver la mirada de una virgen hermosa en el rayo de la luna; el blanco y nacarado cuerpo de una nereida en las ondas del arroyo; la sangre pura de una diosa en el color purpurino de la más bella de las flores; el amor de toda la naturaleza en las brisas, en las auras, en los aromas; y al par debía oír cánticos de un génio invisible en el rumor de los bosques, en los gorgeos de las aves, en el manso ruido que produce la gota de lluvia al herir el seno de los lagos; sintiendo así en su imaginacion la misma fecundidad divina que veía en la naturaleza.

El paganismo clásico es la primer protesta contra la religion de la naturaleza, y en este sentido prepara al mundo á recibir una verdad más alta. El alma en el paganismo no se deja llevar de la corriente de los hechos, como la hoja del árbol que cae en las ondas del arroyo; no refiere los hechos á leyes, las leyes de los hechos á la conciencia humana. En este sentido la protesta de Homero es un gran progreso religioso. Además no se crea de ninguna suerte que el politeismo fraccionaba la inteligencia y descomponía el mundo, nó; á pesar del infinito número de divinidades que admitía,

encontraba una superior á todas, el destino; seguía la ley armónica de la unidad en la variedad, y como el pensamiento humano había progresado, el destino, siempre horrible y odioso, no pesaba con tanta fuerza sobre Grecia como la fatalidad que el hombre tenía dentro de sí mismo pesaba en Oriente.

La influencia social del paganismo fué provechosa en su tiempo. La religion estaba en armonía con todo el estado social. Saliendo el hombre del seno de Oriente, al encontrarse en Grecia, sintió una revelacion de su espíritu. Los dioses tomaron su forma, y al tomar la forma humana rompieron el predominio y el privilegio de las teocracias, y por consiguiente, la casta quedó si no rota, quebrantada. El paganismo debía engendrar la democracia, ó cuando más una aristocracia; pero no tan bárbara y egoísta como la aristocracia del Oriente. Segun la historia confirma, la pluralidad de dioses, sus muchos altares, su predileccion por una ciudad, por un templo, debía originar aquella democracia de la Grecia, distinta, segun las regiones y aun segun las ciudades, imagen fiel del Olimpo. Y en el paganismo, á pesar de esta variedad, había la unidad, como he dicho antes, y en sus prácticas sociales, acontecía que un templo, un oráculo, una fiesta congregaba á todos los hombres, á la manera que el destino congregaba todos los dioses y las grandes

ligas políticas congregaban todas las ciudades.

El paganismo griego y romano es esencialmente militar. El hombre sentía en su seno la libertad, y á su lado el dios. No había menester llevar consigo el sacerdote para llevar consigo el dios; cuando en el ardor del combate lo invocaba, veía al dios pelear á su lado, flotando en la nube de polvo que levantaban sus plantas. Su ardor guerrero crecía, su brazo se vigorizaba, la sangre que manchaba sus sienes le refrescaba como el agua pura y viva de una fuente, y el ardor del combate revivía cuando más próximo estaba á extinguirse, con la seguridad de que el dios estaba á su lado y combatía por su victoria. Notad, señores, que esta mezcla de libertad y de fatalismo, esta conciencia de la libre personalidad y este sentimiento de que una personalidad divina intervenía en la acción, daba al griego, y sobre todo al romano, superioridad inmensa en el combate. Por eso Grecia venció á Troya; por eso en los campos de Marathon, de Platea, de Salamina, en el desfiladero de las Termópilas rodaron las legiones siervas del Oriente; por eso Roma llevó todos los hombres al Capitolio, todas las leyes al Foro, y todos los dioses al Panteon.

En la constitución del paganismo existía como necesidad inevitable, la esclavitud. Los dioses tenían gerarquías, y había dioses destinados á ser perpétuamente siervos. Lo mismo sucedía en la

sociedad; dos grandes gerarquías separaban la especie humana, los libres y los siervos; mancha horrible de aquella civilización. Nunca los dioses siervos, que Apolo dejaba al pie del Olimpo como encadenados, podían aspirar á la libertad; nunca toda la clase social esclava, aunque si los individuos, podía aspirar á la emancipación. El dios invasor entraba en el Olimpo, oprimía y sujetaba á sus enemigos, les ponía con hierro candente un estigma y los condenaba á ser perpétuamente esclavos; el guerrero iba á un país, peleaba, sometía á la raza indígena, y condenaba por el derecho bárbaro de la victoria á todas sus generaciones á bárbara y perpétua servidumbre. Lo que sucedía en la religión sucedía en la sociedad, el mundo era el reflejo del cielo. Y notad más, señores; en la religión primitiva de Grecia los dioses vencedores eran los aristócratas, los guerreros, la casta teocrática; y los dioses vencidos eran los industriales, los trabajadores; el atributo de los vencedores era la lira, la espada, el tirso; el atributo de los vencidos era el martillo, el escople, los instrumentos del trabajo. Y lo mismo sucedía en la sociedad. Las gentes vencedoras eran los guerreros, los sacerdotes; las gentes vencidas eran los trabajadores. Los primeros eran los dueños, los segundos eran los esclavos. Y naturalmente, señores, la esclavitud de suyo tan idiosa se concibe en aquella religión, que no tenía un dios para to-



dos los hombres; en aquella sociedad, en que unos se dedicaban á la guerra y otros al trabajo. En el mundo antiguo habia un gran horror al trabajo manual, á la industria. Creian que esta noble profesion que combate las fuerzas de la naturaleza y las doma, era contraria á la dignidad del hombre. Así, dejaban para el esclavo el trabajo manual, y los hombres sujetos á la falta de libertad luchaban con las fuerzas de la naturaleza. Mientras el hombre combatia como guerrero dejaba al esclavo que trabajara: el uno libre combatia con el hombre, y el otro esclavo combatia con la naturaleza. Y esta gran marcha de la esclavitud que nos apeña y acongoja á nosotros amantes de la libertad y del derecho en su sentido más puro, era un progreso en aquella sociedad salida del seno de otra sociedad más bárbara. Comparad la esclavitud con la costumbre que tenian los pueblos orientales de exterminar á los vencidos, y os convencereis de la superioridad relativa de la esclavitud; comparad al esclavo con el pária, y os convencereis de que al ser esclavo el hombre ha perdido al ménos un eslabon de su atroz y pesada cadena. Por estos caminos dificultosos, sembrados de escollos, el hombre llega á conseguir su libertad; un dia el huracan de la guerra le azota, otro dia la servidumbre le envilece, mas auxiliado por la Providencia, confiando en su destino, llegará, señores, no lo dudeis, á pulverizar bajo sus plantas todas

las cadenas, y á ceñirse la corona de sus eternos derechos.

Así el paganismo influia en la historia, influia en el mundo. El pueblo y los sabios creian en su eficacia. No se levantaba ni la más leve ráfaga contra su poder; sus templos se sonreian, sus estatuas expresaban la felicidad en los ojos, en la frente; sus dogmas era el alimento de las almas; en el ara ardia el fuego sagrado; al pié del ara se veian ramos de flores, guirnaldas, los tributos de la naturaleza; el aire estaba impregnado de alegres cánticos, de olorosas esencias; el poeta iba al templo á ofrecer su lira, el orador al templo á pedir inspiracion, el guerrero al templo á deponer trofeos, á colgar de sus muros los despojos de los enemigos; la virgen, la esposa, el niño, el pueblo, el legislador, el sacerdote, todos se unian en el templo, y una alegría centellante, universal, se derramaba por el sereno cielo del paganismo. ¡Qué hermosa estaba la naturaleza! En el blando movimiento de la celeste onda se veia aparecer la mágica sirena; en el curso del arroyo deslizarse como una ilusion hermosa é impalpable, el blanco leve cuerpo de la nereida; en el cáliz de las flores, como el aroma de sus aromas, se aspiraba el alma inmortal de una diosa, y toda naturaleza sonreia alegre, rebosando amor y vida.

Mas bien pronto, señores, por el seno de aquella plácida alegría cruzó nube de tristeza; de

aquellos conciertos armoniosísimos se escapó un gemido. Era el pensamiento humano que dolorido y triste y congojoso se quejaba de aquella religion, y queria adorar otra religion más alta, más digna del hombre, más propia de Dios. ¡Tremendo instante para la religion pagana! Cuando el sentimiento dominaba al hombre, podia prometerse el dominio del hombre. Pero desde el momento en que la razon levantándose del seno de sus dogmas volaba en pos de otra luz más clara, de otra vida más verdadera y más pura, debía darse por muerto el paganismo. Nada más triste para esa religion, nada más contrario á su poder y más dañino á su vida, que la continúa emancipacion de los espíritus elevados. La razon más alta, más clara, más pura que el paganismo, la razon humana debía concluir por devorar todos aquellos dogmas. Ya sabemos, señores, en qué consiste principalmente la fuerza de la razon. Su principal carácter es la tendencia á la universalidad; su ley suprema es la unidad. La razon pone en los sentimientos fraccionados, en las nociones dispersas, en la inteligencia, en el sentido, en todo nuestro sér el sello augusto de la unidad. ¿Cómo la pluralidad de dioses podia satisfacer á la razon, que es una en esencia? ¿Cómo aquellas divinidades nacidas bajo las ramas de los árboles, al borde mismo de las fuentes, en un lago, en una onda, en un poco de espuma, destinadas muchas de ellas á pe-

recer con la misma facilidad que las flores en el campo; cómo podian satisfacer á la razon que tiende á la universalidad en sus grandes concepciones? La filosofia nació primero bajo la tutela del paganismo, se amamantó á sus pechos. Los filósofos creian ó aparentaban creer en la religion. Los mismos dogmas que sustentaban los sacerdotes sustentaba Pitágoras. El gran filósofo llevaba tambien su lira, creia en el concierto de los mundos, iba á sacrificar á los altares de Apolo. Pero esta union tenia más de aparente que de real. La verdad es que en el seno de la misma filosofia pitagórica se encontraba un gérmen de oposicion fuertísima al paganismo, un elemento de perdicion para ese dogma, puesto que en el sistema de Pitágoras se divisaba ya la unidad de Dios.

Este es, pues, el camino que siguió la filosofia griega, sometida primero á la religion, despues su aliada, y por último su cruel enemiga. El espiritualismo idealista de la escuela eleática es la primer arma asestada contra los dioses; el primer grito de guerra que la raza exhala contra el paganismo. Y es natural, señores, que el idealista, el filósofo que busca la unidad absoluta, se aparte con horror en el corazon del paganismo. Xenófanes, el jefe de la escuela eleática, se levanta arrogante. Su primer afirmacion es Dios; su primer negacion el mundo, lo contingente, lo perecede-

ro. Despues de alzar tal doctrina, arroja los rayos de sus grandes ideas sobre la coronada frente de los dioses. El sér divino, dice, no puede nacer, su vida es todo el sér, su habitacion lo infinito, su templo lo eterno. Esos dioses, que se levantan en los templos con formas humanas, esos dioses nacidos de la imaginacion delirante de Homero y Hesiodo, son como grandes usurpaciones que el hombre ha cometido en el cielo, queriendo dar á la divinidad su imágen: que si los leones y los bueyes pudieran pintar, pintarian tambien dioses-leones, dioses-bueyes, y los etiopes hacen sus ídolos negros con la nariz aplastada y los ojos relucientes y pequeños. Estas palabras cantadas en un poema por un hombre errante como el viejo Homero, por un hombre que sentia en su frente el fuego de la inspiracion poética; estas palabras eran como una lluvia de fuego desatada sobre las altas cimas del Olimpo; lluvia que ahogaba á los dioses.

Empedocles tenia el mismo carácter que Xenófanes, y pertenecia á la misma escuela. Su poema es un combate contra los dioses, un combate á muerte; despues de señalar el sentimiento del amor como el origen misterioso de todas las cosas y el odio como la negacion y la muerte, dice que los dioses no pueden tener formas humanas ni orgánicas, sino que son todos un espíritu puro é infinito que rodea como una gran esfera todas

las esferas, y todos los astros, y todos los mundos. Así Empedocles dice que en el seno de esa esfera divina no hay inscritos nombres de dioses, ni Júpiter que mande tiránicamente, ni Saturno que devore á sus hijos, ni dios alguno, sino la santidad de la vida divina y la eficacia del eterno amor. El paganismo echó de ver pronto lo tremendo de esta guerra. Para contrastarla pensó en perseguir á los filósofos. Un dia se levantó el génio de la filosofia, Sócrates. Ningun hombre habia conocido á los dioses más profundamente, ninguno los habia herido con golpe más certero. La razon elevada sobre todos los dogmas, la conciencia sobre toda la vida, la ley moral grabada en el ánimo sobre todas las leyes antiguas grabadas en mármoles y bronces, eran principios tales, que minaban por su base el Olimpo, y herian en la frente al paganismo. La razon se habia divorciado del altar.

En vano Sócrates habia dicho y sostenido que los dioses debian ser venerados y respetados como las leyes supremas de la sociedad; en vano habia querido poner bajo la proteccion del paganismo el nacimiento de la verdadera filosofia de la humanidad, todo en vano; porque el paganismo, con ese instinto superior á todo, con ese deseo de la propia conservacion que tienen tambien las instituciones, ahogó en sus brazos al filósofo, y ciñó á sus sienes la corona del martirio. El impul-

so dado por Sócrates debía crecer con el tiempo. El espíritu humano encontró en la cicuta que había matado al hombre de un día, la sávia que debía dar vida á la idea, á ese hombre superior, ciudadano de la humanidad, uno con todos los siglos. Así, la descomposición del paganismo siguió su inevitable carrera. El espíritu humano predicaba en la filosofía griega más ó menos claramente la unidad de Dios, los grandes atributos divinos, la justicia, la hermosura, la verdad, la Providencia divina, el gobierno de Dios en el mundo y en el hombre, la inmortalidad del alma; principios que destruían y pulverizaban todo el paganismo.

Las escuelas imperfectas socráticas coadyuvaban al movimiento anti-pagano, y Euclides decía que la bondad está en la unidad, destruyendo y desquiciando completamente el paganismo. Lo mismo sucedía en las escuelas socráticas perfectas. La idea de Dios, aunque no del todo pura, surgía del inmenso seno de la conciencia humana como el sol que se levanta en el desierto Océano. Esta idea de la unidad de Dios, ideal del mundo sensible, la union del hombre con Dios por medio del amor, todos estos dogmas que Platon mantenía y predicaba, enterrando más y más el paganismo, señalaban el triunfo del espíritu humano sobre el antiguo espíritu tradicional; santa victoria del progreso. Y á este gran triunfo del espíritu humano sobre el paganismo contribuía el ge-

nio poderosísimo de Aristóteles. Estudiando la naturaleza, dividiendo sus esferas, señalando los seres que en la naturaleza se mueven, abrazando todas sus grandes manifestaciones, Aristóteles despojaba la naturaleza de aquella vida exuberante, de aquella magia, de aquella poesía que había engendrado tantos dioses y tantos dogmas y tantos mithos. La escuela socrática, lo mismo en Aristóteles que en Platon, era fiel á la conciencia y al pensamiento del gran fundador, del gran maestro; su guerra al paganismo continuaba encarnizada y viva. El anatema que Platon había arrojado sobre los poetas, Platon, el mas poeta entre todos los filósofos, no se explica sino por el convencimiento, la persuasion que tenía de que los poetas con sus fábulas, con sus creaciones, con sus mithos, podían oscurecer la gran idea de Dios que había él depositado en el fondo de su república.

Y esta guerra continuaba como en la escuela socrática en sus degeneraciones, guerra á muerte contra la antigua religion. Los sacerdotes, los defensores del paganismo querían dar una significacion á todos aquellos dioses y decían á los filósofos. No creais que estos dioses son puro juego de la imaginacion, no; encierran en sí grandes ideas; Júpiter es la unidad del mundo sensible, Juno la variedad; Venus la naturaleza femenina mirada bajo su aspecto estético; Minerva, la mis-

ma naturaleza mirada bajo su aspecto moral; Neptuno, arrastrado por blancos caballos, seguido de arrogantes delfines, representa la fuerza que regula el mar y la tierra; Apolo es el eterno sol de la naturaleza y el eterno sol de la conciencia, el pensamiento, la luz; Baco, tan hermoso, es la embriaguez de la vida; Marte, la fuerza natural; Eres, con sus alas de mariposa, sembradas de mil colores, el alma humana que recoge en su seno los átomos desprendidos de todos los seres y vuela por todos los espacios; Mercurio, inventor de la lengua y de la escritura, mensajero de los dioses, amigo del sol y de la luna, conductor de las almas por todos los espacios, es el gran órgano de la creación, el mediador entre todos los seres; Vesta es á un tiempo el fuego que arde en las entrañas de la tierra y el gran sagrado hogar donde se reúnen todos los individuos de la familia en espíritu y amor; Psichis, coronada de luz, con la amorosa sonrisa en los labios y amargo lloro en los ojos, es el deseo de lo infinito, el eterno amor que hay en el alma; Ceres representa la vida interior que hace germinar frutas y flores en la naturaleza, y el rapto de su hija Proserpina, el tránsito del alma de esta vida á otra vida; y todos los dioses, en una palabra, son representaciones visibles de grandes invisibles ideas.

Resumamos, señores, todo cuanto hemos dicho. La revolucion homérica emancipó la conciencia,

hizo de los dioses compañeros de los hombres. Mas bien pronto hubo movimiento en dos sentidos igualmente dañosos al paganismo. La interpretación individual de los dogmas, el ningun respeto á los antiguos sacerdotes, dió de sí dos efectos contrarios á la religion, aunque favorables á la libertad y á la causa del espíritu humano. Los pueblos se olvidaron del sentido interior de los mitos, del espíritu de los dogmas, del alma que centelleaba en los dioses, y se atuvieron á las prácticas exteriores, á las ceremonias, á la adoracion de las imágenes. Los sabios, los filósofos, penetrando en una region superior á la fé religiosa, en una ciencia más alta que los dogmas paganos, ó los combatieron, ó los menospreciaron, ó se sirvieron de ellos como de una simbólica para ocultar sus propias ideas, sus propios sentimientos. De aquí provino una queja continua en los sacerdotes y los repúblicos, un temor de que la religion se muriese, y la exaltacion ficticia de los órficos, que anhelaban restaurar los dogmas antiguos prestándoles una vida que no tenían, que no podían tener, porque es inútil querer resucitar lo que la Providencia ha condenado á muerte.

En estas grandes teogonías, todas fingidas, de Orfeo, se ve clara y distintamente la influencia del Oriente unida á los símbolos pitagóricos, á los dogmas itálicos. La religion oriental impregnada de panteísmo, de los aromas de la naturaleza, de la

vida exuberante de la creacion, esta religion unida á los dogmas pitagóricos, á la trasmigracion de las almas, constituia el dogma de los falsos órficos, que era como un esfuerzo de la naturaleza para recobrar su perdido imperio y extinguir el fuego del alma que ascendia puro, vivo, á su libertad, que es su verdadera, su misteriosa esencia. Mas era inútil, completamente inútil. La religion pagana iba de vencida. Los esfuerzos empleados por los órficos eran inútiles. En el espíritu como en la naturaleza, todo lo que Dios condena á muerte, muere; todo lo que Dios sujeta á grandes transformaciones, se transforma. No se pierde en la naturaleza un átomo, porque de la corrupcion de la vida salen siempre nuevos seres; no se pierde en la conciencia una idea, porque de sus transformaciones salen nuevas ideas, un nuevo espíritu. Pero las reacciones, las grandes reacciones filosóficas y religiosas son imposibles, ó cuan- do menos transitorias. Los órficos, especialmente en tiempo de Solon, querian resucitar la religion sacerdotal, y no les fué posible; y cuando vieron los dioses de Homero tambien combatidos, tornaron á sus antiguas empresas religiosas, y la divina Providencia condenó su obra.

Los mismos dioses de Hesiodo y de Homero eran rudamente combatidos. Se apeló entonces al arte, á la escultura, al teatro para recalentar el frio paganismo. Era inútil. Esquilo usaba en una tra-

gedia amenazar á Júpiter diciéndole que bien pronto caeria en cenizas su corona, y que seria apagado por el soplo del hombre su rayo. El Edipo de Sófocles sabia más que los sacerdotes, y descifraba enigmas que la teocracia no podia comprender ni adivinar. El mismo Fidias habia levantado en su amor un Júpiter, hijo de su pensamiento más hermoso que el Júpiter tonante del Olimpo. Los atenienses no necesitaban convertir los ojos al cielo; en sus plazas, en sus calles, en sus templos, tenian divinidades más hermosas, más puras, más límpidas que todas las antiguas divinidades homéricas. Como la epopeya de Homero habia sido una protesta en nombre de la humanidad contra los dioses de Orfeo, el arte dramático, la escultura era una protesta contra los dioses de Homero. El espíritu griego, como Saturno, devoraba sus propios hijos. Y al par de esta descomposicion del paganismo antiguo, subian al cielo grandes ideas morales, la ley, la justicia, la verdad; ideas, que la voz del coro de la tragedia lanzaba como rayos sobre la cumbre del Olimpo griego. El Vulcano de las artes, Aristófa- nes, se reia largamente de las divinidades. Alrededor del Olimpo enviaba una porcion de divinidades picarescas para que se burlaran de los antiguos dioses. Convertia á Diana en gilguero, á Cibeles en avestruz. Hacia pasar al gran Prometeo, al hombre más sublime de la teogonia antigua por el teatro, bajo un quita-sol,

para esquivar la mirada de Júpiter. Decía que Hércules con buen consejo daría su ascendencia divina por un buen almuerzo. Convertía en grullas á todas las divinidades infernales, en cuyas aras habian hecho tantos sacrificios sus padres.

Esta impiedad continuó más cruda en tiempos posteriores. Un día se levantó en la escuela circenática un hombre impío, ateo, llamado Evehemero, que se decidió á combatir el paganismo, sin sustituir á su dogma ningun otro dogma, á su culto ningun otro culto; como si los pueblos y la humanidad pudieran vivir sin religion; y para combatir el paganismo se valió de malas armas, del ridículo, de la calumnia, de la mentira, suponiendo que habia hecho un viaje imaginario á una isla, y que allí le habian dicho que todos aquellos dioses, consuelo del pueblo, aquellos dioses, en cuyas aras ardía el fuego del sacrificio, á cuyo alrededor se agrupaban los pueblos para encontrar inspiraciones celestiales, eran divinizados guerreros, conquistadores; heregía horrible, que quitando al paganismo su carácter de religion y convirtiéndolo en una especie de apoteosis humana, debía empezar por degradar los dioses hasta convertirlos en míseros mortales, y exaltar los mortales hasta convertirlos en dioses, haciendo entrar en el Olimpo y sentarse en la asamblea celeste, al lado de las divinidades antiguas, á seres como los Tiberios, los Calígulas, los Claudios y los Nerones.

Este sistema de Evehemero no tenian razon. Aunque los dioses fuesen plásticamente hombres y las diosas mujeres, la verdad es que bajo su vestidura mortal ocultaban una idea pura, una idea inmortal. Del viaje imaginario de este ateo, se sacaron como de un gran arsenal, armas muy bien templadas para combatir y descomponer y matar el riente paganismo.

Entonces comprenden los sacerdotes paganos que necesitan para detener los ánimos en su religion, las creencias en su culto, hablar á los sentidos, á la imaginacion de aquel pueblo siempre artista; poner á servicio de los dogmas todos los esplendores del arte clásico; apelar á la escultura, al drama, á la música, á los grandes espectáculos, á las brillantes procesiones, á todo lo que pudiera consolar el ánimo; y los misterios poéticos de la primitiva religion tomaron un aspecto magnífico, crecieron en importancia, llamaron á sí los corazones de las gentes. Verdad es que á esos misterios, á esas ceremonias, no asistian en general los filósofos, los hombres de espíritu cultivado, pero asistian las mujeres, los jóvenes y los niños, y el paganismo, á pesar de hallarse moribundo, tenia en su pró el sentimiento; la primer facultad religiosa que se despierta en el hombre, la última que muere.

Los misterios que habian existido siempre tomaron por este tiempo un carácter desconocido

de universalidad y de grandeza. El alma humana tendia á huir del paganismo, y era necesario detenerla como con lazos de flores en estos primitivos dogmas. Las nobles aspiraciones del alma humana á lo infinito, eran hasta cierto punto satisfechas por esta vaguedad, por estas sombras mezcladas de luz, que constituian los misterios del paganismo. El sacerdote recobraba la influencia y el poder que habia perdido, y lo recobraba no por la santidad de su vida, no por la eficacia de su dogma, no por la alteza de sus creencias, sino por el arte que congregaba á todos; último lazo de union entre los hombres, única armonía de los espíritus, último fuego de las antiguas creencias. Sin embargo, cuando las almas veian sus dioses cubiertos de flores y de frutas, cuando escuchaban los cánticos exaltados de sus poetas, cuando los coros de las vírgenes llenaban los aires de acentos puros de amor, cuando el fuego ardía y mil esencias olorosas se exhalaban de sus llamas, cuando el sacerdote pronunciaba aquellas oraciones que habia recibido de los labios de una generación anterior y que trasmitía á otra nueva generación, cuando las lujosas *leortas*, las grandes procesiones circulaban por calles y plazas; cuando el dios aparecía brillante, centelleando una idea divina de su frente, hermoso, rodeado de un pueblo lleno de entusiasmo y de fé, el alma, por más libre que fuera, por más desceñida de los an-

tiguos dogmas que se encontrara, volvía á caer; turbada por sus sentimientos, embriagada por el aroma de los templos y de los sacrificios, en el seno del paganismo.

Aún tendieron á más los misterios. El sacerdote quería con esas alegres centelleantes fiestas apoderarse hasta de los espíritus elevados que buscaban su centro de gravedad en la filosofía. Es verdad que en muchos de los misterios vemos la imagen del alma, sus transformaciones, la historia de su vida, sus esperanzas y sus destinos inmortales; mas todos estos grandes dogmas de tal suerte envueltos en símbolos, en ceremonias, en fiestas, en procesiones, que era imposible al pueblo distinguir la idea del hecho, el espíritu del símbolo: y su temor á la muerte duraba todo el tiempo que duraban las tinieblas en el templo, y su alegría por la resurrección del alma en otra vida duraba lo que el fugaz instante en que de nuevo se veía brillar la luz que agitaba en sus manos el sacerdote. El pueblo no tenía tampoco aquella instrucción religiosa que necesitaba para llegar hasta la idea de estos símbolos, hasta el espíritu de estos dogmas. Y el pueblo en los misterios veía escenas, palpaba figuras, entonaba cánticos, reía, lloraba, pero no por el sentido interior de aquellos dogmas, sino como en el teatro, por la impresión que dejaban en su ánimo las grandes representaciones escénicas ideadas con ese arte inmortal propio de



Grecia. Los filósofos habían llegado á tener ideas más claras de la divinidad; los filósofos habían dicho que era necesario preocuparse, no tanto de las ofrendas á los dioses como del conocimiento de su esencia, que es el mejor de los holocaustos; los filósofos habían asegurado que Dios no podía ser enemigo del hombre, como el padre no puede ser enemigo del hijo; los filósofos habían enseñado que la ofrenda más pura es la virtud, que la práctica religiosa más grande es una buena obra, que la moralidad del hombre debía purificarse, limpiándose de las manchas del paganismo; y estas ideas, si bien no tenían una influencia decisiva é inmediata en el pueblo, lo preparaban mal para creer en la verdad de los misterios y en el poder de las ceremonias.

Con razon dice un escritor contemporáneo que los misterios sólo halagaban la vista, y con razon, señores, cita la muerte de Adónis. Las mujeres llorosas, rodeando el lecho de flores, de azahar, donde estaba tendido y muerto Adónis, ofreciéndole hasta sus largas cabelleras en señal de luto y desolacion, más que un misterio de la naturaleza ó una idea, ó la transformacion del alma, ó un dogma religioso, lo que en realidad celebraban y lloraban era la muerte de un jóven hermoso por ese afan que naturaleza puso en el corazon de la mujer y que la lleva hasta en sus juegos á ejercitar siempre el sentimiento de la maternidad

tan en consonancia con su gran destino en la tierra. Y lo mismo sucedia en las demás fiestas religiosas. Las bacantes, cuando corrian delirando por los campos, cuando un beso de fuego se suspendia de sus trémulos labios, cuando el vino rebosaba en la copa, cuando los coros cantaban la vendimia, cuando Jacho, cubierto de yedra, era llevado en procesion, de ninguna suerte pensaban que aquello pudiera recordar la sávia amorosa de la naturaleza, la vida que hay en los campos, la conmemoracion del jugo que se derrama por todas las plantas; y olvidadas de estas ideas, de estos dogmas, se daban á la loca alegría, y con todos sus sentidos al insensato placer.

Pero no les bastaba á los sacerdotes los placidos misterios de Adonis, ni les servian mucho esos otros tumultuosos misterios, verdaderas orgías, de las bacantes. Empezaron, pues, á poner en uso, á querer avivar misterios, que tuviesen por objeto las luchas, las transformaciones, los grandes triunfos del alma, y que recordaran sobre todo los castigos á que se hacian acreedores en la otra vida los que en esta habian desconocido ó desamado el paganismo. Las divinidades que debian proteger el tránsito del espíritu á la otra vida, á otro mundo mejor, en vez de presentarse protectoras del hombre, ó al menos, si no misericordiosas, justas, se presentaban terribles, ceñudas, poniendo tristeza y miedo en los ánimos, que

creían conciliarse el amor de tales divinidades con el ruido de un culto estrepitoso, con los conjuros, las evocaciones y la magia, en cuyos símbolos y misterios veían una rojiza llama, y en la llama el alma de los dioses infernales. El culto prestado á Hecate, divinidad misteriosa y sombría y triste, es el culto del espanto y no de la esperanza.

Entre todos estos misterios ninguno alcanzó el poder que el misterio de Cérés, representado en las grandes fiestas Eleusinas. Muchos filósofos, muchos poetas, Píndaro mismo, hablan con respeto y con entusiasmo de este misterio. Como todos, se refieren á la otra vida, al tránsito del alma. Representan los misterios de Eleusis el robo de Proserpina por Pluton, el descendimiento de la virgen al infierno, el dolor de su madre Cérés, que por los campos y las orillas del mar busca desalada y llorosisima á la hija de sus entrañas, pedazo de su corazón, y que no la encuentra, hasta que sabiendo ha ido á reinar en los infiernos, pide que durante algun tiempo pueda ver la luz y el sol con su madre la tierra, y Proserpina sale transfigurada y luminosa del frio seno de las sombras. En todo este misterio se vé una alegoría del alma. Es muy difícil decir aquí, señores, el procedimiento que seguían las ceremonias de ese culto. La esencia de esos misterios era, pues, un culto prestado á la inmortalidad del alma; el robo de Proserpina hecho á su madre Cérés, es decir, las

almas cayendo en las tinieblas del infierno, y despues despertándose á otra vida mejor en los campos Elíseos. La imaginacion rodeó de grandes y misteriosos encantos estos dramas. Comenzaban por ayunos, penitencias, lustraciones; los que iban á ser iniciados se bañaban en agua salada, hacían juramento de que estaban puros, untaban su cuerpo con aromas y sumían sus piés en las entrañas de las víctimas. Despues se oía un coro místico, y del interior de un templo salían danzando hermosas jóvenes, y en el centro de aquel alegre coro venía el sacerdote pronunciando palabras misteriosas y simbólicas. Seguidamente el pueblo, las jóvenes se esparcían corriendo por los campos, y dando gritos agudísimos, se dirigían á las orillas del mar, donde callaban, y puesta la rodilla en tierra y los ojos en el azul elemento, elevaban una oracion muda al cielo. De allí iban á una fuente donde entonaban todos un himno á Cérés, madre de todo sér, vida de los campos, que hace crecer las espigas, que se asienta sobre doradas parbas, que obliga al buey á sujetarse al yugo, que es el jugo de las flores y la diosa que protege la siega y la vendimia. Cuando caía la noche, aquel pueblo encendía mil hachones, de tal suerte que no parecia sino que las estrellas bajaban del cielo á vagar por los campos. Una *leoria*, una hermosísima y brillante procesion empezaba al día siguiente; los edificios aparecían ornados de flo-

res, las vírgenes ceñidas de coronas de mirtos, el dios Jacho era llevado en el centro, y los poetas entonaban versos al compás de melancólica música, deniéndose especialmente bajo aquellas higueras sagradas, en cuyos frutos bebían las abejas la dulce miel de la Ática. Al pasar por el puente del poético Cephiso, de aquel río que inmortalizó Sófocles en su Edipo, mil sátiros se burlaban de los dolores de Céres y de su hija Proserpina. Y finalmente, llegados al gran templo de Eleusis, la noche caía encima de todos, los iniciados entraban á oscuras en el templo, de cuando en cuando sonaba un trueno, se veían mil relámpagos y la tierra bamboleaba trémula bajo sus plantas, hasta que por fin el sacerdote, el hierofanta encendía una luz y todo el templo se inundaba de una gran claridad, y mil palomas revoloteaban en los aires, y se oía una alegre música, y de todos los labios y de todos los corazones se levantaba á un mismo tiempo un cántico de triunfo. Como se vé, estos misterios, más ó menos corrompidos en la práctica, eran una simbólica de los varios estados por que pasa el alma hasta llegar á los Eliseos campos.

Mas, señores, el paganismo no podía vivir. Todos los filósofos, todos los sabios, todos los espíritus superiores se apartaban de él y lo dejaban completamente solitario y abandonado. En Roma la religion toma un carácter eminentemente polí-

tico. Donde más se conoce á Roma es en sus templos. Allí, y solo allí está guardada su verdadera imagen. Las diferencias entre Grecia y Roma se manifiestan clara y palpablemente en esta alta esfera del espíritu, en la religion. Grecia lleva á cima varias revoluciones religiosas, que todas son radicales, profundas; y cuando llega á una nueva manifestacion religiosa se olvida de todas las que la han precedido. Roma conserva al través de sus grandes revoluciones, de su transformacion religiosa continúa, el dios augusto de sus padres, como en su derecho guarda siempre el viejo testo de las Doce Tablas. Grecia sustituye unos dioses por otros dioses; toda divinidad que entra en su Olimpo ha de llevar la corona griega perfumada con los aromas del Hibla y del Himeto, y adornada con las flores que crecen á las márgenes del Cephiso; Roma no, Roma deja su carácter propio, peculiar á todas sus divinidades, y así allí viven á un mismo tiempo, en un mismo templo, los dioses patriarcas, sacerdotales de los etruscos, los dioses patricios, guerreros de los sabinos, los dioses plebeyos, pelásgicos de los latinos. El etrusco, pueblo de que proviene la teocracia, adora su Vesta sacerdotal, sagrada, misteriosa, que guarda solícita el ardiente fuego sacro, verdadera alma de Roma; el sabino adora su vieja lanza enmohecida, cubierta de sangre, signo de su poder; y el latino, como sus padres allá en la Arcadia, adora

el instrumento de labranza, que abriendo el seno de la madre tierra, la ha hecho amorosa, y fecunda, y pródiga en olorosas flores y sazonados frutos. Y cuando Roma, con su vibrante lanza, en su su carro triunfal, presidida por el genio de la victoria, se dirige al mundo, para atarlo y darle la unidad, lejos de pulverizar los templos y los dioses, hace en religion lo mismo que en política, crea grandes municipios religiosos, donde consiente que humee el sacrificio en honor de los mismos que han invocado los ejércitos de los pueblos conquistados cuando asestaban sus armas contra Roma.

Cuanto dijimos de la política romana en nuestra segunda lección, otro tanto podemos decir de sus religiones. Varía la materia, pero la afirmación es siempre la misma. La aristocracia sacerdotal es etrusca, y la aristocracia etrusca es oriental; los dioses del sacerdocio romano son etruscos, y los dioses etruscos son patricios sacerdotales venidos de Oriente. A la cabeza de esta primitiva religion se encuentra Jano, que personifica el tiempo, las estaciones, el año; verdadero padre de todos los dioses, verdadero elemento de todas las cosas, principio y fin del mundo; austero patricio, de cuyo seno salieron todos los séres, y en cuyo seno han de volver á reclinarse y dormir después de la consumación de los tiempos, puesto que todos los séres viven bajo su férrea patria potes-

tad. En este dios teocrático, en este dios tirano, en este dios ceñudo, ¿no veis mejor que en las páginas de Tito Livio dibujarse la austera y triste figura del patricio, con las manos en el altar, la cabeza perdida en las nubes y las plantas sobre las espaldas de los plebeyos? En toda esta religion se ven las señales del Oriente. El sacerdote etrusco al pié del ara, mira el vuelo de las aves y de su vuelo deduce lo porvenir. Los etruscos creían, como todo el Oriente, que el ave al caer en los aires, se mueve por divino impulso; que un soplo del cielo agita sus alas, que un canto de un dios se desprende armonioso de su arpada garganta; que, perdiéndose en el azul éther de lo infinito, sube á beber la vida en el océano de la inmortalidad, y trae bajo sus alas el calor del fuego celeste y lo deposita en sus nidos, encantando así toda la naturaleza y poseyendo el secreto de la voluntad de los dioses. En todo este culto se aspira el espíritu, el aroma del Oriente, y se ve que la aristocracia romana, tomando para sí la interpretación del vuelo de las aves y de la caída de los rayos y de todas las señales de la naturaleza, toma los auspicios, el poder, y subyuga á las gentes y á los dioses de los plebeyos.

Los dioses de los plebeyos son dioses de Grecia, son dioses demócratas; y así los plebeyos ni son admitidos á los colegios sacerdotales, ni pueden ser alta dignidad religiosa, ni entienden nada del

vuelo de las aves, ni de las exhalaciones, ni alcanzan la palabra del gran derecho en que se funda Roma. Las aspiraciones de los plebeyos, al mismo tiempo que políticas, han de ser religiosas; su mirada escudriñará los secretos del cielo; su revolución, como un mar desatado y tumultuoso, sin límite fijo, amenazará con sus ondas hasta los dioses patricios, que algún día serán sorbidos por la ira de las bajas gentes, las cuales poco á poco suben triunfantes las gradas del Capitolio. Al par que piden los derechos más necesarios á su vida política y á su vida social, pidieron la igualdad religiosa. Esta terrible demanda resonó como pavoroso trueno sobre las altas cumbres del Olimpo romano. Los patricios se espantan de aquella arrogante petición, y se valen para burlarla de todos sus medios; de la guerra, de las amenazas, de las súplicas, de la ironía, del soborno; pero el genio del derecho, personificado en las clases que aspiraban á la libertad, triunfó en esta gran contienda, y la igualdad religiosa votada por los comicios fué un gran florón de la corona de los plebeyos. Llevada á cima esta revolución religiosa ¿qué podía oponerse al triunfo de las clases inferiores de la sociedad? Todo, todo se modificó, desde el antiguo derecho patricio hasta la tierra que pisaban los romanos, todo se trasformó en aquella gran revolución religiosa. Y después Roma, para trasformar el mundo, arrojó en su seno los dioses

de todos los pueblos. Sila llevó las divinidades griegas, ignorando que con las divinidades griegas llevaba también el espíritu de la democracia; otros conquistadores arrastraron á Roma los dioses orientales; de suerte que Roma, inclinándose sobre todos los templos, recogiendo el fuego de todos los sacrificios, juntando en su templo las genealogías de todas las familias divinas, formó, condensó el espíritu del mundo; destino altísimo á que la llamaba toda la historia.

En el seno de Roma se descompone ya, por los esfuerzos de la razón humana, totalmente el paganismo. En el nacimiento de la literatura y de la filosofía romana se echa de ver esa oposición constante y tenaz á la religión pagana, oposición que va creciendo á medida que crecen también los progresos de la filosofía. Un escritor del siglo xvii, un gran escritor español decía, que uno de los signos más evidentes de la próxima ruina de una creencia religiosa es la separación de los espíritus elevados, de los hombres que miran siempre la luz inmortal del cielo, que oyen los avisos de su razón independiente y libre; porque cuando los espíritus elevados se apartan de la religión, muestran que esa religión no tiene alimento para todas las almas, consuelo para todos los corazones, y una religión que no es universal, cae fatalmente en ruinas á impulso de su propio peso. Y desde la infancia de la literatura latina se conoce la deca-

dencia del paganismo. Un poeta antiguo tradujo el libro de Evehemero, que era sátira sañuda contra la antigua religion. Lucrecio, despues de proclamar que el mundo y el cielo y los astros que en el cielo nadan, y el alma del hombre y las ideas que por el alma del hombre vagan, son productos del amor de los átomos, que se unen y se condensan por su propia virtud; despues de negar todo principio creador que no esté en la misma naturaleza, se vuelve indignado contra los dioses, los presenta el espectáculo que ofrece Roma desgarrada por sus guerras civiles, y se burla de su poder y de sus horrisonos truenos y de sus fulgurantes rayos; amenazas que solo pueden amedrentar á los apocados y á los débiles, pero que nunca harán mella en los hombres de elevado espíritu, prontos á menospreciar á Júpiter.

Donde más clara se vé la ruina del paganismo es en los libros de Ciceron. Los libros de Ciceron merecen un detenido estudio, no tanto por su novedad, como por ser el resúmen de toda la ciencia antigua. La filosofía y la religion presentaban el mismo carácter de union, de eclecticismo. El Panteon era el templo universal, y los libros del orador romano la academia universal. En las opiniones de Ciceron influye mucho la política. Hombre conciliador, carácter débil, teniendo por fin principal curar las sangrientas heridas abiertas en Roma, indeciso y ecléctico, Ciceron debía poner

sus opiniones filosóficas al servicio de sus opiniones políticas. Mas, á pesar de que estimaba necesaria la religion como un freno para contener á los pueblos, la fé religiosa habia muerto en su alma, y creía que la naturaleza de los dioses antiguos era contraria á la razon, las adivinaciones prácticas supersticiosas, y los augures sacerdotes de un culto engañoso, que no podian mirarse frente á frente sin sentirse movidos á sardónica sonrisa. Y además de herir en el corazon los dioses antiguos, las antiguas creencias, se levanta á más alta esfera, y predica la necesidad de reconocer un Dios, espíritu puro, verdad y bondad perfecta, regulador de todas las cosas, unido á la naturaleza como el alma del hombre está unida al cuerpo. Y asentada esta creencia, señala con su brillante estilo la naturaleza de nuestra alma, sus grandes facultades, el origen de sus ideas, la libertad de su voluntad; y al ver desceñirse el alma de sus ligaduras, quebrar el vaso que la contiene, desprecia el cuerpo, la organizacion, como cosa sujeta á la muerte, y se arroba en seguir el vuelo del alma libre y gozosa por los infinitos espacios, ¡el alma! que huella los cielos y los mundos. Todas estas ideas del gran orador romano eran como piedras arrojadas al cadáver ya fétido del paganismo.

Lástima grande que en el orador romano se hallen á cada paso tantas contradicciones! No es

de olvidar, sin embargo, que en Ciceron hay dos hombres; el orador y el filósofo, el pensador y el repúblico. El orador, cuando quiere conmover á los jueces, al senado, al pueblo, evoca la protección del cielo pagano, el génio de los dioses. ¿Cómo, si no, podía hacerse oír en el Foro? ¿Cómo, de otra manera, le hubieran escuchado los senadores? La religion habia muerto en todas las conciencias, pero quedaba aún viva como razon de estado. Era en el pensamiento una sombra que huye, y era en la sociedad como el fuego, que iluminaba con sus reflejos la frente del pueblo. Los filósofos no la querian, pero los repúblicos la adoraban. Es cierto que cuando iba el repúblico al templo, al sacrificio, su alma se dilataba en otras esferas; pero no es ménos cierto que los pueblos que se dejan llevar de las apariencias creyeran que sus dioses eran aún adorados y bendecidos por todos. Y como esta situacion extraordinaria influia en todos los ánimos, el mismo Ciceron que en sus oraciones contra Verres llamaba á las divinidades para que consumieran y devoraran al sacrilego; en el silencio de su conciencia, en sus libros filosóficos se reia de aquellos mismos dioses que habia invocado con tanta fé y entusiasmo desde el alto pedestal de su tribuna. Y esta contradiccion se vé en toda su vida. Ciceron que presidia los auspicios se burlaba de ellos, y al mismo tiempo que ponía de manifiesto su vacío sentido, los reco-

mendaba al pueblo, como si la supersticion y la mentira pudiesen nunca ser saludables para el alma que vive de la razon y de la verdad. Mas á pesar de todo, en las ideas de Ciceron, en sus libros filosóficos, á través de los adornos retóricos, se echa de ver que su alma tiende al conocimiento y adoracion del Dios único, superior al mundo, fundamento de todas las cosas, esencia inmortal de todas las ideas. La conciencia humana buscaba á ciegas en el océano del tiempo las grandes verdades del Cristianismo.

Sintiendo el frio del paganismo, algunos pensadores habian intentado reformarlo, para que pudiera aún servir de alimento al espíritu humano. ¡Inútil empeño! Varron se habia puesto al frente de este gran movimiento de reforma; porque siempre aparecen, cuando se determinan bien las necesidades sociales y filosóficas, hombres que las satisfagan con sus ideas ó con sus obras. Varron dividia la religion en tres grandes brazos, en mitológica, natural y política. En la religion mitológica entraban para él todos los antiguos dioses griegos, su vida, sus hechos, sus atributos, sus tradiciones; dioses que relegaba con menosprecio al teatro. ¡Qué reforma, señores, qué reforma! Cuando se trataba de avivar el espíritu religioso, cuando se queria encender la apagada fé, los mismos hombres empeñados en esta colosal empresa condenaban á los dioses que los pueblos

habian alojado en sus templos; á los dioses, en cuyas aras habia ardido por espacio de tantos siglos el fuego del sacrificio; á los dioses tutelares de las fuentes, de los árboles, de los arroyos, del sol, de las estrellas; á los dioses que serenaban los dolores humanos, las tempestades del corazon; á los dioses de sus padres; señores, los condenaban, por míseros histriones, al teatro. ¡Qué reforma!

La teología civil de Varron, segunda rama de la religion, no era más que una especie de espurgo de todos los mithos romanos. Varron comprendia que Roma necesitaba de la religion para la política, de las fórmulas divinas para encerrar el derecho humano, del cielo para organizar y sostener la sociedad en la tierra; y dando de mano á muchos dioses, en su sentir inútiles, dejaba el Olimpo de la Ciudad Eterna casi desierto y vacío. La religion mitológica era, segun Varron, necesaria para el teatro; la religion civil para Roma, y la religion natural para el mundo. Aquí el gran literato destruia y pulverizaba las dos primeras clases de religion, admitiendo como racional y verdadera solamente la última. Y la última era el panteismo. Su pensamiento mal avenido con todas aquellas religiones, se abismaba en el seno de la naturaleza. Allí, bañándose en la vida de todos los séres, perdiéndose en la sávia de los campos, en las armonías de los mundos, se desahacia de las ligaduras del paganismo. ¡Triste re-

ligion, así servida por sus mismos reformadores!

Los filósofos estóicos no estaban por una guerra clara, franca, á la religion popular. Creian que así se alcanzaba solo alarmar al pueblo y hacer menos posible el triunfo de la verdad y menos duradero. El sentir de estos filósofos era que convenia apoderarse de los símbolos de la religion, estudiarlos y ofrecer dentro de esos símbolos una verdad más alta y más profunda al pueblo. De este modo, sin quitar á la ciencia su forma religiosa, sin divorciarse por completo del espíritu pagano, sin atraerse el odio ni de las muchedumbres ni de los sacerdotes, llegaban á construir una religion racional, que purificando el espíritu y fortaleciendo la conciencia, levantaba una idea pura, clara, verdadera, de la unidad sagrada de Dios. Al servicio de esta idea capital puso Séneca su talento. Ya, antes de él, otros filósofos, otros jurisconsultos célebres, habian pensado en reconciliar el paganismo con la filosofía; la revelacion con la razon. Séneca pretendió que dentro del mismo sistema religioso de los paganos se encontraban ideas puras y claras sobre la divinidad. Dios, decia Séneca, tiene varios nombres en la lengua poética del pueblo; se llama Stator, porque es el fundamento de todas las cosas; Pater, porque es el generador de todos los séres; Hércules, porque es la fuerza invencible; Mercurio, porque es la razon, la ciencia; Dios



bondadoso, que enlaza las causas con los efectos, que rige toda la naturaleza, que alimenta la vida universal con su esencia; Dios, siempre amoroso, pródigo, presente en todos los espacios, vivo en todos los tiempos, artista, que ha fabricado el mundo; Providencia que lo conserva, luz que lo fecunda y lo ilumina; sin él ni sería posible la creación, ni posible la historia, ni posible el hombre.

Todas estas ideas lejos de animar el paganismo, lejos de darle vida, sin atraerse la conciencia de los filósofos, de los hombres superiores que menospreciaban el símbolo y admiraban la idea, no podían llegar hasta el ánimo del pueblo, empeñado en adorar, no á Júpiter, sino la estatua de Júpiter; no el alma, sino el cuerdo de los dioses. La religión pagana se moría. La apoteosis de los emperadores fué su último instante. La idea de Evehemero, si no era verdad en cuanto á lo pasado, era verdad en cuanto á lo porvenir. Júpiter no era un hombre divinizado, pero Tiberio, el peor de los hombres, debía ser un Júpiter. Diez ciudades del Asia, de la cuna de la religión y de los dioses, enviaban mensajeros al asesino Tiberio pidiéndole de rodillas que les consintiera levantarle un templo y ofrecerle sacrificios é inmaculadas víctimas. El emperador se resistía á tamaña adulación. ¡Ah! El dueño era menos vil que los esclavos. El templo se alzó; el sol iluminó aquel

sacrilegio; el aire en sus alas recogió aquellos cánticos religiosos, aquellas blasfemias escupidas á Dios. Un templo en el Asia es honor demasiado liviano; Calígula tendrá un templo en el Capitolio, sacerdotes suyos, vestales, fuego ardiendo á sus plantas. Pero el emperador, al fin, es el dueño del mundo, y hasta cierto punto un dios. Es necesario envilecer más el paganismo. Los libertos son divinizados, los libertos de Claudio. Neron pone á su mujer Popea entre los dioses; á su mujer Popea, infame prostituta, que le ha dado una hija, una diosa inmortal, que como dice un gran historiador, vivió con toda su inmortalidad cuatro meses. A tal extremo, señores, había llegado el paganismo.

Bien pronto se vió que la humanidad no puede vivir sin una religión. Unos apóstoles, unos mártires, predicaban el culto de un solo Dios, religión venida del cielo para ser la última religión de la humanidad. Entonces los que veían que tras la muerte de la antigua religión iba la muerte de la antigua sociedad, inventaron una especie de paganismo de convención puesto á servicio de la política; religión en que no tenían ninguna fé, religión que era una especie de tregua, religión que ha llamado la historia neo-paganismo. Proclo, Plotino, Jamblico se esforzaron por hacer de todos los dioses del Olimpo un solo dios. El panteísmo idealista, que era el alma de la filosofía

alejandrina, centelleaba en todas las interpretaciones de los neo-paganos. Júpiter era tres y uno: el primer Júpiter era creador, el padre; el segundo, el hijo; la fuerza; el tercero el espíritu, la union del padre con el hijo, del creador con su fuerza creadora por medio de la ciencia; y estos tres eran uno, dios, á un mismo tiempo espíritu y cuerpo, cielo y conciencia, espacio infinito, y los sésres que en el espacio se determinan y se mueven; causa de todas las cosas, raiz de toda sustancia; fuego, aire, éther, sol y luna; criador y criatura; mundo y su providencia; idea y naturaleza; todo lo existente y todo lo posible; en una palabra, señores, Júpiter es la forma del panteísmo. Y de aquí derivaban otras mil interpretaciones. Júpiter es el gran todo; Cronos ó Saturno es la ley del mundo, del espíritu; Minerva es la unidad de ese mismo mundo; Marte es la fuerza de Júpiter en el hombre, y Baco la fuerza de Júpiter en la naturaleza, y Apolo la fuerza de Júpiter en el pensamiento, en la conciencia. Así iban, señores, aquellos filósofos alejandrinos desnaturalizando el paganismo, convirtiéndolo en una religion de conveniencia, en una religion convencional, y así trituraban los dioses para dejarlos á las plantas de los discípulos y de los apóstoles de Jesucristo.

Para que se vea cómo interpretaban el paganismo, recuérdese el mitho de Narciso. Narciso,

jóven hermosísimo, de una blancura semejante á la nieve, de ojos celestes como el firmamento, de cabello parecido á los rayos del sol, hijo del amor del rio Cephiso con una hermosa ninfa que al caer la tarde vagaba por sus orillas ligera como la niebla; Narciso, despiadado y cruel, no habia querido amar, no habia querido fecundar con su pura vida el corazon de las ninfas delirantes por él de ciego amor; y un dia despues de haber recorrido solo, entregado á sus pensamientos, los montes y los valles, atravesando la espesura de las selvas que dejaban flores prendidas en sus ensortijados cabellos, fué á reposar de sus fatigas á orillas de una fuente en la verde y mullida grama; fuente, que en sus lípidos cristales, retrató su imágen, y al verla, se quedó enamorado de ella; suspenso, embebecido, fuera de sí, y no pudiendo sufrir su amor, tendió los brazos á la hermosa imágen, quiso oprimirla contra su corazon, llenarla de besos, perderse en un mar infinito de no gastadas delicias, y se precipitó en el agua y murió ahogado, y su cuerpo se transformó al borde humilde y poetico de la fuente en la flor del Narciso, que enviaba del fondo de su cáliz el alma del cuitado envuelta en perfumes á la inmensidad de los cielos.

Este mitho, que parece invencion de la riente imaginacion de las mujeres griegas, destinado á recordar á los jóvenes cuán caro se paga el no

amar, era para los alejandrinos una alegoría que significaba que el alma tiende por inclinación incontrastable á contemplar su misteriosa esencia, pero cuando busca la esencia en la vida del sentido, en la vida transitoria y terrena de la realidad, se consume de tristeza; y cuando la busca en la esencia verdadera y divina de su sér, en la idea libre y pura, entonces, desceñida de la realidad material, se levanta en alas de su inspiración á la realidad eterna, que está en Dios, inundada de plácida ventura. Y de la misma suerte interpretaban todo el paganismo; Júpiter, Urano y Saturno son la unidad, la inteligencia, la voluntad; Venus es hija de Júpiter, porque es el alma universal del mundo saliendo del seno de Dios; Saturno, devorando á sus hijos, es la razón encontrando la ciencia dentro de su mismo seno y de su misma vida; las ninfas son almas humanas, y el velo es nuestro cuerpo; y así querían encontrar nuevas ideas en los antiguos símbolos, para que el mundo no cambiase de altares, hasta que Juliano reveló el verdadero sentido de aquella teología política, diciendo, no quiero que mueran los dioses, porque no quiero que muera el Imperio, y añade Simmaco, no quiero que se arruine el Olimpo, porque no quiero que se arruine el senado.

Resumamos, señores, cuánto hemos dicho sobre el paganismo. Esta religion comenzó por ser

el sentimiento sencillo, el primer vuelo de la imaginación al seno de la naturaleza. Como el ave que al salir del nido sigue con tardo paso el camino que su madre le enseña, el espíritu abandonado á sí mismo seguía en su adoración los objetos externos, y teniendo únicamente despierto y vivo el sentido, nada conocía del mundo de las ideas. Mas después las ideas orientales, que invadieron la Grecia, trocaron aquel sentimiento sencillo en una larga serie de dogmas depositados en la conciencia de los sacerdotes. Los pueblos no pudieron abrazar en su mente aquel número de dogmas, y forzados por la necesidad, cayeron de rodillas á los piés de los sacerdotes y les entregaron la dirección de su conciencia. El paganismo primitivo, que había adorado los objetos exteriores en su individualidad concreta, desde este punto adoró toda la naturaleza, y se convirtió en un panteísmo que abrazaba en su inmensidad la creación, el hombre y Dios. Por eso los sistemas y los libros de los sacerdotes, son sistemas y libros cosmogónicos. Pero bien pronto la razón humana protestó contra las antiguas teogonías y contra las antiguas teocracias. Encontrando en sí el hombre un criterio superior al criterio de los sacerdotes, una moral más pura que la moral pagana, un pensamiento más alto y sublime que todos los pensamientos encerrados en las antiguas teogonías; quiso que los dioses fueran no el refle-

jo de la naturaleza, sino el reflejo de la conciencia; no representantes de las fuerzas del mundo, sino representantes de las ideas de la razon humana. Entonces apareció Homero, que negaba la religion antigua y establecia una religion. Hesiodo es el gran teólogo de esta edad religiosa, como Orfeo es el teólogo de la edad precedente. El paganismo tuvo una influencia social, política y artistica decisiva, tanto en Grecia, como en Roma. Pero en Grecia y Roma los filósofos, que personificaban la razon humana con las armas de la dialéctica, descompusieron, destrozaron el paganismo. Entonces los sacerdotes pensaron en dar un gran esplendor á los misterios para detener con los terrores y las esperanzas de otra vida las almas que huian de su dominio en esta vida terrena. No hubo remedio. El paganismo llegó á divinizar los mónstruos que habian tiranizado á los hombres, cayó de hinojos ante séres inmundos, y agonizaba, para que se cumpliera el plan eterno de la Providencia en la historia.

El paganismo pues murió sin remedio. El rayo de Júpiter se apagó en sus manos; cayeron hechas polvo las estrellas que coronaban á Juno; el cinturon de Venus tan luminoso perdió todo su brillo; la diosa del amor, infecunda y estéril, se sumergió en la nada; Apolo dejó caer su lira, estrellándola contra los espacios; la espiga y las flores, que eran la diadema de Cérés, fueron arre-

batadas por el viento; las aguas ahogaron á Poseidon; el fuego consumió á Pluton; el Dios Pan se precipitó, aquel dios tan alegre y risueño, en las ondas del Mediterráneo en pos de la muerte; los genios, que vagaban en las estrellas, buscaron en las estrellas una sepultura; la linfa de los arroyos arrastró al mar los cuerpos destrozados de las nereidas; los bosques perdieron sus misterios, la naturaleza su voz, su poesía; los mármoles de Paros no brillaron ya con la luz de la inspiracion artistica, y se extinguió la inextinguible vida del paganismo; y sobre los restos de aquella religion del arte, se levantó la religion divina, la religion celeste, que venia á exaltar á los humildes, á los desgraciados, á los infelices; que venia á contener las espadas de los bárbaros melladas en la destruccion de los cuerpos marmóreos de los dioses; que venia á destruir los dioses hijos de la naturaleza, y á sustituirlos por el eterno Dios de la verdad y de la ciencia; que venia á predicar la libertad del hombre, y la igualdad de todas las razas, la santa fraternidad de todos los pueblos; religion, que por más que pese á los que quieren ungir con ella la horrible tiranía, será siempre el triunfo del espíritu sobre la naturaleza, de la libertad sobre el privilegio, de Dios sobre todas las sombras de la historia.—He dicho. (Aplausos.)



## EL CRISTIANISMO Y EL IMPERIO.

### LECCION NOVENA.

SEÑORES :

Al terminar en esta noche mis lecciones, que, contando con el auxilio del cielo y la benevolencia del público, pienso continuar en el próximo venidero curso, lecciones en que he procurado manifestar una vez más que la causa de la libertad es de todos los tiempos, que la razón, el derecho y la justicia se desarrollan lenta, pero progresivamente en toda la historia; al terminar en esta noche mis lecciones, decía, yo, que solo guardo en mi corazón simpatías para los oprimidos, odio y horror para los opresores; yo, que saludo alborozado en la historia, el instante sublime en que se quiebran las cadenas del siervo, en que amanece un nuevo rayo de luz en la conciencia humana; yo, que no mido la grandeza de las civilizaciones, ni por la extensión de sus dominios, ni

por la fuerza de sus ejércitos, ni por la soberbia de sus obras, sino por la mayor suma de libertad y bienestar que goza ese pobre oprimido pueblo, que ha amasado con sus lágrimas y con su sangre toda la tierra; yo, para coronar mi obra, voy á ofreceros el instante sublime del nacimiento del apostolado cristiano, instante en que la palabra de los ignorantes eclipsa la soberbia de los sabios, y los brazos de los débiles rompen, destrozán las armas de los fuertes, y el aliento de fuego, exhalado por unos pobres desconocidos misioneros, derrite la corona autocrática en la frente de los Césares, como para enseñar eternamente á las generaciones, que cuando los pueblos son tan viles que, olvidados de sus derechos y sus deberes, se entregan de grado á la coyunda vil del despotismo, Dios, que ha dado al hombre la libertad para que la practique; Dios, que ha señalado á las naciones la ley del progreso como á los astros sus luminosas órbitas; Dios, que no puede consentir que prevalezca en el mundo la tiranía y la injusticia, manda el fuego de su ira desde el cielo para que consuma y devore á los tiranos. (Estrepitosos aplausos.)

Cumplido el fin providencial del Imperio, sujeto el mundo á la obediencia de Roma, esclavizadas todas las razas, silenciosas todas las gentes, fundidas en una todas las naciones, apagada la antigua conciencia religiosa, moribundos los dio-

ses, sin fuego el ara, sin ofrendas el altar, puestos en el cielo todos los mónstruos que más habian perseguido á los hombres; tocada la ciencia de un misticismo exaltado, signo de su próxima é inevitable ruina; espirando el arte entre congojosas endechas; perdidas las antiguas severas costumbres; convertida toda la tierra en impura mancebía de los emperadores romanos; dividida y rasgada la púrpura imperial entre las aceradas lanzas de las regiones bárbaras y extranjeras; hirviendo una tempestad pavorosa en las orillas del Rhin y del Danubio, que amenazaba dar en tierra con la gigantesca Roma; el mundo se hubiera perdido, la civilizacion se hubiera acabado, si en el seno de las catacumbas no hubiera existido la idea cristiana, mantenida por pobres apóstoles, gente baladí y grosera, á quienes sus tiranos, sus perseguidores, sus verdugos llamaban enemigos de la propiedad, porque solo querian la posesion de los espíritus; enemigos de la familia, porque condenaban la tiranía del padre y querian exaltar la dignidad de la mujer; enemigos de toda religion, porque levantaban sobre los despedazados cadáveres de los dioses la idea santísima de la unidad de Dios; gente baladí y grosera, destinada á ser pasto de los brutos en el circo, alimento de las hogueras; pero gente, que proclamando desde el fondo del martirio en el potro, en el tormento, la unidad pura de Dios, la verdad de la religion, la

santa union de todos los pueblos y de todas las razas, al mismo tiempo que dirigian la conciencia humana á su Criador impulsaban con su aliento á la tierra en su camino por los derroteros del progreso. (Aplausos.)

Mas para estudiar el nacimiento del apostolado, es preciso volver los ojos á Israel, y estudiar en Israel su gran cualidad, la constancia. En vano los egipcios habian querido darle á beber el jugo de aquellas religiones nacidas en las márgenes del Nilo; en vano los asirios habian destrozado sus templos, roto las tablas de las leyes, y conducido cautivos los hijos de Israel á las márgenes del Eufrates para que oyeran los cantos de sus dioses en las ramas de los llorosos sáuces; en vano los persas le habian mostrado aquellos sus templos inundados de luz; en vano Alejandro habia querido arrojar el alma de aquel pueblo en la fusion universal que ideaba de todas las razas del Oriente; en vano los Seleúcidas habian repetido los cantos de las nereidas y de las sirenas de Grecia en los oidos de Israel para que cayera de hinojos ante los altares paganos; en vano Antioco habia querido destrozár aquel pueblo bajo las ruedas de su carro para formar con todo el Oriente un imperio que pudiera contrastar el inmenso poder de Roma; todo en vano, porque Israel, como un solitario apartado de todos los pueblos, lejos de todo el movimiento de la historia, como un ce-

nobita que se alza en un monte, más allá de la region de las tempestades, vivia en su santuario, al calor del fuego del sacrificio, conservando pura la idea santísima de la unidad de Dios, como el tallo de que habia de brotar la eterna flor de nuestra fé religiosa. (Generales aplausos.)

Señores: ¿qué cambio se ha verificado en Israel? ¿Por qué todos los ojos se vuelven á lo porvenir? ¿Cuántas sectas han salido de su seno? ¿Qué esperan? Jerusalem, apegada á sus tradiciones, vuelve los ojos á lo porvenir como atraída por una celeste esperanza. La secta de los Esemios representa admirablemente el estado extraordinario de Jerusalem. Esta secta, no obstante adorar al verdadero Dios y tener por templo la sinagoga, se refugia en el seno de los desiertos, y allí vive la vida inocente, primitiva, pero bárbara del comunismo; abre de dia y de noche las puertas de sus chozas para que entre á reposar el cansado viajero y el errante peregrino; protege á los débiles y á los desgraciados, como si presintiera que la felicidad y la desgracia van á ser santificadas en la tierra por un soplo del cielo; condena la esclavitud y destroza las cadenas de los siervos; busca á Dios más que en la oracion mística, en la práctica de las buenas obras; y llena de esperanzas, de revelaciones proféticas aguarda un cambio en la historia, el descendimiento del prometido á la tierra; siendo sus sectarios como una especie de

profetas que pasan su vida poniendo los oídos en tierra para escuchar si á lo lejos se oyen los pasos del que ha de venir; tornando los ojos á la sonrosada nube, que al caer la tarde, herida por el sol poniente, aparece en los límites del horizonte, para ver si se abre y llueve el Verbo que ha de redimir al hombre, orando á las puertas de sus cabañas, fijos los ojos en las estrellas, en la seguridad de que la más brillante ha de bajar á posarse en la copa de las palmeras, y traer en sus alas al hombre divino destinado á libertar en su esclavitud á la tierra. (Generales aplausos.) Y al mismo tiempo, todos los judíos creían que Dios no podía consentir la esclavitud de su pueblo, que iba á bajar en carro de fuego, precedido de numerosos ejércitos, acompañado de esclavos, vibrando un rayo en sus manos, dispuesto á levantar á Israel sobre todas las naciones de la tierra, y á precipitar en el polvo á sus enemigos, como en otro tiempo precipitó airado á los Faraones y sus guerreros en las alteradas ondas del mar Rojo.

El que habia de venir, viene; el que habia de llegar, llega; pero no viene, ni en el seno de la sonrosada nube, ni en alas de las estrellas, sino manso y humilde en el seno de la pobreza y de la desgracia; no viene acompañado de numeroso ejército, sino de su bendita palabra y de su eterno amor; no viene seguido de esclavos, sino ansioso de acabar con todas las esclavitudes; no viene

blandiendo la espada del tirano, sino pronto á quebrantar todas las tiranías; no viene á levantar un pueblo sobre otro pueblo, ni una raza sobre los huesos de otra raza, sino á estrechar contra su pecho y á bendecir con el infinito amor de su corazón todos los pueblos y todas las razas; Dios de paz y de amor, que despues de haber estendido los inmensos azules cielos, y haber derramado en los cielos, como una lluvia de luz, las estrellas, y haber hecho salir del oscuro seno del caos la tierra coronada de flores, ¡Él! causa de toda vida, autor de toda existencia, se despoja de su vida, de su existencia, por la salud y la libertad de los hombres en el altar sublime del Calvario. (Entusiastas aplausos.)

Muerto Jesucristo, no muere el Cristianismo. Ahí está la Iglesia, que lo representa; la Iglesia, que es su depositaria; la Iglesia, que en los cinco primeros siglos que examinamos, define, desarrolla, confirma los dogmas, llama las clases pobres á participar del sacerdocio, reservado antes á las clases privilegiadas; establece la igualdad humana, la igualdad natural; infunde un nuevo espíritu en las venas corroídas y canceradas de la sociedad antigua, y logra que los bárbaros, aquellos bárbaros llenos de odio, caigan de hinojos al pié del Capitolio, que quieren destruir con sus hambrientas espadas, para levantar sobre los restos de la Roma idólatra el reinado de la Roma



crisiana, que va á ser el centro de la historia moderna. Ver el nacimiento y las luchas de la Iglesia y sus victorias merece detenido estudio. Convertamos ahora los ojos al instante en que aparece en la historia, para salud y libertad del mundo, el apostolado cristiano.

¡Qué situacion tan extraordinaria la de Jerusalem al aparecer el apostolado! Incendiada Tiro por las teas de Alejandro; esparcidas en el viento las cenizas de la antigua Cartago; convertidas Nínive y Babilonia en inmensos desiertos, donde solo se oia el rugir de los leones y el maullar de los tigres y chacales; eclipsadas ó decaidas todas las ciudades que podian rivalizar con Jerusalem, la ciudad santa, término medio entre Egipto y Persia, centro de tres grandes continentes, descanso de las caravanas que desde las orillas del Mediterráneo van al interior del Asia, y del interior del Asia vuelven cargadas de mirra, de aloe, de marfil, de oro, á las orillas del Mediterráneo; levántada en altos desfiladeros, que son á un tiempo su trono y su fortaleza, guarda en sus recintos gentes de todas las naciones: persas, que han visto sus dioses presa de ambiciosos conquistadores, sus dioses invencibles, y desean un nuevo dios; griegos y romanos, que han oido en las riberas del Mediterráneo las azules plácidas hondas quejarse en son doliente de la próxima agonía de las hermosas divinidades olímpicas; judíos, que de todos los

puntos del horizonte van al templo santo, porque han contado las setenta semanas de Daniel y esperan ver el prometido á su pueblo; y mientras estos sentimientos religiosos agitan todos los corazones, y esta exaltacion religiosa se apodera de todas las conciencias, del seno del desierto, de las orillas del Jordan, de Galilea, de Samaría, de las áridas riberas del mar de Tiberiades, de las cavernas de las montañas, salen unos pobres apóstoles, diciendo que un criminal, muerto en la Pascua anterior, cuyo recuerdo se habia borrado hasta de la conciencia de sus jueces, era el Hijo de Dios, desconocido por los hombres, el Verbo divino, sacrificado impiamente por la humanidad; palabras que les atraian muchas persecuciones pero tambien muchos sectarios, los cuales, en las calles, en las plazas, en aquellos templos que habian escuchado por espacio de tantos siglos las salmodias de los sacerdotes de Jehová, predicaban las ideas de una nueva religion, que ansiosas recogian todas las gentes, que devoraba, como la lluvia el desierto, la árida conciencia de todo el universo. (Aplausos.)

El Cristianismo debia encontrar graves obstáculos en su carrera por el mundo, obstáculos en el espacio, obstáculos en la conciencia. Un dia, á la puerta, del templo, un jóven predicaba la buena nueva. El pueblo le oia estático, los sacerdotes escuchaban atentos; las palabras de aquel jó-

ven eran como el anuncio del nuevo mundo, como el vagido de la nueva idea en su cuna. El jóven decia que su ley era de caridad, que su doctrina era como el ósculo impreso por Dios en el alma humana, cual si quisiera crearla de nuevo para su gloria y para mostrar su grandeza. Al mismo tiempo que derramaba en el ánimo de las gentes tan dulces consuelos y tan divinas esperanzas, se volvía indignado contra los fariseos, los falsos sacerdotes de la ley antigua, y los conminaba por haber herido la cabeza del Justo, por haber ahogado entre sus brazos el hijo del hombre, que debía derramar como una lluvia la vida de Israel en toda la tierra. Los sacerdotes oyeron estas palabras, y adivinaron toda su trascendencia. Uno de ellos se inclinó al suelo, cogió una piedra y la arrojó á la frente del jóven tribuno de Dios. El pueblo imitó la conducta del sacerdote. El jóven cayó herido, su pura sangre tiñó las gradas del templo, su alma se perdió como un suspiro en el cielo. Prueba evidente, señores, de que las nuevas ideas necesitan para alimentarse de la vida de sus apósteles; prueba evidente de que así como el árbol crece del jugo de la tierra donde nace, las ideas crecen con la sangre de sus sectarios; pero no debemos por esto afligirnos, que mientras el nombre de los perseguidores de la verdad, de los tiranos, de los verdugos, ó muere y se olvida, ó pasa de generacion en generacion rodeado de eter-

nas maldiciones, la aureola purísima de los mártires, de los perseguidos por la causa de la justicia, resplandece eternamente, como luz inmortal en todas las páginas de la historia. (Generales aplausos.)

Mas no eran estos los únicos obstáculos que encontrara el Cristianismo; tambien los encontraba muy grandes en la ciencia. Un dia San Pedro iba camino de Samaria, al paso encontró un hombre que le dijo: «Pedro, toma todo mi oro, y dame el espíritu de Dios.» San Pedro le contestó: «Maldito sea tu oro, no descenderá el espíritu de Dios sobre tu alma.» Aquel hombre se llamaba Simon el Mago. Habia recibido en su frente el agua del bautismo, pero no habia recibido en su alma el espíritu de Dios; su mente se habia abismado en los misterios de la naturaleza y del espíritu, su corazon en el combate de todas las pasiones humanas; las ideas de todos los cultos, los dioses de todas las teogonías, se atravesaban como sombras y rayos rotos de luz en su conciencia; los ecos de todas las artes, los cánticos de todos los poetas, la voz de todas las generaciones, resonaban en sus oidos; la idea humana en todo su brillo habitaba los profundos abismos de su conciencia; la descomposicion de la sociedad antigua era la misma descomposicion de su mente; exaltado por aquella embriaguez de pensamientos, mago, que evocaba sueños, hechicero que componia maravillo-

esos brevajes, poeta, orador, imágen fiel de su tiempo, copia del caos en que vagaba perdida la antigua sociedad, la antigua ciencia; aquel hombre enseñaba al pueblo que él era hijo del amor de la eternidad con el tiempo, que en su alma residían los modelos de todas las ideas, y en su palabra la energía de todas las cosas; que su hermosa Elena (una mujer que consigo llevaba) era la madre inmortal de los astros y de los ángeles, los cuales, al sentirse creados y al verse tan hermosos, se habían cubierto con sus alas, desoyendo la voz de la hermosa que les diera pródiga el sér; que él mismo, á pesar de que era espíritu puro, sustancia inmortal, se había escondido en el seno frágil y quebradizo de un cuerpo, de una organización material, para revelarse palpablemente á los mortales, y que la tierra y la humanidad trasfiguradas, merced á sus palabras, regeneradas, irían de esfera en esfera, de astro en astro, subiendo hasta perderse en el inmenso seno del padre, en el mar sin riberas de la eterna vida; ideas fantasmagóricas, delirios cabalistas y alejandrinos, ensueños producidos en la mente del viejo mundo por la fiebre de la agonía, conjuros con que el espíritu de retroceso pretendía ahogar en su cuna el naciente Cristianismo. (Aplausos.)

Y al mismo tiempo que Simon el Mago predicaba esta doctrina, el espíritu griego personificado en Apolonio de Tyada iba al Oriente como á

fortificar en sus fuentes bautismales la escuela pitagórica. La vida de Apolonio era un misterio, sus costumbres, al parecer, puras, su palabra elocuente, su imaginación poética, su actitud severa, majestuosa; vestía de blanco lino, solo comía frutas, andaba descalzo, y el rubio cabello le caía sobre las espaldas, cubriéndolas como una clámide de oro. Sus ideas, esencialmente paganas, tendían á resucitar la antigua escuela itálica, el Dios, centro de las esferas, la armonía de los mundos, las relaciones del alma con su Dios por medio de la música. Los historiadores eclesiásticos dicen que Apolonio quiso darse frente á frente de los cristianos por salvador á los hombres; los historiadores profanos le niegan éste carácter, pero todos convienen sin duda en que el carácter de estas escuelas, extraordinario en verdad, era predicar á los pueblos, rodearse de las gentes, ir de region en region, queriendo llevar á la conciencia humana algo de misterioso, algo de divino.

Simon el Mago es el espíritu oriental, que quiere darse por salvador á los hombres; Apolonio es el espíritu griego, que quiere cumplir esta misma obra. Estado en verdad extraordinario en el mundo. Todas las ciencias, todos los pensadores buscan un salvador para la sociedad, un redentor para el hombre. Las escuelas filosóficas más misteriosas, aquellas que nunca revelaron sus dogmas á la gente, por una inclinación que

no sabian explicarse, descubren sus misterios, predicán á la luz del día, revelan sus dogmas, los reparten pródidas entre todas las gentes, van de nacion en nacion extendiendo su doctrina, sienten invencible necesidad de relacionarla con el cielo, de inspirarse en lo infinito; y de aquí esa exaltacion mística de todos los sistemas que por estos tiempos aparecen, ese delirio por descubrir algo divino en la conciencia, ese afán de mezclar todas las doctrinas, todas las escuelas, todos los dioses, para extraer una idea con que consolar á la doliente humanidad.

Ni el espíritu griego, ni el espíritu oriental, podrán redimir al mundo; tal obra es del espíritu divino. Ni griegos, ni romanos, ni orientales, propagarán esta doctrina, sino el hombre, sí, el hombre regenerado y libre. El que ve á Dios y conversa con él por medio de sus ideas y de sus obras; el que siente derramarse por su pecho el fuego celestial de la libertad; el que rompe bajo sus plantas el yugo vil del destino; el que hiere en la frente la antigua bárbara casta; el que baja á la choza donde yace la humanidad parálitica y le dice: levántate y anda y vé á difundir el espíritu de Dios por toda la tierra; el que se inclina sobre el polvo donde llora el esclavo con la triste marca de su servidumbre en la frente, y le alza de su degradacion, y promete á sus dolores el cielo, y le infunde el sentimiento de la propia dignidad,

primer instante de su emancipacion progresiva; el que erige altares á cuyos piés no hay ni griego, ni romano, ni judío, ni señores, ni esclavos, sino solo hombres y hombres libres; el que obra todas estas maravillas y dá su sangre por la salud de los oprimidos y de los desgraciados; ese hombre, norma de todos los tiempos, iluminado por el cielo, enviado de Dios, tribuno de la eterna libertad, tendrá el grandioso destino de sacar á la humanidad del seno de las sombras de las antiguas sociedades, y ceñir á sus sienes la eterna aureola de la verdad religiosa. (Aplausos).

Los apóstoles se reúnen primero en Jerusalem. Al darse el santo ósculo de paz, se reparten mutuamente sus almas. El fuego del espíritu divino ha descendido sobre sus frentes, el eterno amor sobre sus corazones. Rechazan todo lo terreno como inútil y se acogen fuertemente á su divina idea. No quieren tener nada en la tierra, porque anhelan la posesion de los espíritus que les ha decretado la Providencia. Delante de los ídolos van á predicar un solo Dios; en presencia del mundo esclavizado van á levantar la bandera immaculada de la libertad. Sus enemigos tienen toda la tierra y todo el poder, y ellos solo tienen su palabra y su corazón. Mas por su causa pelea Dios. En las calles de Jerusalem son perseguidos, y aquellas persecuciones són sus primeras victorias. De cada gota de sangre que derraman, sa-

len millares de apóstoles ansiosos de abrasar en el fuego de su pensamiento la vieja sociedad. Cuando sus enemigos los persiguen, ruegan á Dios por sus enemigos. Cuando se ven odiados de los hombres, crece su amor por los hombres. Los mismos que van á libertar, los rechazan, y de la ingratitude humana apelan á la justicia divina. En Jerusalem se reúnen los sacerdotes, los arrojan de la Sinagoga, pero ellos toman posesion de otro templo más hermoso y más digno de Dios, de la conciencia humana.

Mas es necesario estudiar el carácter que tomaron los cristianos primitivos, recién-convertidos del judaismo. El corazon ama la patria, y como el árbol, agarra fuertemente sus raices á la tierra donde nació; y el alma del hombre ama esa otra patria intelectual, sus primitivas creencias, y vive de su jugo; y como esto es natural en nuestro espíritu, los primeros conversos, antes judíos, creyeron que el Cristianismo era un apéndice de la Biblia; que el Templo eterno debia ser la Sinagoga; que la raza semítica debia gozar la dignidad privativa del sacerdocio; que el alba del nuevo dia estaba destinada á iluminar solamente á los judíos, que era necesaria la circuncision como un precedente al bautismo; que el Evangelio debia escribirse en hebreo, puesto que el pueblo judío era el predilecto del Dios del Calvario como el escogido del Dios del Sinaí; sentido mezquino y es-

trecho, que si hubiera continuado, si hubiera sido posible que continuara, lo cual no cabia ni en el plan eterno de la Providencia, ni en las leyes divinas de la revelacion, por opuesto al pensamiento del Divino fundador del Cristianismo, por contrario á los progresos de la Iglesia universal, hubiera hecho de nuestra religion una secta judía, acaso como la secta de los Esénios, perdida en un misticismo estéril, sujeta al carácter de la raza semítica, despojada de toda su universalidad y grandeza. Esto es tan cierto, que las prácticas de la antigua ley continuaban, los fieles asistian á las sinagogas y presentaban ofrendas á los mismos sacerdotes judíos. A pesar de haberse inaugurado el culto del espíritu, aún la sangre de los animales corria sobre el altar derramada por los judíos recién-convertidos al Cristianismo. Muchos ilusos semitas veian con recelo que pueblos idólatras pudieran penetrar en el recinto sagrado de su templo y en el seno de su doctrina. No comprendian que la ley de las venganzas estaba concluida y sellada, y que se iba á dar principio á la ley del amor y de la misericordia. Como Jesucristo habia reconciliado el hombre con Dios, la Iglesia su heredera debia reconciliar el hombre con el hombre, las razas con las razas.

Para cumplir esa mision providencial aparece en la historia San Pablo. Judío por su familia, poseia la idea verdadera de la unidad de Dios; griego

por educacion, poseia ideas muy claras sobre la naturaleza del hombre; ciudadano de Roma por privilegio, como todo ciudadano de Roma, tenia conciencia de la unidad del mundo y de la union de las razas; exaltado, apasionadísimo amaba hasta el delirio y aborrecia hasta la venganza; y así, cuando judío, fué el primero que se bañó en sangre de los mártires; y convertido al Cristianismo, porque un rayo de luz divina hirió su conciencia, su amor le llevó por toda la tierra, su actividad no se dió punto de reposo, su entereza sufrió toda suerte de persecuciones y adversidades; tres naufragios, las varas de los procónsules que desgarraron sus carnes, las piedras de los paganos que rompieron sus huesos, las asechanzas de las fieras en el desierto, la furia de los elementos que tostaron su piel y consumieron su sangre; desgracias que ni le amedrentaron, ni fueron parte á impedir su maravillosa predicacion, pues en Efeso hace temblar sobre su pedestal á la diosa Diana, y en Corinto consigue cerrar el templo de Venus, y delante del Areópago de Atenas predica la verdad de un Dios, más sublime que el Dios de Sócrates, y en Jerusalem dice ante la raza egoista semítica que, despues del Cristianismo ya no hay ni griegos, ni romanos, ni judíos, sino solo hombres; y trabaja incansable por su divina idea, iluminándola á los ojos de la historia con su amor, con el fuego de su exaltado espíritu. (Prolongados aplausos).

Así como Jesucristo en su religion une la idea del hombre con la idea de Dios; San Pablo en sus predicaciones une los semitas, la raza de los sacerdotes, con los indo-europeos, la raza de los guerreros. La idea de San Pablo no se detiene en el nido primitivo de la sinagoga; al calor del fuego del antiguo sacrificio; abre sus alas, y perdiéndose en el cielo, abraza á todos los pueblos y á todas las gentes. Para él hay algo superior á los griegos, á los judíos, á los romanos: el hombre; y una idea superior á toda idea de patria: la humanidad. Su palabra abrasada en el fuego de la divina fé en que arde su corazon, quiere quebrantar todos los privilegios, borrar todas las diferencias de raza, establecer bajo la unidad de Dios la unidad del hombre. En San Pablo empiezan los tiempos verdaderos de la fé; no ha visto á Jesucristo, no le ha conocido; no ha abrazado desde el primer momento la religion, antes la ha perseguido; y sin embargo, por misteriosa revelacion, es el celoso defensor de Cristo, el apóstol de su doctrina entre las naciones y entre los gentiles. El alma de San Pablo, apoderándose de la idea de la unidad del hombre, que posee como romano, y de la idea de la unidad de Dios, que posee como judío, y de la union de estas dos ideas en Jesucristo, comienza á abrir las puertas del santuario cristiano á los gentiles, y les dice que no necesitan conocer la Biblia para conocer la verdadera doctrina, por-

que en el Cristianismo se contiene toda la revelación.

Estas ideas de San Pablo difícilmente podían ser admitidas por los que en su amor á la raza semítica creían vinculada en su raza la dignidad privativa del sacerdocio; pues, según largas y no interrumpidas tradiciones, se estimaba á sí misma la raza predilecta y escogida por Dios entre todas las gentes del universo. Las ideas de San Pablo produjeron hasta una sublevación; se creía que levantar á los gentiles al lado de los judíos era lo mismo que levantar al lado del trono de Dios el trono de Satanás. Esta grave divergencia, esta lucha en el seno del Cristianismo, en las entrañas mismas de la Iglesia, no se podía resolver sino por la Iglesia misma, y entonces todos los labios pronunciaron á una la gran palabra, la palabra «Concilio.»

Entonces de los cuatro puntos del horizonte van á Jerusalem, como las semillas que arrastra en sus alas el viento, los apóstoles de la verdad y de la religión, llevando las señales del martirio y del sufrimiento en sus frentes, corona más envidiable que todas las coronas de sus perseguidores y de sus tiranos; y en pos de los apóstoles van nuevos sectarios, trofeos de sus victorias, más gloriosas que los trofeos de los conquistadores comprados á costa de mares de lágrimas y sangre; y la Iglesia universal se reúne con todos sus fieles;

y los que acaban de sacrificar en los altares griegos y de adorar divinidades paganas; los que en el Asia menor se han postrado de hinojos ante la naturaleza orgánica, ante los animales del campo; los sacerdotes de los mismos templos mosaicos que habían esperado en vano la venida del Mesías en la centelleante nube del Sinai; los hombres manchados de sangre, que en el fondo de los umbrosos bosques del viejo mundo habían abierto las entrañas de víctimas humanas, y las habían arrojado al pié del ara como ofrenda grata á sus bárbaras divinidades, allí, limpios todos de sus antiguas manchas, de sus abominaciones, asistidos por el espíritu celeste, entierran el dios-naturaleza, rompen sobre su sepulcro las cadenas de las razas y de las castas, levantan el Dios uno del espíritu, y bajo su poderosa égida unen las inteligencias en una sola verdad, y los corazones en la ley divina del amor cristiano. (Estrepitosos y prolongados aplausos).

Señores: ¡hora bendita, hora bendita en la historia! ¡Qué consecuencias tan grandes va á tener en todos los tiempos, en toda la humanidad, este instante sublime del Cristianismo! Si los antiguos dioses caen y se precipitan en las entrañas de la tierra de que habían salido; si las fuerzas de la naturaleza dejan de aterrar al hombre y se convierten milagrosamente en fuerzas auxiliares de su poder; si el fuego del sacrificio en que ardían las

entrañas de tantas víctimas como una evaporación del espíritu y de la naturaleza, se apaga; si el ara manchada de sangre se quiebra; si la mente humana se purifica, y rasgando los toscos velos del mundo exterior, se arroba en contemplar á Dios en su eterno santuario; si la diferencia de las razas se concluye y sobre sus restos se levanta la humanidad, una en espíritu; si la tiranía de los poderosos no puede llegar hasta el secreto inviolable asilo de la conciencia humana; si las antiguas teocracias que comerciaban con el trabajo del hombre, ven interrumpido su inmoral festín; si huyen despavoridos, como las aves nocturnas á los rayos de la luz, los fantasmas que amedrentaban á los pueblos; si la ley moral y la ley religiosa son iguales para todos, lo mismo para el pobre que para el rico, lo mismo para el esclavo que para su señor, lo mismo para el vasallo que para su rey; si se realizan las sucesivas emancipaciones de todos los siervos, que desde su condicion de cosas, conquistan su condicion de hombres; si un ideal de justicia aparece al frente de las sociedades, ideal que realizan todas las generaciones en el espacio y en la historia; si se ven tantas maravillas que no habian soñado las antiguas sociedades, ni aun los mismos filósofos antiguos, se debe á la eficacia divina, salvadora, incontestable del Cristianismo. (Entusiastas aplausos).

El antiguo mundo va echando de ver, por los

días que historiamos, que el Cristianismo no solo es una revolucion religiosa, sino que es tambien una revolucion política, una revolucion social. Los tiranos de la tierra, los sacerdotes de los antiguos cultos, los magistrados de la vieja sociedad, todos los que libraban algun interés en la conservacion del ruinoso paganismo, desatan sus iras contra los apóstoles de la nueva religion. De estos, unos huyen á los desiertos y allí difunden la palabra divina; otros se refugian en las islas, y allí levantan iglesias; muchos huyendo de las ráfagas de la tempestad, recorren dispersos y errantes la faz de la tierra, dejando por donde pasan la huella inextinguible de su luminosa idea; y los más bajan á los calabozos, y en los calabozos redimen almas; van al tormento, al martirio, y en el tormento, en el martirio logran los principales triunfos de la religion cristiana.

En esta gran obra de la propagacion universal del Cristianismo, precisa ver el papel que representan San Pedro y San Pablo. San Pedro es el sacerdote semita, San Pablo el soldado romano; San Pedro es la reflexion, San Pablo el amor; San Pedro el instinto de conservacion, San Pablo el instinto del progreso; San Pedro quiere la obra lenta, pero segura; San Pablo la quiere universal y rápida; San Pedro trabaja con más detenimiento, San Pablo con más entusiasmo; los dos, aunque en la forma se diferencian, se completan en



la esencia, porque sin San Pedro la propagacion del Cristianismo hubiera sido indecisa, y sin San Pablo hubiera sido lenta; el apóstol de las gentes ganaba innumerables almas, y el príncipe de la Iglesia las recogia en su seno, y sellaba su alianza con Dios por medio de su inefable autoridad. (Aplausos.)

Por fin, señores, en esta gran obra de la propagacion universal del Cristianismo, los cristianos llegan á Roma. Confundidos allí primero con los judíos, fueron tolerados; distinguiéndose despues de los judíos, fueron perseguidos y acosados. Entonces buscaron en el seno de las entrañas de la tierra el asilo que les negaba el corazon de los hombres. En el fondo de las catacumbas, lejos del estrépito del mundo, la vida de los cristianos era esencialmente religiosa, su sociedad una verdadera primitiva república; sus corazones todos se unian en un mismo sentimiento, sus inteligencias en una misma fé, sus fuerzas en un sólo trabajo, sus propiedades en un fondo comun; el gobierno era hijo de la eleccion de todos; los sacerdotes los más virtuosos, los jueces los más ancianos; sus leyes políticas las máximas del Evangelio; su esencia social el amor que á todos igualaba; la oracion se celebraba á un tiempo, entonando un cántico todos los labios; la comida á una hora prefijada, y antes de comer se daban todos un ósculo de paz; allí no habia distinciones ni privi-

legios sino para el desgraciado, para el desvalido, para el enfermo; prueba evidente de que destruido aquel primer espíritu griego que habia hecho suyo el genio del derecho, la Providencia que no quiere que la sávia del mundo se acabe, enviaba el eterno espíritu religioso, sobre el cual habia de bajar siempre el aliento de Dios. (Aplausos.)

Señores: puesto que hemos visto llegar los cristianos á Roma, es necesario ver el estado de la Ciudad Eterna en este tiempo. Ya presentamos en nuestra leccion cuarta la imágen de Calígula. Un dia Calígula iba en su litera al teatro. Unos hombres que soñaban con resucitar la antigua sociedad, le asesinan, dándole treinta hachazos en la cabeza.

Sabida la violenta muerte de Calígula, la guardia pretoriana se indigna; los soldados germanos se aparecen por las calles dando espantosos ahullidos, hiriendo y matando á todos los ciudadanos que encuentran al paso, y despues van al teatro á presentar las sangrientas cabezas de sus víctimas al aterrado pueblo; los magos, los bufones, las prostitutas, todos los amigos del Emperador difunto (risas) agitando teas en las manos, quieren quemar á Roma en holocausto á los manes de su señor; el senado se congrega en su templo y pronuncia balbuciente la palabra «libertad:» la muchedumbre, á las puertas del senado, pide un amo, un dueño, pide cadenas; y al

mismo tiempo que esta gran tempestad se desata por calles y plazas, los libertos y algunos soldados encuentran detrás de una cortina, en un rincón del palacio, á un individuo de la familia imperial, á uno de los pocos que quedaban despues del envenenamiento de Germánico y de la muerte del jóven Druso que espiró de hambre en un calabozo, royendo hasta la tela y lana de los colchones de su pobre lecho; encuentran, decia, los legionarios y libertos á un imbécil que estaba temblando detrás de una cortina, y le hacen salir mal de su grado, le arrojan un manto de púrpura en los hombros, le colocan en una dorada litera y lo llevan al campo de Marte, y del campo de Marte al foro, y del foro al senado, diciendo: ya tenemos señor, ya tenemos amo; y pueblo y ejército y senado caen de hinojos ante el nuevo imbécil tirano, que no hay cosa que degrade y envilezca tanto en la tierra como el hábito de la servidumbre. (Estrepitosos aplausos.)

¿Quién era este hombre de súbito ascendido al poder? Se llamaba Claudio. Un palafrenero le habia criado ni más ni ménos que si fuera un caballo (risas); su madre le menospreciaba, y cuando queria extremar la imbecilidad de alguno, decia: es tan imbécil como mi hijo Claudio; su abuela no le habia mirado ni una sola vez á la cara; su tio Augusto, tan solícito con toda su familia, le mentó en un rincón de su testamento, dejándole algu-

nos miserables sextercios; Tiberio le despreciaba y le aborrecia Calígula, y sin embargo, era Emperador y pasaba su vida de esta suerte; la mayor parte del dia jugaba á los dados ó escribia gramáticas, ó recitaba versos griegos; salia despues para ir á los tribunales, donde se sentaba dando sentencias muy donosas, y entre otras, recuerdo una respuesta que dió á varios ciudadanos que se quejaban de que los senadores comerciaban con su voto; ¿para qué lo quieren, decia, sino para venderlo? y cuando más engolfado estaba en estos asuntos, si oia la hora de comer, se levantaba, aunque se hallase en los más solemnes instantes de un juicio, se dirigia á su palacio, donde le aguardaban copas como cántaros, mesa opulenta y jigantesta, platos ciclópeos, en que cabia entero un buey (risas), y se daba á comer más de lo que pedia su voraz apetito, su insaciable gana, hasta que levantándose de la mesa, pasaba á otra estancia donde recibia, ó dormitando ó durmiendo, los embajadores de todas las naciones, los procónsules de todas las provincias, los cuales iban con los dedos llenos de anillos para repartirlos entre los libertos, porque de otro modo no podian ganarse la voluntad de Claudio; hombre desgraciado, que como dice un historiador, cuando queria dibujar en sus labios placentera sonrisa, lanzaba enorme carcajada epiléctica; cuando queria pronunciar un elocuente discurso,

tartamudeaba, y no habia manera de que empezara su oracion; cuando se daba aire marcial é iba á las revistas militares, al ver brillar una espada, lanzaba un grito agudísimo de horror, pálido y trémulo de miedo á la muerte; juguete de su mujer, que le obligaba á matar á los amantes que la habian alguna vez desdeñado (risas); criado de sus libertos, que comerciaban con su poder; esclavo de sus esclavos, y sin embargo, dueño de la tierra, amo de todos los hombres; imágen viva de lo que es el despotismo. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

¿Qué mujer tenia aquel hombre? Es necesario que conozcais el matrimonio, para convenceros del estado de las costumbres en Roma, y de la necesidad que habia de que el Cristianismo, ese soplo del cielo, renovara la vida del espíritu, y nuevos pueblos vinieran á cicatrizar con el hierro y el fuego tan cancerosas llagas. La mujer de Claudio, ya lo sabeis, señores, se llamaba Mesalina. Como Claudio tenia el vicio de la glotonería, Mesalina tenia el vicio de la concupiscencia. Quisiera tener á mano Tácito para leer el cuadro de la muerte de esta mujer. No se ha escrito nada más trájico en ninguna lengua humana. Ya os he dicho el vicio de que padecia Mesalina. Así que su marido conciliaba el sueño, la emperatriz abandonaba el lecho, salia de la cámara nupcial de puntillas, y seguida de una esclava, se iba por

las calles de Roma en pós de vergonzosos placeres. El sentido torpe y desordenado de aquella mujer se embriagó, se enfureció de amor torpe y desordenado tambien por un mancebo hermosísimo de alta alcurnia, que se llamaba Silio. Mesalina no se contentaba con un fácil adulterio; á pesar de hallarse casada, queria casarse tambien con Silio. Este pedia á su deshonrosa amante el Imperio, la muerte de Claudio, demanda á que Mesalina se negaba, no por falta de voluntad, sino por temor de que, ya emperador, Silio despreciara, por asco ó por remordimiento, á la mujer infame que tan vergonzosamente le habia elevado al trono de la tierra. Silio no amaba á Mesalina, pero accedia á sus ruegos, y se doblaba á su pasion, por la seguridad que tenia de que no abrazar á Mesalina era abrazar á la muerte. El miedo es el gran agente de una sociedad corrompida y gastada. Un dia que Claudio se fué á Ostia, se celebró el matrimonio de Mesalina y Silio á la vista del senado, del pueblo, del ejército. El dia de su partida, Claudio mismo firmó el contrato matrimonial de su mujer (risas) ignorando en verdad lo que firmaba. El matrimonio se celebró en un hermoso jardin; Mesalina se prendió el velo de azafran de las vírgenes, la corona griega de sésano; el tálamo nupcial fué expuesto á la vista de todos, cubierto ricamente con púrpura de Tiro, sembrado de flores, y colo-

cado bajo las áureas alas de un casto génio nupcial. Mas Mesalina ignoraba la tempestad que iba á descargar sobre su frente. Se habia desavenido de sus libertos, y esto la perdió. Mesalina habia matado á uno de sus libertos, su amante en otro tiempo, y le habia matado porque era para ella insoportable remordimiento. Narciso, compañero del muerto, cuyo nombre ahora no recuerdo, fué á Ostia, y le reveló á Claudio la tremenda escena del casamiento de Mesalina. Claudio, indignado, se volvió á Roma, con ánimo resuelto de matar á todos los amantes de su mujer. Era una tarde hermosísima de otoño. Mesalina estaba en un jardín en los alrededores de Roma; los labradores vendimiaban las cepas, recogian las uvas y las arrojaban al lagar, donde corria en turbias ondas el oloroso mosto; la emperatriz, vestida de baccante, con la sien cubierta de yedra y pámpanos, el cuerpo envuelto en pieles de tigre, los borzegués de púrpura, y el áureo tirso en la mano, corria por los bosques, gozosa, acompañada de sus esclavos, seguida de Silio desnudo, entregándose con desenfreno al vicio y al placer. Cuando más olvidada estaba de Claudio, supo la nueva fatal de que Claudio sabia su matrimonio y sus amores. Silio abandonó á Mesalina y se fué á Roma para evitar las sospechas del emperador. Mesalina huyó del jardín en un carrillo que servia para conducir estiércol, y se refugió en los huér-

tos de Lúculo. Silio pagó su culpa. El emperador quiso perdonar á Mesalina, y aun dió el perdon, pero el liberto mandó que la mataran. El emisario de Narciso fué á matar á la emperatriz á los huertos de Lúculo. Mesalina estaba tendida en el suelo, su madre se encontraba á su lado. Esta mujer, que habia abandonado á su hija cuando su hija estaba en el trono de la tierra, buscaba llorosa á su hija en el instante en que su hija solo podia esperar en la tierra un afrentoso suplicio. Mesalina tenia miedo á la muerte. El emisario insultándola le dió á escoger entre suicidarse ó morir á sus manos. Mesalina arranca á su verdugo la espada, quiere atravesarse la garganta, pero falta de valor deja caer la espada en tierra. Entonces coge la espada el liberto, y con furia la parte el corazon. Mesalina, exhalando el alma en un agudo quejido cae exánime en el regazo de su madre.

Claudio un dia al sentarse á la mesa preguntó por Mesalina. Entonces se acuerda de que es viudo, y piensa en contraer de nuevo matrimonio, porque no se halla bien con aquella incondicional libertad. El dueño del mundo necesitaba un dueño. Los libertos se dividen, y presentan varias mujeres al emperador. Por fin su deseo se fija en su parienta Agripina. Este matrimonio era á los ojos de la ley romana un incesto. La ley le importaba poco al emperador, y se casa. Agripina es

tan desordenada en su vida como la emperatriz anterior, pero en su alma hay más grandes pasiones. Mesalina solo sentía la concupiscencia; la nueva mujer de Claudio sentía también la ambición. Su crueldad era más atroz aún que la crueldad de Mesalina, pero la ejercitaba por menos livianos motivos. Los celos, no del amor, sino del poder, embargaban mucho su ánimo. Agripina era una emperatriz en la verdadera acepción de la palabra: nacida en los campamentos, entendía de guerra; criada en los palacios, entendía mucho de política; y en aquellos tiempos en que comenzaba la emancipación doméstica de la mujer, como prediciendo la emancipación cristiana, Agripina recibía á los embajadores, dictaba órdenes al senado, presidía los consejos de su esposo y tomaba en sus manos como si fuera un dígito de su tocador, el cetro, sobre el cual giraba como sobre su eje la tierra. Ambición inmensa, anhelo de poder, sed de oro, hambre de venganza, crueldad calculada, deseos vergonzosos, el amor de la leona á su cachorro, á su hijo. Estas eran las cualidades de Agripina. Sobre todo deseaba que Domitio Neron, su hijo, fuera el sucesor de Claudio contra los derechos de Británico. Pero necesitaba dos elementos: primero, el amor de su marido, segundo, mucho oro. Agripina no se para en obstáculos ni en miramientos. Mata á un rico, porque poseía una casa de campo que Agripina deseaba

poseer; destierra á una jóven, porque Claudio había alabado su hermosura; y así á todo personaje rico, á toda mujer bella, á todos los rivales á quienes puede alcanzar su brazo, los sacrifica á su despiadada ambición. Sus ojos, sobre todo, estaban puestos en Británico, el hijo de Claudio, el heredero de su nombre, tal vez de su poder. Para conjurar este mal, Agripina casa á su hijo, á su Neron con Octavia, hija de Claudio. Ya antes había conseguido que el emperador adoptase por hijo á Neron. Por fin, cuando todo está en sazón, Agripina envenena con un veneno lento á su marido. No vé al pueblo muy dispuesto á doblegarse ante Neron, y oculta la muerte de Claudio. El cadáver del emperador está frío en su lecho; Agripina lo cubre muy bien, y llora desolada, hasta que teniendo una legión amiga de guardia en el palacio, pronta á proclamar emperador á Neron, se anuncia oficialmente la muerte de Claudio. Agripina retiene en su poder al hijo de su marido, y hace que se presente su hijo Neron á las legiones y al senado, que lo proclaman emperador.

Dulce, tierno, sencillo, de corazón femenino y compasivo, si no hubiera padecido la enfermedad de la tiranía, si no hubiera apurado el veneno del poder absoluto, acaso hubiera sido recto padre de familias, amoroso hijo, buen hermano, buen amigo, tal vez modesto pero inteligente artista; mas

levantado á la cúspide verdadera de la tierra, sentado en el único trono del mundo, déspota, viendo á sus plantas en el polvo todos los hombres; lleno su corazón, satisfechos sus deseos, y deseando al mismo tiempo, pues el deseo es la actividad infinita del alma, y careciendo hasta del sentimiento religioso, que podia llevarle á espaciarse en el cielo, aquel pobre jóven, digno en verdad de toda nuestra lástima, se enamora de lo absurdo, de lo maravilloso, de lo imposible, y lega á la historia como un gran castigo la demolición total de la sociedad de su tiempo con todas sus gastadas instituciones; y así destroza la familia, pues ahoga en un baño hirviendo á su mujer Octavia, resplandeciente de gracia y hermosura, y mata á su segunda mujer Popea, de un golpe en el vientre, y á su hermano Británico; destroza la propiedad, pues el campo de un cónsul lo entrega á un histrion, la casa de un senador á un flautista, el inmenso botin de las confiscaciones á sus libertos, á sus prostitutas; destroza las artes, pues ahoga entre sus brazos todo genio capaz de eclipsar su gloria; destroza los últimos restos de la aristocracia, pues hace bajar cuatrocientos patricios al circo á que diviertan al pueblo en juegos de gladiadores; destroza la religion, pues profana las vestales, se baña en la fuente Marcia reservada para los dioses, y tapia la caberna de donde exhalaba su voz el misterioso oráculo de Delfos; y en su des-

precio á la humanidad, en su amor desenfrenado á las artes, en su pasión por sí mismo, en su atroz guerra contra el cielo, cree que no hay en el mundo ni más guerrero que Neron, ni más cómico que Neron, ni más tañedor de cítara que Neron, ni más hombre que Neron, ni más Dios que Neron, queriendo como todos los déspotas cubrir con la sombra de su poder todos los espacios de la tierra y la inmensidad de los cielos. (Aplausos.)

Y para que más conozcais las costumbres de este tiempo, así como antes os he pintado el matrimonio imperial de Claudio y Mesalina, quiero pintaros ahora el respeto, el amor, con que Neron trataba á su madre Agripina. Sabeis, señores, que Agripina amaba con delirio á su hijo Neron. Sabeis también que Agripina, por su fuerza de voluntad, ejercía un poder desmedido en el palacio y aun en el senado. Neron creía que no reinaba mientras viviese su madre. ¿Quién me libertará de esa vieja? decía todos los días, á todas horas. Agripina conocía demasiado el desamor, el odio que le profesaba Neron. Una noche volvía la emperatriz por el mar de visitar á su hijo, con el cual habia pasado toda la tarde. Las estrellas lucían tranquilas, y la superficie del mediterráneo ligeramente rizada por la brisa, reflejaba el celeste firmamento. Deslizábase tranquila y majestuosa la imperial galera por las aguas; y Agripina muellamente reclinada en orientales cogines, dejando

errar la mirada por el alegre cielo y las tranquilas ondas, se gozaba en hablar con sus esclavas, y recordar que su hijo la había festejado por estrecho aquel día, dándole al despedirla besos en los ojos, como si quisiera besar el alma de su madre. Cuando más embebida estaba en estos coloquios, se oye gran estrépito; la galera se abre, Agripina se unde en las aguas. Mas su arrojo la salva, y llega á nado, cortando las olas con su brazo, á la tranquila orilla. Allí oye los lamentos de sus esclavas que parecen; los gritos de los marineros, que á golpes de remo persiguen las cabezas femeniles que sobrenadan, queriendo quebrar el cráneo de Agripina. Este espectáculo la revela todo lo que significaba aquel horrible naufragio. Su hijo, su idolatrado hijo se le aparece como en vision aterradoras, disponiendo la muerte de su madre. Aquella revelacion es una muerte anticipada; más que la desgracia la affige la ingratitude del monstruo. Agripina corre á refugiarse á su casa de campo. El pueblo sabe el naufragio, y con antorchas encendidas va clamando por la hija de Germánico, por la madre de Neron. Este sabe que su madre se ha salvado. Entonces el emperador teme que subleve á sus esclavos y que pretenda castigar su crimen; llama á Aniceto, que había preparado el naufragio, y le manda prontamente dar la muerte á la que le había dado la vida. Aniceto se dirige á la quinta, llama, entra. Agripina está en la ca-

ma. El pueblo, que tanto se había interesado por ella, huye; hasta sus esclavas la abandonan. Todo es soledad y silencio alrededor de aquella agonía. Agripina vuelve los ojos á la puerta, y ve entrar al emisario. ¿Quiere saber de mi salud mi hijo? Entonces un esclavo le dá un fuerte golpe con un palo en la cabeza. Agripina, quitándose la ropa que le cubre, y enseñando desnudo el vientre, dice: hiere, hiere aquí, donde he llevado al monstruo. Y espira á los frios golpes de las espadas.

¿Qué esperanza le resta á una sociedad donde tales crímenes se cometen? Séneca, el filósofo estoico, entona alabanzas en loor del parricida; Burro, su maestro, le felicita; el senado arroja maldiciones sobre el frio cadáver de Agripina y bendice al emperador; los sacerdotes quemar incienso en el ara por haber los dioses emancipado al divino Neron; las ciudades de la Campania celebran alegres fiestas; el pueblo mismo, cuando Neron vuelve del campo, se apiña en las calles, arroja flores á su paso, le saluda con aclamaciones nunca oidas, le acompaña hasta el Capitolio, donde sube á consagrar su crimen á la silenciosa divinidad tutelar de Roma, y mientras todos se alegran, el cielo, las lejanas riberas, los campos, los jardines, las calles de Roma, sus palacios, recuerdan al empedernido corazón del emperador la imagen de su madre, y crueles remordimientos le persiguen, como las furias á Orestes; y aunque intenta

ahogar sus penas, sus dolores, sus remordimientos, en vino, en deshonorosos placeres, en vergonzosas orgías, recrudece más el mal que devora su cancerosa naturaleza.

Apartemos nuestra vista de estos horribles cuadros; mas, señores, la aflicción es tanta en este tiempo que no podemos dejar de fijarlos en cuadros aun más espantosos. Un día Neron quiere gozar de un espectáculo estético, quiere ver á Roma ardiendo, á la gran ciudad entre las llamas; el incendio comienza, el fuego devorador se extiende por calles y plazas; el crugido de las maderas que arden, de los edificios que se arruinan, el viento alimentando el fuego, los bosques, los jardines presa de las llamas, los templos desplomándose, las víctimas que pueblan con sus gritos los aires, los lamentos, los lloros de los que ven arder su familia, su fortuna, su riqueza; el cielo cubierto de humo que oculta entre sus negras nubes las estrellas, el río reflejando en sus aguas la rojiza lumbre, todo lo antiguo, todo lo viejo, desapareciendo al son de la lira del emperador, que calzado el coturno y vestido de trájico, canta la ruina de Troya y la dispersion de los troyanos; todo esto forma un espectáculo digno de Neron. Mas ¿quién será el responsable de este incendio? ¡Ah! en el fondo de la sociedad hay unos miserables contra los que puede muy bien la ira del pueblo ensañarse, los cristianos.

En tiempo de Neron empieza á cebarse el viejo mundo en la persecucion de los cristianos. Estos hombres, judíos segun unos, magos segun otros, aborrecidos del mundo, segun Tácito; estos hombres, á quienes tantos crímenes achacaban sus perseguidores, pues se decia que en sus conferencias secretas profanaban los sepulcros y bebían sangre humana; estos hombres, venidos á salvar al mundo, eran blanco de general persecucion y pagadores de todas las culpas, como sucede siempre en la historia á todos los que inician una gran idea; y si no llovía, los cristianos eran los culpables porque tenían dolorido é irritado con sus abominaciones al cielo; si llovía demasiado, los cristianos eran los que habían atraído sobre la tierra aquellos torrentes, porque el cielo quería ahogarlos; si Neron por gozar de un espectáculo estético incendiaba á Roma, los cristianos eran los incendiarios (risas y generales aplausos); y unos fueron arrojados, cubiertos de pieles frescas, á la voracidad de perros hambrientos y rabiosos, otros colgados de un palo que les atravesaba la garganta; otros cubiertos de resina, de pez, eran encendidos vivos por la noche, y servían de antorchas para iluminar los jardines del Emperador; y mientras su sangre caía hirviendo sobre la arena y los gemidos de su agonía poblaban los aires, el tirano volvía del circo, del teatro, en su carroza de marfil, entonando alegres cánticos y riéndose



á todo reir de aquellos nunca imaginados tormentos.

Y sin embargo, aquel Imperio, que tanto y tan cruelmente perseguía á los cristianos, preparaba en el fondo de la sociedad la obra augustísima del Cristianismo. El emperador tomaba la censura, y la censura en sus manos era un puñal con que exterminaba á los patricios, á las familias de los Silas, de los Pompeyos, de los Lépidos, de los Domicios, de todos aquellos aristócratas egoistas y exclusivos que se habian interpuesto en el camino del hombre al Capitolio, impidiéndole el logro de su libertad y de su derecho; y al mismo tiempo que hacia esto, que iba demoliendo, triturando esas razas privilegiadas, llamaba á los caballeros al senado, á los plebeyos al órden ecuestre, á los latinos al derecho romano, á todos los pueblos de la tierra á la ciudad, á los esclavos á la emancipacion, á los vencidos al goce del triunfo, y con la sangre y los huesos de tantos vencidos, de tantos esclavos, de tantas gentes, formaba una nueva Roma más expansiva, más amorosa, abierta al mundo entero, hogar de todas las razas, cuerpo de una nueva humanidad, pero cuerpo que, si engendrado y nacido entre grandes y lastimosos dolores, hijo del exterminio de muchas familias, del sufrimiento de muchas razas, debia estar destinado á recibir como un ánfora nativa el oloroso bálsamo del Cristianismo.

Y lo mismo sucedia con la ciencia. Cuando Ciceron proclamaba sobre los despedazados dioses un sólo Dios; cuando describia el alma desasiéndose de la materia y cerniéndose en los espacios infinitos; cuando la escuela de Alejandría negaba lo contingente y desoía el ruido de los hechos y de los fenómenos que pasan para absorberse en la contemplacion mística de Dios; cuando Séneca decia que existe un solo Dios con varios atributos, y aseveraba la inmortalidad del alma, que viene de Dios como el rayo de luz viene del sol; cuando la ciencia llegaba á recoger todas estas ideas, todos estos principios, la ciencia preparaba el espíritu para recibir el ósculo amoroso de la religion cristiana.

Y lo mismo sucedia con el derecho. El pretor, corrigiendo las antiguas leyes, ampliando su sentido, introduciendo en ellas un nuevo espíritu, iluminándolas con una luz nueva, destruía el despotismo del padre, endulzaba la condicion del hijo, vertía una nueva vida en el alma de la mujer, preparaba la emancipacion del esclavo, sustituía á la tirania antigua la equidad, la justicia, vivificando el derecho y las tradiciones con la razon. El jurisconsulto, señores, prepara el hogar doméstico para que sea digno de recibir la familia cristiana, como el emperador prepara para el cristiano el mundo, como la filosofia prepara para el Cristianismo la conciencia.

El arte también contribuía á esta maravillosa obra; el arte transformando con su vara mágica la imaginación. Virgilio que había cantado los dioses antiguos, la naturaleza en todo su esplendor, el susurro de los bosques, el estrépito de las olas al estrellarse en la ribera, el aroma de las plantas, las mariposas que salen del cáliz de las flores, toda esta vida exuberante de la creación; cuando el primer alba de la primera luz cristiana aún no se dibujaba en los horizontes de Roma, por esa intuición divina del poeta, siente su seno animado por eterno y puro amor, su labio movido por una profecía, su conciencia herida por una idea divina, su alma bañada en éter misterioso; y pulsando su lira levanta su canto al cielo y enseña á la imaginación los primeros dulces gorgoros del nuevo arte, próximo á descender al mundo perfumado y bendecido por los suspiros y las lágrimas de Dios.

Y esto es tan cierto, que el Imperio romano, sin tener conciencia de su gran obra, prepara en sus hechos el advenimiento del apostolado de Jesucristo á la tierra y al mundo. Un día el Salvador desde lejos vislumbraba la ciudad santa que le había de matar, aquel templo que le había de cerrar sus puertas, y transfigurado y oyendo la voz interior de su conciencia, extendió las manos sobre la ciudad y la maldijo, y profetizó que no había de quedar en ella ni en su templo piedra so-

bre piedra. Y esta profecía, además de su carácter divino, estaba acorde con la lógica real de la historia. La idea de la unidad de Dios, aquella idea que el templo de Jerusalem guardaba para un sólo pueblo, se debía extender por la conciencia de toda la humanidad, debía alcanzar templos en todas las naciones, santuarios en todas las zonas de la tierra. El templo antiguo y la ciudad antigua eran demasiado estrechos para una idea tan grande. Cuando el huevo que guarda en su seno el polluelo le ha dado ya la suficiente vida, se quiebra para abrirle paso y prestar á sus alas más ancho espacio. El templo debía quebrarse, el templo de una sola nación, para dejar paso al Dios de todas las naciones, al Dios reconciliado con toda la humanidad.

Y las señales de la destrucción de la ciudad y del templo comienzan en tiempo de Nerón. Mas antes de relataros esta última catástrofe, debo presentar á vuestros ojos los últimos días de Nerón; caso que sucede antes de la ruina de Jerusalem. Vindex se levanta contra el tirano en las Galias. El emperador ni se queja ni se duele de la rebelión; sólo siente que Vindex en sus proclamas le llame mal músico. Con este motivo escribe una carta al senado, no pidiendo auxilios, sino probando que su voz es la más armoniosa y grata que han oído los hombres. (Risas.) Mas después sabe que se ha sublevado también España bajo las órdenes de

Galba. En este instante la ira lo ciega, y quiere matar á todos los generales, ahogar á todos los españoles y á todos los galos que haya en Roma; envenenar á todos los senadores; incendiar la ciudad, y azuzar contra los fugitivos que pudieran huir de las llamas las hambrientas fieras del circo. Otra vez piensa en abandonar á Roma, el Imperio, en irse á Asia, en ganarse la vida cantando ó representando en Alejandria, porque á un tan buen artista, dice, nunca le puede faltar el pan. Momentos habia en que su ardor belicoso le llevaba á componer el himno de victoria para el instante en que rompiese con su espada las legiones de los rebeldes. Otras veces pensaba presentarse á las legiones, envuelto en su manto de púrpura, con su corona de laurel, más preciada que el oro, en la frente, dispuesto á llevarse tras sí los soldados con sus cantos, con sus discursos, con una palabra, y á burlar á sus generales. Sobrecogido por estas ideas, entregando su corazón á todos estos imaginarios caprichos, los remordimientos de toda su vida le asaltan, y ve en sueños á su madre con la honda herida abierta en el pecho, sus esposas lívidas y pálidas mirándole horrorizadas, su hermano Británico que le pide el poder, la tumba de Augusto abriéndose para recibirle, las estatuas que en el Capitolio simbolizaban varias naciones del Imperio, cercándole y embistiendo contra él, su alma escapando como una sombra del

cuerpo, que abandonado en un muladar, es comido por las hormigas y mil y mil asquerosos insectos. Entonces se despierta, se levanta. ¿A quién recurrirá? Todos le han abandonado. Corre por su palacio. No hay ni un guardia. Llama á las puertas de los libertos, y no le responden; va por las calles de Roma en pos de un refugio y no encuentra en Roma el amo de ayer, hoy un asilo. Favorecido por las sombras de la noche, se envuelve en su pénula, se tapa con un pañuelo el rostro, toma un caballo, y huye á todo huir á la quinta de un liberto que aun le es fiel. Nadie le conoce, y por todas partes oye maldecir á Neron. Se entra en un bosque de espinos, y atormentado por la sed y el hambre, bebe un poco de agua en el hueco de la mano, agua recogida en infecta laguna. Llega á la quinta y sabe que el senado le declara enemigo de la patria, no por criminal, sino por vencido. Entonces oye á lo lejos ruido de caballos, se aparece á su imaginacion el suplicio, el bárbaro tormento que le aguarda, se duele del mundo que va á perder en él un divino artista, y con furia se atraviesa la garganta, espirando con tanto dolor que en el arrebato de su agonía le saltaron los ojos de las órbitas.

En tiempo de Neron empieza Vespasiano á cumplir la profecía de Jesus, persiguiendo al pueblo judío, que se habia levantado contra los romanos, hasta que Tito consuma la ruina de la

ciudad y del templo. Los sectarios de Jesús huyen, según lo había mandado el mismo Hijo del hombre, y la santa doctrina se esparce por toda la tierra. Mientras tanto la ciudad antigua perece, la ciudad bíblica y su santo templo se arruinan. ¡Qué cuadro tan horroroso!

Los romanos sitiando á Jerusalem, las facciones destrozándose dentro de sus muros, el templo cubierto de cadáveres, las calles empapadas de sangre, los gritos de los moribundos hiriendo las estrellas, la peste en la atmósfera, el hambre azotando á todos; la aflicción era tal, que los hijos arrancaban el pedazo de pan de las manos de sus padres; los pequeñuelos solo podían sacar sangre de los maternales pechos; los soldados mataban á los pobres que en un rincón habían encontrado yerbas parietarias, para arrancarles tan inútil alimento; el pueblo se comía hasta el cuero que cubría las puertas; una madre partió en dos pedazos al hijo de sus entrañas, arrojó la mitad al ejército y devoró la otra mitad, viendo imbecilmente chorrear por sus lividos labios la sangre de su hijo; horrores con que se cumplieron sus profecías; y el templo cayó entre las llamas, y las piedras del santuario rodaron por las calles, y el desierto cubrió con sus arenas como con un sudario á Jerusalem; y un vapor de sangre la rodea eternamente; justo castigo que cayó sobre aquella ciudad por haberse empeñado en ahogar en

sus brazos á los apóstoles de Dios y por haberse opuesto á la salvación y al progreso del mundo.

Entre los vapores de sangre de aquella edad, entre el polvo de las ruinas, entre las tinieblas de aquellas guerras, aparece una figura, hermosísima, casta, ideal, San Juan, que corona como un ángel los tiempos apostólicos. Compañero de Jesucristo, habiendo recibido su último suspiro al pié de la cruz, habiendo vivido todo un siglo, asistió á todos los misterios, á todas las persecuciones, á todos los triunfos de la iglesia naciente. Su palabra de fuego, su caridad, su arrebatadora elocuencia, su genio esencialmente griego, hicieron del apóstol querido de Jesús el evangelista querido también de las gentes. Todos los evangelistas anteriores á San Juan nos ofrecen la vida de Jesucristo en la tierra; San Juan nos ofrece su vida en la eternidad, desde antes del principio de los tiempos. El genio de San Juan parece el genio de Platon, herido por el rayo de luz que baja del cielo con la revelación cristiana. El amor, que une todos los corazones, el amor, que transfigura todos los hombres, resplandece en las páginas de este divino Evangelio. El nos presenta el Verbo en el seno del padre, creando todas las cosas; la luz y la vida en el seno del Verbo; la luz descendiendo á las frias tinieblas; el triunfo de la verdad sobre el error; el eco de la palabra de Jesucristo, penetrando hasta en el se-

no de las tumbas; el hombre, despertándose á nueva vida por inspiracion del amor divino, y uniéndose á Jesucristo como Jesucristo está unido á su padre; la Iglesia vencedora de todas las hordas, de todos los mónstruos arrojados en su camino; el iris de eterna paz, luciendo en el cielo; la Jerusalem divina, levantándose de la fria noche de los tiempos; palabras consoladoras, pronunciadas bajo el cielo de Grecia centelleante aun de paganismo, confiadas á las auras que repetian aun los cánticos de los antiguos poetas; dichas en presencia de aquel mar, en que se mecia aun la antigua sirena clásica, y dichas por un anciano radiante aun de hermosura; anciano, que al pasar de esta vida, estrecha contra su seno á sus discípulos, les predica el amor, ve en vision profética el Cristianismo extendido por toda la tierra, y se duerme dulcemente en el seno de la muerte como el niño en el amoroso regazo de su madre, cerrando con su evangelio, con su apocalipsis, y con su vida el primer siglo de la Iglesia. (Aplausos.)

Señores, he concluido; me despido con sentimiento de mi auditorio.

No ha sido posible en este año llegar al fin de mis explicaciones. Si me ha sobrado tiempo, me han faltado estudios. La empresa, muy superior á mis fuerzas, me ha hecho vacilar mil veces en mi camino. Lo único que ha podido sostenerme, alen-

tarme, es la simpatía nunca desmentida, la benevolencia creciente del público; esa simpatía y esa benevolencia que yo nunca agradeceré bastante. Una voz interior me dice que todas esas simpatías son la manifestacion solemne, pública, de que en mis ideas está la verdad y la razon, de que mis ideas son como las estrellas que aparecen hoy entre tantas tinieblas, no porque sean mias, sino porque són la manifestacion más pura y más ingénuu del espíritu de nuestro siglo.

Señores, voy á manifestaros mi corazon como si hablara á solas con mi conciencia. Al empezár mis lecciones me propuse recordar que la religion cristiana ha fundado la libertad moral, la igualdad natural, la union ante Dios de todos los pueblos.

Os parecerá imposible, como me lo parece á mí, que haya necesidad de recordar esto en pleno siglo décimo nono. Hay necesidad, señores, más todavía; en los que amamos la libertad hay un deber. Muchas almas, al oír un día y otro predicar una religion puramente de partido, una religion sujeta á las alternativas y cambios de la política, caen sin quererlo en errores gravísimos, como el de creer que el Cristianismo es contrario á la civilizacion. El Cristianismo, que ha infundido su espíritu progresivo á la política, su aliento del cielo á las artes, su fuego divino á la ciencia; el Cristianismo, que ha arrancado la idea de nues-

tra personalidad de las garras del destino, embleciéndola y levantándola hasta el cielo.

Yo, que soy sinceramente religioso, sinceramente cristiano, repito las oraciones que me ha enseñado mi madre y adoro el Dios que he visto adorar siempre en mi hogar doméstico; yo, que soy sinceramente demócrata, creo en la libertad y creo que su eficacia basta para impulsar nuestra civilización; no puedo consentir el divorcio sacrilego entre la libertad y el Cristianismo. Es verdaderamente inconcebible que se pretenda amortizar en pro de un partido la idea religiosa que hace diez y nueve siglos vive en el mundo, la idea religiosa, que ha flotado sobre el Imperio, sobre el feudalismo, sobre las monarquías absolutas, sobre las constituciones, sobre las repúblicas; la idea religiosa, que tiene templos en monarquías autocráticas, en Rusia; y en repúblicas democráticas, en los Estados-Unidos; es inconcebible que todos los que tienen más la palabra religion en los labios, crean que la religion puede vivir en el imperio, en el feudalismo; en las autocracias más despóticas, y que no puede vivir donde viven la libertad, la justicia y el derecho.

Esta preocupacion dañosa á la libertad, contraria á la religion, debe destruirse. Los que amamos la religion no debemos consentir que las almas liberales caigan en el ateismo; los que amamos la libertad no debemos consentir que las al-

mas religiosas caigan en la esclavitud. Es necesario evitar este mal á toda costa; evitarle con todas nuestras fuerzas.

Por eso hemos visto en nuestras lecciones la civilizacion antigua extenders e bajo la égida de la Providencia. Sus guerras, sus códigos, su literatura han ido preparando el advenimiento del Cristianismo y descomponiéndose por su propia virtud. De un lado la civilizacion en la esfera práctica pasando por tantas y tan grandes luchas, disponia el mundo á la unidad. El Oriente y el Occidente, Asia y Grecia se unen por maravillosa armonía en el seno de Roma. Es verdad que se unen para luchar, pero es verdad que luchan para amalgamarse y confundirse. En los torrentes de sangre que derraman se mezcla, se identifica la vida de estos dos grandes pueblos de la historia. Cuando despues de haber combatido en la historia de los reyes de Roma, en el monte Aventino, en el Foro, en la ley, en los campos, dentro de los mismos templos, caen como dos gladiadores rendidos, sus almas, desprendiéndose de sus cuerpos, se unen, se mezclan como dos suspiros en el seno de la gran institucion del Imperio.

Entonces el Imperio llama á los pueblos, los reúne, les habla un mismo lenguaje, extiende á todos sus derechos, á todos su ley, á todos su hogar, y forma de esta suerte lo que no habia aparecido en la antigua historia, lo que no habia so-

ñado la sociedad antigua, lo que no habian visto las generaciones: la humanidad. Pero la humanidad necesita un alma, una idea celeste, una idea divina; la ciencia antigua habia derramado en la humanidad todas las grandes ideas, pero de estas ideas sublimes no salia aún clara, determinada, pura, la idea de la unidad de Dios, ni la idea de la union de Dios con el hombre. Estas dos ideas que habian de ser el alma del Imperio, vinieron al mundo con el Cristianismo, última revelacion de Dios.

El Cristianismo, nacido en Oriente, se diferenciaba del espíritu de esta region y de sus religiones. Al dios panteista sustituye el Dios personal, y al destino la Providencia, y á la bárbara casta la igualdad, y á la degradacion del hombre el enaltecimiento de la conciencia, y al sacerdocio aristocrático el sacerdocio salido de todas las clases sociales, y al privilegio religioso la igualdad, que es y será siempre el alma del derecho. Y mientras Dios se revela así en su templo, en el Oriente la razon humana, herida de un presentimiento sublime, busca en sus libros, en sus tradiciones, en sus ideas, en sus racionamientos, en su conciencia, un Dios, como si presintiera que ese Dios ha descendido á la tierra, ha hablado y se ha encarnado en el hombre para levantarlo al cielo de la inmortalidad, á las riberas de lo infinito y de lo eterno.

El arte y el derecho, cada uno en su esfera, hace lo mismo; el arte prepara el sentimiento, la imaginacion; el derecho prepara la razon práctica; el arte lleva la esperanza al pueblo, el derecho á la familia; el arte hermosea el espíritu, el derecho el hogar; el arte con sus profecias intuitivas y el derecho con sus fórmulas reflexivas sirven á la obra sacrosanta del Cristianismo.

El Cristianismo llega, como habeis visto, á Roma. Sus sectarios son desoidos de los poderosos, y su voz penetra en el alma de los humildes; son arrojados de la sociedad, y sus ideas penetran en la conciencia; son maldecidos por todos los que libran algun interés en mantener el antiguo mundo, y desde el fondo de las catacumbas se atraen las bendiciones del mundo; son arrojados á la muerte, y desde el potro, las hogueras, el tormento, derraman una nueva vida en la conciencia, en el espíritu, en toda la humanidad; vida que brillará pura como celeste lago hasta la consumacion de los tiempos.

Este cuadro ha de completarse en el próximo curso; hemos de ver cómo pelea el Cristianismo con la vieja sociedad, cómo derroca sus moribundos ídolos, cómo ahuyenta sus preocupaciones, cómo triunfa de todos sus enemigos, cómo vé de hinojos á sus plantas á sus perseguidores. Mas por este año, señores, hemos concluido. Abandono con dolor este sitio.

Tantas muestras de aprecio, aunque inmerecidas, mueven mi corazón á eterno agradecimiento. Yo que no he quemado ni un grano de incienso en aras de los diferentes ídolos políticos que he visto cruzar como fantasmas de un sueño ante mis ojos, he puesto mi pobre nombre bajo la tutela amorosa del público, que me ha retribuido con usura de cariño y simpatías mis insignificantes trabajos. Mas si todas las muestras de aprecio que recibo las tomara para mí, para mi personalidad, cometería una usurpación. Nó, esas muestras de aprecio son la convicción íntima que todos tenéis, amigos y contrarios (no digo enemigos, porque yo no tengo enemigos), todos, de que las ideas de libertad, de igualdad, de justicia, por mí con entusiasmo profesadas y mantenidas siempre, son las únicas ideas que lógicamente puede abrigar la juventud; pues si la juventud no ama las grandes causas, si no se abraza á lo por venir que es su tiempo, si no tiene amor para los desgraciados y los oprimidos, si no trae en su frente el dulce reflejo de una tranquila esperanza, si como un cuerpo muerto se interpone en la corriente de las grandes ideas y se empeña en respirar el aire de los sepulcros, esa juventud, rémora del progreso, mentís dado á la Providencia, pasará por el mundo como el vuelo del ave por el aire, sin dejar una huella; pasará por el tiempo sin dejar eco en la historia; perseguida por las maldi-

ciones de los hombres, condenada á oprobiosa impotencia por la justicia del Eterno. (Prolongados aplausos.)

Inclinaos al abismo de los tiempos pasados, poned vuestra mano sobre la gran losa del sepulcro de la historia, evocad los manes de vuestros padres, preguntadles el secreto de su destino, y os dirán que si fueron grandes, lo fueron por haber auxiliado á la obra de la Providencia; y os dirán que siempre acariciaron un ideal oculto en los tiempos; os dirán que desde el siglo primero hasta el siglo quinto trabajaron por darnos la religión que adoramos, las primeras nociones del derecho que poseemos, la imágen primera de la augusta personalidad que en nosotros sentimos; y desde el siglo quinto hasta el décimo vertieron á torrentes su sangre por salvar las semillas de la civilización de las innumerables irrupciones de pueblos bárbaros, que amenazaban destruirlas y anegarlas; y desde el siglo décimo hasta el siglo décimotercio trabajaron por sacar del seno del caos feudal el municipio, que debía levantar al siervo del fondo del polvo del terruño, y la propiedad de las garras de los señores feudales, y el derecho de la tierra del espacio, donde se encerraba á la conciencia del hombre; y desde el siglo décimotercio hasta el siglo décimo-sesto trabajaron por constituir las grandes nacionalidades, por dar unidad al poder y el sello de la igualdad á la ley,



y desde el siglo décimo-sesto, hasta el siglo décimo-nono trabajaron por escribir la idea del derecho al frente de la constitucion política de los pueblos, por encarnar el hombre con todas las facultades en el seno de la sociedad; y os dirán, por último, que no podemos interrumpir esta gran obra, antes debemos confirmarla extendiendo el derecho á todas las frentes, inspirando el sentimiento de la dignidad á todas las clases, para constituir la libertad que nadie puede suprimir, porque nadie puede suprimir al hombre; para llegar hasta la democracia, que nadie puede evitar, porque nadie puede evitar las leyes de la Providencia. (Ruidosos aplausos.)

Yo, señores, he hablado aquí muchas veces; he hablado sin recordar nunca mis ideas políticas; pero hoy no quiero que se olviden, hoy que tantos nos calumnian; y es necesario decir á los que nos tratan de enemigos de la religion, que la verdadera religion tiene por objeto imitar á Jesucristo, y que la imitacion de Jesucristo se conoce en una vida inmaculada y pura; y á los que nos tratan de enemigos de la familia, que nosotros miramos en el hogar doméstico un santuario inviolable que guarda el fuego más puro de nuestra vida (Aplausos), y á los que nos tratan de enemigos de la propiedad les diremos que acostumbrados á no mendigar nada al favor, á no querer nada de poderosas privanzas, á alcanzarlo

todo por nuestras propias fuerzas, sabemos lo que valen los frutos del trabajo (Aplausos); y á los que dicen que nosotros somos enemigos del orden y de la paz, les diremos que nosotros pedimos todos los dias á Dios que mande al ángel de la Providencia á sellar el libro de las revoluciones, y á establecer una paz inalterable, como ha de ser toda paz que gire como sobre ejes de diamantes, sobre la libertad y la justicia. (Estrepitosos aplausos.)

Señores, por lo mismo que parece que se ha querido sellar con una marca de reprobacion nuestra frente, debemos ofrecer á los ojos de los que nos calumnian una vida purísima. Vosotros sabéis que el talento, el valor, la popularidad, nada valen si no se asocian á lo más hermoso que hay en la tierra; á la virtud. Debemos sujetar nuestras ideas á la voz de la razon, nuestra vida á la voz de la conciencia, y cumpliendo fielmente nuestros deberes, manifestar en cuánto estimamos nuestros derechos. Nada hay más triste que ver las inteligencias oscilando entre dudas, los corazones corrompiéndose, faltos de grandes sentimientos, las conciencias olvidadas de Dios. Las generaciones viciosas no alcanzarán la libertad, no llegarán á la tierra prometida del progreso. Cuando Dios quiso sacar á los israelitas de la esclavitud, viéndolos corrompidos, apegados al interés, aguardó á que muriese aquella generacion enfer-

ma del alma, para derramar sobre la frente de otras generaciones más fuertes y virtuosas, el tesoro de sus promesas. Por lo mismo que deseamos la libertad, la igualdad, la justicia, si para realizarlas es necesario despojarnos de la esperanza del poder material de un día, que nada vale en comparacion del poder de las ideas, esencia de los grandes hechos históricos; si es necesario desasirnos de esos placeres de un día, que nada valen delante de la eterna satisfaccion de la conciencia; si es preciso, en una palabra, un gran sacrificio, hagámoslo en buen hora; que las generaciones elegidas de Dios son las generaciones mártires, y el bien y la verdad resplandecen eternamente en las páginas de la historia, en la conciencia de los hombres, y encuentran su premio en la justicia del Eterno.—He dicho. (Éstremitos y prolongados aplausos.)

## CONFERENCIAS

PRONUNCIADAS EN EL ATENEO DE MADRID

—  
**Curso segundo.**  
—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FIN DEL CURSO PRIMERO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

## INTRODUCCION.

### LECCION PRIMERA

SEÑORES:

Al comenzar de nuevo en esta noche mis lecciones cortadas por larga interrupcion, mucho mayor de lo que consentia mi deseo de tornar á ver este ilustrado público, pido con más razon que nunca la benevolencia del público, pues si en un momento de arrojó ó de ceguera pude emprender esta obra, hoy que veo los obstáculos y mido las dificultades, siento decaer mis fuerzas y toco ya en los últimos límites de la desconfianza y del desaliento. Sin embargo, cuando veo la inmensa trascendencia del asunto encomendado á mi criterio; un mundo que muere y otro mundo que nace; altares adorados por la humanidad deshechos en el rio de los tiempos, heridos por el rayo del cielo; la gran lira clásica estallando de dolor,

rotas sus cuerdas, extinguida su voz, como los últimos gemidos de un corazón que se apaga; la raza heleno-latina dueña del mundo, artífice de la civilización, interrumpida en su obra por las irrupciones de los pueblos bárbaros, atada vilmente á su propio carro por las manos de sus esclavos; el genio de Oriente, genio poético, mago, fantástico, uniéndose al genio práctico de Grecia para desvanecerse unidos como el humo de un holocausto; la primera luz del Cristianismo, apareciendo por los últimos límites de este desolado horizonte; los circos poblados, no de fieras, sino de mártires; los desiertos de eremitas, las calles de apóstoles; la tribuna romana rota por la espada de los emperadores, exhalando la voz de los apolo-gistas y los doctores cristianos; cuando veo dibujarse á mis ojos este cuadro, si bien me desalienta su extensión y su variedad, me anima pensar que delante de los hechos, de los grandes hechos que vamos á contemplar, sentiremos la providencia de Dios que nunca se aparta del mundo, y la eficacia divina de ese gran principio, ingénito á nuestro sér, atributo de nuestra alma, de ese eterno protagonista en la naturaleza y en la sociedad del principio de libertad, que llena como luz sin ocaso desde las primeras hasta las últimas páginas de la humana historia. (Aplausos.)

En todas estas lecciones nos proponemos un fin práctico, positivo, tangible, para evitar procelo-

sos escollos y ocurrir á gravísimos males, y así como en el año anterior, cuando una escuela arrogante, en todo el apogeo de su mentido poder, de su falsa gloria, amenazaba arrancarnos nuestra libertad y nuestro derecho, y para conseguirlo se refugiaba en el sentimiento religioso, último asilo de los penates de los pueblos, y nosotros la arrojábamos de aquel reducto mostrando que el Cristianismo y la noción de libertad descendieron á un tiempo del cielo y se dilataron, merced á un mismo sacrificio, por la tierra; así como en el año anterior, rendimos este servicio á la causa de la libertad de nuestra patria, hoy, que nuestro mal toma un aspecto más grave y más profundo; hoy, que la duda cae sobre tantas inteligencias y el interés domina tantos corazones; hoy, que hombres encanecidos en el servicio de grandes causas, las abandonan por seguir á un ídolo sin espíritu y sin nombre, debemos abrir las páginas del martirologio cristiano, ver al débil niño, á la pobre mujer, al vacilante anciano, triunfando en el potro, en el tormento, en la hoguera; para enseñar así á esos hombres que sacrifican á su vida de hoy su vida de todos los tiempos, que la duda y la apostasia nunca han tenido mártires, y que la fé en las grandes ideas religiosas, políticas y sociales, ha hecho todos los milagros y ha obrado todas las maravillas que nos admiran en la tierra. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

Yo no lo siento por esos hombres que se van, columnas destrozadas de templos que se arruinan; piedras caídas de altares que se deshacen; no lo siento por ellos, aunque me lastima que manchen los títulos que tienen al agradecimiento de los pueblos; esta confusión moral me duele por la juventud; porque si la edad de las grandes pasiones, de la generosidad; la edad, que siente rebozar la vida en su seno y atrae á su imaginación todas las ilusiones; esa edad, en que el hombre ama el sacrificio, porque ve su ser dilatarse en horizontes infinitos; esa edad del amor, de la fé, en que el corazón late de entusiasmo y la idea como el águila se cierne en los espacios más allá de las nubes; como en pos de que el aliento de las tempestades agite sus alas y acompañe sus cánticos; si esa edad feliz, se entrega también al descreimiento y á la duda, si se consume en la impotencia, si no ama la libertad y el progreso, es necesario renunciar al último reflejo de la vida, á la esperanza, y caer en el marasmo y en la duda; muerte pavorosa y terrible, más terrible y pavorosa que la descomposición de nuestro cuerpo, señores; por que es la muerte de la conciencia, la triste muerte del alma. (Aplausos.)

La ciencia, que nos anuncia el porvenir; la historia, que nos señala los grandes y extraordinarios esfuerzos que los hombres han empleado para llegar á la libertad; el recuerdo de las catás-

trofes por que ha pasado la especie humana; la vista de ese largo camino sembrado de abrojos que el hombre ha pisado, camino en que le ha sostenido siempre la esperanza de llegar á la tierra prometida, que se esconde como una estrella indecisa en el fondo de todos los tiempos, en las tinieblas de todos los siglos; la seguridad de que nada ha habido durable y fuerte en la tierra, sino aquello que se ha cimentado en el bien universal de la especie humana; el ruido de las cadenas que se quiebran y se pulverizan á cada paso que dá el hombre para llegar á su fin, que es realizar su naturaleza en verdad, bondad y hermosura sobre la tierra; todas estas ideas, todos estos sentimientos, que se desprenden de las páginas de la historia y del estudio de nuestra conciencia, pueden servirnos como de preservativo para los males presentes, como de guía para acercarnos resueltamente á lo porvenir, seguros de que en su seno se ha de encontrar la libertad y la justicia, que nos recuerda la eterna presencia de Dios en la naturaleza y en la historia. El estudio de la ciencia histórica es muy idóneo para nuestro carácter. La raza latina, hija de aquellas razas que divinizaron la naturaleza, como en prueba de que habia de ser siempre suyo el mundo material; artista de fantasía poderosísima y de intenso amor á la realidad y á la vida; más fácil para la inspiración que para el raciocinio; pronta siempre á encarnar

en el espacio las ideas que cruzan por su conciencia; expansiva, como que su corazón es una lira que suena al menor beso del sentimiento; dada á verter la esencia de su alma, no en abstracciones vagas é indecisas sino en grandes empresas y en obras, que maravillan y suspenden los sentidos; guerrera, que ha abrevado la tierra con su sangre; navegante audaz, que ha descubierto los secretos que Dios ocultaba en el inmenso manto de los mares; raza humanitaria, como que ha dado á todas sus ideas principales, al derecho, al arte, ese gran sello de unidad, que las levanta sobre todas las obras de la historia; criada en blanda naturaleza, que ha sido parte á dar fuerza creadora á su imaginación y encantos á su vida; preparada con todas estas disposiciones, nuestra raza verá siempre en cada hecho una idea y tendrá siempre por su principal ciencia y filosofía la ciencia de la historia, entrando la primera en la ciudad de Dios de lo por venir, en la ciudad de la libertad y del derecho.

En efecto, señores, en la historia se encierra esa filosofía que ha sido de todos los tiempos de la humanidad; esa filosofía, esa ciencia práctica, que nos muestra la serie de ideas por que ha pasado el espíritu para seguir en su desarrollo y llegar á su perfeccionamiento. Cada hecho es una idea, ora positiva, ora negativa; cada época y cada nación un sistema; la historia toda de la humanidad

una ciencia acabada y completa. En las diversas escuelas filosóficas y políticas, en las varias instituciones, en las artes, en las ciencias, el espíritu observador y elevado ve las leyes de nuestra rica y vária naturaleza. Desarrollando á un mismo tiempo estas leyes, viviendo en todas las esferas de la vida, dilatándose en toda la fuerza de su sér, el espíritu humano se realiza en la historia. En los primitivos tiempos estaba encerrado en la naturaleza como en su capullo, dormido en el seno de la materia como el inocente niño en el maternal regazo, pero más tarde, el áura de la libertad lo extiende y lo dilata, y su vida se encarna en brillantes manifestaciones; entonces nace el ángel de la creación, el hombre. El hombre es la armonía viva del espíritu y la naturaleza, la unión de la idea y la materia, el lazo que liga al cielo y la tierra, y por eso su vida es vária, rica, inagotable y multiforme; y en su primer albor, reposa en la creación como el pajarillo que en su nido aletea, sin ser osado á desplegar sus vuelos; y herida luego por el amor va en pos de la familia, que es para la vida como la jugosa tierra para el árbol; y no cabiendo en la familia, porque rebosa en tan pequeño espacio, se dilata en la sociedad; y para hacer la sociedad á su imagen halla el derecho, como para hacer la naturaleza á su semejanza tiene en sus manos el cincel del trabajo; y anhelante de armonías encuentra en su sér escondida la imagina-

cion que en sus alas de oro le trae todos los átomos de la naturaleza, y en su arpada voz los cánticos de todos los séres, hasta que por fin desasosegada, inquieta, ansiosa de más luz, penetra con su razon en los eternos tipos del mundo y en las eternas leyes de la naturaleza, en el santuario de la religion y de la ciencia, y en todas estas varias ideas, en todos esos diversos grados, en la familia, en la religion, se extiende esta vida humana, que así compendia la esplendidez de la naturaleza como refleja cual mar en calma; todas las luminarias de cielo. Así, pues, señores, para continuar nuestras lecciones, debemos demostrar el estado de la familia, de la sociedad, del derecho, del trabajo, del arte, de la religion y de la ciencia en los cinco primeros siglos del Cristianismo. Es necesario presentar este cuadro frente por frente del cuadro que ofrecerá más tarde la familia cristiana.

El mundo antiguo iba á perecer, iba á ser destruido. En todas sus manifestaciones debía conocerse esta decadencia que tocaba ya en los últimos límites de la descomposicion y de la ruina. Señores, así como la sociedad se resume en el hombre, la familia se resume en la mujer. El alma de la familia es, pues, la mujer. Compañera del hombre; rosa, que embalsama todo nuestro ambiente cielo claro, sereno, que nos ilumina con su mirar y nos refrigera con el dulce rocío de sus lágrimas;

mas; vaso de bendicion que contiene la miel de los más dulces y puros sentimientos; casta musa, que inspira nuestros mágicos ensueños, nuestras más caras ilusiones; sin su hermosura, sin su amor el mundo seria como un desierto, el hombre como una fiera, pues la mujer es fortaleza en el combate, fé en la incertidumbre, consuelo en la desgracia, único sér que enjuga nuestras lágrimas y calma nuestras penas; y así su voz resuena en los oídos como regalada blanda música; su palabra serena el mar tempestuoso de nuestras pasiones; su presencia mata toda mala idea en la mente, todo avieso sentimiento en el pecho; su hermosura nos inspira ese éxtasis en que el alma se exhala del cuerpo para reposar tranquila en el seno de otra alma; como que su destino es perfumar con ideas purísimas la conciencia, hermosear con el amor á la virtud el corazón, dirigir como una estrella la voluntad al bien; ángel de paz que apareciéndose al lado de nuestra cuna cuando niños, en la mansion del dolor si enfermos, en todos los combates del hombre, y más cuando es derrotado y herido; sobre la removida tierra de nuestras sepulturas, despues de muertos; conserva y purifica bajo sus nacaradas alas el fuego de nuestras almas. (Ruidosos aplausos.) ¿Y qué es la mujer romana en tiempo de la destruccion de Roma, en tiempo del Imperio? Aquella antigua matrona, cuya majestad severa tenia algo de la majestad de

la República, cuyas costumbres eran austerísimas y sóbrias; encerrada en lo más hondo del hogar; dispuesta siempre á hilar la ruda lana para cubrir el cuerpo fatigado del guerrero, y á atizar la tosca lámpara que ardía en el ara de los dioses patrios; sujeta como á un yugo de hierro, primero á la autoridad de su padre y despues á la autoridad de su esposo; consagrada al matrimonio por una ceremonia religiosa en que intervenia el númen augusto de la antigua Roma; saliendo rara vez de su casa, y solo para asistir cubierta de tupido velo y envuelta en larga túnica, á las ceremonias religiosas, á las procesiones del Capitolio, á los funerales de los héroes republicanos; recatada en su castidad, pues su castidad interesaba, no solo á la familia, sino tambien al Estado para mejor conservar la pureza de la sangre romana; aquella mujer, querida de sus hijos, respetada de su esposo, cuando llega la hora del mundo antiguo, abandona su templo, el hogar; se aparta de la vida privada; asiste á la puerta de Capenna en carro de marfil y oro, mal envuelta en púrpura, seguida de esclavas abisinias, que renuevan el aire con sus abanicos de plumas de mil colores; va al circo á excitar al gladiador con su sonrisa, al campamento á entusiasmar á los soldados, al teatro á refrigerar con vino de Falerno la cansada garganta del farsante; abandona la antigua severidad, se acostumbra al divorcio y al concubina-

to; rompe la *conferreacion* por una ceremonia fúnebre, y la *coemption* por una nueva venta; se deja llevar de grado desde el tálamo nupcial al palacio de los Césares, para pasar desnuda en su presencia y aguijonear sus brutales instintos; baja á la ergástula á buscar en los brazos de sus esclavos nuevas sensaciones, nuevos placeres; se disgusta de la maternidad, y para no marchitar su hermosura ahoga en el vientre el fruto de sus amores, ó si tiene hijos, los entrega á sus esclavas para que los eduquen; y así corrompiendo la sociedad la apareja para la servidumbre, porque cuando los pueblos son tan viles que pierden la virtud y la conciencia de su derecho, caen faltos de esa virilidad que necesita la práctica de las libertades, rendidos por el brutal sueño de los vicios, bajo la coyunda infame y vil de los tiranos. (Prolongados aplausos.)

De la familia pasemos á la sociedad. El Imperio era toda la sociedad. El Imperio. Esta institucion continuaba siendo fiel á su idea, á su pensamiento capital. No habiendo podido los Gracos realizar la revolucion social en el senado, ni Saturnino y Druso en los comicios, ni Mario y Sertorio en los campos de batalla, una dictadura permanente iniciada por César y seguida con empeño por sus sucesores, vino á absorber la vida toda de Roma, para extender los privilegios de la ciudad al mundo; abrir el cerrado *pæmerium* á



los extranjeros; matar la oligarquía del senado, la preponderancia de los ricos, el orgullo de los nobles; destruir la antigua familia patricia, emancipar á la mujer y al esclavo; llamar al ejército á todos los pueblos; establecer la igualdad ante el fisco de todos los hombres; hacer la justicia uniforme, la ciudad universal, el derecho humanitario; suprimir ya para siempre las antiguas fórmulas; realizar, en una palabra, una gran revolucion en el mundo; prueba cierta de que las grandes ideas que vienen á renovar la vida del mundo y el alma del hombre con un nuevo soplo de libertad, han de ser pacíficamente admitidas en las leyes, porque de lo contrario rompen, destrozan todos los obstáculos y consiguen por las revoluciones y por la fuerza las victorias que no han podido conseguir por la persuasion y por sus derechos. La idea justa, saludable de la revolucion plebeya tomó una forma asquerosa y repugnante cuando tomó la forma de dictadura omnipotente, y llegó á las consecuencias de asqueroso despotismo. Roma entregó su poder á un hombre, le hizo imagen de su libertad, cetro de su fuerza, encarnacion de su derecho, símbolo de su justicia, sombra de la misma augusta majestad del pueblo, depositario de todas sus riquezas; le ciñó la corona en que estaban engastadas todas las naciones, le dió por centro el eje mismo del mundo, le envolvió en púrpura teñida en la

sangre de todas las razas, le alzó un trono, cuya peana era la tierra, cuyo dosel era el cielo; y como nada hay tan fuera de razon y tan contra naturaleza como el despotismo y la autoridad ilimitada de un solo hombre, aquellos emperadores, al tocar la cumbre del poder, eran desgraciados ó infames, como lo prueban Tiberio, alma grande, convertido en sediento tigre; Neron, espíritu tierno y poético, transformado hasta el punto de matar á su madre y quemar á Roma; Calígula, loco que hace á su caballo cónsul y á la luna su amante; Caracalla, que mata á su hermano al mismo tiempo que le acaricia y que goza en ver correr la sangre de veinte mil hombres; Cómodo, encerrado en su palacio con trescientas prostitutas y otros tantos mancebos; Vitelio tendido en su cocina, gastando en comer todas las rentas del Imperio, apegado *al plato* gruñendo y devorando; Claudio, el imbécil Claudio, viendo con epiléctica risa en los labios y la estupidez en el semblante morir diez y siete mil gladiadores; Diocleciano huyendo á Nicomedia á ocultar sus remordimientos; el pio Antonino, devorado por el excepticismo; Trajano, el gran Trajano, recorriendo la tierra por ver si puede arrojar de sí el peso de la desesperacion que le consume; ejemplos vivos, eternos, de que el hombre levantado sobre los demás hombres, que aplasta bajo sus piés la libertad y el derecho, el hombre que desde su tro-

no menosprecia á la humanidad, al ceñirse una corona autocrática se ciñe una serpiente que le muerde las sienas, al tocar los límites de la omnipotencia toca los límites de la abyección y de la miseria, y al crearse un dios se convierte en miserab'e bestia. (Ruidosos aplausos.)

Veamos las edades del Imperio. La primer edad que se dilata desde César hasta Neron, es una edad revolucionaria. Los Césares revolucionarios, violentos, de acción, bien al revés de los Gracos que eran revolucionarios idealistas, platonicos, soñadores, rompen, destrozan todas las antiguas instituciones; la familia, por sagrada y austera; la propiedad, por inmóvil; los comicios, por tumultuarios; los cónsules, por aristócratas; los tribunos, por violentos; el senado, por tradicional é histórico; el patriciado, por egoista; el derecho formulario y religioso, por oscuro y privilegiado; la diferencia de clases, por antigua y gastada; y así, quebrantándolo todo, destruyéndolo todo, renovándolo todo, abren paso á una nueva idea política y social, que sube majestuosamente á posesionarse del alto Capitolio, para unir á todos los hombres dispersos y celebrar el nacimiento de una nueva sociedad refundida por la revolución, por el hierro y el fuego, instrumentos de las ideas en un solo cuerpo, sobre el cual va á descender pronto el espíritu de Dios en vuelto en el sople inmortal del Cristianismo.

La época que comprende desde la muerte de Neron hasta la ascension al trono de Trajano, es una época confusa de indecision y de duda; es un caos en que luchan contrarios y opuestos elementos; el recuerdo de lo antiguo, el temor y la esperanza en lo por venir. Apenas muere Neron, el grito de libertad llena los aires de Roma; la imagen de la República se aparece á los ojos de los nobles; unos gritan por la resurreccion de la antigua sociedad, otros por el acrecentamiento y gloria del Imperio; el senado se mueve y palpita en su sepulcro; la aristocracia quiere rasgar su negro sudario; la familia cesárea desaparece como si la hubiera devorado un abismo; el bosque de laureles de donde cortaban sus armas los dueños del mundo, es consumido por el fuego del cielo; las estatuas de Tiberio, Calígula y Claudio pierden su corona, y la de Augusto es herida en el cetro por un rayo; la tumba de Neron se levanta en el Campo de Marte, dominando á Roma, cubierta de flores; las muchedumbres más ínfimas de la Ciudad Eterna, recorren las calles pidiendo á grandes voces su hijo, su emperador, su Neron, en cuya muerte no pueden creer, porque Neron era su vida; y en medio de este desorden ora sube al Capitolio un soldado porque tiene lanzas, y que cae porque no dá juegos ni gladiadores ni comida al pueblo; ora un mancebo, porque es amigo de Neron, mancebo que deja en las gradas

del trono vida, honra y corona; ora un gloton, enviado por los ejércitos de Occidente; ora un filósofo que mandan las regiones de Oriente; ora un mónstruo, que se entretiene en matar moscas y en matar hombres; siempre la indecision, siempre la duda; enseñanza verdadera, señores, de lo calamitosas y tristes que son esas épocas en que la sociedad no tiene un principio absoluto, no abraza una idea fija, y luchando entre diversos elementos, se quebranta y se destroza, aplastando las más altas inteligencias y los más heróicos y grandes corazones bajo el peso de sus ruinas. (Aplausos.)

Pero así como la época que se extiende desde César hasta Neron es la época revolucionaria del Imperio, y la época que se extiende desde Neron hasta Trajano es la época de incertidumbre y de duda, la época que se extiende desde Trajano hasta Marco Aurelio es la época filosófica del Imperio, la época en que domina la inteligencia y la razon, en que parece próximo á cumplirse el gran sueño platónico del gobierno del mundo por los más sabios y los más virtuosos. La idea filosófica de la escuela estóica, idea eminentemente práctica, idea de organizacion social y de gobierno, se encarna en hombres como Trajano, Adriano, Antonio Pío y Marco Aurelio. La noción del derecho tan oscura antes, se esclarece y alumbrá al mundo. El antiguo derecho patricio es sustituido

por el nuevo derecho civil, que pone al hombre sobre el ciudadano. En las mismas doce tablas donde escribió el génio severo de la antigua Roma la idea del derecho, pero del derecho patrio, del derecho exclusivo, escribe con indelebles caracteres la mano de Marco Aurelio la idea del derecho universal, del derecho humanitario. La razon de Estado, esa divinidad que habia vivido devorando pueblos, es eclipsada por un principio más sublime y más humanitario, por el gran principio de justicia. El emperador no es el magistrado que levanta á Roma sobre las demás naciones de la tierra; es el padre que levanta en Roma toda la humanidad, que llama á todas las razas, que comparte su vida con todos los pueblos, que anuncia el ideal de justicia; edad feliz, en que parecia que toda la filosofía griega, todos los grandes pensamientos que han cruzado por la conciencia humana se habian encarnado en el Imperio. Marco Aurelio, educado para reinar por un esclavo, por un estóico que le enseñaba á creer más fuerte la virtud que todos los poderes de la tierra, y más justa la conciencia que todos los códigos escritos, Marco Aurelio llevaba al trono la idea filosófica de la antigüedad, el estoicismo, que era á un mismo tiempo una protesta contra las clases elevadas y egoístas, y una preparacion maravillosa para la doctrina del verdadero derecho; y así el emperador creía que las leyes civiles debian tener por

norma la eterna ley de lo justo; que el hombre debía formar con sus hermanos una gran familia; que la libertad interior, esta voz secreta y augusta, no puede ser nunca ahogada por la tiranía; que cada una de nuestras acciones, lejos de mirar al bien particular del individuo, debe mirar al bien de la humanidad, como cada una de las partes del mundo se enlaza en el universo; doctrina santa que era el presentimiento del Cristianismo; doctrina que se reflejaba en la vida de Marco Aurelio, como la vida de Marco Aurelio se reflejaba con resplandores de los hombres nunca antes vistos en el Imperio.

Pero así como la época que abraza desde César hasta Neron es la época de las revoluciones contra la vieja sociedad, y la época que abraza desde Neron hasta Trajano es la época de la incertidumbre en la nueva sociedad, y la época que abraza desde Trajano hasta Marco Aurelio es la época de la filosofía y de la idea y de la organización; la época que abraza desde la muerte de Marco Aurelio hasta la ascension al trono de Probo es la época de los pretorianos y de los sacerdotes y de los jurisconsultos; la época en que la fuerza de la sociedad antigua personificada en los ejércitos y la fuerza de la religion personificada en los theurgos y en los jurisconsultos luchan, predominando siempre los pretorianos; y así la iniciación de la fuerza militar se ve en Cómodo, la reaccion re-

ligiosa se ve tímida en Alejandro Severo, desenfrenada en Heliogábalo, el triunfo absoluto del poder militar en Maximino, la organización civil de ese mismo poder en Probo; época tremenda, cuyo recuerdo llena de angustia el corazón, de sombras la inteligencia; época en que lucha el fanatismo con la fuerza; y á cualquier lado que se inclina la victoria, ora á la teocracia mágica, ora á la fuerza bruta, se inclina siempre á la tiranía y á la barbarie.

El Imperio, como todo poder que se funda en una violación del derecho, que es al mismo tiempo una gran violación de la naturaleza humana, había menester numerosísimas huestes, inmensas legiones, poderosas en verdad para sustentarlo, pero más poderosas aun para destruirlo; porque así como el error lleva en sus lógicas consecuencias la muerte, la tiranía, que es la encarnación viva de todos los errores, encuentra su debilidad, su ruina en lo mismo que cree su fuerza; y crecido desmedidamente el ejército para sostener sus cadenas de hierro, siempre frágiles, aquella sociedad no acertaba á sostenerse en la ley de armonía que entrañan la libertad y la justicia; cuando ocupaba el trono un emperador como el bárbaro Cómodo, más ganoso de placeres que de glorias, más amigo de fiestas que de autoridad, más bien hallado en la tibia atmósfera de los serallos que entre las inclemencias de los campa-

mentos; un emperador que para divertir su hastío iba ceñido el pecho con piel de león, la espada con arco de cazador, y ocupada la mano con hercúlea maza de oro, á cazar fieras, á disputar el circo á los gladiadores en fingido combate, haciendo que el senado levantara estátuas y ofreciera incienso al que le habia aventajado en la arena; cuando un emperador de este linaje, decia, ocupaba el trono, las guardias pretorianas que conocian al emperador, que presenciaban sus deformes vicios, que sentian en sí el núcleo de todo poder, que miraban pendientes de sus lanzas toda autoridad y toda justicia, recogian las riendas del Estado, jugaban con ellas al azár, destronaban al emperador, vendian la púrpura cesárea al que más la pujaba, sacaban desde lo alto de los muros de la Ciudad Eterna, resguardo salvadore en otro tiempo del derecho, á pública subasta el Imperio, lo vendian á un senador rico, y luego tornaban á destrozarse con sus espadas sus mismas hechuras, como para enseñar eternamente á las generaciones, que esos poderes que se creen eternos, porque tienen solo en su abono la fuerza, son débiles cuando les falta la justicia, y haciéndose tiránicos, lo pueden engendrar en su maldita esterilidad la anarquía en el gobierno, la desolacion en los pueblos. (Estrepitosos) aplausos.

Cansados los espíritus de la fuerza, convirtieron sus ojos á una idea, á un elemento espiritual,

y como el gnosticismo con todos sus mágicos ensueños dominaba el mundo, fueron al interior de un templo de Asia á buscar entre el humo de los holocaustos y de los sacrificios un emperador llamado Heliogábalo, que desde el Oriente caminó á Roma en medio de palmas y flores y aromas, en larga procesion religiosa; y entró en la Ciudad Eterna envuelto en rozagante seda, pintadas de bermellon las cejas y las mejillas, ceñida la frente con áurea tiara persa, embebido en un éxtasis religioso, abrazado en su carro triunfal á su dios, que era una piedra negra ornada de diamantes y esmeraldas, seguido de un gran número de mujeres sirias que trenzaban con guirnaldas una mágica danza; rasgos muy propios para pintar aquel extraño jóven, cuyo culto era el vicio, cuya teología era el amor brutal y desordenado de los sentidos, cuya imaginacion enflaquecida y exaltada por los placeres, á un mismo tiempo era presa de un continuo fantástico delirio, que le llevaba á predicar dogmas religiosos, eróticos, efrodisiacos, á unir y aglomerar nuevas divinidades en el Panteon, á crear un senado de sacerdotisas consagradas á Venus, á vestirse de mujer y entregarse á la infamia de vergonzosas liviandades, á salir desnudo en un carro circundado de mujeres tambien desnudas, á unir en confusion horrible todos los sexos, todos los animales en sus goces, á violar las vestales y divinizar las prostitutas, á confun-

dirse en un mar de delicias, de orgías, exaltado por un sentimiento religioso, que tendia á prolongar el placer hasta lo infinito, como si fuese aquel delirio el delirio de un siglo devorado por la duda; aquella demencia, la demencia de una civilizacion corroida por el despotismo (Aplausos.)

Los sacerdotes, los filósofos neoplatónicos, los jurisconsultos, habian creado aquel emperador delirante, y habian mostrado su impotencia para sostener en la razon al Imperio. Dos clases luchaban por la púrpura, la clase civil, que predominaba despues de una larga tiranía militar, y la clase militar, que predominaba despues de una tiranía civil. El mundo cansado de la demencia de los que podíamos llamar ideólogos de aquel tiempo, personificados en Heliogábalo y Alejandro Severo, se inclinaba de nuevo á la guardia pretoriana, á la preponderancia militar. Un dia un guerrero titánico, de talla desmesurada y de buen porte, pasaba armado de pesadas armas delante de las legiones romanas, caballero en un alazan del desierto, respirando gozoso el aire que presagiaba el combate y anunciaba la tempestad. Las legiones creyeron ver en él un Cíclope, un Titan, un Hércules, y lo erigieron dueño del mundo. En efecto, Maximino era el símbolo de la fuerza. Hijo de un godo y de una alana, criado en las inclemencias del campo, era como el representante de una nueva raza, y tenia ocho piés romanos de es-

tatura, la fuerza de un toro, la impetuosidad de un caballo, se bebia el vino que cabia en una ánfora, devoraba treinta libras de vianda en un momento, deshacia las piedras entre sus manos, paraba un carro en mitad de su carrera, y era capaz de romper con sus puños una legion de los más bravos guerreros. La guardia pretoriana habia encontrado su héroe. El la llevaba á pelear contra los sármatas y los persas; él aplicaba á la guerra el dinero de los espectáculos, al mantenimiento de su ejército los ídolos de oro de los templos! Roma estaba aterrada al ver que un bárbaro era su dueño. Pareciale que como los antiguos galos iba á incendiar el Capitolio y á no dejar en la ciudad reina del mundo, piedra sobre piedra. Maximino habia sido desgraciado en Roma, habia encontrado cerradas á su miseria las puertas de los señores, que al verlo emperador, hundian en el polvo la cobarde frente; y se aprestaba á una pronta venganza. Mas el senado le declaró depuesto del trono. Al saber esto Maximino en sus expediciones, atraviesa los alpes, baja á los valles, encuentra arrasadas las campiñas, desiertas las villas, fortificadas las ciudades, rotos los puentes, emponzoñados los manantiales; vé que hasta las piedras de Italia se levantan por sí solas contra el bárbaro; conoce que el mundo prefiere epicúreos infames y gastados á un guerrero que hubiera podido fundir con su soplo de fuego el tímpano

de hielo que iba á caer sobre el Imperio, y se entrega á la muerte que le dan bárbaramente sus legiones.

El Imperio desde Tácito hasta Probo, despues de amenguar un tanto el poder de las guardias pretorianas, reconcilia el elemento militar con el elemento civil, como para prepararse á otra lucha más grande, á la lucha religiosa que empieza verdaderamente en Diocleciano y concluye en Teodosio. El Imperio siente que el Cristianismo va á triunfar. Diocleciano lucha con el Cristianismo; Constantino cede á su influjo, Juliano retrocede al paganismo, Teodosio proclama definitivamente su triunfo. La iglesia desde Neron hasta Trajano y desde Trajano hasta Diocleciano, sufre grandes persecuciones. Aquellos cristianos encerrados en el fondo de las catacumbas para practicar la ley del amor, para renovar el mundo con la esperanza; miseros esclavos que habian roto sus hierros, almas puras que se levantan del cieno de la sociedad porque entre tantos vicios conservaban entera la virtud; porque entre tantas duras pruebas tenian fé vivísima; porque en aquella general adulacion á los tiranos, guardaban inmaculada su libertad; porque en la agonía tremenda y desesperante del dios-naturaleza, tenian un Dios-espíritu, que recogia sus lágrimas y calmaba sus dolores; eran perseguidos, acosados por los hombres de la vieja sociedad, que les hacian

responsables de los huracanes, de las tempestades, del hambre, de las inundaciones del Tiber, y de la escasez de aguas en el Nilo; y bajando á sus catacumbas, á sus templos, querian arrancarles su Dios arrancándoles la vida; y los arrastraban por las calles, y los vendian en los mercados, y los bajaban á las minas de la Numidia, y los entregaban á los hambrientos leones, á los tigres, á las hogueras; crueldad inútil, porque si los miembros de aquellos infelices, si sus carnes eran desgarradas en el garfio, si su sangre era consumida por las llamas, sus almas purificadas, engrandecidas por el martirio, desciñéndose de los lazos de la materia, se perdian en lo infinito para reposar tranquilas en el eterno árbol de la vida. (Aplausos prolongados).

Y mientras esta persecucion se ensañaba en los cristianos, el paganismo se moria. La naturaleza perdia sus antiguos encantos; las ninfas y las náyades se desvanecian entre las ondas de los arroyos; el génio de Apolo no murmuraba ya sus dulces cantares en las ramas de los laureles del Himeto; el coro de los ruseñores que acompaña el canto plañidero de Edipo á la sombra de los olivos y los mirtos en el valle de Colonna, callaba como si temiese turbar el reposo de la muerte; Diana no dejaba durante la callada noche sus huellas de melancólica luz en los umbrosos bosques; el dios Pan no sonaba en las majadas y ote-

ros su caramillo, en el cual aprendieran sus regalados versos los Teócritos y los Virgilio; la caverna de Delfos yacía tapiada y no hablaba ya en su seno el génio de la antigua religion; la pitonisa habia rasgado su blanco velo, su corona de verbena, y arrojando lejos de sí el áureo tirso, descendía desesperada de su trípode; porque el fuego de la inspiracion no calentaba ya su desolada mente; los pilotos y marineros del Mediterráneo sentian helarse en sus labios las oraciones consagradas á la luna y á las estrellas, y decian oír entre el rumor de las brisas una voz solemne que decia que los antiguos dioses habian muerto; y Grecia, la musa de la historia clásica, la eterna escultora del hombre, rota su lira, extinguida su voz, rodeada de los cadáveres de sus hijos, se hundía en lo pasado, herida, desesperada, cayendo como una blanca melancólica estatua funeraria sobre los restos del paganismo. (Estrepitosos aplausos.)

Entonces Constantino proclama la libertad de la Iglesia; entonces del fondo de las catacumbas sale triunfante el Cristianismo; entonces la Iglesia universal se reúne; entonces el Concilio de Nicea escribe el símbolo de la fé; ese símbolo que todas las generaciones han repetido, que se difundirá hasta el último límite del tiempo y que resuena hoy bajo las bóvedas de nuestras iglesias; entonces se declara el triunfo inmortal del Cristianis-

mo, que viene á traer la nocion clara de Dios, á romper el cetro férreo del destino, á igualar á todos los hombres ante los altares, á prometer eterna vida á la virtud, á destruir la diferencia de castas, á consagrar la libertad humana, á encender el barro de nuestro cuerpo con el fuego divino, á renovar el espíritu del hombre con el espíritu de Dios, á herir para siempre en la frente á los tiranos y establecer el eterno reinado de la justicia sobre la tierra. (Aplausos.)

El triunfo del Cristianismo debia llenar todo el espíritu del hombre, sin dejar espacio á su corazón para ningun otro sentimiento, ni á su mente para ninguna otra idea. De aquí esa gran exaltacion religiosa á que llegaron muchos hombres mal hallados con el mundo. Apenas habian recibido ese rayo de luz en su frente, apenas habian gustado el maná de esa verdad divina, cuando el cielo se desplegaba á sus ojos y la eternidad á su pensamiento, pareciéndoles mezquino tributo la vida entera para consagrarla á Dios, que habia dado su vida por los hombres; huían de las ciudades, y refugiándose en las cavernas del desierto, en los nidos de las águilas, en las madrigueras de los tigres y leones, en aquella naturaleza estéril, infecunda, abrasada por los rayos del sol, abrian sus corazones consumidos por el amor divino á la oracion, á la esperanza, y herian y maceraban sus cuerpos como para obligarles á exhalar de sí



el espíritu para que se perdiera como la gota evaporada de rocío, en la inmensidad de los cielos. Este particular estado del espíritu humano es muy propio del entusiasmo que inspira siempre una idea naciente. La revelacion celeste no cabia en la conciencia humana, y rebotando anegaba en su seno toda la vida. El hombre no tenia ojos sino para mirar al cielo; ni oido sino para escuchar la voz de Dios en la naturaleza; ni fuerzas sino para la oracion y la penitencia; ni sentimiento sino para amar el gran sacrificio del Calvario; ni idea sino para arrojarse en la contemplacion mística del Eterno; ni vida sino para entregarla al seno de la eternidad; ni alma sino para perderse en el amor del cielo. Así los eremitas, que representaban admirablemente esta exaltacion maravillosa y necesaria del espíritu humano, atraian á sus desiertos las gentes sedientas de lo infinito; y al eco del huracan, del rugir de los leones y del mahullido de los tigres, predicaban la esencia y la naturaleza de Dios. Allí, en aquellos desiertos, ardía la primer llama del entusiasmo cristiano, á manera de un fuego que se levantaba de las áridas rocas para abrasar y renovar el mundo. Despues los eremitas debian levantar conventos contra los cuales se estrellaran en el diluvio del antiguo mundo clásico las revueltas olas de la barbarie. El Cristianismo, la doctrina perseguida, la doctrina regada con sangre de los mártires, llega á

fecundar con su vida hasta las mismas áridas arenas de los desiertos.

Pero el genio del paganismo no dejaba tan fácilmente su presa y su triunfo. Una reaccion universal, profunda, inmensa, fué intentada por Juliano. Apartado de la vida del mundo por celos imperiales, recluido desde niño en un convento, educado en las máximas cristianas, viviendo entre eremitas, su espíritu, sin embargo, tenia una exaltacion tal, una ambicion tan desmedida, que allí, en aquella soledad, sin más consejo que su razon y su conciencia, concibió, leyendo los versos mágicos de Homero, la idea de restaurar algun dia el paganismo. Amante de la hermosura y del arte, como nacido casi bajo el cielo de Grecia, creia que era necesario devolver á la naturaleza muerta su espíritu, que habia huido al cielo, y á los bosques, á los arroyos, á las praderas, á las ondas, sus antiguos dioses, para que volviesen á exhalar aquellos cánticos que no deleitaban ya en su tiempo el oido de la humanidad. Y para conseguir este fin se instruye en la antigua ciencia, recibe el espíritu neo-platónico, explica el paganismo por aquella theurgia que intentaba dar una nueva doctrina á los ídolos, descendiendo á las cavernas de Eleusis, oye allí el ruido del alma del mundo que contesta á la voz de los sacerdotes paganos, va á Constantinopla, oculta sus ideas, y cuando llega la hora de reinar, acomete su em-

presa, levanta los templos, los decora de imágenes antiguas, arroja guirnaldas sobre el altar de Apolo, vuelve á poner sus cuerdas á la róta lira de Grecia, prohíbe que los cristianos interpreten los poetas antiguos, predica una teología neo-pitagórica en frente de la teología cristiana, resucita las antiguas procesiones, quema incienso en las aras de los antiguos dioses; empresa vana, inútil, porque si al morir hubiera vuelto los ojos al porvenir, hubiera visto á los bárbaros arrodillados en torno de Roma, el altar de la Pitonisa desplomándose, los sacerdotes arrojando sus coronas de encinas desde lo alto de la roca Tarpeya como el último adiós dado al paganismo, el altar de Júpiter Capitolino destrozado, la divina Cruz coronando la cima del Capitolio. (Estrepitosos aplausos.)

Sin embargo, el espíritu humano estaba profundamente conmovido en una época tan decisiva para la civilización. El dogma era objeto de grandes controversias en las escuelas, en los templos, en plazas y calles, en el fondo mismo de los desiertos. El pueblo, que había perdido las grandes luchas políticas, necesitado de actividad y de vida, iba á luchar al campo de las cuestiones teológicas. En ellas se interesaba toda la vida, toda el alma de la humanidad. Estos problemas, planteados en el tiempo se resolvieron en la eternidad. Así la vida y la muerte, el recuerdo y la esperan-

za, la cuna y el sepulcro, todo se interesaba en estas luchas del pensamiento y de la fé. Hombres de espíritu batallador, de independencia, continuamente agitados por el pensamiento, ansiando beber la vida eterna en el cielo, no pudiendo abarcar la revelación que descendía de la mente divina, caían en la herejía; porque la luz les cegaba como acontece á nuestros débiles ojos que no pueden mirar el sol. Entre todas estas herejías, por su audacia, por su éxito, por sus largas consecuencias, ninguna alcanzó la importancia que en la historia tiene la terrible herejía de Arrio. Esta herejía iba á herir en el corazón el dogma, á destronar la nueva religión. Era una rebelión del pensamiento contra la fé; pero rebelión que tendía á arrancar el espíritu divino á Cristo y su consustancialidad con el Padre. Esta herejía es una idea capital en la historia de la civilización, porque el arrianismo imbuyó su espíritu á los bárbaros, como para prepararlos á la verdadera fé. El arrianismo estaba empapado en el espíritu de Oriente y subió al trono con muchos emperadores y amenazó absorber al mundo.

Pero en medio de estas dudas y de esta incertidumbre, suena en el reloj de los tiempos la hora del triunfo definitivo del Cristianismo. A esta gloria, á este triunfo de la civilización, vá unido el nombre inmortal de un español, el nombre de Teodosio. A pesar de los progresos que las nuevas

ideas hacian en el ánimo de las gentes, el paganismo sonreía aún en sus innumerables templos y altares. La reaccion de Juliano habia dado un calor ficticio á los antiguos dogmas. Parecia esta lucidez de la religion el último destello de una lámpara que se apaga, de una vida que se extingue. En Alejandria, en Atenas, en la misma Roma resonaban los cánticos alegres y tiernos consagrados á los antiguos dioses, y sobre el ara de mármol se enlazaba la poética guirnalda, y al pié del ara ardía el fuego sagrado que habian alimentado tantas generaciones y que despedia sus últimos destellos. Por un instante parecia que el espíritu humano iba de nuevo á derramarse en la naturaleza para animarla y encerrar en cada hoja de los bosques, y en cada gota de agua de los mares, los rios y las fuentes, un génio misterioso, una divinidad. Esta reaccion formidable, tremenda, que amenazaba destruir la obra maravillosa de la revelacion y el reinado del nuevo derecho, fué detenida y contrastada por el génio sublime de Teodosio, que destrozó las antiguas aras, arrancó á su pedestal los ídolos, deshojó las corólas de la verbena y de las guirnaldas sagradas, enjugó la sangre que caía de las entrañas de las victimas, hizo suspender los augurios, las adivinaciones, los oráculos; y sobre los restos de esa religion, que habia sido el alma de tantos siglos, el consuelo de tantas generaciones, el ideal de in-

numerables artistas; sobre los despedazados restos de esta gran civilizacion levantó el Dios de la verdad y de la justicia, el Dios de los cristianos que venia á renovar el espíritu de la humanidad.

Pero si el Cristianismo habia renovado el espíritu, los bárbaros debian á un tiempo castigar á Roma y renovar la sangre de la humanidad. Aquellos romanos gastados, que vivian en los alrededores de Nápoles gozándose en ver el cielo siempre azul, el mar siempre riente, los bosques embalsamados por el azahár, los templos erigidos en las colinas más bien como trofeos artísticos que como monumentos religiosos; aquellos señores romanos, que tenian en sus casas, más grandes que una ciudad, todas las riquezas y hasta todas las extravagancias del gusto, montes de nieve en verano, bosquecillos de rosas en invierno, pájaros del Asia en sus jardines, mónstruos marinos en sus estanques, mancebas traídas de todos los reinos, esclavos de todos los climas; tendidos en su triclinio de púrpura y marfil, embalsamado el cuerpo con pomada de nardo, arreglado el cabello á usanza asiática, ceñidos con femenil estola, viendo entre festines, donde tenian vino de Chio, miel de Cos, mariscos del Norte, lenguas de rui-señores, javalies con el vientre lleno de aves vivas, copas hechas de una sola esmeralda, ámbar de Pannonia; en medio de tales delicias, cuando más descuidados estaban, ven de pronto entrar

por sus puertas de marfil y oro, agarrarse á sus paredes pintadas al fresco, manchar sus suelos de mosaico, profanar sus estátuas de mármol, quebrar sus espejos de acero bruñido, á espantosos bárbaros venidos ora del Rhim ora del Danubio; unos de talla desmesurada, otros rubios y hermosos como leones, otros contrahechos, pequeños, deformes, de color verdoso, de nariz aplastada, de pómulos salientes, de ojos de buho, vestidos con pieles de rata, asestando flechas que eran huesos humanos, chorreando de sus labios la sangre de la carne cruda que habian devorado, exhalando de su aliento el fétido olor de los orines de caballo que habían bebido; bárbaros que se cebaban en aquellos señores del mundo tan perfumados y delicadísimos, como se ceba el hambriento tigre del desierto en las entrañas calientes y humeantes de sus presas. (Ruidosos aplausos.)

Los romanos, como los primitivos pobladores de la tierra, subian á lo más alto de sus templos á mirar las nubes, las tempestades que avanzan. ¿Quiénes son tantos bárbaros? Primero viene un bárbaro seguido de ejércitos, que llenan desde la Dalmacia hasta las puertas de Constantinopla, de pueblos enteros, de carros que ruedan sobre el hielo ligeros; desde el desierto cae sobre la Tracia y Macedonia; flaquea el monte Athos, quemando sus espesos boques para que le sirvan de guía como una gran columna de fuego por la noche;

lleva delante de sí los trofeos del templo de Minerva; abrasa la Grecia desde Simmium hasta Megara; perdona los habitantes como el sacrificador arroja con desprecio la piel de la víctima devorada en el holocausto; entona sus ahullidos de triunfo en las orillas del mar Egeo teñido de sangre; penetra en Argos y Esparta y toma el hierro lacedemonio para herir en el corazón la patria de Licurgo; arrastra á su carro las vírgenes más hermosas consagradas aún á los dioses y las entrega á su pueblo para que las profane y las goce; cierra para siempre los antiguos templos; acaba con los misterios de Eleusis; atraviesa como el águila los Alpes Julianos; lava sus piés heridos en los mares donde hoy se alza Venecia; llega hasta las puertas de Roma, que desde Annibal no habia visto ningun enemigo; fuerza sus muros, entra en su recinto infestado por los miasmas de cien mil cadáveres, y ahuyenta aquel senado de reyes, ante el cual se postró la tierra, y destroza los templos que guardaban la conciencia de la humanidad, y derriba los ídolos que habian sido el consuelo de infinitas generaciones, y se levanta como una estatua colosal, inmensa, sobre las ruinas de una inmensa y colosal civilización. (Aplausos.)

Pero todos estos pueblos necesitaban de una inteligencia que les diese cohesión; de un brazo que les diese unidad y fuerza. Para cumplir este gran destino histórico, vino al mundo el bárbaro

Atila. Engendrado en el carro de los combates, nacido en las orillas del Volga, alimentado con leche de alimañas salvajes, acostumbrado á ver al abrir los ojos matanzas horribles, campos sangrientos; fuerte, vigoroso, deforme, corto de talla, ancho de espaldas, negro el color, aplastada la nariz, pequeños y hundidos los ojos que brillaban como los del tigre en la oscuridad de su caverna; rara la barba, nervudos los brazos, echado atrás el cuello, érguida la frente, ruiendo más bien que hablando, despidiendo de su mirar el fuego de la guerra, marcado con el sello del destino desde la cuna para conmovier las naciones; Atila disciplina las razas, une los restos de los ostrogodos, de los hunnos, de los alanos, de los burgundos, de los escitas; arranca del suelo la espada que adoraban sus pueblos y la esgrime como el ángel exterminador; se rodea de todas las preocupaciones y mágias del Oriente y del Norte; á la luz y al olor de la resina, consulta en su tienda al sacrificador ostrologo que estudia el porvenir en el corazon palpitante de la víctima; al adivino alano que agita sus hierrecillos y sus varillas; al mago hunno que invoca las divinidades infernales con su tambor mágico; al hechicero tártaro que busca el destino en las cenizas de las hogueras, y confundiendo así las creencias y las fuerzas de todas las razas bárbaras, las arroja sobre las Galias, destruye á Metz, á Treves, á Reims,

pasa á la Italia, amenaza á Roma, y despues de dejar tras de sus pasos una inmensa ruina y una inmensa hoguera, el azote de Dios vuelve á sus dominios, y muere ahogado en su misma sangre.

Señores: parecia que el cielo no podia guardar mayores amarguras á la reina de las naciones, á la señora de las gentes. Precipitada de su trono en el polvo, sin sus héroes, sin sus dioses, Roma no podia descender á mas oprobiosa abyeccion. Los caballos del desierto habian hollado el polvo de sus sepulcros; los hijos de sus antiguos esclavos habian roto en mil pedazos su corona y habian profanado su majestad y su hermosura. Abandonada de su númen tutelar, quebrado su cetro, sumida en lodo y sangre, do quier convertia sus ojos encontraba nubes de bárbaros, descargando sobre su frente todas las iras del mundo, y toda la cólera del cielo. No habia refugio en la tierra para los señores de la tierra. El Oriente y el Occidente, el Norte y Mediodía, los mares y los desiertos, los valles y las montañas estaban llenos de gentes bárbaras, hambrientas, crueles, vengativas, que cubrian el cielo con sus flechas, la tierra con sus víctimas. Cuando parecia que alguna de aquellas tribus, mal hallada con su condicion salvaje y ruda, se apercibia á recibir el soplo de la civilizacion y á perdonar á Roma, al punto el Rhin, ó el Danubio, los Apeninos, los Alpes, vomitaban nuevos guerreros más feroces, más sedien-

tos de sangre, más dispuestos á amontonar ruinas sobre ruinas, cadáveres sobre cadáveres, como si gozaran en infestar la tierra. Por las vertientes de los Pirineos, por sus desfiladeros tan codiciados un día de los romanos, bajaba como un torrente de sangre, un pueblo bárbaro, que empujaba y arrollaba otros pueblos también bárbaros. Los españoles amantes siempre de su patrio suelo, disputaban con heroísmo sin par el paso á los enemigos de la civilización romana, y los soterraban bajo sus riscos. Pero llamados los naturales á otras guerras, y dejando su hermoso suelo á viles mercenarios, los bárbaros todo lo arrollaron y vencieron.

Estos bárbaros más feroces que los godos eran los alanos y los vándalos. La muerte precedía estas bandas feroces, que no tenían instintos de humanidad ni de justicia. Los incendios eran sus antorchas, los ayes de los moribundos la música más regalada para sus oídos; la destrucción y las ruinas, su obra; el castigo del mundo antiguo su destino. Cuando caía una ciudad entre las llamas, y sus habitantes morían en la desesperación, y ondas de sangre corrían á sus plantas, y los gemidos y los ayes poblaban los aires; aquellos hombres gritaban gozosos como las aves de rapiña cuando el hedor de los cadáveres hiere su olfato graznan y aletean, y se lanzan gozosas sobre la horrible asquerosa podredumbre. La infeliz España sufrió

con resignación esta desgracia. El hambre diezmó sus habitantes; los miasmas de la peste oscurecieron su siempre límpido cielo; la segur bárbara taló sus bosques y arruinó sus pueblos; el fuego calcinó sus campos y sus antiguos palacios, y las calles de sus más populosas ciudades vieron correr en su soledad y su desolación sobre sus ruinas las alimañas salvajes, las fieras del desierto. Las montañas de Leon y Asturias fueron el primer refugio de estos bárbaros. Pero aguijoneados por sus inquietos deseos, ó heridos por sus enemigos, bien pronto se derramaron por los felices campos de la hermosa Andalucía, llevando allí también la destrucción y la muerte.

El hombre que personificaba este pueblo bárbaro era Genserico, más feroz aun y más batallador que Atila. Menudo de cuerpo, corto de estatura, cojo, deforme, conciso en su decir, misterioso en su pensar, frugal en sus costumbres, audaz en sus proyectos, deseoso de riquezas si menospreciador de los placeres; cauto, astuto, traidor; sin amor ni á los hombres ni á los dioses; sin respeto á su propia palabra y á sus juramentos; vengativo, cruel, blandiendo atroz espada en sus manos, y llevando el odio á la humanidad en su pecho; acosado como una fiera por sus enemigos y seguido de tribus feroces; Genserico era la venganza de Dios, que derramaba con su sople abrasador como el fuego, la ruina en los pueblos, la muerte entre

los hombres. Bien pronto su instinto viajero, que es el instinto superior del bárbaro, le aparta de Andalucía, y le lleva al África. Parece imposible, señores; generales romanos le llaman y le brindan con la destrucción y la venganza. La presencia del bárbaro en África despierta otros bárbaros, que dormían en las arenas del desierto. Los mauritanos al sentir el grito de guerra, que puebla desde el Mediterráneo hasta el Atlas, salen de sus madrigueras, se esperezan, y el olor de la matanza despierta su sed de sangre. ¡Qué inmenso campo se abre á la voracidad de los bárbaros! Ciudades populosas, colonias florecientes, campos bienhadados, multitud de diversas naciones, montañas, desiertos, puertos, un mundo entero levantado por infinitas generaciones, un mundo hermoso, que no tiene como Europa las manchas de sangre de tantas y tan recientes guerras.

Desde Tánger hasta Trípoli se extendían rápidamente las huestes de los bárbaros del Norte y los bárbaros del Mediodía unidos en un mismo sentimiento de odio y de venganza. El horror que esta irrupción derramó en los desgraciados habitantes del África, fué tal, que los cronistas cuentan que aquellos bárbaros eran tan atroces que mataban generaciones enteras alrededor de los muros de las ciudades, á fin de que emponzoñado por la peste el aire, empozañara á los hombres. En aquellas regiones descollaba la antigua ciudad de Carta-

go, depósito sagrado de todas las tradiciones del Oriente destrozada y reedificada por sus mismos vencedores los romanos. Cartago tenía edificios magníficos, templos suntuosos, liceos, academias, escuelas y un floreciente comercio; recuerdos de sus antiguos tiempos. Cartago había representado en la historia de la humanidad una gran fase de la eterna lucha entre el Oriente y Occidente. Había subido hasta disputar el dominio del mundo á Roma; y el recuerdo de su grandeza era un título de su desgracia. Genserico, impulsado por la Providencia á borrar del mundo hasta el esqueleto de la antigua civilización, entra en la ciudad de Annibal, arroja sus bárbaras huestes en aquellos suntuosos palacios, destroza hasta las piedras de sus muros, arranca al seno de sus hogares los des-pavoridos habitantes, y borra de nuevo la huella de Cartago en la historia del mundo, ofreciendo sus restos como una hecatombe sobre el sepulcro ya sellado de la antigua civilización. El ánimo se perturba y entristece al considerar las desgracias que caían sobre los infelices nacidos en edad tan desastrosa. Los senadores de Cartago fueron arrastrados á las cadenas de los esclavos; sus mujeres al lecho de los bárbaros. Los mercados se llenaron de infelices cautivos, que miraban con envidiosos ojos á los que habían tenido la ventura de morir en aquellos amarguísimos trances. Los barcos que se daban á la vela en los puertos de Afri-

ca, llevan hermosas cautivas á los serrallos y á las mancebías. El Africa era un inmenso campo de batalla. Un vapor de sangre subia al cielo á la manera de un triste holocausto ofrecido al Dios de las venganzas.

Mas no se apagaba la sed de sangre que aquejaba á los bárbaros. Genserico llegaba á las orillas del mar, extendia su mirada por aquellas azules ondas, y ansioso de domeñar más ciudades y ver más pueblos sujetos á su voluntad, extendia las velas, y se daba á merced de los vientos, seguro de encontrar en toda la tierra víctimas que sacrificar á su voracidad y tesoros con que satisfacer su codicia, como si él mismo sintiera que su voluntad y sus fuerzas y su espada eran los instrumentos con que el Eterno destrozaba un mundo para abrir paso á la eterna idea del progreso, que así se levanta del seno de las escuelas como de la desolacion de los combates. El viento le empujó á Italia, y su deseo le llevó á Roma. La Ciudad Eterna, la que amedrentó al mundo con su poder, la que tenia en sus manos las coronas de todos los reyes, y en sus templos los dioses de todas las religiones; la que habia llevado á sus escuelas todos los sabios, á sus campamentos todos los guerreros, á su literatura el espíritu de todos los pueblos; la que guardaba la sancion de toda soberanía, el alma de todo derecho; sola, abandonada, sin sus antiguos sacerdotes, sin sus

heróicos guerreros, desposeida de toda su grandeza, arrojada en el estercolero de sus vicios, vió acercarse á su seno, sin espanto, sin temor, á los últimos bárbaros, á los vándalos, que destrozaron hasta sus ruinas y demolieron sus edificios quebrantados, y pulverizaron sus estátuas rotas, y recogieron con sus rudos carros los recuerdos de todos los siglos, los restos de todos los templos, los cuerpos helados de todos los dioses, como para borrar del espacio hasta las huellas de las ideas y de los poderes que habia condenado la Providencia.

¿Quién se levantará sobre tantas ruinas? El patricio romano ya no tiene fuerza para ponerse de pié, ni para buscar en sus hogaras las lanzas de sus padres. Enflaquecido por sus vicios, en la hora tremenda de la guerra abandona el cuidado de su hogar y de sus penates á los mismos bárbaros. El mundo clásico, que habia dominado toda la tierra, se entrega á sus enemigos. Del polvo de las tumbas no se levanta ni la sombra de Scipion, de Mario, de César, á contener á los bárbaros. Roma es como una añosa encina herida por el rayo del cielo. Ni su poder ni su antigüedad le bastan para salvarse. Sobre sus cenizas humeantes se levanta como rey de Italia Odoacro. Este bárbaro recoge los diamantes rotos de la corona del mundo, y orna con ellos la diadema de su raza. Sobre el Capitolio reinan los bárbaros, aquellos



bárbaros que no fueron osados á mirar á Roma sino de rodillas y con la frente hundida en el polvo. El triunfo de Odoacro es el triunfo de la civilizacion moderna, ruda en su cuna, sobre la civilizacion antigua, podrida en su sepulcro. El último de los emperadores lleva en su reinado el nombre del fundador de Roma y del fundador del Imperio, como para enseñar que en él concluye la ciudad de Rómulo y el trono de los Césares. En el huerto de Lúculo yace el último dueño del mundo. El enflaquecido Imperio debia morir para mayor deshonra, no en los campos consagrados á la guerra, sino en los campos consagrados al placer y á la licencia, para significar que los pueblos mueren más bien que por la espada de sus enemigos por sus propios vicios. ¡Qué cuadro tan desolador! La lumbrera de la conciencia humana, que era la civilizacion antigua, se extingue; la reina de las naciones muere.

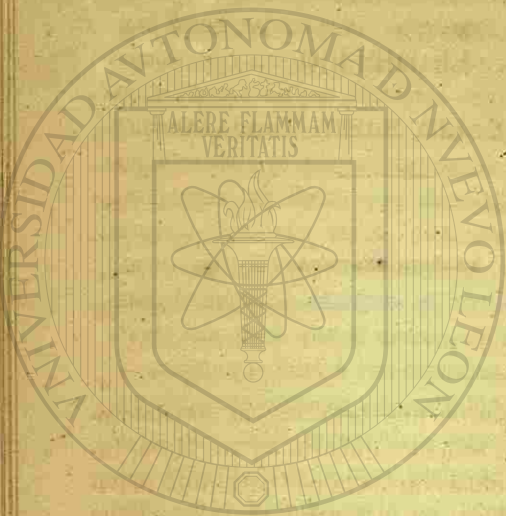
¿A quién, á quién volver los ojos? ¿Dónde encontrará esta civilizacion un refugio? Si vuelve los ojos á Occidente, ve al bárbaro Genseric, que despues de haber esparcido las reliquias de Cartago, va jadeante á esparcir por los aires las cenizas de Roma; si se vuelve á Oriente, ve correr á Odoacro, al bárbaro Odoacro, á ceñir una cadena á la reina de las naciones; por todas partes se levantan enemigos; ora es Ricimiro que viola sus leyes; ora el bárbaro Radagusa, que mata un mi-

llar de romanos al pié de sus ídolos; no hay remedio, el despotismo ha podrido á Roma, y los bárbaros son el cauterio de esa podredumbre; no hay para Roma ni salvacion ni esperanza. Pero, señores, si la hay, si la hay. En medio de aquella desolacion universal, cuando toda Europa es un campo de batalla cubierto de cadáveres; cuando el cielo está ennegrecido por el humo de tantos incendios; cuando todas las aras, todos los ídolos flotan rotos, deshechos en un océano de sangre; cuando no encuentra el hombre para sus dolores ni el triste asilo que presta la tierra compasiva á las mismas fieras; en esta desolacion universal, San Agustin se levanta sobre las ruinas, iluminado por la fé, transfigurado por la esperanza, enseñando á los hombres que reniegan de su edad y de su destino, la ciudad del porvenir, la ciudad de Dios, que flota inundada de resplandores sobre aquella negra noche, como flota el sol sobre las negras alas de las tempestades. (Aplausos.)

Hemos concluido. Ahí teneis el mundo que vamos á recorrer en el presente curso. Hemos visto la revolucion social, personificada en Neron, el derecho en Marco Aurelio, la iniciacion de la tiranía pretoriana en Cómmodo, el gnosticismo oriental en Heliogábalo, la union del poder militar con el civil en Probo, la lucha con la nueva religion en Diocleciano. el reconocimiento de esa

religion en Constantino, el símbolo de la fé en el concilio de Nicea, la reaccion pagana y la filosofía neo-platónica en Juliano, el triunfo del Cristianismo en Teodosio, los bárbaros que luchan con Roma en Alarico, la unidad de las razas bárbaras en Atila, la venganza de Dios en Gensericco, el trinfo de los bárbaros sobre el Imperio en Odoacro, pero el triunfo más alto de la justicia, de la verdad, y por consiguiente del progreso, en la *Ciudad de Dios*, que San Agustin enseña al mundo desolado como una eterna esperanza. (Aplausos.) Busquemos tambien nosotros esa ciudad. El hombre antiguo en su desolacion, en su desgracia creia que el mundo de la felicidad y de la razon quedaba á sus espaldas, que conforme iba caminando hácia adelante iba huyendo de su bien, que cada generacion seria más enferma y más desgraciada y más esclava; pero nosotros, verdaderos hijos del siglo XIX, nosotros que hemos forjado nuestro espíritu en las fraguas de las revoluciones modernas, nosotros que hemos aprendido que el derecho está en nuestra alma; nosotros, que hemos visto la materia sometida á nuestros mandatos, la tierra esclava de nuestra voz; nosotros no nos amedrentamos por los escollos que puedan detenernos, porque fuertes con la nocion sacratísima del progreso, sabemos que los tiranos pasan, los sofistas mueren, que las espadas de los fuertes son frágiles, y el triunfo de la libertad y

de la humanidad es seguro, porque se funda en nuestra naturaleza y en las inviolables promesas del Eterno.—He dicho. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)



## EL IMPERIO

DESDE GALBA HASTA TRAJANO.

### LECCION SEGUNDA.

SEÑORES :

Vamos á describir una de las épocas más dolorosas del Imperio romano, incierta en sus ideas, indecisa en sus luchas, agitada por continuos movimientos y cambios; sin fé, sin virtudes; nacida de una larga servidumbre, y como la servidumbre, flaca y vil; época, en que toda idea de derecho se borra en la mente del pueblo, y todo hábito de obediencia en el ánimo del soldado; época, en que la religion antigua se pierde sin que las conciencias se aperciban á recibir un nuevo dogma, ni los corazones á sentir el calor de una nueva fé; época en que los lazos de la familia se quebrantan y los dulces y amorosos sentimientos de la amistad se olvidan; época manchada con guerras civiles y

extranjeras, con delaciones infames, con asesinatos horribles, con perjurios, con la rebelion de quien debia obedecer y la esclavitud de quien debia mandar; con el reinado de príncipes, cuyas armas son juguete de las alteradas pasiones; época que se ahoga en una orgía inmensa de lágrimas y sangre, como suele acontecer á todas las épocas, que olvidadas del principio de libertad, alma de nuestra alma, esencia de nuestro sér, venden la dignidad y la responsabilidad del hombre, móviles de las grandes acciones, de los preclaros hechos, al capricho cambiante y tornadizo de un insensato tirano.

La verdad es, señores, que el mundo romano pasaba por una crisis suprema, en la cual ni se avenia con la pérdida de la antigua libertad ni dejaba la nueva servidumbre. La imágen de la República se alzaba como una sombra querida del seno de todas las tempestades; y los ánimos levantados, los que aún guardaban con amor el recuerdo de los grandes tiempos de Roma, al contemplar el envilecimiento y la prostitucion universal, renunciaban á la grata esperanza de tornar á ver la patria de sus padres. Esta situacion extraordinaria del mundo antiguo, tan digna de nuestro estudio, prueba, señores, que la virtud es la compañera inseparable de la libertad. El patriciado romano se olvidó de los campos, de los campamentos, de su antiguo estoicismo, para acordarse solo

de allegar riquezas y saborear placeres; el pueblo, cansado de luchar, se entregó á un hombre que le dirigiese y le representase; cambió su derecho por un bocado de pan, sus armas por las fiestas, sus comicios por el circo y el teatro; y pueblo y patriciado cayeron bajo el peso de las cadenas, rendidos más bien por sus propios vicios que por el poder y la fuerza de sus señores.

Y sin embargo, cuanto más miro y estudio la caída de la República romana, más me afirmo en mis antiguas ideas sobre este grandioso acontecimiento. La República debió haber realizado el ideal del derecho que traia en su seno la nueva filosofía; no lo realizó y vino necesariamente á realizarlo la fuerza. La República debió abrir las puertas de Roma á toda la humanidad; se empeñó en cerrarlas, y vió destrozadas esas puertas por el hacha sangrienta de la dictadura. La República debió levantar las clases desheredadas, conseguir la igualdad en la libertad; quiso degradar esas clases, quiso mantener los privilegios, y trajo la igualdad en la servidumbre. La República debió haber cedido á los clamores de los plebeyos en la cuestión social como habia cedido en la cuestión política y en la cuestión religiosa, quiso aherrojar las clases pobres en la abyeccion, en la miseria, y la abyeccion dió de sí la servidumbre, la miseria y la muerte. Una libertad privilegiada, una libertad aristocrática, una libertad que no se funda

en el derecho, que no reconoce y proclama la igualdad, condicion de la existencia de todas las libertades, despues de engendrar una lucha estéril se quebranta y rompe necesariamente; porque esa libertad es una cadena más pesada para el pueblo que la misma servidumbre; y como la libertad romana, que habia animado los altares con un nuevo fuego, los comicios con un nuevo derecho, la plebe con un nuevo espíritu, al tocar en la organizacion social, que será siempre la raiz de la libertad, retrocedia y se tornaba privilegio para el noble y abyeccion para el pueblo; como queria vivir de una gran injusticia, atrajo sobre Roma fatalmente, pues en la sociedad como en la naturaleza cada cosa engendra su semejante, atrajo la injusticia enorme del Imperio. La responsabilidad del Imperio cae sobre la frente de la aristocracia romana.

¡Y qué estado, señores, el estado de Roma tan terrible! Las legiones, los ejércitos habian aprendido con la caída y encumbramiento de los emperadores que era suyo el Imperio, y un Imperio que solo pertenece á la fuerza pertenece á la injusticia. Y el ejército, en verdad, no era aquel ejército, precedido de la victoria, disciplinado por una autoridad sagrada, compuesto de ciudadanos nacidos en el recinto del *Pomerium*, protegido por las divinidades de la antigua Roma, ganoso más que del botin de ceñir ó una corona de encina ó

una corona de laurel, amante de la ciudad, por cuyo engrandecimiento exhalaba de grado la sangre y el espíritu; no era aquel ejército, que se movia como un solo hombre á la voz de sus generales, que llevaba en sus lanzas la luz de una nueva idea, que abria los surcos de la tierra para derramar la semilla de la civilizacion; no era aquel ejército, que habia espantado la tierra y sometido las naciones, y arrastrado á su carro todos los reyes; no, señores, era un ejército mercenario, indisciplinado, pronto á la rebelion, tardo á la obediencia, dispuesto á rasgar con sus lanzas la púrpura imperial, reclutado entre los enemigos mismos del nombre romano, sostenido por el cebo del lucro y de las ganancias; sin conocimiento del derecho, sin amor á la libertad, sin respeto siquiera á la reina de las naciones; ejército que aparece siempre despues de las grandes catástrofes en todas las épocas infaustas en que pierden los corazones el sentimiento de la propia dignidad y las conciencias la intuicion divina de la justicia. El pretoriano, cuya influencia social comienza en este supremo instante, ávido de placeres, ganoso de dinero, dado al juego y al vino, poseido de todas las pasiones, amante del peligro, mal hallado con el reposo, anhelando tratar en sus campamentos la política, como si los campamentos fueran comicios, conociendo que á su alrededor solo habia un senado sin conciencia y un pueblo sin liber-

tad; ora por probar su poder, ora por divertir su gusto con grandes y entretenidos espectáculos, ora por allegar más dinero; gozabase en levantar emperadores y derribarlos; en dar cada día, si era posible, un nuevo dueño al mundo; en mudar jefes como se mudan de vestiduras y de nombre los histriones en el teatro; en demostrar que sus lanzas eran el único título de derecho que tenían los Césares; calamidad tristísima que debía dar en tierra, más tarde ó más temprano, con el Imperio, porque no hay cosa para sostener los poderosos Estados más débil, que la fuerza.

Y aquella sociedad no tenía para estos grandes males remedio. La fuerza de los ejércitos no podía ser compensada por ninguna otra fuerza. Perdido el ideal de la sociedad antigua, aunque el espíritu de un nuevo derecho corría en el fondo de todos los hechos y de todas las instituciones como una sávia oculta, la sociedad llagada, enferma, no sabía ni qué temer ni qué esperar, y no tenía un instrumento con que contrastar la fuerza de la espada. El trabajo, que es la gran redención de los pueblos esclavos, de los pueblos desgraciados, no podía salvar á Roma. Aquella sociedad tenía en su seno una idea corrosiva bastante á matarla y destruirla; una idea que la filosofía iba poco á poco desvaneciendo, pero que la sociedad, tarda en seguir el vuelo del pensamiento, conservaba todavía, la idea horrible de la des-

igualdad de los hombres. Esta idea infundía en unos aliento, en otros humillación y vergüenza; levantaba á unos al dominio del hombre, y precipitaba á otros en degradante esclavitud. Los nacidos para dominar, creían que el trabajo les degradaba y envilecía, y pasaban su vida en sus grandes palacios y en la plaza, ora tendidos en sus lechos, ora vagando por sus pórticos, ora en el aromático baño, ora en el teatro, ora en el circo, siempre en la ociosidad, nunca en el trabajo. El aristócrata antiguo, al emanciparse del trabajo, rompía una ley de la naturaleza humana, y como el quebrantamiento de las leyes naturales trae siempre consigo el mal, aquellos aristócratas sin trabajo, eran un gravísimo peligro para el Imperio, porque su ociosidad corrompía las costumbres ó infestaba los aires. Aquellos hombres, llenos de riquezas allegadas sin trabajo y dispendiadas sin consideración; ajenos á las luchas políticas, porque el Foro estaba cerrado y abandonada la plaza pública; indiferentes en religión, pues sentían que el frío de la muerte apagaba el fuego en los altares y la idea celeste en los dioses; corrompidos por aquel epicureísmo, que helaba los corazones, y poco á poco les hacía caer en la indiferencia; sin amor á la patria, pues la patria era para ellos un inmenso calabozo; sin respeto al Imperio, que temían como se teme á los tiranos, y la tiranía, si infunde miedo, no puede

infundir nunca respeto ; lastimados de la pérdida de la libertad , pero faltos de valor para recobrarla ; derramando muchas lágrimas por la República , pero poco dispuestos á derramar por la República su sangre ; nunca aptos para las luchas y siempre dispuestos á recibir el frio beso de los placeres ; disgustados de la vida que se arrastraba pesada y turbiamente en los festines ; en tan extraordinario estado , en época tan difícil , cuando caian sobre su clase tantos males , cuando se condensaban sobre sus cabezas tantas tempestades , en vez de buscar en el trabajo alivio para sus dolores , fuerza para sus cuerpos y robustez para su misma naturaleza , caian en esa indolencia , en esa atonía , que , paralizando la vida , corrompia el espíritu , y lo precipitaba fatalmente en la servidumbre. El patricio entregaba toda su vida , toda su fuerza al esclavo. El esclavo le vestia , le bañaba , le seguia en toda la vida , le acompañaba al paseo , le servia de rodillas la comida , le arreglabas las cuentas de la casa , le sostenia en sus brazos hasta pasar de un lado á otro de la calle , le cultivaba las tierras , le guardaba los ganados , le divertia , le adulaba , le servia para blanco de sus odios , y muchas veces sentia y pensaba y queria por sus mismos dueños , absorbiendo su fuerza , su inteligencia , toda su personalidad ; pues como la naturaleza humana no puede ser nunca engañada ni eludida , aquellos esclavos , despojados de

toda dignidad , de todo derecho , eran realmente los artífices principales de la sociedad , que los arrojaba de su seno , como si Dios quisiera de esta suerte castigar las injusticias de los hombres. El patricio descendia por su indolencia hasta anularse , y el esclavo se alzaba poco á poco á ennoblecerse por su trabajo. Pero la sociedad antigua levantada sobre los privilegios de la aristocracia , en esta flaqueza de las clases superiores , se destrozaba , se perdia. En tiempo de la República la aristocracia iba á la guerra , y en la guerra ejercitaba su actividad , y vivia la vida tempestuosa pero fecunda de la libertad ; mas despues del Imperio , como la señora de las naciones se entregaba vilmente á los mercenarios , y como los ejércitos eran reclutados en extraños países , el antiguo guerrero , el patricio que habia aterrado al mundo , guardaba su espada enmohecida , sin gloria ya y sin brillo , oprimido por una desesperación , que no podia aliviarse en el seno mismo de los campamentos que eran el gran teatro de la nobleza.

El pueblo romano caia en la misma degradación , en el mismo abatimiento que la nobleza. Para él no existia en verdad la ley del trabajo. Sin recordar el dia de ayer , sin curarse de hoy , sin pensar en mañana , su vida era vida de placeres y alegría , vida corruptora y venenosa. Seguro de que el pan nunca podia faltarle , ni á él ni á

sus hijos, se daba á todos los vicios que trae consigo la carencia del trabajo; señores, del trabajo, que es la sal que conserva sana y pura la vida. ¿Y qué podía inquietarle? El mundo era para el pueblo rey como un inmenso espectáculo; el emperador como un siervo. Desde que la gran dictadura revolucionaria se apoderó del mundo, el plebeyo no tuvo que pensar en política, porque el emperador pensaba por él; ni en leyes agrarias, porque siempre tenía pan; ni en humillar á la nobleza, porque la nobleza habia caído herida á sus plantas; ni en ir á los comicios, porque sus comicios eran el circo y el teatro; ni en las guerras, ni en los campamentos, porque los íberos, los galos, y hasta los mismos germanos velaban con sus armas el sueño de Roma y la seguridad del Imperio. ¿Qué podía faltarle? Pan tenía. La Aumona era su despensa pública; un prefecto perpétuo se encargaba de repartirle trigo, un prefecto, que daba disposiciones para que el romano comiese pan blanco y sabroso; el mundo entero le enviaba sus frutos; una flota inmensa tenía el destino de conducir trigos á Italia; Chipre, la Beozia, las Islas Baleares, Cerdeña, Córcega, Sicilia y Egipto, vaciaban sus cosechas en el granero de Roma, á cuyas puertas iba el plebeyo á recoger cuidadosamente su alimento, seguro de que nunca habia de faltarle, porque su alimento era la paz del mundo y la salud del Imperio; la dictadu-

ra, nacida contra las clases superiores, contra la aristocracia, fiaba todo su poder y toda su fuerza al brazo y á la autoridad de los plebeyos.

Y el pueblo se divertía como la misma aristocracia, y su vida era vida ligera gastada en fiestas y placeres. Asegurada la existencia de su cuerpo solo pensaba el plebeyo romano en divertir su alma. La sociedad se curaba de dar pan al pobre y también espectáculos, para más hundirlo en la esclavitud, en el torpe olvido de la dignidad humana. El plebeyo tenía por palacio la ciudad entera; pórticos larguísimo adornados con estatuas de mármoles y bronces eran sus paseos; bosques donde crecían las plantas de todos los climas y volaban las más raras aves eran sus jardines; baños cubiertos de mosaicos, ricos en todas clases de jaspes, adornados con cuadros traídos de Grecia, encerrando maravillosas bibliotecas, eran sus salones; anfiteatros inmensos abiertos en las rocas, más duraderos que el tiempo, capaces de contener todo un pueblo, circos llenos de monolitos del Oriente, de colosos, de obeliscos egipcios y naumaquias destinadas á los espectáculos navales alimentadas por las aguas de caudalosos ríos, pudiendo recibir en su seno una escuadra, abiertos algunas veces en la cima de las montañas entre nieves eternas; y templos, en que se reunían las más hermosas jóvenes á ofrecer sacrificios con los tributos de la naturaleza, á celebrar fiestas;



danzas y conciertos eran sus fiestas; y la vida del pueblo, que necesita un cauce donde extenderse y correr, no pudiendo penetrar en los comicios, ni dilatarse en los campos de batalla, se desbordaba por baños, pórticos, bosques, circos, teatros y naumaquias; ansiosa de grandes emociones, que fingiesen la agitación y el movimiento, ya que no la salud y la grandeza de las libertades públicas.

Todavía, señores, cuando leo los grandes libros que la antigüedad nos ha legado, me parece que se levanta del polvo de los siglos uno de aquellos teatros en que el pueblo romano se extendía y se espaciaba; el campo de Marte, por ejemplo, la fantasía que dá vida y color á los recuerdos históricos, finge y pinta en aquel campo los pórticos de cien columnas corintias; los teatros de Balbo y de Pompeyo con sus espaciosas galerías; el mausoleo de Augusto ornado con magníficas estatuas de bronce; el monolito egipcio de color de rosa, que se pierde entre los arreboles del cielo; el Panteon circular, cortado en severas columnas, reverberando la luz en sus doradas cornisas, en sus chapiteles de bruñido acero; el bosque sagrado, que recuerda las glorias romanas con sus sepulcros de Escipion y de otros mil héroes; el Anfiteatro, en que rugen las fieras; veinte y dos templos esparcidos aquí y allá, abiertos siempre y siempre humeando el fuego del sacrificio; henchido el ai-

re de cánticos, lleno el suelo de flores; el monte Vaticano á un lado, al otro la colina del Janículo con sus fortalezas, como el casco de la ciudad guerrera; y limitando el horizonte y perdiéndose en sus últimas azuladas indecisas líneas, los varios y poblados jardines de Agripa; y en medio de tantos templos, de tantos circos y teatros, de tantos jardines, el esclavo con su túnica corta, el senador con su larga toga, la matrona en su carroza de marfil, el guerrero reflejando el sol en su casco, el gladiador que corre al circo entre los ahullidos de la muchedumbre, el farsante que se apercibe á calzarse el coturno y encubrirse con su máscara, el sacerdote con sus guirnaldas de verbena en la mano, la vestalenvuelta en su blanco manto, el filósofo epicúreo que se ríe de todo como un sátiro al pié de un bajo relieve; en una palabra, el pueblo, sí, el pueblo romano, que allí trasformaba la civilización y disponía de los destinos del mundo.

En verdad, señores, nada podía esperarse de este pueblo. La corrupción penetraba hasta el fondo de su corazón. La política venía á ser un divertimento. El pueblo gustaba de las luchas de las guardias pretorianas, como de las luchas de los gladiadores en el circo, y asistía á ver la entrada y salida de los emperadores en el trono como á ver entrar y salir los farsantes en el teatro. El pueblo romano del Imperio no era, no podía ser el

pueblo romano de la República. El pueblo romano de la República era severo, batallador, austérrimo, dado á las inclemencias de los campamentos, gozándose en las batallas como si Dios lo hubiera destinado á la tempestad y á la guerra. Sus costumbres eran frugales, su instinto político delicado y seguro, su vida el combate; cuando no peleaba por la patria en los campos, peleaba por la libertad en los comicios. Así ningun pueblo de la tierra ha sido más porfiado en sus luchas, ni más feliz en sus victorias. Coronado con la idea de su derecho, comprendiendo los privilegios en que se refugiaban sus enemigos, aquel pueblo llegó felizmente á la más alta de sus conquistas, á la posesion de sí mismo por su libertad. Desde el polvo donde estaba sumido al rayar su historia, se levantó á ser rey, á ser legislador, como artífice de su mismo espíritu. Amaba aquel pueblo á Roma como el buen hijo ama á su madre, con ese cariño mezclado de respeto, que nunca profana, ni con el pensamiento, al objeto amado, y siempre está dispuesto al sacrificio. El carácter del pueblo romano es un carácter singular, único en la historia, lleno de vigor y de fuerza; carácter férreo, apto para el fin providencial á que le llamaba la historia. Dios habia destinado el pueblo romano á un fin supremo; habia destinado su conciencia á poseer la idea del derecho, su voluntad á fundir en un crisol la tierra. El pueblo

de la República representa una faz del destino de Roma; y el pueblo del Imperio representa otra faz de ese destino universal y humanitario.

El pueblo del Imperio no es el antiguo pueblo romano. Este habia desaparecido de la faz de la tierra. Ya creo haberlo dicho en el año anterior. El pueblo romano, como una víctima expiatoria, se habia sacrificado en el ara de la tierra, en el altar donde centelleaba la idea sagrada de la unidad del mundo. Por fundir toda la tierra, por celebrar la unidad del género humano, por abrazar en su inmenso seno todas las razas, por realizar la primera union de la humanidad, union por la fuerza para que el Cristianismo la completara por el amor y por el espíritu, por cumplir su destino providencial, el pueblo romano habia derramado toda su sangre, se habia despojado de su vida, habia cubierto con sus huesos y con sus restos la tierra. El pueblo romano del Imperio era indolente, y pasaba su vida en la pereza, en sus paseos, en sus jardines, en sus grandiosos espectáculos. Sin costumbre alguna de trabajar, sin aficion á la guerra, tenia que consumirse necesariamente en la debilidad, en la afeminacion. Los pueblos extranjeros le habian infundido su sangre, y aquel pueblo era feroz como el galo, indolente como el oriental, ligero como el griego. El pueblo de la República dominó al mundo, y el mundo entero dominó al pueblo del Imperio. Las

razas más bárbaras, las más enemigas de Roma, las que por fuerza se habian sometido á su coyunda, abandonando sus bosques, sus madrigueras, sus montes, corrian á la Ciudad Eterna, donde encontraban un templo, un hogar, un lecho, y allí, sintiendo su corazon agitado por un amor misterioso, su inteligencia conmovida por una idea sublime y extraordinaria, bebiendo el licor de una nueva vida en la copa de los templos y de los festines romanos, se transformaba el bárbaro en otro hombre, é ingeria su vida inocente, su vida salvaje, su vida exuberante en las venas canceladas de Roma; y así la ciudad, en vez de alimentar al mundo, era por el mundo alimentada con nueva sangre; y este maravilloso trabajo, nunca bastante admirado, venia á ser como la gestacion de una nueva ciudad, que perdía el egoísmo de razas y de familia para extender el universal dominio del derecho. Parece que hay aquí una contradiccion, y no la hay, señores. ¿Cómo alabar al pueblo de la República y reconocer que cumplía un destino más maravilloso el pueblo del Imperio? La razon es sencilla. El pueblo republicano mirado desde el punto de vista de Roma es más grande, pero el pueblo imperial cumplía un destino más sublime. Dios, que es el eterno artista de la historia, suele con malos instrumentos grabar en el espacio las ideas más sublimes y más grandes. Roma abría sus cerrados

muros á los hombres que entraban en su recinto á recibir la consagracion de su soberanía.

Pero no nos engañemos, señores. La aristocracia durante la República vició y corrompió al pueblo, y durante el Imperio, pagó la aristocracia caramente esta corrupcion. Si el pueblo no trabajaba, culpa era de los nobles, que, llevados de la codicia, habían roto en las manos del plebeyo los instrumentos del trabajo, y para más lucrarse con sus tierras, habian convertido aquellos hermosos fructíferos campos de Italia, donde la agricultura encontraba manantiales de vida, aquellos campos tan cultivados y tan fecundos, en inmensas praderas para el pasto de sus ganados, con el fin de que un solo esclavo pudiese cuidar de la tierra y ahorrarse así salarios y jornales; medida económica atroz, señores, pues aun mismo tiempo sumía en la pobreza al pueblo y en la esterilidad á la tierra; medida que lloraron los pueblos con lágrimas de sangre, pues ella planteó el problema social y atrajo fatalmente la ley agraria; medida que arrojó en las calles y plazas de Roma un pueblo sin trabajo, pronto á toda revolucion que mejorase su triste suerte, dispuesto á levantar en brazos á cualquier tribuno, ó á cualquier tirano que le prometiera cuando menos una segura venganza.

Si el pueblo se habia acostumbrado á los grandiosos espectáculos, la culpa era de los patricios,

pues le daban en toda sazon y por cualquier motivo grandes juegos, grandes fiestas, combates de gladiadores, en que sacrificaban á los hombres más robustos y más hermosos del mundo; combates navales celebrados en el campo de Marte, en que morian millares de soldados enrojando las aguas del Tiber; grandes comidas celebradas en las plazas á la luz del sol entre cánticos alegres y concertadas armonías; luchas de fieras traídas de los más apartados climas de la tierra; histriones acariciados por los grandes señores como lo era Roscio por Sila; juegos por el recuerdo del triunfo de Roma sobre Annibal, juegos por el triunfo de César sobre Juba, juegos por la batalla de Filipos, juegos para todas las estaciones del año, juegos instituidos por una gran prostituta y pagados de sus infames caudales, juegos hasta por la rota de Cannas y por la toma del Capitolio; pero juegos en que el placer se desbordaba, en que el pudor se perdía, en que corrían la sangre y el vino mezclados, en que el pueblo se degradaba, complaciendo así á la nobleza; que en la degradacion del pueblo ponía principalmente la nobleza la base de su dominio.

Si el pueblo buscaba un amo, culpa era tambien de la aristocracia, porque ejercía el patronato, esa institucion paternal, de una manera inícuca; y lejos de ser la proteccion y el refugio de los plebeyos, se gozaba en verlos ir humildemente

con su espórtula á la puerta de la casa; en mofarse de ellos entre los bufones y esclavos; en tenerlos en el átrio al lado de los perros; en obligarles á que le llamaran señor y hasta rey, nombre odiado siempre por los romanos; en hacerles ir agitados, sin aliento, detrás de su litera; en mirarlos con desden y con desprecio, negándoles hasta el saludo; en arrojarlos un pedazo de pan con menos cariño que á sus sabuesos; en tenerlos aherrojados á una cadena, y soltarlos solo en los comicios en el dia de la eleccion de las magistraturas, para que devorasen á sus enemigos y levantaran á sus tiranos al poder; conducta criminal que debió dar sus frutos; porque el pueblo, que por el instinto y la intuicion alcanza más que las altas inteligencias por el lento raciocinio, comprendió que un gran patrono, levantado sobre los patricios, habia de humillar á los que le humillaban; y cansado de una tiranía pesadísima, optó por otra tiranía más liviana, y se entregó á los Césares.

Tal era, señores, el estado de la sociedad romana á la muerte de Neron, con el cual moría la familia de los emperadores. En el año anterior hablé, señores, de esta muerte lastimosa y trágica, que fué tan extraordinaria como habia sido su vida. Suetonio, que suele ser vulgar en sus escritos, narra con maravillosa elocuencia el último trance de áquel hombre, que acertó en desear la inmortalidad y la gloria y erró en creer que la

voluntad consigue todo lo que desea, y en fingirse omnipotente por ser emperador. Todavía mi imaginación, que pinta á mis ojos con cierta realidad los grandes objetos históricos, me ofrece los últimos instantes de Neron, rompiendo la mesa de comer y quebrando sus más preciados vasos á la noticia de la insurrección de Galba; incierto entre arrastrarse de rodillas á los piés de su enemigo, ó mover con su elocuencia todo el pueblo, lanzándolo en los campos de batalla; suspirando por ser un pobre artista, sin más patrimonio que su cítara ni más ornamento que su corona de laurel; abandonado á media noche de sus huestes, de sus guardias pretorianas, de sus cortesanos, sin encontrar siquiera el veneno de Locusta para morir muerte súbita y tranquila; llamando de puerta en puerta á las casas de sus antiguos compañeros de orgías, sin encontrar quien le siguiese en sus desgracias cuando tantos le habían seguido en sus vicios; huyendo entre las sombras con túnica corta, con manto roto, y un pañuelo en la cara, acosado por la sed y el hambre, y el cansancio, y las maldiciones contra su nombre esparcidas por las áuras de la noche; deteniéndose en un lago infecto para beber ¡él! que había pasado su vida en el regalo y en la abundancia; llegando por último á la casa de uno de sus esclavos, y tendiéndose en un pobre colchon sin osar darse pronta muerte; y allí, agitado por sus dolores y remordi-

mientos, aprendiendo de los labios de un sér compasivo la muerte que le decretaba el infame senado en cuanto le veía vencido, y que consistía en serrarle el cuello lentamente y abrirle las carnes con varas llenas de espinas; mirando su propia sepultura á su vista cavada y abierta, se consume en una lenta agonía; hasta que por fin, con esfuerzo sobrehumano, acaricia su puñal, mira su punta, la prueba algunas veces y la retira, oye rumor de gente que le busca, duda un instante, escucha los clamores de sus domésticos que le ruegan que se libre de la venganza del senado, y entonces, como poseído de un vértigo y pronunciando unas palabras griegas, y sintiendo que el mundo perdiera en él un artista, se clava el puñal en la garganta, y á la última luz de su vida vé á sus verdugos que aparecen á la puerta y que se lanzan sobre su cuerpo todavía caliente, para arrojarlo como presa codiciada á sus implacables enemigos, que vivo y poderoso le adularon y le maldecían vencido y muerto. Pero no se crea, señores, que las maldiciones contra Neron eran universales, no se crea que su nombre causaba horror en todos los ánimos, no; algunas gentes que se acordaban de la pródiga largueza de Neron se dolían de su muerte; y un clamor lastimero poblaba los aires; y sus exequias fueron lujosísimas; y su cuerpo fué envuelto en un rico tapiz blanco bordado de oro; y su sepulcro se alzó en la colina

de los jardines, dominando á Roma, tallado en mármoles y pórfiro; y su retrato apareció un día en la Tribuna de las arengas; y el rey de los Partos pedía desde su apartado Imperio que el mundo honrase la memoria de Neron; y todos los días sobre su tumba aparecían coronas de flores humedecidas por lágrimas de agradecimiento; y como un aventurero se vendiese por Neron mucho después de su muerte, ganóse partidarios en el Imperio; y algún emperador subió al trono porque en su frente se veía resplandecer el reflejo de Neron, alma de artista, maldecida de Dios por haber osado romper el límite infranqueable, donde se estrella como el mar en la menuda arena toda humana grandeza.

¡Qué cambio tan súbito y tan universal en el Imperio! El reinado de Neron había sido el reinado del epicureismo romano, fácil y ligero; había sido, en una palabra, la apoteosis del sensualismo. Aquella sociedad, cansada de luchar y reluchar, caía sin fuerzas en el lecho de los festines, cubierta de flores, dejando errar un cántico voluptuoso por los labios, en una mano la lira vibrando notas de placer, en la otra la copa llena de hirviente licor; y á pesar de tanta alegría, la inteligencia triste y el corazón desgarrado por un presentimiento de muerte. Yo veo la imagen del estado de aquella sociedad admirablemente representada en un festín. El placer todo lo domina; el romano ves-

tido de blanca túnica se tiende perezosamente en su lecho; coronas compuestas de yedra, amarantho, violetas, rosas, nardo y azafran rodean sus sienes y su garganta, para abrir con sus aromas y su frescura los poros y facilitar así las evaporaciones del vino; el aceite aromático arde en la hermosa lámpara que tiñe con sus reflejos todo el espacio del Triclinio; el rey del festín ofrece libaciones á los dioses y entona al compás de regalada lejana música cánticos religiosos; los esclavos elegidos entre los más robustos y hermosos de la ergástula corren aquí y allá, las manos llenas de platos ocupados con humeantes viandas; los niños de la casa, vestidos lujosamente de seda, renuevan el aire con abanico de fresco follaje; el cráter de plata rebosa vino de Falerno; bailarinas gaditanas, morenas, ardientes, danzan destellando de sus grandes rasgados ojos la luz de su hermoso cielo, y agitando su negra cabellera al compás que se mece como una caña combatida por el viento su flexible cintura; las jóvenes griegas, envueltas en largos velos, entonan cánticos de sus poetas en la lengua de los dioses; los esclavos imitan un gran combate; los histriones representan una pantomima; la bóveda del Triclinio se abre, y arroja flores entrelazadas con ricas coronas de oro, y dá libertad á raras aves, y llueve esencias y aguas olorosas que embriagan; pero, señores, á pesar de tantos placeres, de tanto lujo, de tanta alegría, se

vé en medio de la mesa la figura de un esqueleto para recordar al convidado que no hay en la vida nada tan seguro y tan real como la muerte.

Y á pesar de esto, aquella sociedad tan dada al placer y á la alegría iba á cambiar de faz completamente. De manos de un epicúreo pasa la sociedad corrompida á manos de un estóico; de la vida placentera á la vida austerísima y aun feroz. El carácter epicúreo de aquella sociedad no podía ser transformado tan pronto en carácter estóico. La ligereza de aquella vida muelle y regalada no podía avenirse bien con la severidad de los guerreros, que iban á dominar á Roma. El pueblo rey cayó tan bajo, que los extraños le impusieron un emperador. Por vez primera, el mundo dictó leyes á Roma en vez de dictar Roma leyes al mundo. Por vez primera se vió que los emperadores ya no necesitaban para pisar el trono ni aun hipócritamente invocar la autoridad del pueblo y del senado. Por vez primera, la cadena, que ligaba el Imperio con los tiempos antiguos, cayó hecha trizas á los golpes de las espadas de los pretorianos. El mundo sintió una congoja tan grande como si la vida se le acabara. El mundo conoció que la civilización elaboraba lentamente una nueva idea; que le deparaba la providencia un cambio de rumbo zozobroso en su inmortal destino. Al fin los emperadores que acababan de dominar el Imperio tenían una sombra de autoridad. La imagen del Capitolio y el númen

de la Ciudad Eterna los protegía con religiosa protección; el recuerdo de Augusto y de César resplandecía como una corona inmortal sobre sus frentes; el senado los había visto nacer y el pueblo los había aclamado al pié mismo del trono, como reflejos de su poder, como representantes de sus tribunos, como hijos predilectos de la plebe. Pero ¿quién era aquel nuevo emperador? Era un viejo moribundo. ¿Quién le había levantado al trono? El ejército. Triste estado el de una sociedad, en que el ejército se apodera de todo poder y de toda autoridad, porque creyendo que solamente la fuerza puede resolver todos los problemas, cuando no allanan un obstáculo, ni vencen una dificultad fian derecho, autoridad, justicia, poder, al filo de la espada, que solo se satisface con sangre.

Roma se dolía de la inmoralidad de Neron y pretendía curar este mal con otra inmoralidad más grave. Neron había ganado con espectáculos al pueblo, y sus enemigos con oro ganaban el ejército. No podía este camino acabar sino en profundo y pavoroso abismo. Los móviles de las acciones humanas han de ser espirituales, íntimos y propios de nuestra naturaleza; porque si buscan su alimento en el oro, en el placer, en algo extraño á las ideas de justicia grabadas por Dios en nuestra mente, producen, por necesidad, obras raquílicas y perversas. Así el nuevo Imperio, que se levantaba sobre la total ruina de la familia de los

Césares, sin tener el brillo ni la autoridad del antiguo Imperio, tenía en las entrañas un cáncer más profundo é incurable, la inmoralidad del ejército. El pretoriano, sin más idea que su propio medro, sin más móvil que el oro, levantaba y derribaba emperadores, y entregándose á toda la veleidad de sus tornadizos instintos, quemaba un dia lo que adorara otro, y se alistaba allí donde oia sonar, ó más dinero, ó más dulces y regaladas promesas. Y para más confundir el humano entendimiento con estos grandes misterios de la historia, el hombre destinado á representar tan extraordinaria y nueva fase del Imperio, era un viejo, sin fuerza, sin poder, sin movimiento; más preparado para la tumba que para el trono; un viejo, cuyos piés heridos por la gota no podian emprender una marcha, cuyas manos cansadas no podian manejar una espada, cuyo cuerpo devorado casi por sus males no podia sostenerse en un caballo, y cuyo espíritu, si bien conturbado y por la edad oscurecido, era más para regir por la ley una República severa y estóica, que para sostener por el arbitrio un desorganizado é inmoral Imperio.

Narremos, señores, los acontecimientos, seguros de encontrar en cada hecho una idea. La caída de Neron habia producido diversos y encontrados sentimientos en la gente romana. Placia ver rodar en el polvo tan altó poder á los senado-

res perseguidos y humillados por el César; á los patricios, que veian morir todos los dias sus privilegios y su poder; á los infinitos desterrados que desde lejanas playas convertian en vano sus ojos á Roma humedecidos por amargo llanto; á los soldados extranjeros, ufanos con ver sus lanzas extendidas sobre el Capitolio, y con tener bajo su tutela el mundo, que olvidado del derecho se rendia á la fuerza; pero al mismo tiempo desplacia y descontentaba la caída de Neron al pueblo, que le amaba por su franqueza, por su liberalidad, por sus instintos, y por ver en él un tan grande enemigo de sus eternos enemigos; á los jóvenes elegantes y licenciosos de la ciudad, que habian pasado una vida deliciosísima en festines y juegos, y pantomimas al lado del emperador; á los soldados de la ciudad mal avenidos con la funesta idea de verse reemplazados en poderío é influencia por los soldados extraños, y en general, á todas las gentes poco dadas á novedades, que si bien odiaban á Neron, conocian que Roma, como un moribundo que se mueve en su lecho, perdía ánimos y esperanza de salud á cada esfuerzo que hacia por remediar su dolorosa suerte. Pero á los que convenia tener satisfechos y contentos era á los soldados; indicio seguro de la perdicion de una sociedad el querer satisfacer antes á la fuerza que á la justicia.

De acallar los clamores de esta gente se en-



cargó el infame Ninfidio Sabino, que adulator un día de Neron, como todos los aduladores, le abandonaba en la hora de los grandes infortunios. Ninfidio Sabino conoció que para mover el ánimo de aquellas gentes á respetar la obra de las extranjeras legiones que se habian sublevado contra Neron, no necesitaba hablarles de justicia, ni de derechos, ni de amor al Imperio romano; que no habia menester de aquella antigua elocuencia patricia, cuyo ardor encendia en santo entusiasmo los corazones, porque todo se habia perdido y se habia gastado en los últimos tiempos de la República, por el excepticismo que consumia á la sociedad romana; conoció que las palabras sacratísimas de los antiguos tiempos quemarian sus labios, sin animar la conciencia ni la voluntad de los soldados; y perdida toda idea de dignidad y justicia, les arrojó el cebo del dinero para ganarlos á la devocion del nuevo emperador, de Galba, prometiendo siete mil quinientas dracmas á cada jefe y doscientas cincuenta á cada soldado; promesas que realizadas y cumplidas, traerian la salud del nuevo emperador, pero la perdicion segura é inevitable del Imperio. ¡Triste sociedad, sin conciencia, sin derecho; entregada á todas las tempestades, falta de rumbo; incierta en sus ideas, llena de dolores y sin esperanza de remedio; volviendo siempre los ojos atrás y sin ver el camino que tenia delante; elaborando una idea de

derecho, pero sin conciencia de esta elaboracion para más angustia; suspensa entre dos épocas como el infeliz que padece un vértigo entre dos abismos, sin poder, ni aún para confiar sus dolores al cielo; entregándose en su desesperacion al arbitrio de legionarios feroces, á las intrigas de cortesanos indignos, á las cábalas de mercaderes infames!

El nuevo emperador Galba habia subido al Imperio por el camino de una sublevacion militar; camino sembrado de espinas, donde sólo podia encontrar males, ó cuando menos zozobras. Galba habia soñado con el Imperio, porque los magos antiguos le profetizaron tan alta dignidad, pero su pureza era parte á matar estos ambiciosos pensamientos; rico, no codiciaba la agena hacienda, aunque conservaba con avaricia la propia; noble, tenia el orgullo de los patricios unido al recuerdo de sus antiguos privilegios; viejo, conservaba en el pecho la imágen viva de la República; gobernador de extrañas provincias, no las oprimia pero las castigaba duramente; arreglado en su vivir, económico, hubiera sido tal vez buen padre de familia, pero el cielo le habia negado hijos; más sin vicios que con virtudes, como dice admirablemente Tácito; jurisconsulto entendido antes en las particularidades minuciosas del derecho que en sus grandes y universales principios; celoso en demasía por la justicia social, pues

á un mercader usurero le cortó las manos y las clavó en su tienda, y á un tutor que había matado á su pupilo le hizo morir en una cruz; débil hasta el punto de abandonar el Imperio á sus libertos y favoritos; incapaz de hacer daño, pero consintiendo que lo hicieran otros en su nombre; con intentos de restaurar la antigua disciplina, pero sin fuerza para cumplir sus intentos; nacido para otra república menos turbulenta y gastada, Galba hubiera muerto querido y llorado, hubiera tenido sobre su tumba la corona de emperador, y en su nombre vinculadas muchas esperanzas; hubiera sido por universal consentimiento juzgado digno de dominar el mundo, si conociendo que su debilidad no era propia de época tan tormentosa ni su severidad bastante á curar corazones tan corrompidos, hubiera renunciado al Imperio.

Galba debía levantar contra sí muchas pasiones. El pueblo estaba acostumbrado á Césares enemigos de la aristocracia, de los patricios; gustaba de la apostura, de la gracia, y hasta de la insolencia de Neron; recordaba con amor las fiestas, los juegos, los banquetes, el circo siempre abierto, el teatro entoldado de púrpura, cubierto de polvos de oro y minio; veía con entusiasmo cómo Neron dispendiaba sus caudales, cuando iba coronado de flores, envuelto en rozagante seda, en su carro de marfil, los inspirados ojos en el cielo, y la agitada mano en las áureas cuerdas de la lira;

recordaba lastimosamente que Neron era el protector de los pobres, de los marineros, de los atletas, de los gladiadores, de los farsantes, hasta de los esclavos, en una palabra, de todos los seres degradados y envilecidos en la antigua sociedad; y un pueblo acostumbrado á todo esto, no podía ver con buenos ojos á un soldado, enfermo, gotoso, inmóvil, viejo, con un puñal siempre en el cinto, vestido austeramente, nada acostumbrado al circo ni dispuesto á juegos y fiestas y teatros; menospreciador de la plebe, amigo de los aristócratas, avaro, que daba con desprecio unos cuantos sextercios á un flautista, que revocaba donaciones de Neron, que comía lentejas, que se servía con platos de barro, que mataba á los marineros despiadadamente, que no arrojaba ni un óbolo á los soldados, que había venido á oscurecer, ¿qué digo oscurecer? á matar la báquica alegría de Roma.

La entrada en Roma de este hombre había sido ya funesta. Alguna gente principal había pagado sus conjuraciones con la vida; casos sentidos más que por la desgracia de los finados, por el desprecio que acusaban en el emperador hacía las antiguas prácticas de los tribunales romanos. Unos marineros muy halagados por Neron, que le acompañaban en sus festejos, en sus expediciones por el mar Tirreno, en sus viajes á Grecia, salieron al encuentro de Galba á pedirle el cumplimiento

de promesas neronianas, y fueron impiamente acuchillados en el camino, con lo cual puede asegurarse que entró ya salpicado de sangre, y por lo mismo cubierto de maldiciones en la Ciudad Eterna. Los libertos y amigos más íntimos de Neron, los que verdaderamente le perdieron y arrojaron aquella alma nacida para más altos destinos en el cielo, fueron decapitados; pero se salvó con gran disgusto de Roma, el más criminal y el más aborrecido, Tigelino. La vagilla propia de Galba era de barro, mas así que pudo gastar vagilla ajena, la gastó de oro, lo cual daba margen á que el pueblo le cantase sátiras en el teatro ridiculizando esta mezcla informe de esplendidez y de avaricia. El derecho de ciudadanía era muy regateado por Galba, que á fuer de buen patricio no queria extender mucho el recinto de la ciudad, mas le dió de grado á los galos, no sabemos si por lucro ó por agradecimiento. Llevado de una severidad que rayaba en cruel, revocó todas las donaciones que en oro, en alhajas, en prendas de toda clase habia hecho Neron en su afan de prodigar y malversar los caudales públicos; medida que llevó la confusion al seno de los pueblos, pues la gente que las habia recibido, gente de poco dinero, las habia enagenado, y los compradores reclamaban con justo titulo la pertenencia de estas alhajas, la legitimidad de estos dones.

Lo que principalmente perdía á Galba eran sus

favoritos, gente de mal vivir y de pésimas condiciones. Muchos le rodeaban y todos bajo su amparo querian explotar á Roma. Era el principal Tito Vinnio, avaro, sensual, materialista, hombre que habia llevado sus liviandades hasta profanar la esposa de su capitán en el sagrado recinto del campamento, y su deseo de allegar riquezas y dinero hasta robar una copa de plata en un festin del emperador Claudio. Un ladron, un usurero, un hombre de mal vivir, escándalo de Roma, afrenta de la sociedad, que vendia todo linaje de mercedes, que se aprovechaba de su privanza para lucrarse; era un peligro permanente para Galba. El escándalo fué tan grande que Tigelino, odiado de todas las clases, se salvó de la muerte por haber comprado su vida al favorito del César, al ligero y corrompido Tito Vinnio. Al frente de éste se levantaba Lacon, prefecto del pretorio, envidioso, orgulloso, enemigo de todos los amigos de Galba, descuidado, perezoso y de una arrogancia tal, que humillaba á la gente más ilustre, y de un amor propio tan desmedido, que creia despreciable y baladí toda idea que no fuese de su mente, y toda obra que no saliera de sus manos. Al lado de estos hombres se encontraba tambien Icelo, para quien la privanza del emperador era como una gran mercancía y el palacio de los Césares un gran mercado. Y lo mismo acontecia á todos los esclavos, á todos los libertos, á todos los amigos,

á todos los domésticos de Galba, que vendian por oro los gobiernos de las provincias, las grandes magistraturas, la vida de los criminales y hasta la verdad y la justicia.

Y esto era más de extrañar, tratándose de un emperador como Galba, que se distinguía por su avaricia; que habiendo recibido una corona de oro en regalo, la hizo fundir para ver si tenía en realidad el oro que le habían dicho, é hizo añadir á los que se la habían regalado dos onzas que faltaban; que licenció la cohorte germánica fidelísima, por ahorrarse dinero; que suspiraba profundamente siempre que veía bien servida su mesa; que por toda recompensa regalaba un plato de legumbres á los más fieles y antiguos servidores de su casa; que no quería pagar á las tropas de Roma la sublevación, porque decía que él había conquistado pero no había comprado el Imperio. Las larguezas de sus esclavos le perdieron en el juicio de los nobles y senadores, y la propia avaricia le perdió en el ánimo de los soldados y de los plebeyos. Sus favoritos eran más dilapidadores que Neron; pero dilapidadores con menos fausto y menos arte. El ejército esperaba en vano la paga prometida por haber consentido que Galba se elevara al trono del mundo. Los soldados, que habían gozado grandes preeminencias bajo Neron, que habían elevado en sus hombros al trono á Claudio, que participaban del general contento y de

los universales festejos en aquella Roma tan alegre, incitados por el deseo de allegar oro habían levantado del polvo la púrpura imperial, y la habían puesto en los hombros de Galba, y cuando esperaban oro, honras, consideraciones, se hallaban despreciados, sin paga, sin el cumplimiento de ninguna de las promesas, tenidos en poco, obligados á levantarse en armas contra un emperador avaro é ingrato, que solo se curaba de su propio medro, y que había dejado el timon del mundo en manos de infames esclavos y audaces y corrompidos libertos. La esperanza de la paga les contenía alguna que otra vez en sus conjuraciones para sublevarse contra Galba; pero al ver burlados sus deseos, engañadas sus ilusiones, tascaban difícilmente el freno, que no hay cosa más dolorosa que ver convertidas en falsías y engaños, esperanzas acariciadas por la imaginación como prontas á convertirse en realidad. Así es que en una ocasión, como al ofrecer en los juegos un sacrificio á los dioses, dijese el sacerdote la fórmula de «orad porque los dioses concedan salud al emperador,» los soldados murmuraron en voz baja, «si es de los favores de los dioses digno,» palabras que eran un desacato á su autoridad, una amenaza á su poder. Y estos desacatos eran cometidos también por el pueblo, que en el circo consagraba al emperador, no votos solemnes, sino canciones satíricas, en que se burlaba de aquella

su desmedida avaricia. El emperador así abandonado de todos, estaba en realidad herido de muerte.

Galba pensó en restaurar la sociedad antigua, en hacer renacer del seno del epicureismo una idea estóica en el Imperio. A este fin puso sus ojos en un jóven patricio, esperanza de las clases nobiliarias de Roma. Este jóven, que se llamaba Pison, habia pasado los dias más hermosos de la juventud en el destierro, y odiaba la tiranía. Su martirio era como una aureola de gloria, que cubria sus sienes, y elevaba su frente sobre todas las frentes. Era de la familia de Pompeyo, á cuyo nombre asociaba la nobleza los recuerdos más hermosos de la República. La pluma aristocrática de Tácito se goza en delinear esta imágen como una luminosa esperanza, que flotaba sobre aquella negra noche, en que habia huido para siempre la libertad romana. Así lo trasmite á la posteridad, grave, severo, melancólico, taciturno, misterioso, imágen fiel y real de la idea estóica, en que gran parte de la aristocracia se habia refugiado despues de las amargas que le trajera la caída de la República. En todas las palabras que se atribuyen de comun acuerdo á Galba se siente el eco de la antigua República. La idea republicana cruza por la mente del viejo emperador; pero su brazo no tiene fuerza para esculpir en el espacio esa idea. Así, encomienda á Pison este

legado, y al verlo jóven y fuerte, se conmueven con una gran esperanza sus entrañas. Pison muestra no desear, sino merecer el Imperio. Elegido entre tantos, ni una palabra de entusiasmo cruza por sus labios, ni un rayo de alegría por su frente. Las palabras que Galba dirigia á Pison eran el resumen de toda la filosofía estóica. El gran principio de «no hagas á otro lo que no quieras para tí,» fué grabado en la conciencia del jóven. Galba muestra deseo de volver á comenzar la libertad perdida; pero conoce que el pueblo no puede ser ya enteramente libre, ni enteramente siervo. La adopcion se verifica ante los soldados; y ante los soldados y ante el senado, Pison se muestra resignado en el campamento, respetuoso en el senado. Su ánimo piensa sin duda refrenar la milicia y enaltecer la ley. Era esta una conspiracion contra la eterna lógica de la historia. En un dia querian destruir dos hombres medio siglo de acontecimientos y de grandes revelaciones del espíritu. La naturaleza, que tiene relaciones misteriosas é incomprensibles con la conciencia, cuando Galba presentó á Pison en el campamento, estalló en una gran tormenta, como protestando contra aquella conjuracion del hombre, que intentaba cortar la corriente impetuosa de los hechos. El estoicismo republicano lanzaba en Pison sus últimos fulgores, el postrer destello de su luz moribunda, que se extinguia al sople de la Providencia.

En aquella sociedad existía la lucha entre dos ideas, entre la idea estoica y la idea epicúrea. Los instintos epicúreos no podían estar por largo espacio de tiempo dormidos, y habían de disputar el paso á sus contrarios. La idea epicúrea, que llegara á su apogeo en Neron, personificóse en Othon, que había auxiliado á Galba con esperanza de sucederle. Cuando vió la adopción hecha por el César, ardió Othon en ira. Era este Othon un jóven sensual, pródigo, disipador, bullicioso, enamorado, calavera, muy parecido á Neron en ideas y en instintos; compañero de los vicios de éste, dado á ir por las noches de casa en casa y de calle en calle inquietando á los pacíficos habitantes; sorprendiendo á las más hermosas doncellas en su lecho; siempre en danzas, juegos, y festines; cargado de deudas, pues á sus ojos Neron era demasiado avaro y económico, y en prueba de esto, se cuenta que habiéndose inquietado Neron porque se habían vertido algunas gotas de una esencia muy preciada y costosa, al día siguiente la derramó Othon delante del César como agua en su casa; encubridor de los vicios de sus amigos, hasta el punto de tomar por mujeres propias las más prostitutas mancebas; supersticioso como convenía á un amigo del pueblo y del ejército; afeminado en su vestir, sobre todo en su peinado, pero viril por carácter, y fuerte en los combates; hermoso de cara, si bien deforme de

cuerpo; adulator de la plebe, codicioso del Imperio, no solo por el natural deseo de mandar, sino también por libertarse de la infamia con el pago de sus deudas; imágen fiel del emperador que había perdido Roma, de Neron, y por lo mismo popular, y deseado por todos los que anhelaban la dictadura plebeya y la humillación de la nobleza y el reinado del placer, único anhelo de aquella sociedad gastada y cancerosa.

Los ánimos en Roma solo habían menester para encenderse un soplo. Los soldados habían perdido la esperanza de cobrar el donativo, pues ni en el día de la adopción, día sagrado, les había hecho Galba el más leve agasajo. La gente plebeya estaba aun de peor talante, cansada de aquella rigidez de principios en el César y aquella liviandad de obras y acciones en sus libertos. El senado, perdida su grandeza, no podía avenirse á su merecida servidumbre, y en cada nueva mudanza creía encontrar un nuevo remedio. Las legiones extranjeras, roto ya todo freno, habían en Germania desconocido la autoridad de Galba y proclamado la autoridad del gloton Vitelio. Los soldados de la marina, diezmados por el emperador tan sin justicia y sin consejo, afilaban sus armas ofreciéndolas al primero que quisiera empuñarlas y esgrimirlas. Galba estaba pues como tendido sobre un volcán, que iba á estallar, y al impulso de la primer mano que abriese su ar-

diente cráter. Y esta mano audaz era la mano de Othon, sí, de Othon, que no tenía más ánsia que el Imperio, pues sin honra para merecerlo aun le quedaba actitud para alcanzarle. Sus labios estaban siempre abiertos para verter palabras de adulacion en el pueblo, y su bolsa abierta para derramar oro en el ejército. Su casa era el alojamiento de todos los disipadores, el festin de toda la gente alegre y de poco seso. Elocuente, audaz, ambicioso, gastado, no perdonó medio para combatir á Galba y pisar la cima de la Ciudad Eterna. Y todo el dinero para preparar la conjuracion, lo allegó pidiéndolo prestado á un esclavo del emperador. Sin gente casi, lo esperaba todo del odio del pueblo á Galba y del amor del ejército al oro. La conjuracion estaba tan preparada, que una noche al salir de un festin se hubiera dado el grito, á no impedirlo el temor de que se malograra por la oscuridad y la incertidumbre de las guardias pretorianas.

Por fin sonó la hora. Un día de mediados de Enero estaba Galba sacrificando á los dioses y pidiéndoles la salud del Imperio; el fuego ardía en el altar, el humo del sacrificio se disipaba como una nube ligera entre las columnas; las entrañas de la víctima palpitaban; el sacrificador seguía con ojos ávidos el augurio; los libertos rodeaban al César, y á un lado se veía anhelante, fatigado por mil pensamientos, mirando ora al ara, ora á

la puerta, á Othon, que oía de los labios del augur su propio pensamiento, el anuncio de la conjuracion escuchado con frialdad por Galba y con espanto por su gente. Despues de esto, á una señal convenida, abandona Othon el templo y el sacrificio, y se dirige al Foro. Una litera le conducia pero sus esclavos no le podian llevar segun su deseo y su impaciencia, y abandonó la litera. Dióse á correr, y aunque se le soltó el calzado, sin punto de reposo, ni ánimo para detenerse, aceleró la carrera. Por fin, llegó enmedio del Foro, al pié de la columna que era el centro de todos los caminos de Italia.

En aquel sagrado lugar, testigo de todas las glorias de Roma, donde quiera que Othon volviese los ojos encontraba ejemplos de fidelidad y heroismo, que mudamente condenaban su accion, pues allí se reunian para proteger al Imperio el rey de los sacrificios, que elevaba una incesante plegaria á los dioses para la salud de la Ciudad Eterna que Othon iba á perturbar; el templo de Saturno, donde se guardaba el tesoro que Othon queria dilapidar; el templo de César, del fundador de aquel Imperio, que Othon queria profanar; el templo de Castor y Polux, consagrado á la libertad patricia, cuyo renacimiento Othon queria impedir; el tribunal del Pretor, donde se prestaba el juramento que Othon iba á romper; el lago Curcio; la estatua de Celio y de Marco Tulio; las

imágenes de Sila y de Pompeyo; la tribuna de los Rostros, en que hablaron todos los grandes oradores; la estatua ecuestre de Augusto; los milagros de elocuencia, de heroísmo, de grandeza de aquella Roma que Othon iba á prostituir; la imagen de los dioses patrios, del Olimpo romano; la figura de la loba que amamantó á Rómulo, todos los génius que formaban el poema de aquellos dogmas que Othon iba á herir; el monte Capitolino, levantando en su cima los edificios que guardaban el alma de aquel derecho que Othon iba á pisotear; la vida, en una palabra, de la antigua Roma, de sus héroes, de sus guerreros, de sus oradores, de sus mártires, que parecian animarse en medio de aquella tempestad para confundir á su degradado é indigno hijo.

La soledad de la plaza debía atemorizar á Othon; pero su ánimo resuelto no se dió á la duda, ni al desaliento. De un lado á otro corrian unos cuantos soldados dispersos, y aquellos soldados fueron el principio de una sublevacion que debía dar en tierra con el poder de Galba. Otro hombre de menos aliento que Othon, al ver el escaso número de sus allegados y la magnitud de la empresa, hubiera retrocedido con temor y espanto, pero la desesperacion tomaba en él la forma del heroísmo. La vida le era difícil sin el poder y la victoria. Así, cuando aquellos veinte soldados, que andaban sin norte por el Foro, le cogieron en brazos

y le alzaron y emprendieron el camino de los cuarteles, donde estaba reunida la milicia, el ánimo de Othon creció como esas aves, reinas de los vientos, que vuelan con mayor empuje cuando la tempestad hiere sus alas. Los soldados, que andaban murmurando de la avaricia de Galba, de su tacañería, de su remision en pagar las donaciones prometidas, acariciando el puño de las espadas hambrientas de venganza, aguardaban solo que cualquier ambicioso pretendiera el Imperio; y así que vieron al amigo de Neron, al epícureo querido de todos los calaveras de Roma, al pródigo que tanto dinero les habia dado, le siguieron, le aclamaron, le ofrecieron la corona del mundo pendiente de su tornadiza voluntad. Y á pesar que en el camino se habian reunido soldados y gente, no era el número bastante, no ya para triunfar, ni aun para amenazar á Galba. Pero al ver el soldado que guardaba la puerta de los alojamientos militares venir tanto tropel, un senador en una silla como en triunfo, espadas desnudas que centelleaban á la luz del sol, gentes inquietas, gritando como si acabaran de conseguir una victoria, franqueó el paso y entraron, y al ruido de tantas aclamaciones, unos por voluntad, otros por puro instinto de imitacion, siguieron á los conjurados, y fué obra de un minuto arrojar en el suelo la estatua de Galba, y poner en el sólio á su competidor Othon. Éste, con la mano saluda-



ba al ejército, con los labios le enviaba plácemes y hasta besos; confundíase en el polvo, doblaba la frente, se rendía, se humillaba, se arrastraba á sus plantas, imprecaba á Galba, traía á la memoria el recuerdo de su avaricia, señalaba las ricas y hermosas casas de sus libertos, se entregaba á todo linaje de viles acciones y palabras para lograr el dominio de Roma.

Mientras Othon subía al trono, Galba importunaba con sus plegarias á los dioses. El estóico emperador no era muy religioso, pues á pesar de las señales contrarias del cielo, había adoptado á Pison, y en aquel momento supremo en que acababa su vida y su imperio, renacía, como por instinto y sin conciencia, un sentimiento religioso en su seno. No bien había acabado el sacrificio, cuando llegó al palacio la noticia de la conjuración. Galba, al pronto, no quería creerlo; dudaba, temía y estaba indeciso, sin voluntad y sin pensamiento. Sus libertos mismos le hacían traición en aquel instante supremo, y Tito Vinnio volvía los ojos al nuevo astro. La gente popular, ansiosa de espectáculos, rodeaba el palacio, más para ver aquella tragedia, que para auxiliar con sus fuerzas ó con sus deseos á Galba. Unos creían que debía echar mano de sus esclavos y de sus domésticos, fortificarse en el palacio, esperar allí el combate de los conjurados, é invocar allí el auxilio del pueblo, herido en su emperador; pero

otros creían que debía abandonar su palacio, ir, rodeado de majestad, delante de los conjurados, hablarles, prometerles paz, y lograr que cayeran rendidos por la persuasión á las plantas del amo del mundo. Galba no sabía qué hacer. La guardia germana le era hostil por haberla despreciado; la guardia marina más hostil aún por haberla herido y diezmado; y no confiando en sí mismo, envió para que les tocase el corazón á su hijo adoptivo, causa inocente de todos sus males. Mientras estos hechos corren y suceden, se siente un gran rumor, la muchedumbre grita, las puertas caen á su empuje, el pueblo y los soldados inundan intercolumnios, pórticos y patios; el emperador tiembla, sus esclavos le rodean, la ansiedad y el tumulto crecen; pero entre tanta confusión se adivina que Galba ha triunfado, porque de otro modo le rodearía el abandono, compañero del vencimiento; la soledad, única amiga de la muerte. Y en efecto, entre tanta gente aparece un soldado, con una espada desnuda tinta en sangre, diciendo que había matado al enemigo del Imperio, á Othon. Este gran engaño fué obra de los othonianos, que se llevaron la mira de sacar á Galba de su palacio para mejor asaltarlo en calles y plazas, y tomar de él pronta venganza.

En efecto, Galba se ciñó su cota de malla, colgó al cinto su inútil puñal, y como no pudiera moverse, entró en una litera, dirigiéndose á la

insurrecta milicia. El pueblo habia inundado las calles, y llevado de su curiosidad ocupaba los átrios de los templos, las puertas de las casas, los pedestales de las estatuas y columnas, y hasta la cima de los grandes edificios, sin tumulto, como si recogiera el aliento para no perder ni una palabra, ni una escena de aquella gran tragedia. Importábale poco su nuevo dueño, y sabia que para él solo se trataba de la mudanza de nombre en su negra servidumbre. Entraba Galba por el Foro, cuando vió venir por la parte opuesta los soldados. Estos, sin consideracion ninguna á la majestad del Imperio, sin respeto á la vejez del emperador, como si pelearan contra un enemigo de Roma, como si tratasen de vencer algun príncipe extranjero que hubiera hollado la augusta grandeza del Capitolio, ó herido á los dioses patrios; en medio del Foro, allí donde se levantaban tantos altares y tantos tribunales, allí donde el númen de la Ciudad Eterna guardaba todos sus gloriosos recuerdos, allí donde resonaba todavía la voz sagrada de la República; en aquel templo, cuya tierra era polvo de los huesos de los héroes romanos, de los que dilataron sus victorias por todo el universo; en aquella tierra en que dormian tantas generaciones, en que habia brotado la idea del derecho; allí aguardan á su emperador, como para más ennegrecer su crimen, y le asaltan, y le derriban en el suelo, y le abren mil heridas, y

lo pisotean, y le cortan la cabeza, no porque hubiese faltado á sus juramentos, no porque hubiera arruinado al pueblo, sino porque no habia abierto la mano para derramar en campos y plazas sus tesoros, único medio de conservar la corona que se vendia como en pública almoneda. Así murió Galba; cerca del lago Curcio, lugar respetado siempre por los romanos, como espacio de una de sus más grandes glorias. Su cabeza fué metida en un saco, su cuerpo abandonado en el campo. Los mismos que le habian aclamado victorioso, le injuriaban muerto; flaqueza muy propia de gente pervertida por el hálito de la servidumbre.

Mas la muerte por Othon deseada, era la muerte de su verdadero competidor, del hijo adoptivo de Galba, del aristócrata estóico y severo, de Pison. Este, vista la desgracia de su causa y de su gente, huyó á todo huir, y halló asilo en el templo de Vesta, merced á la misericordia de un esclavo. En aquel dia y en aquel terrible trance, un esclavo no tenido por hombre en el juicio de la sociedad antigua, era el único sér que revelaba sentimientos de humanidad. Así se venga la naturaleza humana de las grandes injusticias sociales, que la desconocen ó la niegan. La obra del esclavo, si meritoria, fué inútil. En el mundo romano, es decir, en la tierra entera, no habia para el vencido un asilo. Al templo llegaron los othonistas, y en el templo fué Pison sacrificado. Cuan

do Othon vió la cabeza de su enemigo, respiró creyendo sancionada su victoria. Así murió aquella personificación del estoicismo antiguo, así se disipó aquella insensata idea de restaurar una aristocracia que había muerto. Esto nos enseña que las reacciones son imposibles, y que no basta para cohonestarlas una gran idea, ni para conseguir las un gran esfuerzo; porque ni la conciencia ni la voluntad de los hombres pueden nada contra las leyes reales é inquebrantables de la historia.

Othon, fresca la sangre de sus enemigos, cubierto de cadáveres el Foro, entre los últimos gemidos de sus víctimas, subió delicadamente compuesto y ataviado, á posesionarse de la sombra de autoridad, que andaba errante y confusa, á manera de alma sin cuerpo, sobre el senado; y allí despues de invocar la antigua Roma, como si su alma se hubiera cerrado al remordimiento, y de recibir los loores y los plácemes de aquellos senadores indignos y serviles, declaróse dueño del mundo; y en aquel mismo punto se dirigió á su palacio, seguido de una muchedumbre inmensa, que le saludaba instintivamente por ver reproducida en él, como por predestinacion celeste, la imagen de Neron, y con esta querida imagen la esperanza de un imperio próspero para la plebe, y para la aristocracia trabajoso y adverso. Despues de este dia, el recuerdo de Neron fué una apoteo-

sis, su nombre era repetido de boca en boca, sus estátuas levantadas en calles y plazas, sus hechos referidos por todos los plebeyos, su tumba ornada con mayores ofrendas; llegando á tal extremo el fanatismo que Othon era llamado Neron por la plebe, y él mismo se gozaba en darse tal título; lo cual prueba que aquella sociedad no había llegado á la paz, ni aun en la esclavitud, y que la lucha de patricios y plebeyos iniciada en los primeros tiempos de Roma, reflejada en los reyes, seguida en la República, dilatada en las guerras civiles, se encarnaba con más fuerza en el Imperio, heredero de la idea de los Gracos, los Saturninos, los Drusos y los Catilinas, que tantas revoluciones habían arrojado sobre la aristocracia, para obligarla á recibir el derecho, despues convertido en sangrienta dictadura, y en revolucion permanente por los varios sucesores de César, y en especial por aquellos que, como Neron, eran más caros á la materializada plebe.

Ya creo haber hablado del carácter de Othon; pero debemos insistir; porque los hechos de estos hombres pintan un siglo y una idea filosófica. Othon era la imagen viva del epicureismo. En la niñez se mostró indócil, en la pubertad liviano, en la edad madura ambiciosísimo, siempre desordenado. Su vida pasaba entre liviandades, pues cuando ménos mal hacia, se daba á toda suerte de ligerezas, manteando juntamente con Neron á los

pacíficos ciudadanos que encontraba por las noches en las calles y encrucijadas. Una vieja esclava, que había por sus ahorros alcanzado su libertad, le dió dinero y la amistad de Neron, en cambio de su amor, si es que puede llamarse amor á ciertos tratos vergonzosos é infames. Suetonio nos pinta la amistad de Othon y de Neron de una manera que no es para dicha, porque el pudor no lo consiente. Neron encontró, cuando la muerte de su madre, en su amigo un cómplice dispuesto al asesinato; y cuando los amores de Popea, en su amigo un encubridor, dispuesto á la tercería. Pero como Othon se enamorase de Popea confiada á su custodia, se atrajo la ira del César. Despues fué desterrado, si bien al gobierno de una provincia. Allí se captó la benevolencia de los soldados con sus donativos, y venido á Roma con Galba, el amor del pueblo por sus dispendios y su lujo. Cuando subió al Imperio, subió el epicureismo con él, y al mismo tiempo las esperanzas del pueblo y del ejército. El pueblo y el ejército, como todas las muchedumbres que no saben distinguir la idea del hecho, que caminan á su fin con perseverancia, que no conocen los matices en su conciencia ni la incertidumbre en su conducta, que no saben amar ni aborrecer á medias, que se inclinan siempre á todo lo extremo, y por eso tienen tanta idoneidad para el heroismo, que caen pronto en los más grandes crímenes y con igual facilidad

se levantan á las más altas virtudes, habiendo personificado sus ideas, sus aspiraciones, su vida en Othon, querian celarle, guardarle de todas las asechanzas, apartar su corazón del senado y de la aristocracia; y como una noche Othon hubiese convidado á sus festines á la gente más principal de Roma, y al mismo tiempo oyeran ruido de armas, pueblo y ejército temen por la salud de su ídolo, se levantan, corren á palacio, se reúnen á sus puertas, piden á grandes gritos la vida de los patricios por traidores al César, y penetran desafortados en el mismo Triclinio donde se hallaba Othon, que pudo salvar á sus convidados con gran peligro, y que en aquel instante debió convencerse de que no era posible paz entre el senado y el pueblo, ni entre la aristocracia y el Imperio.

Pero las legiones extranjeras no podían sufrir que las legiones de la ciudad tuvieran un César. El pretorianismo con toda su barbarie debía subir al trono del mundo. Las legiones de Vitelio que estaban en el Norte, compuestas de germanos, de bárbaros y romanos confundidos, lanzan un grito de guerra, y como poseidos de furor, coronan la cima de los Alpes, lanzando gritos horribles, agitando teas en sus manos. Othon se dirige á su encuentro, porque teme que aquel fuego derrite la corona á tanta costa ganada y queme su frente. Los ejércitos othonianos se dirigen á buscar al enemigo, mas parecen gente extraña según ca-

minan, pues donde ponen la planta lo asolan todo y lo aniquilan. Los generales de Vitelio caen sobre Placencia y se retiran. Esto alienta á los othonianos, y por fin los dos ejércitos luchan en las orillas del Pó. Othon aguarda su sentencia en un pueblo vecino, su sentencia es de muerte; la fortuna le vuelve las espaldas.

El epicureismo es tan fácil como el estoicismo para la muerte. Parece imposible que una escuela tan prostituida y mundana infundiera ese gran valor, despreciando la muerte. Su creencia de la nada de la vida obligaba á los epicúreos á mirar como cosa liviana el último trance. Una escuela que sujeta al hombre á las sensaciones, que le hace esclavo de la materia, átomo perdido en la creación, pavesa perdida de los astros, sombra que pasa fría y solitaria entre las eternas tinieblas; al ver una vida que se evapora en lo vacío y se pierde para siempre, debía mirarla como el viajero mira la ráfaga de polvo, que si un instante azota su rostro y ciega sus ojos, se pierde y se disipa en los varios giros del viento. Así habia llegado la escuela epicúrea á sentir hasta voluptuosidad en la muerte, como el que apura en un festin el último sorbo del hirviente aromático vino, como el que aspira la última esencia de una hermosa flor. Othon, fiel imagen y fiel representante de esa escuela, dispuesto á la muerte como á un sueño feliz, viendo en el sepulcro el único refugio del des-

graciado, el postrer asilo del vencido; así que conoce que no le resta salvacion ni esperanza, que las huestes vitelianas le buscan y amenazan; aunque ve fidelidad incomprendible en sus soldados que le ofrecen la vida, amor en sus esclavos que lloran á sus plantas para decidirle á la lucha y á la victoria; aunque sabe que ejércitos amigos corren prontos á su auxilio, y regiones lejanas le prestan acatamiento, y el senado le ofrece su autoridad y su soberanía; por no prolongar un instante más el combate de la vida, cuando lá muerte le ofrece en el no sér un descanso eterno y un sueño nunca por el afan interrumpido; rompe todos los lazos, reparte sus tesoros entre sus amigos, afila sus puñales, los oculta debajo de la almohada, duerme tranquilamente como si ningun pensamiento le atenaceara el corazón, despierta al despuntar la aurora, mira con tranquilidad su puñal, lo hunde en su garganta, y lanzando un débil suspiro, muere, no como hombre afeminadísimo, blando en sus costumbres, ligero en sus acciones, perfumado, vestido siempre de femenil estola; muere la muerte serena y fría de los antiguos héroes.

En la conciencia de la sociedad estaba el epicureismo, en su gobierno los pretorianos. El epicureismo en que se sumia Roma, debía llegar á sus últimas consecuencias. En la historia los hechos llevan en sí mismos sus conclusiones como en

la ciencia llevan en sí las ideas su ley lógica. A un epicureismo refinado, artístico, debía seguir un epicureismo brutal y feroz; al gobierno de los civilizados pretorianos de Roma, el gobierno de los bárbaros soldados de las provincias; á Othon, Vitelio. Era este Vitelio hijo de un hombre apreciado en el palacio de los Césares por su liviandad y por su vileza; vencedor de Artabano, no por valor, sino por insidias; cónsul dos veces, censor, encargado del gobierno del mundo en ausencia de Claudio, desinteresado, activo, pero prostituido á sus pasiones; siervo de una esclava que le hacia hasta tragar su saliva; y tan dado al bajo vicio de la adulacion y de la lisonja que fué el primero en levantar altares y sacrificios al emperador Claudio, á cuyos piés se arrastraba con el rostro encubierto á usanza asiática; el cortesano más aduldor de Mesalina, hasta el punto de llevar colgada siempre entre la toga y la túnica una sandalia suya, como si fuera algun amuleto ó alguna reliquia; el más devoto á los libertos del emperador, pues tenia los bustos de oro de Narciso y Palas entre sus dioses domésticos; el que en aquella general prostitucion del mundo encontró una frase para pintar en donde raya el limite de la lisonja, frase que ha conservado la historia, pues presidiendo Claudio los juegos seculares en el marmóreo átrio del templo de Apolo Capitolino, rodeado de aquellas estátuas, que eran la maravilla de

Roma, sacrificando los blancos toros en el altar de bronce al compás de los cánticos que acompañados por los acordes misteriosos de las liras entonaban las voces de los mancebos y de las virgenes romanas, mientras el pueblo en larga procesion dejaba al pié del ara las ofrendas con religioso respeto; presidiendo Claudio, decia, estos juegos que se celebraban una vez cada siglo, y que por lo mismo ningun nacido habia visto y ninguno los volveria á ver, este aduldor le saludó diciendo, «que lo celebreis muchas veces;» frase que muestra hasta qué punto se embriaga y dementa el que se arrastra al pié de los tiranos.

Esta familia de Vitelio era pues, la personificacion del desenfreno de la escuela epicúrea. El sensualismo llegó á su último extremo, rayó en lo imposible. La naturaleza humana es tan rica en el mal como en el bien; y así como llega por el amor y el martirio á trasformarse en divina, llega por el odio y el crimen hasta confundirse con las fieras. Vitelio habia sido criado en la isla Caprea al lado de Tiberio, respirando los vapores de sangre y de vino allí mezclados en horribles orgías; y habia crecido en los juegos del circo de Caligula, en los palacios de Claudio, en las fiestas de Neron, embebido en sus máximas, viciado por sus ejemplos, cómplice de sus crímenes. Desde niño se habia mostrado ganoso de dinero, mas no para guardarlo, sino para satisfacer su glotonería.

Ejerciendo en Roma un alto destino, apoderóse de las alhajas de los templos, sustituyendo el oro por cobre; la plata por estaño. Su corazón no sentía ninguna pasión, ningún defecto humano, pues martirizó á su mujer y mató á su hijo y áun á su madre, á una madre que le amaba, que vendía las alhajas de la familia para pagar sus deudas y libertarle de la infamia. La disipación era su único deseo, la glotonería su único hábito. Recibió de Galba el gobierno de la baja Germania, y se alegró mucho, porque así tenía con las rentas de una provincia para comer bastante. Había llegado á tal punto en deudas que, á la hora de partirse á gobernar una gran nación, á regir ejércitos, á disciplinar heroicas razas, dejó á su familia en zaquizamí desaseado y oscuro, por no poder pagar una casa. Ganábase el corazón de los soldados, abrazándoles, besándoles, comiendo con ellos en las cantinas, jurando, bebiendo y hasta erupiendo fuertemente para provocar la risa. Esta franqueza bárbara le ganó los corazones de sus gentes, que pensaron en tener también un César como los ejércitos de España habían tenido su Galba y los de Roma su Othon. Al fin el César de las legiones hispanas, si era un viejo, era un viejo severo, y el César de los pretorianos, si era un pródigo, era un pródigo inteligente; pero el César de los germanos era un bárbaro sin entrañas, sin ideas, sin ninguna cualidad que no fuese perversa y odiosa.

Una mañana sus bárbaros soldados, pagados de aquella su grandeza, fueron á su tienda, le sacaron del lecho, y tal como estaba, sin dejarle tiempo ni áun para vestirse, le proclamaron emperador. El vicio romano, que hasta entonces se había mostrado entre púrpura y flores, y juegos, se muestra desde Vitelio en toda su deformidad y asquerosa desnudez, llegando á sus últimas naturales consecuencias. Desde este punto creció la ambición de Vitelio, porque pensó que las rentas del Imperio podían ser parte á darle mejor y más abundante mesa. Dirigióse á Roma en larga procesión, en carro de triunfo, vestido lujosamente, atravesando las montañas en hombros de sus soldados, los ríos en barcas de flores ocupadas por altares, en nubes de aromas. El instinto clásico, que era el amor del arte y de la hermosura, no se desmentía, ni aun en este bárbaro. Así llegó al campo de Betriaco, donde había sido la rota de Othon. El campo estaba desolado, sus arroyos aún tintos en sangre, sus árboles quemados, su suelo lleno de cadáveres; su atmósfera cargada de miasmas, y Vitelio al verse allí, abría su boca y sus narices para recoger el olor de la putrefacción y exclamaba: ¡qué bien huelen los cadáveres de los enemigos! Recogió el puñal con que Othon se había atravesado la garganta, y le envió al templo de Marte, y á media noche, á la luz de las antorchas, rodeado de bosques y selvas, entre los

ahullidos de las fieras y los gritos de las aves nocturnas, hizo un sacrificio á los dioses infernales, teniendo por templo la inmensidad de la naturaleza, y por altar las nieves eternas que se levantan en la cima del Apenino. Entró en Roma, por fin, vestido lujosamente, montado en un caballo, seguido de sus cohortes, que formaban un numeroso ejército, y Roma se asustó al ver en su recinto tantas y tan extrañas gentes. Festejó en su ascension al Imperio con grandes comidas, y en una de ellas reunió diez mil pescados, diez y siete mil pájaros, y ofreció un plato llamado escudo de Minerva, compuesto de hígados de asedias, sesos de faisanes y pavos reales, lenguas de cisnes y otras aves acuáticas, y lechada de lamprea. Una flota inmensa recorría el mar desde Andalucía hasta la region de los Phartos, para reunir manjares y llevarlos al emperador. Y no se crea que era delicado su gusto, nó, comia por comer; en el templo devoraba las viandas ofrecidas á los dioses; en las tabernas y en las cantinas la comida pasada, fria y podrida que no querian ni aún los perros, y en su impaciencia tomaba muchas veces los alimentos abrasando, hirviendo, cual si tuviera un paladar de hierro. Este hombre era fiel á la política tradicional del Imperio, iniciada con gloria por César, continuada con astucia por Augusto, agrandada con crueldad por Tiberio, exaltada por la demencia de Caligula y de Neron, rota un

momento por Galba y proseguida por el último César; la política de rebajar la nobleza, de perseguirla, de anonadarla, y exaltar sobre sus escombros á la plebe. Los nobles sufrieron mucho bajo la pesada mano de Vitelio. No contento con mandarlos matar, los veia morir, y no contento con verlos morir, les daba muerte por su propia mano. Las propiedades, las riquezas del mundo, las rentas del Imperio, las disipaba como humo en su cocina.

Voy, señores, á permitirme una pequeña reflexion. En la sociedad, el bien debe buscarse por el camino del bien, la justicia por la justicia. Los que creen que la grandeza de una causa justifica los crímenes que en pró de esa causa se cometen, ¡ay! se engañan. El nombre del justo queda siempre como en un santuario en la memoria humana, y el nombre del criminal pasa á los siglos rodeado de tinieblas y de maldiciones. La causa más santa y más grande se oscurece cuando la auxilia el crimen. Es preferible el martirio á faltar á la justicia; es despreciable la victoria que se alcanza injustamente. Y si lo dudais, ahí teneis un ejemplo. La causa de los emperadores, por más extraño que parezca, es la causa justa y santa del pueblo romano; es aun más, es la causa de la humanidad. Su idea, sí, la idea de los Césares, al través del tiempo, se identifica con la idea de los Gracos, de Saturnino, de Druso, de todos los grandes tribu-



nos. ¿Y por qué los nombres de estos tribunos han pasado á la posteridad gloriosos, incólumes, immaculados? Porque caminaron á su fin con los ojos puestos en la justicia, y si cayeron, sobre sus cabezas yertas se refleja la eterna luz de la vida. ¿Y los emperadores? Los emperadores quisieron alcanzar el mismo fin, pero por el despotismo, por el crimen, por la injusticia. ¿Y qué ha sucedido? Nadie se acuerda de que Tiberio estableció el crédito territorial sin interés para salvar al pobre, y todos se acuerdan de que se bañaba en sangre; nadie se acuerda de que Neron dió la justicia gratuita, y todos se acuerdan que asesinó á su madre; nadie se acuerda de que Domiciano igualó á los caballeros con los plebeyos, y todos se acuerdan de sus crueldades; nadie se acuerda de que Claudio hizo inviolable la vida del esclavo, y todos se acuerdan de que mató diez y siete mil hombres en un espectáculo; nadie se acuerda de que Cómodo salvó á la esclava antigua de la prostitucion devolviéndole su dignidad de mujer, y todos se acuerdan de sus prostituciones; nadie se acuerda de que Caracalla abrió de par en par las puertas de Roma á todos los hombres, y todos se acuerdan de que cerró su corazon á la justicia; y esto prueba, señores, que al bien solo se va por el bien, que la justicia no se alcanza sino por la justicia misma, que la mancha del crimen oculta y ennegrece las más altas ideas, y que la verdad y la virtud

no descienden á nuestra conciencia sino mezcladas entre torrentes de la luz del cielo.

Volvamos de nuevo á nuestro tema, á Vitelio. Decia, señores, que el mundo no podia sufrir tanta servidumbre. Las legiones de Oriente querian tener un emperador como lo habian tenido las legiones de España y la guardia pretoriana de Roma. Este emperador se llamaba Vespasiano. Las legiones de Egipto, de la Mesia, de Pannonia, pusieron á los piés de Vespasiano sus espadas. Por todas partes se levantaba gente en armas que iba á caer sobre el emperador para aniquilarlo. Dentro de la misma Roma, Vespasiano tenia parciales dispuestos á dar la vida por su causa. En este trance, finge Vitelio renunciar al supremo dominio del mundo. Una mañana, vestido de luto, con los ojos llorosos, desarreglado el cabello, tomada de dolor la voz, sube á la tribuna á despedirse de sus fieles compañeros, del pueblo y del ejército. Mas la plebe y el ejército, que veian en Vitelio un continuador de su política, un tribuno, un enemigo del senado y de la nobleza, le ofrecen sus auxilios, sus armas, sus votos, sus vidas. Entonces el emperador les señala el Capitolio donde estaban los parciales y amigos de su competidor. Las huestes y las muchedumbres se dirigen confusa y atropelladamente al Capitolio. ¿Qué profanacion! El Capitolio, fortaleza de la ciudad, depósito de todas sus glorias, testigo de todos sus combates, centro

de la tierra, trono de toda autoridad, de todo poder, sombra augusta de la majestad del pueblo, nombre que invocaban las legiones en medio del combate y saludaban despues de la victoria, arca sagrada de todos los recuerdos de Roma, altar donde ardía el genio de la Ciudad Eterna; el Capitolio es asaltado por los vitelianos, es herido, es profanado, y el templo de Júpiter Capitolino, la estatua de la divinidad tutelar de Roma, con su corona de rayos, su cetro de oro, su manto de púrpura, y las cien estatuas de bronce dorado, y los chapiteles de acero, y las columnas marmóreas traídas por Sila, y los trofeos, los Rostros de las naves de Cartago, la espada de Breno, los despojos de Pirro, los estandartes de los Ligures, las flechas de los Alpinos, los dones de Yugurta, Aristóbulo y Mitridates, los jarros de oro, todos los tesoros del Capitolio son rotos ó manchados de sangre, ó consumidos por el fuego, como si Vitelio, no contento con profanar á Roma, quisiera profanar toda la historia romana.

Al ver ardiendo el Capitolio, el pueblo se espanta, porque el Capitolio era el hogar sagrado de la ciudad; al ver rota la estatua de Júpiter Capitolino, la aristocracia se acongoja, porque Júpiter Capitolino habia sido su númen, su amparo, y en la conjuración de Catilina, su refugio. Entonces Vitelio, dejándose llevar de la impresión de sus sensaciones, como buen epicúreo, se detu-

vo en la pendiente, anheló la paz, mandó las vestales al campo enemigo para pedir una reconciliación, depuso su espada en el templo de la Concordia. Los enemigos de Vitelio se acercan á más andar á Roma y llegan á sus puertas. En este instante se traba dentro de la misma sagrada ciudad un combate sangriento y horrible. El pueblo asiste como al circo y al teatro, ahulla para excitar á uno y otro bando á la matanza, se arroja sobre los cadáveres á recoger sus despojos, vé con indiferencia cómo los soldados forman la tortuga militar, y se esconden, y reaparecen, y se condensan en pelotones, y se desbandan, y abren fosos, y arremeten á las murallas, y rompen las puertas, y violan y destrozan los altares, los dioses, y arrojan mechas encendidas y forman reductos; espectáculo horrible, pues mientras unos mueren ahogados en sangre, otros á la luz de los incendios, sobre las ruinas, al eco de los quejidos de los moribundos que pueblan los aires, se entregan á los placeres y á los festines, á las orgías en terrible contraste.

Vitelio en esta gran confusión se dirige al monte Aventino, á la casa de su mujer. Arrepiéntese pronto según su natural veleidoso, y retrocede á su palacio. Entra, y lo halla en la soledad, en completo abandono. En vano recorre sus patios, sus pórticos, sus salones; en vano abre una tras otra sus puertas con miedo y con recelo; en

vano interroga á los altares abandonados de sus dioses domésticos; aquella soledad le dá frio como la soledad de un sepulcro. Mas súbitamente oye un ruido extraño como de gente en armas, y corre á esconderse en un lugar inmundo con sus compañeros inseparables, con sus confidentes, con su carnicero y su cocinero. Los soldados de Vespasiano le encuentran y le preguntan por Vitelio. Al pronto les miente y les engaña, pero viendo que le conocen les revela su nombre. Como se apercibiesen furiosos á herirle y golpearle, cae de rodillas pidiéndoles la vida cobardemente. Los soldados no le oyen, y le arrastran á la calle. Entonces comienza para Vitelio un verdadero tormento. Medio desnudo, herido, golpeado, lleno de polvo, de barro, con una soga al cuello, escupido, insultado, le arrastran por la vía Sacra, le presentan á la vergüenza pública, le atormentan con toda clase de tormentos; y unos le escarnecen, otros le pasan por los labios el cieno de las calles; aquellos le tiran del pelo, estos le hacen levantar la barba á lanzazos; y la multitud á grandes gritos le llama gloton, borracho, infame, y se rie de su cara colorada y granujienta, de su inmenso vientre, de su cojera, de su sangre; hasta que por fin, á golpes, á lanzazos, á insultos le acaban como los perros á la vencida fiera, le hacen pedazos, y arrastran con garfios los restos que se salvan de tanta crueldad á las inmundicias

del Tiber. Un rasgo se cuenta de él, que pinta al pueblo rey, un rasgo sublime, de esos que tan frecuentes son en los hombres de la antigüedad. Como entre un grupo se distinguiera un hombre que le llamaba ladron, borracho, infame, dijo Vitelio dirigiéndose á todo el grupo con sardónica sonrisa: «Y sin embargo de todo eso, he sido vuestro amo.»

Después de la muerte de Vitelio parecia que el mundo iba á gozar algunos instantes de paz bajo el dominio de Vespasiano. Este príncipe, salido de las últimas esferas sociales, plebeyo por nacimiento, iba á cumplir una idea generosa y grande, iba á democratizar más y más á Roma. El Imperio tenia dos ideas, una negativa, otra afirmativa. La idea negativa del Imperio consistia en destrozár á las clases superiores de la sociedad, en aniquilarlas, alejando cada vez más la esperanza de la reaparicion de la República. Esta idea negativa la habian cumplido, la habian realizado aquellos emperadores que como Tiberio, Calígula y Neron habian pasado la vida destruyendo, matando á la nobleza. Pero al mismo tiempo, el Imperio tenia una idea afirmativa, extender los privilegios de las clases aristócratas á todos los ciudadanos, abrir las puertas del *Pæmerium* á todos los hombres. Así Vespasiano destruia la separacion entre el Imperio y el pueblo por medio de una familiaridad continua con las clases pobres;

levantaba al senado á los nacidos en baja cuna; llamaba á los privilegios de la ciudad á los hijos de las más apartadas regiones de Italia, llevando poco á poco el calor de la vida á todo el Imperio. Era Vespasiano el primer emperador plebeyo que pisó el trono del mundo, y recordando siempre su origen, se ganaba el corazón del pueblo.

Habia en Vespasiano un carácter especialísimo, que merece toda nuestra atención. Su vida se había empapado en el espíritu mágico del Oriente. El gnosticismo, que estaba en gran florecimiento, le había imbuido ideas religiosas, bien ajenas al espíritu positivo y práctico de los romanos. Por todo el Oriente estaba propagada la creencia de que el mundo había recibido un Salvador con fuerza bastante para domoñar la misma naturaleza en su combate con el hombre. Así que un genio superior se levantaba y se distinguía entre los hombres, creían ver en su frente la marca esplendorosa de la elección divina. Esta idea se respiraba en los aires, se exhalaba del cáliz de las flores de Oriente, se oía murmurar en las playas, en los bosques, flotaba sobre las ruinas de los templos; porque era como la nueva alma que Dios condensaba para derramarla en la humanidad, preparándola á recibir la revelación de su eterna palabra, que había resonado ya en la sublime cima del Calvario. Así, muchas gentes sabían que un Salvador había venido; pero igno-

rabán quién era y dónde estaba el Salvador. Cuando vieron los de Alejandría, los más imbuidos en revelaciones místicas, entrar en sus muros el gran general, apercibido para ascender al Capitolio, creyeron que él había domoñado el destino y la naturaleza; y los ciegos le seguían pidiéndole luz, y los paralíticos pidiéndole fuerza y movimientos, y los mismos ídolos de los templos se conmovían sobre sus altares, creyendo que había sonado su última hora, y que había venido el hombre destinado á descifrar el enigma de sus gastadas teogonías, y á matar la luz celeste en sus frentes. Observo esto con cuidado, señores, esto que nos cuentan Tácito, Suetonio, Plinio y Eutropio, porque prueba cómo la humanidad buscaba instintivamente el rayo de la luz celeste, la verdad cristiana, que bien pronto había de penetrar en su conciencia. Vespasiano llevaba en su mente también algo de esa exaltación mística y de la idea oriental. Por eso, con más virtudes y más genio que Galba, no pensó en restaurar la aristocracia, y como hijo de su tiempo, fiel á su siglo, fortificó el Imperio.

Este amor de Vespasiano al Imperio debía ser contrastado por una secta poderosa y grande, por el estoicismo, que aspiraba á dominar el mundo. Cuando una idea amanece en la conciencia humana por la ley de serie que le es propia, toca hasta los últimos límites de la sociedad y de la

vida. La filosofía griega, y especialmente el movimiento socrático, habían tomado una tendencia social en la escuela estoíca. La metafísica de esta escuela era esencialmente moral, sus conclusiones esencialmente prácticas. De aquí, por una fuerza dialéctica, esa idea se había convertido de puramente filosófica, en positiva y social. Era pues el estoicismo no solo una escuela filosófica, era un gran partido político; y no era un partido político doctrinal y especulativo, era un partido político militante y guerrero. Como poseía la idea del alma universal, de la justicia, del derecho humano, comprendía que esta idea encerrada en la ciencia estaba como dormida, y era necesario encerrarla en el mundo. Pero los estoicos creían que sus ideas de justicia universal, de derecho, no podían encerrarse en un Imperio librado á la absoluta voluntad del hombre, y clamaban por una República libre y fuerte. Vespasiano perseguía á estos hombres, que así turbaban la paz de las conciencias, y muchos de ellos murieron en el destierro; pero no lo olvidemos, señores, para postrarnos de nuevo en este largo camino de la historia ante la Providencia; aquella idea estoíca perseguida y proscripta debía subir pronto al dominio del mundo personificada en grandes emperadores.

Y en verdad que si los estoicos pensaban en resucitar la antigua aristocrática República, pen-

saban una idea pobre y mezquina. La cabeza de esa República era el senado, y el senado padecía de una enfermedad incurable; deseaba la libertad, pero no tenía fuerzas para sacudir la servidumbre. En los tiempos de interregno que habían mediado desde la caída de Vitelio hasta la entrada de Vespasiano en Roma, el senado había dirigido al mundo. ¿Y qué había hecho? Dividirse en parcialidades confusas, aniquilar su propia dignidad, mostrar pequeñas ambiciones, apresurarse á enviar embajadores al príncipe, consentir perjurios horribles, levantar monumentos á la memoria de Galba, sin atreverse á levantar el monumento de la República, mostrarse indeciso, excéptico, aparejado para su eterna esclavitud, digno de su postración y de su decadencia. En medio de esto, el senado creía que bastaba para sostener la esperanza de restaurar la antigua Roma, el levantar los signos que recordaban la muerta aristocracia, y trata de alzar el Capitolio destrozado por los vitelianos. Los arúspices mandaban sacar las ruinas del antiguo Capitolio y arrojarlas á las lagunas del Tíber; el espacio del antiguo templo fué cubierto de hermosas cintas y de coronas de flores, los soldados victoriosos y que más pruebas habían recibido del cariño de los dioses, las vestales, los niños cuyos padres aún vivían, rociaban el suelo con agua pura cogida en los arroyos y en las fuentes; los senadores ar-

rojaban un gran peñasco en un foso para que fuera el asiento inmortal del nuevo templo, y en lo alto de la colina, bajo el cielo riente, alegre, á la luz de un sol hermosísimo, el pretor sacrificaba sobre el césped un toro y una oveja, y el himno del holocausto se perdía y se disipaba en los aires como el eco de los cantares y las oraciones de los romanos, que se congregaban de nuevo á reedificar aquella fortaleza, á cuyos piés aún habia de estar por muchos siglos rendida y humillada la tierra.

El reinado de Vespasiano, que continuaba la obra del Imperio, fué breve, fugaz, y bien pronto le sucedió su hijo Tito. El Imperio de Tito no es más que la continuacion de las ideas y de las tradiciones de Vespasiano, su padre. La familia de los Flavios, cuya cabeza era Vespasiano, ofrecía en dos príncipes una antítesis digna de estudio. Tito era afable y virtuoso, y su hermano Domiciano era duro y cruel. Hablemos de Tito, cuyo gobierno fué un sueño, y como sueño breve, y por breve feliz. Había sido en sus mocedades compañero de aquel Germánico, hijo de Claudio, sobre cuyo cadáver pasó Neron para llegar al supremo dominio; y conservaba tal afición á su memoria que le tuvo en efigie entre los dioses lares, y lo paseaba en estatua en las festividades públicas y en los juegos del Circo. Tito era hábil en manejar el arco, gran caballero, impaciente en la guer-

ra, arrojado hasta la temeridad en las peleas, amigo de cultivar la poesía y las ciencias, un tanto ngóstico, pues habia respirado el aire de Jerusalem y de Alejandría, dado á visitar los templos, á controvertir las religiones, á interrogar los moribundos oráculos, á librar la esencia de todos los dogmas; fastuoso, orientalista; y así gustaba de sacrificar en aras de todos los dioses, vestido de lino como los sacerdotes, coronado con diademas de oro; se inclinaba á las ciencias mágicas, á las que leían lo por venir en las estrellas, á las que renovaban el espíritu con alguna esperanza infinita, y llevado de esta inclinacion consultaba á Apolonio de Tyada, aquel hermoso jóven que soñaba salvar el mundo con una idea ya extinguida en la paciencia humana, fastuoso y liberal y amante del pueblo, y celoso del bien del Imperio; y asaltado por continuos febriles delirios de amor á lo desconocido, Tito infundía en las venas de Roma algo de aquel espíritu misterioso que él habia aspirado en las regiones de Oriente. En sus tiempos y bajo su direccion fué tomada y destruida Jerusalem, mas este suceso extraordinario será tratado, cuando saliendo de Roma, derramemos una mirada sobre el mundo á su poder sujeto, y veamos pasar todas las razas. Su reinado fué breve. Conociendo que Roma estaba soliviantada por continuas delaciones, que muchas veces caían sobre inocentes, mató á los delatores. Viendo que el

conspirar era ya natural en Roma, vence en generosidad á los conspiradores, los convida al Circo, les ofrece asiento á su lado, les dá las espadas para que las prueben, y casi les enseña el pecho como para probar su atrevimiento, que no llegó á consumir su designio. Si hubiera sido posible un alma mística en aquella Roma tan positiva, tan práctica, tan humana, Tito hubiera sido presa del misticismo; pero no pudiendo por el carácter de aquella civilizacion tan apegada á la vida real explayarse en lo infinito, con que alguna vez soñaba, se espaciaba en grandes festejos, en festines públicos, donde corria el vino como las aguas del Tiber, en grandes simulacros militares de que gustaban los romanos como recuerdos de su gloria, en batallas navales que ensangrentaban las lagunas, en juegos de gladiadores, en luchas de fieras, pero luchas tales, que en una ocasion cinco mil alimañas feroces enrojecieron con su sangre las arenas del Circo.

Y este hombre, como su padre Vespasiano, á pesar de tener un carácter filosófico, era odiado por los filósofos cínicos y estoicos, los grandes individualistas de aquella sociedad. Nunca el estoicismo había hecho una tan cruda guerra á ningún emperador. En tiempo de Claudio, de Neron, las protestas se reducian á escribir un ideal de virtud para que flotara como una esperanza sobre aquella sociedad encenagada en los vicios. Pero

en tiempo de los Flavios su oposicion llegó á más, fué más espantosa, más fuerte; el estoico Helvidio Priscio predicó contra Vespasiano en las plazas, Diógenes y Heras contra Tito en el teatro. Estos dos emperadores, que perdonaban á los patricios, no perdonaban á los filósofos. Esta lucha singular, que no he visto caracterizada y descrita, prueba, en mi sentir, que la filosofía práctica positiva de Grecia y Roma temia que el trascendentalismo religioso y místico de Oriente, personificado en los Flavios, pudiera impedir la obra de la libertad de los hombres y la dilatacion del derecho. En efecto, Tito no puede ser bien juzgado, porque su obra acabó antes de tiempo. Su hermano menor, ambicioso, malvado, cruel, cortó el hilo de aquellos dias que habian sido las delicias del género humano. Cuéntase que advertia Tito en sus entrañas el presentimiento de su muerte, que en un espectáculo público lloró amargamente en presencia del pueblo, que se entristeció por haber visto huir la víctima destinada á un sacrificio, que se partió al pais de los sabinos, y en el viaje le sorprendió la calentura, que recorrió la cortina de su litera y clavó los ojos, arrasados de lágrimas, en el cielo, doliéndose de morir tan joven y de llevarse consigo grandes pensamientos á la madre tierra, que llegó á la quinta donde había muerto su padre y allí espiró, sin duda antes de tiempo, cual si la Providencia hubiera gozado

en su muerte, como aquel escultor que con su propio martillo quebró su estatua para gozar solo de tanta hermosura.

El último de los hijos de Vespasiano, llamado Domiciano, subió al trono del mundo. El comun sentir de los historiadores le atribuye la muerte de Tito; crueldad horrible, que acusa en Domiciano la naturaleza y los instintos de un tigre. Educado en el odio á la aristocracia, comprendiendo el destino y la idea del Imperio, orgulloso hasta el extremo de creerse un dios y levantarse á sí mismo altares y estatuas; menospreciador de las letras, que cultivan el alma y pulen el corazón; recelando siempre del pueblo y queriendo que el pueblo recelase de él como dos gladiadores que se miran frente á frente; amante de la adulación y al mismo tiempo enemigo de los aduladores; uniendo á la cobardía la crueldad y al odio el ensañamiento y la venganza; gozándose en la memoria de los más aborrecidos emperadores y tomándolos por un ideal digno de su imitación; Domiciano era sombrío y vengativo como Tiberio, viciosísimo y fastuoso como Neron. Sin embargo, justo es recordar que esta naturaleza tan viciada llegaba á sentir el principio de igualdad y á realizar una faz del derecho. Como hubiese costumbre en Roma de mutilar horriblemente los esclavos para convertirlos en eunucos, prohibió esta violación de la naturaleza humana. Como, á pesar

de la revolución social que transformaba desde tan luengos tiempos á Roma, se establecieran aun diferencias entre los hijos de los caballeros y los hijos de los libertos para optar á ciertos cargos públicos, borró esta diferencia; idea digna de un heredero del pensamiento y del destino de los Gracos. Y hé aquí, señores, por qué razón el emperador dominaba al senado, porque tenía una idea de derecho más alta, un principio más divino de justicia. En el mundo puede haber grandes eclipses de la verdad y gravísimos desfallecimientos del bien; pero en el último término, el triunfo es del derecho; creencia consoladora que enjuga nuestras lágrimas y nos alienta en esta eterna cruzada en favor de la libertad y de la justicia. Pero al mismo tiempo que Domiciano realizaba así lo que hemos llamado la idea afirmativa del Imperio, realizaba la idea negativa, destruía con bárbara crueldad el senado y la aristocracia, para quienes el Imperio había sido un eterno suplicio. Rodeábase de infames delatores, de cuya boca pendía la vida de los ciudadanos. Se encerraba frecuentemente en lo más hondo de su casa y se entretenía en matar moscas. Gustaba de bajar á las cárceles á insultar á sus víctimas, y á pesar con sus propias manos sus cadenas. Enviaba á los baños, á las bibliotecas, al Foro, á parciales suyos, á sus amigos, á provocar á las gentes, á que hablaran mal de su gobierno y de su persona, pa-



ra tener ocasion de cohonestar nuevos asesinatos, nuevas crueldades. Tenia por un crimen el que no amaran á sus gladiadores, el que no saludaran severamente á sus libertos. Llamaba á los más poderosos de Roma, los recibia con amor, les sonreia, les acariciaba y los mandaba matar, ó los mataba muchas veces con sus propias manos. Complaciase en ver cómo la sangre salia de la entreabierta herida, cómo la respiracion se perdia en el pecho, cómo la luz de los ojos se extinguia, cómo se apartaba el alma del cuerpo, cómo caian á sus plantas sus víctimas exánimes. Se tenia por muy compasivo y humano cuando dejaba elegir á sus víctimas el género de muerte. Las razones que daba para consumir tantos asesinatos, eran falsísimas. Mató á un discípulo del farsante Paris porque se parecía á su maestro, que habia sido amante de la emperatriz Domicia; á Elio Lama por ser demasiado gracioso; á Coceyano por haber celebrado el día del nacimiento de Othon, su tío; á Junio Rústico por haber llamado á los estóicos los hombres más virtuosos de la tierra; á Pompeiano por haber nacido bajo una constelacion que le prometia el Imperio; á Helhidio porque habia hecho una composición llamada Paris y Enona, en que creia ver una censura de su divorcio; á Flavio Sabino, cónsul y primo suyo, porque en el día de la eleccion el heraldo se equivocó, y por llamarle cónsul, le llamó emperador; á casi toda la

aristocracia romana por ese odio instintivo, irconciliable, que los emperadores, los perpétuos tribunos de la plebe tenian á los antiguos depositarios de la República.

La decadencia del Senado llegó en esta época á su último extremo. Tácito pinta con negros colores en su *Vida de Agrícola* esta angustia de la institucion predilecta de la República. Los senadores, perseguidos, acosados, viendo que todos los días faltaban algunos de sus colegas á su lado, sin ninguna facultad, sin ningun poder, cómplices y víctimas de los crímenes del emperador, abandonados á una continua soledad, forzados á bajar por miedo la frente, veian caer en pedazos su antigua autoridad, y se resignaban en su desolacion á perderlo todo, menos la vida, que á duras penas podian arrancár á las garras de su eterno enemigo, el cual los perdonaba muchas veces por no creerlos dignos ni aun de su odio y sus venganzas. Así cuando veian entrar en el senado un emisario del emperador, se arremolinaban, se unian, temblaban, y aguardaban con ansiedad á quién tocaria la señal de muerte, y cuando veian elegido para el suplicio á uno de sus compañeros, el egoismo, el amor de su propia conservacion les hacia mirar con indiferencia aquella gran desgracia, como el rebaño no se cura de la pobre oveja destinada al sacrificio. Así, tan miserablemente perecen, señores, las institucio-

nes más altas, cuando han cumplido su destino.

A pesar de todas estas desgracias, la vida de Roma era bajo Domiciano vida placentera y alegre. Para los aristócratas Domiciano era un Tiberio; para el ejército y el pueblo era un Neron. Daba espectáculos navales, caza de fieras, combates, juegos de gladiadores en que peleaban hasta las mujeres desnudas, y para aumentar la voluptuosidad de estos juegos, los celebraban de noche, á la pálida luz de las antorchas, que aumentaba las facciones del Circo, y á los rojos, verdes, azules y blancos, unía los violeta y amarillos. Repartía grandes dones al pueblo, delicados manjares en hermosas cestas de mimbre. Cubría el Capitolio de ganados, que destinaba á sus propios altares, porque se creía un dios; flaqueza propia del gnosticismo de la familia Flavia. Así el pueblo pasaba su vida yendo del templo al campo de Marte, del campo de Marte á las Naumaquias, de las Naumaquias al Circo á ver morir los gladiadores. Las fiestas del Circo han sido descritas con tal puntualidad por los escritores romanos, que aún parece que las estamos viendo. El Circo se puebla, las damas se sientan en lo más alto resguardadas del sol por los velos de púrpura que hermocean sus rostros de alabastro; los caballeros, los senadores, las vestales y el pueblo ocupan sus respectivos asientos, de antiguo designados; los gladiadores entran en carros pintados de va-

rios colores y se lanzan á la arena; unos ejercitan su fuerza, otros ensayan posturas académicas, actitudes clásicas semejantes á las actitudes de las más renombradas estatuas, y todos juegan con las varillas, con las espadas, con los escudos, lanzándolos al aire y hablando entre sí como hermanos, como amigos, cuando bien pronto van á darse mutuamente la muerte; el emperador aparece en el centro y comienzan á desfilarse en su presencia los jugadores, luciendo unos su tridente de hierro, su casco adornado con plumas de pavo real, sus borceguíes celestes; otros su casco de cuero rematado en un pez, sus espadas anchas, sus crines rojas; algunos su clámide corta, su casco refulgente de acero; y á una señal convenida se lanzan á la arena, se miran frente á frente, se buscan, se huyen, se arremeten, se hieren, ensangrientan el Circo, y caen exánimes unos sobre otros, muriendo académicamente, saludando al César, sonriendo por la gloria que han adquirido, mientras el pueblo se levanta, palmo-tea, ruge, y se embriaga de sangre, y llena los aires con sus ahullidos, que son la música del combate. Estos juegos tienen un sentido político, porque mientras así Domiciano festeja al pueblo, convida á los senadores á festividades fúnebres, que concluyen despues de una larga y profusa cena con la muerte de los más elevados aristócratas.

La crueldad de Domiciano debía atraerle una muerte violenta. La conciencia, que nunca en la vida calla, le asaltaba con remordimientos continuos y crueles. A cada paso creia encontrar un asesino. Sin duda la sangre que habia vertido le nublaba los ojos con negra nube, y le hacia ver en todas partes la sombra de su conciencia y de su alma. Y razon tenia, en verdad, para temer, porque bajo sus piés hervia una continua conjuracion, que debia estallar á toda costa con grande y tremendo estallido como la erupcion de un volcan. Hallándose en su habitacion, embebido en leer un libro, la espada de un conjurado le hirió el vientre. Domiciano dió un grito espantoso, llamó á sus esclavos, quiso defenderse; pero en aquel punto varios conjurados, domésticos de su palacio, se arrojaron sobre él, y lo remataron con ensañamiento. Así murió aquel hombre, que habia pasado su vida entre muertes, ahogado en sangre, como sucede siempre á los que vierten sangre. Su muerte fué indiferente al pueblo, dolorosa al ejército, placentera al senado, que sin valor para contrastar la tiranía y para oponerse á los tiranos vivos, los perseguia y los insultaba despues de muertos, señal de su vileza.

Señores: hemos llegado al término de nuestro trabajo, que comprende medio siglo. Hemos visto en cada uno de los emperadores que suben al trono, un aspecto, una fase de las ideas que domina-

ban á Roma. Hemos encontrado en Galba el patriciado, la restauracion de la República; en Othon el epicureismo, la exaltacion de la plebe; en Vite-lio el predominio de los pretorianos; en Vespasiano y en Tito la continuacion de la idea trascendental del Imperio, del derecho y la justicia; en Domiciano el engrandecimiento del ejército y del pueblo, y la condenacion y la muerte del patriciado. Mas en el seno de aquella sociedad existia una secta filosófica, el estoicismo, que necesitaba, ó una república, ó una dinastía fiel á sus ideas. Nunca el estoicismo tomó un aspecto de polémica tan amenazador como en tiempo de la familia Flavia. Sin duda el estoicismo, al sentirse crecido y robusto, presentaba con fuerza una protesta contra el Imperio, y así contribuia á la civilizacion universal y á la libertad de los hombres. La familia Flavia habia perseguido á los estóicos, les habia arrojado de Roma como perturbadores de la tranquilidad pública con sus continuas predicaciones. Tres edictos se dieron contra los estóicos por Vespasiano, por Tito, por Domiciano. En tiempo de éste fueron arrojados de Roma Senecion, Epitecto, Arlemidoro, Dion Crisóstomo que se consoló en su destierro con un fragmento de Demóstenes y un diálogo de Platon. Y sin embargo, la persecucion demostraba, como siempre demuestran las persecuciones injustas, que aquella secta tenia gran fuerza y estaba cercana á su victoria. En efecto,

el estoicismo iba á subir al trono con Nerva y con Trajano. Su ascension al trono era un triunfo del derecho racional sobre el derecho escrito, de la humanidad sobre el privilegio de Roma; era la revolucion del Imperio consumada por la conciencia y en amor al bien. En otra leccion estudiaremos el estoicismo romano.

Esta ascension de la escuela estóica al trono del mundo con Nerva, ascension que examinaremos más adelante, prueba la fuerza real que tienen las ideas, fuerza incontrastable; que supera y vence á la materia bruta. Nada hay más vulgar y extendido que considerar las ideas como seres imaginarios, fuera del mundo, sin fuerza para detener la corriente de los hechos, sin calor para dar vida á ninguna institucion, sin realidad en la vida; pero, señores, cuando abrimos las páginas de la historia, cuando vemos la idea, que nace muda y solitaria en la mente de un pensador, herir la conciencia, encender los corazones, formar escuelas y partidos, subir á la legislacion, al gobierno, transformar la sociedad, convertirse en el lábaro de ejércitos poderosos, centellear en la frente de los magistrados, iluminar las sentencias de los tribunales, venir á ser el alma de infinitas generaciones; cuando vemos este maravilloso espectáculo, nuestra razon se abisma, y herida por tanta luz, confiesa que el hecho en la historia pasa como un relámpago, como un soplo de aire, como

el instante fugaz en que sucede, y la idea invisible, la idea impalpable, la idea espiritual es la única realidad que existe, así en la conciencia como en el espacio, así en el alma como en el mundo; la idea que todo lo avasalla con su fuerza divina é incontrastable. Así la idea estóica, nacida en un rincon de Grecia, en la mente solitaria de un pensador aislado y silencioso, por esa fuerza real que tienen las ideas, por ese desarrollo que toman, por su misma virtud, levanta el vuelo, se posa en la cima del Capitolio, infunde su espíritu á las escuelas, centellea en la frente de los emperadores, transforma la legislacion, vivifica el derecho, y desde el fondo de las clases inferiores sube armada por sublimes resplandores á la cima del Capitolio. El estoicismo llega á la raiz de la vida, el estoicismo entra en la esfera política; con su idea de libertad y de justicia, transforma precisa y necesariamente al Imperio, para el cual ha concluido en Domiciano la hora de la venganza y empieza con Nerva la hora de la organizacion y del derecho.

La fuerza que las ideas estóicas habian adquirido en Roma se conoce por el súbito cambio que el Imperio sufre bajo Nerva. Hora era ya de que concluyese aquella continua desolacion de la Ciudad Eterna. La aristocracia habia cometido muchos crímenes, pero los habia purgado en un siglo de delaciones, de persecucion, de muerte,

de aniquilamiento de sus poderosas huestes. La plebe habia sido insultada y herida por la aristocracia; pero en verdad la dictadura salida de su seno, si no le habia dado remedio, la habia dado venganza. El mundo alzaba sus brazos á Roma pidiendo con desfallecimiento la comunicacion de su derecho. El estoicismo, aunque odiaba al Imperio, habia comprendido el destino providencial del Imperio; y con sus ideas y con su espíritu contribuia á la realizacion del derecho humano, del derecho universal. Nerva es el primer emperador que no es romano, ni descendiente de Italia, y en verdad un estóico para ser fiel á su idea, para destruir el privilegio de la ciudad, debia tener por patria el mundo, por hermanos todos los hombres. En su carácter se nota cierta timidez, que cuadra muy bien á los primeros vacilantes pasos de una idea destinada á romper una tradicion y á plantear un nuevo problema social. Galba, Othon, Vitelio, Vespasiano, con esta ó la otra idea, tienen su origen en los pretorianos y en las legiones; Nerva es el emperador del senado. En los primeros dias de su reinado corrió entre los soldados el rumor de que Domiciano habia resucitado; tanta era su popularidad en el ejército, que este rumor fué como un anuncio de graves desórdenes para Nerva, porque no era posible matar en un dia la poderosa influencia del ejército. Nerva no pudo conjurar aquel gran peligro

sino imitando la conducta de los pasados emperadores y transigiendo con los pretorianos. Pero contaba con otra fuerza. Inmediatamente que los estóicos tuvieron el anuncio de que Nerva subia al Capitolio, abandonan sus destierros y se dirigen á Roma á llevar al emperador la luz de sus inteligencias, la fuerza de sus ideas. El pretoriano, que conocia que un triunfo de la razon era una derrota de la fuerza, se revolvía contra los filósofos, y amenazaba destruir aquella revolucion que no por pacífica dejaba de ser profunda y radical. Así algunos de aquellos filósofos contrastaron con la elocuencia de su palabra la fuerza de las armas; Dion Crisóstomo desarmó un ejército pronto á sublevarse contra Nerva. La idea estóica, como un áura suave, se suspendía sobre aquel mar alborotado, y apaciguaba sus soberbias ondas. Así Nerva para reformar el Imperio, no reformaba ni las leyes, ni las instituciones, ni el gobierno; reformaba con mejor consejo el hombre interior, el alma y las costumbres. ¿Qué institucion no estaba corrompida y gastada en aquella universal decadencia? El estoicismo, solo el estoicismo podia renovar la idea política de Roma. Mas el estudio del estoicismo no puede, no debe comprenderse, sino delante de sus más grandes personificaciones, de los Trajanos, de los Antoninos, de los Aurelios. Y así veremos cómo el espíritu humano se va acercando á los altares

del Cristianismo á recibir la luz venida del cielo.

• Postrémonos, señores, ante la Providencia. Entre estas guerras tan continuas y tan atroces; en esta série de crímenes, de matanzas; cuando parecia que el mundo iba á concluir bajo el peso de la tiranía y del crimen, Dios, cuya justicia centellea en toda la historia, extendia su mano omnipotente y heria la tierra para que la idea estóica se levantara á realizar el derecho, y heria el cielo para que la idea cristiana que habia brotado en el Calvario, extendiera su luz y su calor en la conciencia humana.—He dicho (1).

---

(1) Debo dar algunas explicaciones cortas al público del Ateneo y á los lectores de esta obra. Empecé este año mis lecciones; pero las interrumpió la muerte de mi madre, la muerte que me ha herido en lo que más amaba en el mundo. Aunque hubiera querido continuarlas ante el público del Ateneo, no me hubiese sido posible. No es dado en estos amargos dolores ver con ojos enjutos los lugares donde hemos sido felices. No he querido, sin embargo, perder un año de vida, porque amo demasiado, para desperdiciarlo, el soplo de tiempo que vivo. He decidido escribir mis lecciones, y cumplo mi promesa. Las escribo en estilo oratorio, para que no desdigan del primer tomo. Les faltarán á las lecciones escritas el entusiasmo del momento, que infunde en las venas del orador las simpatías del público, pero ganarán en sistema y en rigor científico. El público me dispensará estas cortas palabras necesarias para explicar la continuación de la obra.

## EL MUNDO ROMANO.

### LECCION TERCERA.

SEÑORES:

Hemos examinado el Imperio en Roma; pero no hemos examinado el Imperio en el mundo, no hemos visto el estado de todas las razas y de todas las gentes en este maravilloso período de la historia. Antes de convertir los ojos á la idea cristiana, es necesario ver pasar las razas, ó enemigas de Roma, ó sometidas á Roma. En esta larga procesion de pueblos y de gentes poco podremos detenernos; porque si bien hay entre ellas naciones mártires que se sacrifican por conservar la independencia, naciones elegidas de Dios que llevan en su frente el sello de su soberanía sobre lo por venir, y en sus labios la interpretacion sublime del destino; naciones artistas, que aun pueblan en su postracion y en su muerte de cánticos los

aires; naciones esclavas, que arrastran pesadas cadenas y merecen el tributo de una lágrima; naciones guerreras, que cubren con el polvo levantado por sus huestes los límites de los horizontes romanos; naciones inocentes, primitivas, que exhalan el aroma de una nueva civilización de su alma no tocada por la gangrena del vicio; naciones religiosísimas, que á manera de solitarios cenobitas, se consagran á Dios en el templo, y al pié del altar pasan su vida que se pierde como el leve humo de los holocaustos; á pesar de esta variedad de índole en las razas y de destino en los pueblos, como todos se convocan al pié del Capitolio para unir é identificar sus almas estudiando y comprendiendo á Roma, hemos estudiado y comprendido todo el mundo. Sin embargo, será bien ver las naciones y estudiarlas en el momento en que la antigua República se transforma en Imperio.

Dos grandes razas se dividen el mundo, y realizan dos distintas ideas en la sociedad antigua, la raza indo-europea y la raza semítica. La raza indo-europea venida de las orillas del Indo habia sido una raza guerrera y artista. La espada era el símbolo del poder y la lira el símbolo de su inteligencia. Esta raza ha peleado y ha cantado en toda su larga peregrinación por la tierra. En verdad que toma diferentes caracteres, según las regiones por donde pasa; pero siempre lleva im-

preso en la frente el sello de su origen. Cuando llega á Grecia, su privilegiada imaginación se baña con el rocío de la mañana, en los resplandores del sol, en las ondas de aquellos celestes mares, y recogiendo toda la hermosura de la naturaleza, se transforma en artista, y el mármol y las tablas no bastan á encerrar todo el fuego y todos los varios colores de su ardiente fantasía. Cuando llega á Roma, el ardor guerrero la posee, y su espada remueve toda la tierra. La imagen más perfecta y acabada de esta privilegiadísima raza es Alejandro, poeta, artista, cantor como un griego, que descuelga de los árboles del Pindo la lira de Homero, llevado en alas de la victoria, y seguido de su pueblo y de sus huestes llama á las razas con el regalado acento de su voz al mismo tiempo que vá con su espada hiriendo los viejos templos, los altares, los ídolos, y recorriendo la tierra para abrir surcos donde sembrar una idea poderosa y grande, á cuya sombra puedan respirar todos los pueblos, porque su gran alma, llena de sublimes presentimientos, estalla, por parecerle estrecho el seno de una raza, y quiere dilatarse y crecer, y tomar más fuego y más vivos colores en el eterno seno de la humanidad. A esta raza pertenecían los persas, los medas, los griegos, los latinos, los germanos, los celtas.

La raza indo-europea se veía contrastada en la historia antigua por la raza semítica. Nacida

á orillas del Tigris, la mente de esta raza no se habia perdido en el seno de la naturaleza como la mente de la raza su antagonista. Su idea madre, la idea de toda su civilizacion, era la idea divina. Así como á la raza indo-europea pertenecen los artistas, á la raza semítica pertenecen los reveladores, los theurgos. Así como el símbolo de la raza indo-europea es la espada, el símbolo de la raza semítica es la espada y el altar. Raza encerrada en sus desiertos, imaginacion ardiente y poderosa, de pensamientos profundos, dada á la meditacion, dispuesta siempre al sacrificio, la raza semítica debia derramar la idea religiosa en el mundo. Alejandro, poeta y guerrero, es el símbolo de la raza indo-europea, y Moisés, guerrero, pastor y sacerdote, es el símbolo de la raza semítica. La raza indo-europea debia crear la idea de la humanidad; la raza semítica debia ser la escogida del cielo para revelar la idea de Dios. Por eso su filosofía era teológica, su gobierno la teocracia, su guerra una eterna guerra de religion. Los pueblos que pertenecian á esta raza eran los hebreos, los árabes, los fenicios y los cartagineses.

Notadlo, señores, todo, en la época que vamos historiando, tendia á la unidad. El pensamiento semítico y el pensamiento griego se unian en Alejandría. Atenas y Jerusalem caian bajo el yugo de Roma y enviaban sus dioses al Panteon.

Y la humanidad y la divinidad se unian, se reconciliaban en el seno del Verbo, en Jesucristo. El mundo antiguo resolvia todas sus antítesis, todas sus contradicciones en ciencia, en política y en religion para plantear la tésis de una nueva civilizacion, la primer palabra de una nueva ciencia, el espíritu de una nueva humanidad. Mas, señores, no es nuestro objeto este, nosotros vamos á ver el estado de los diferentes pueblos sometidos al Imperio romano.

Veamos el estado de los diferentes pueblos. Además de las dos razas principales de que hemos hablado, en Europa se encuentran pueblos indígenas, cuyo origen era difícil comprender ni aun adivinar. En estos pueblos se encontraban al Sur los iberos, que habian mezclado su sangre con los celtas, y al Norte los finlandeses que habian mezclado su sangre con las tribus germánicas. Los iberos, eternos soldados, velaban sus armas en las cumbres del Pirineo, y corrian á todos los combates, do quier fuese necesario dar su sangre por algun pueblo; hombres, cuya cuna habia sido mecida por los huracanes. Los celtas, pueblos guerreros y más sacerdotales, pasaban su vida sacrificando á los dioses en el seno de sus oscuros bosques, y poblaban las Galias, la Britania y los desfiladeros de los Alpes. Los germanos se extendian desde las nebulosas orillas del mar del Norte hasta el Caspio; y desde el Rhin y el Danu-



bio, encerrados en sus pajizas chozas, miraban con envidiosos ojos la tierra del sol, del vino y del amor, que sus padres les señalaban como la herencia de su valor y de su fuerza. La raza helena, asentada á la puerta del Asia con religioso respeto, como un neófito á la puerta de un templo, agotada ya su propia vida y su propio pensamiento, veía los pueblos que se elevaban en el mundo á los golpes de las espadas romanas, é interpretaba su pensamiento y recogía sus almas; eterna testamentaria de la ciencia en todos los pueblos. En el trono del mundo, en la península italiana, el pueblo romano se levantaba con el eje de la tierra en sus manos, la idea del derecho en su frente, el sentimiento humanitario en su corazón, recibiendo propicio las ideas de todos los pueblos, y trasformándolas y convirtiéndolas en leyes generales, que encerraban el primer boceto de la idea de la personalidad humana, de esa idea borrada por la historia y exclarecida por la conciencia inmortal de nuestro siglo.

Las orillas del Mediterráneo estaban pobladas de numerosas razas semíticas fieles á su origen y á su destino. Sin embargo, estas razas solitarias, cenobíticas, se habían unido con otras razas distintas en Egipto, en la Armenia, en Palestina, en la Siria. A pesar de su tendencia á la soledad y al aislamiento, en esta hora suprema de la fusión de las razas, de la unidad de los pueblos, la raza se-

mítica abandonaba sus templos, é iba al pié de las pirámides, á las escuelas de Grecia y Alejandría á respirar gozosa las grandes ideas universales y humanitarias. A todos estos pueblos se mezclaban pueblos guerreros. Al mismo tiempo que los germanos se batían avanzando, los pueblos persas, los guerreros del Asia, se batían en retirada. Los primeros son los soldados de una nueva idea, de una civilización joven, y los segundos son los soldados de una idea que desaparece, de una idea que se extingue. Y lejos de los límites del Imperio, apartadas del mundo romano, se encontraban las razas puramente indias, que alguna vez, desde lejos, veían las espadas de los romanos y las velas de sus naves, sin poder imaginar nunca que aquellos guerreros, aquellos audaces navegantes, aquellos domadores del orbe eran sus hijos y les debían vida y alma. El orbe romano, con su alta inteligencia, con su cortante y victoriosa espada, disciplinaba, unía estas diversas razas; los parthos feroces; los germanos que ahullaban en sus carros; los ágiles iberos, rayos de la guerra; los cabelludos galos; los sacerdotales celtas, arrancándoles de sus aras, que destilaban sangre humana; los cimbrios, los teutones, que alfombraron con sus cuerpos en los campos pútridos el camino del Capitolio; los semitas, que habían recibido en sus venas la sangre de los griegos y de los etíopes; las razas cálticas, que

sentian helarse en su frente la idea de la inspiración divina y apagarse en sus labios las palabras de las antiguas teogonías; y parthos y germanos, y galos y celtas, y todos los pueblos, ora por la guerra, ora por el comercio, ora por la servidumbre, unidos, mezclados, confundidos, formaban con la sangre de sus venas, con las ideas de su inteligencia, con la identificación de su recuerdo y de su origen el cuerpo de la nueva humanidad que el Cristianismo necesitaba para producir la maravillosa transformación del mundo, que venía á cumplir con sus sacratísimos dogmas.

Vamos á ver cada uno de estos pueblos en el instante de la transformación del mundo. Al Occidente, en las tierras donde se ponía el sol, se levantaba la hermosa estrella de la tarde, España. El mundo antiguo la adoraba, porque en su seno el sol había forjado sus rayos de oro; porque en sus deleitosos campos habían los dioses puesto sus Eliseos. Todas las razas, al ver esta privilegiada tierra, alzándose entre dos mares, querida del cielo, besada por el sol, ceñida de todas las flores, llena de amor, de esperanza, de vida, habían creído encontrar en su seno aquella primitiva inocencia, aquel eden, cuna de la humanidad, que lloraban perdido. Y esta tierra hermosa, de vida inagotable, esta tierra saludada por los navegantes antiguos como la diosa en cuyo seno iba á dormir el sol; querida de los campesinos como el ex-

tremo de la fecundidad de la naturaleza; codiciada por el comercio como el tesoro de la humanidad; bendecida por los poetas, saludada por las antiguas teogonías como reflejo de otro mundo mejor, es nuestra patria, sí, esta patria querida, que por sus sacrificios, por sus largas guerras, por la sangre que ha dado en aras de la humanidad, por los beneficios que ha hecho al mundo, por su eterno númen; guerrera de la historia moderna, que ha salvado á la civilización de mil catástrofes, arrojando á sus amigos con sin igual heroísmo sus propios hijos; merece nuestro amor, sí, merece que le consagremos todas las ideas de nuestras inteligencias; todos los sentimientos de nuestro corazón, si hemos de ser dignos de continuar su historia, y de llamarnos con gloria y con orgullo sus hijos. Y el pueblo español había resistido con sin igual esfuerzo á la dominación romana, levantándole en su camino guerreros como Mendíbil y Mandonio; héroes como Viriato, que en el caos de la historia antigua adivinaba la idea de la nacionalidad; ciudades como Numancia, que prefería ahogarse en sangre y desaparecer entre el humo y las llamas á ser sierva; razas como los lusitanos y los astures, que hacían de sus montañas fortalezas, y de sus bosques lanzas y chuzos para denegar á la reina de las naciones; mártires, como los formidables vascos, que peleaban tres siglos sin perder fuerza, que morían cantando en la cruz,

que se ahogaban en el seno de los mares, antes que entrar en Roma atados al carro de sus vencedores; ejemplos sublimes, que enseñan que la libertad, alma del siglo xix, ha sido una idea natural siempre en nuestra patria, el instinto de nuestra infancia, el amor de nuestra juventud, el alma de nuestro carácter, el eterno ideal de nuestra desconocida historia.

Desde los Pirineos á los Alpes se extendían aquellos antiguos pueblos, que abrasaron el Capitolio, que pusieron espanto y terror en el pecho de Roma; dados á descender en el seno de la tierra á buscar el oro, y á levantarse á la cima de los muros á buscar la victoria; ligerísimos como el águila en los combates; impetuosos en sus ataques y en sus fugas; amigos de librar su fortuna militar en el primer empuje; aficionados al peligro; dispuestos á desafiar sin armas á sus enemigos; hábiles cazadores, consumados arqueros; ganosos siempre de conservar su inocente primitiva vida; frugales en sus convites, que consistían en asar en una hoguera la carne de los bueyes; habitantes de pajizas cabañas, sin más lecho que una piel de oso; hospitalarios, entregados á sus sacerdotes hasta el punto de ofrecerse por víctimas espiatorias en el ara del sacrificio; envueltos en su larga y rubia cabellera como en un manto; hábiles en manejar los caballos, en cuyas crines colgaban las cabezas de sus enemigos; y á pesar

de esta índole guerrera, vencidos en ocho combates, á diferencia de los españoles, que resistieron tres siglos, y entregados al poder incontrastable de Roma. Todos comprenden que hablo de los galos. Julio César es su conquistador; Augusto funda su administracion; Tiberio y Claudio quieren borrar su idea religiosa. En efecto, sus templos son bosques inmensos y espesos, criados con toda la espontaneidad de la naturaleza; piedras célticas, que indican el curso de los astros, son sus dioses; poetas privilegiados, que encierran en sagrados versos los dogmas de la trasmigracion de las almas, son sus sacerdotes; adivinaciones mágicas de lo porvenir, hechizos, conjuros, fórmulas pavorosas, su teología; aras manchadas de sangre, cubiertas de restos palpitantes, aras que han absorbido por sus poros la vida de infinitas generaciones, son sus altares; y el holocausto más propicio á sus dioses bárbaros y antropófagos, la vida de un jóven, que se disipa en los aires al par que el humo de sus hogueras. Esta religion bárbara debía ser arrastrada por Roma, destinada á preparar la conciencia para una religion más sublime.

Los galos se daban la mano con los pueblos y tribus de los Alpes. Esta inmensa cordillera separaba la Italia de las Galias trasalpinas, de los pueblos germanos y de la Tracia; y desde sus nevados picos se descubrian á lo lejos las ondas del Medi-

terráneo y los bosques umbrosos del Norte poblados de tribus feroces. Estos pueblos de los Alpes eran un peligro eminente siempre para la Ciudad Eterna; porque desde sus guaridas descendían á talar los felices campos de Italia, y llegando á las riberas se extendían por el mar é infestaban de piraterías las costas. Cuando el pueblo rey enviaba contra ellos sus huestes, los riscos les servían de guarida, de fortaleza, como al águila; y cuando no temían á sus enemigos, bajaban, cortaban los troncos de los árboles, los unían gruesa y pobremente y entregábanse á toda la furia de los elementos, siempre dispuestos á la guerra, á vivir y respirar entre las tempestades. Los restos de los naufragios, las tablas de las naves que el mar arrojaba á la orilla servíanles para construir sus viviendas. Los Alpes Julianos, los Alpes Armóricos, los Alpes de Pannonia, los Alpes Tracios, estaban poblados de estas tribus, que eran como la vanguardia de los bárbaros. Entre estos los ilirios eran los enemigos más irreconciliables y más audaces de Roma. El senado, en tiempo de la República, no pudo llevar sus armas contra estos pueblos, porque la conquista de Italia y de España y del Oriente no le consentían punto de reposo para tomar fuerzas y escalar aquellos inmensos desfiladeros. Mas al espirar la República y comenzar el Imperio, Roma necesitó tener á raya aquellos pueblos feroces y obligarles á que pronunciaran

su nombre con temor y vieran su imágen siempre delante de sus ojos con asombro. Así Roma iba por medio de la guerra llevando á todo el mundo la paz y la unidad á todas las razas.

Extendida en el Pindo, verdadero Apenino de Grecia, se levantaba Macedonia como una fortaleza contra la irrupcion de los pueblos bárbaros, como centinela que tenía Roma para velar el sueño voluptuoso de Grecia. Macedonia se entregó á los enemigos del César y divinizó el puñal de Bruto. Pero convirtamos nuestros ojos á un país más hermoso, á la cuna de la civilizacion. Grecia, fiel á su idea, do quier veía una pavesa de libertad, se inclinaba á reanimarla, porque la libertad era el resplandor de su alma. Y sin embargo, Grecia estaba herida y despoblada. El Epiro, aquel pueblo tan libre, sólo daba esclavos al mundo; el monte Eta, cuya cima habían hollado los dioses en sus alegres fiestas, yacía despoblado y solitario como el ara de un altar destruido; la Etolia no oía resonar en sus espacios los cánticos de los poetas, y los vientos, al pasar por sus desiertos, por sus ruinas, lanzaban un plañidero gemido que era como el dolor de la naturaleza por la muerte de sus pueblos más amados; la Arcadia, la feliz Arcadia, no tenía una flor en sus rientes campos, convertidos en salvajes bosques, por donde corrían las fieras que ahuyentaran los antiguos pastores de aquel país sereno como una égloga; The-

salia, esa tierra querida de Apolo, centelleante de alegría, que guardaba en cada una de sus flores una idea poética, se habia consumido y era un monton de cenizas; Atenas, la diosa de la humanidad, la eterna artista de la historia, yacia en el lodazal de lágrimas y sangre que habian amasado á sus piés las crueldades de Sila, y sólo se curaba de interpretar y leer el pensamiento del Oriente, abandonada de su númen y de su genio; la Mesia, cuyas armas habian sido tan poderosas, yacia sin fuerza y sin valor, muerta sobre su escudo como sus hijos cuando caian en los combates; la antigua Cytheres era un peñasco solitario; las Cycladas, las hermosas islas que habian dado inspiracion á tantos poetas, pensamientos á tantos filósofos, aquellas islas que en medio de los mares levantaban templos, que eran la esperanza de los navegantes, se habian convertido en nidos de piratas; la encina sagrada de Dodona ya no veia aparecer bajo sus ramas á la inspirada sacerdotisa á buscar con ávidos ojos la media luna perdida como una nubecilla en el celeste éther; el consejo de los Anfictiones no se reunia á confundir las ideas y los corazones de todos los pueblos griegos; el Júpiter Olímpico de Fidias, el Júpiter de marfil y oro, con su hermosura celeste, con su frente inspirada que se perdia en las nubes, solitario y abandonado yacia en la Elida, como decrepito anciano, viviendo con las limosnas de un descen-

diente del Dios de los judíos, su eterno enemigo; la poesia de la naturaleza espiraba, y Grecia entera arrancaba á sus aras el fuego de la inspiracion, de la vida, é inundaba con sus reflejos la frente de otros pueblos, quedándose abandonada, moribunda, lanzando aun al morir un gemido que era como el último eco de sus divinos cánticos.

A pesar de esta gran decadencia de Grecia, todas las almas que en el mundo amaban la hermosura, convenian que Grecia era la eterna patria del genio, la eterna musa del arte. Reclinada sobre sus ruinas, aun conservaba con amor los últimos destellos del paganismo. Esclava, aun sentia errar por sus olvidados valles y sus ruinosas ciudades el grito santo de libertad, tan propio de Grecia como los símbolos de sus dioses homéricos. Unida á Roma, amarrada á su carro de triunfo, su pensamiento era aun el pensamiento de los filósofos romanos; su habla las delicias de los señores del mundo; su Parnaso la inspiracion de los poetas; sus artes el eterno ideal del genio, el modelo donde se miraban todas las inteligencias. Las almas religiosas que aun quedaban en el seno del paganismo, iban á visitar los templos de Delfos como la cuna de su religion, como el altar más grato á sus dioses. Y sobre todo, los artistas sentian que en Grecia estaba la miel de la inspiracion guardada en aquella flor que no habian completamente deshojado los huracanes de la guerra.

Ciceron ensayaba al compás de las ondas del Pireo sus rotundos y armoniosos períodos, porque aquellas ondas habian sido la eterna música de los oradores; Virgilio se asentaba en los profundos valles de Colonna ó en las altas cimas del Himeto, porque allí estaba escondida su musa, la musa de la naturaleza; Horacio en el polvo de las escuelas buscaba vida para su genio, porque allí se escondian aún las centellas perdidas del pensamiento humano. Así en las bibliotecas de Roma, en sus calles, en sus paseos, en la puerta Capenna, en la via Apia, se oia en tiempos del Imperio hablar el griego como si Roma estuviese habitada por atenienses. El delirio por Grecia destruida, por Grecia agotada, habia llegado á su colmo. Sentíase hácia la Pitonisa de la historia antigua esa mezcla de amor y pena que sentimos delante de un bajo relieve roto, de una estatua bárbaramente mutilada. La pena de la destruccion de Grecia aumentaba el amor á Grecia. Mecenas parecia un griego; Augusto se habia educado en sus escuelas; Tiberio amaba á Grecia y se gozaba en contemplar sus ruinas; Claudio llamaba al griego y al latin nuestras dos lenguas, y no habia en Roma entre la aristocracia del genio y de la cuna quien no fuese más de una vez en su vida como peregrinando á la hermosa Atenas. Pero sobre todos, el que amó á Grecia fué Neron. El amor de Neron á Grecia era como el amor de Neron al ar-

te, desenfrenado, infinito. Vestido con la túnica griega, envuelto en el palio de púrpura, calzado el coturno de los héroes y los dioses, ceñido el cabello como las antiguas estatuas de Praxiteles y de Fidias, luciendo su rostro hermoso como el rostro de Apolo embellecido por la inspiracion y por la corona de laurel, de pié sobre su carro tirado por blancos y briosos caballos de Thesalia, con las riendas de cintas arrojadas al viento, seguido de un ejército que en vez de armas llevaba cítaras, flautas y liras, saludado por los coros de las vírgenes que repetian los antiguos versos heroicos de Sófocles y Esquilo, pisando flores del Pindo, coronas de laurel y oro, hablando el antiguo lenguaje de los poetas y de los dioses; Neron revivia en Grecia, y en los templos era un sacerdote, y en la plaza pública un tribuno que arrancaba á la tiranía de Roma las ciudades aqueas y les daba independencia y libertad, y en el teatro un farsante, un cantor, y en los juegos olímpicos y pithios el más hábil en manejar el carro, y en los campos un antiguo poeta de la Arcadia, y en las orillas del mar un navegante griego, y delante de toda la Península griega un Alejandro, pues hasta hirió con azadon de oro el istmo de Corinto para romperlo y mezclar las aguas del mar Egeo con el mar de la Jonia: que en su amor al arte creia que abrazándose á Grecia, suspendiéndose con un beso de amor infinito á sus labios, perdiéndose en su

seno, Grecia le habia de infundir su genio, le habia de regalar la inspiracion de sus antiguos poetas.

¡Qué fantasía la de Neron tan exaltada! ¡Él tirano del mundo, dió libertad á las ciudades aqueas. En su imaginacion se creia un tribuno de la antigua Grecia, un habitante de sus ciudades. Para que el pueblo romano jamás pudiera dolerse de esta emancipacion de una de sus esclavas le dió en cambio otras regiones. Durante los tiempos de Galba, de Othon, de Vitelio, Grecia gozó de libertad, que duró hasta los tiempos de Vespasiano. Sin embargo, Grecia no pudo reponerse de su abatimiento y de su triste decadencia. Solo Corintio, destruida por los romanos, reedificada por el pensamiento humanitario de César, alzada entre el mar Jónico y el mar Egeo que la arrullaban con sus ondas, rival de Alejandría, lazo de union tambien fortísimo entre Europa y Asia, por su comercio, por los navegantes que llegaban á sus puertos, por su magnífica situacion en el Mediterráneo; desafiaba el destino de Grecia, y guardaba un reflejo de aquella vida gloriosa que huia de su patria, perdiéndose, como la estela que se desvanece sobre las ondas, en el seno de los antiguos tiempos.

Y la decadencia de Grecia alcanzaba en esta época á sus antiguas colonias, á la hermosa Sicilia, llamada la Gran Grecia. Ciceron nos la pinta

en su tiempo rica, floreciente y hermosísima. Teócrito, en su paleta inspirada, llena de colores y de matices, nos describia esta isla con sus volcanes, con sus campos dorados por el sol, con los verdes reflejos de sus oscuras ondas, con sus pastores y sus navegantes. Esta region preciosísima habia sido el refugio de los expatriados de Grecia, el asilo de poetas y artistas, que desde sus riberas creian ver á lo lejos entre los matices del horizonte la imágen querida de su patria. Y sin embargo, esta isla tan hermosa, faro del Mediterráneo, númen de Virgilio y de Teócrito, templo de divinidades campestres, en este primer siglo que hemos examinado se encontraba arruinada y desierta. Las guerras cartaginesas habian talado las riberas que miraban al Africa; las guerras romanas habian talado las riberas que miraban á Italia; las guerras serviles habian talado el centro de la hermosa Sicilia. Solo quedaban en pié Agrigento, aquella colonia fatal á los cartagineses; Siracusa, que habia quedado reducida á triste abandono; Messina, arruinada por las legiones de Sexto Pompeyo, y algunas otras ciudades todas abatidas y destrozadas. Los romanos esterilizaban este país, le pedian más de lo que podia dar y habian agotado completamente su vida. Pero esta isla tan hermosa, aun en su tristísimo abatimiento y pos-tracion, hablaba á la imaginacion con muda elocuencia, porque sus campos y sus ciudades ha-

bian sido el templo de grandes ideas; la inspiración de inmortales poetas; la trípode, desde donde el genio de Grecia enviaba sus dulces rayos á Roma. Entre las islas griegas, más al Oriente, se alzaba la preciosísima isla de Creta. En la historia del pensamiento humano Creta cumplía un destino maravilloso, ejercía un ministerio sublime. Allí, en aquella tierra de bendición, las ideas orientales se templaban para pasar á Grecia y continuar así la historia de la vida de la humanidad. La isla de Creta es en la historia universal como el anillo nupcial de Grecia y el Oriente, como el eslabon de estas dos regiones, como el instante misterioso que unia unos tiempos con otros tiempos, unas civilizaciones con otras civilizaciones. Allí los dogmas mitológicos venidos del Asia perdieron su larva, y se levantaron en alas de la inspiración á una nueva vida. Sin Creta las ideas venidas del Oriente, como esas semillas llevadas por las alas del aire, hubieran ahogado á Grecia, ó tal vez Grecia hubiera devorado esas ideas. Creta templaba un poco la antítesis radical del Oriente y la Grecia. Así, trasformando las ideas orientales, las daba á Grecia. Los dioses del Asia, piedras informes, troncos de árboles, cabezas de carnero, columnas destrozadas, allí en Creta perdían su dura corteza y se levantaban á tomar la forma humana, para que despues Grecia los ciñera la corona de su inspiración y los inundara con los resplandores de su

misteriosa hermosura. Mas en la época que nosotros describimos, Creta habia acabado su destino. Ya no tenia ninguna idea que comunicar á Grecia, ya nada podia enseñar al mundo. Y como los pueblos que cumplen su destino desaparecen, Creta desaparecia entre las ondas de los mares como la poetisa Safo. Aquella isla tan rica en naves al comenzar el Imperio, no tenia una nave. La guerra de los piratas la habia destrozado, como la guerra de Sila destrozó la Atica, y la guerra de César la Thesalia y la guerra servil la Sicilia. Su espacio, que Aristóteles señalaba como el más hermoso para fundar un gran imperio, era como un solitario peñasco donde anidaban las aves marinas. El pueblo más marítimo de la antigua Grecia no tenia un navío, y este mismo destino cabia á casi todas las islas y colonias, excepto á Byzancio, que presentia ya que en la Edad media habia de cumplir para el mundo moderno el mismo maravilloso ministerio que Creta habia cumplido para el mundo antiguo; porque siempre que la humanidad siente el anhelo de una nueva idea necesaria para su progreso, Dios entrega á un pueblo la copa de la vida y la llave misteriosa del destino.

Entre el Ponto Euxino y el mar de Chipre, como rechazando las olas del Egeo, se extendia el Asia Menor, que merece tambien toda nuestra atención y estudio. El Haliso, que era el rio prin-



principal de esta region, separaba dos grandes razas; al Occidente los pueblos de raza indo-europea; al Oriente pueblos de raza siro-arábica, de raza semítica. Entre estas dos razas extremas habia una raza intermediaria, los frigios, en cuya lengua se ven caracteres semíticos é indo-europeos. El pueblo frigio habia sido como un profeta de la civilizacion griega. Sus artes fueron el presentimiento de las artes griegas. La flauta, instrumento tan general en las fiestas clásicas, habia sido invencion de este pueblo. En sus campiñas encontró Apolo un rival más músico aun, segun los frigios, que el que ordenaba los conciertos de las esferas y las armonías de los mundos. Allí nació el culto de Cibeles, la madre-tierra, que despues habia de espiritualizar la Grecia. Sus sacerdotes tenian algo del carácter cenobítico del Oriente, y se consagraban á la castidad y al culto, dándose á fiestas, en que el misticismo antiguo vagaba en incesante delirio. Y sin embargo, este pueblo, como los Licios sus compañeros y hermanos, habia caído en tal abyeccion y abatimiento, que solo servia para dar esclavos á la tierra, mostrando así cuán infelices son los pueblos que agotan su libertad, verdadera fuente de su vida. Estos pueblos sintieron profundísimo y amargo dolor, cuando los romanos en su carrera triunfal llegaron á sus puertas, y les arrancaron la piedra sagrada de Pesinunto, ennegrecida por las sombras

de los pasados tiempos, eterna compañera de sus alegrías y de sus dolores. Pero lo más hermoso del Asia Menor eran las colonias griegas, donde el espíritu helénico habia derramado su purísima é incorruptible sávia. Allí estaban las ruinas de la antigua Ilion, cuna de los romanos; allí el primer altar donde ardia libre el fuego del pensamiento humano; allí Lesbos, que oyó cantar á la mas apasionada poetisa del mundo; allí Rodas, que era como una gran escuela; allí Pérgamo, tan rica en artes que tomaba las armas por defender sus museos cuando no las habia tomado por defender sus leyes; allí Homero habia sentido el calor de la inspiracion divina, habia derramado sus primeros cánticos, habia pulsado aquella lira que han querido pulsar todas las naciones y han escuchado todos los siglos; allí, en fin, habia nacido aquella raza jónica, madre de Atenas, depositaria de la libertad antigua, cuya alma creadora, compartida entre el arte y la ciencia, habia sido como un reflejo del cielo. ¡Qué tierra aquella tan hermosa! Sus montañas se pierden orgullosas en el cielo, tomando todos sus matices; bosques poblados de los más hermosos árboles del Asia, de cedros olorosos, de palmeras, cubren sus campos; rios caudalosos y claros despeñándose por sus riscos reflejan el claro horizonte centelleante de alegría, sus valles abiertos en los desfiladeros están poblados de mariposas, de abejas, de ruiseño-

res, y toda aquella hermosa tierra, en una palabra, es como el cuadro de la primera emancipación del hombre, es como el lecho donde el espíritu celebra sus nupcias con la naturaleza. Y esta raza jónica, tan alegre, tan ligera, tan inspirada, tan artista, á pesar de las grandes catástrofes del mundo, si no conserva al principiar la era cristiana su antiguo pensamiento, conserva su vida, su riqueza, su comercio, hasta su libertad, pues bajo la tutela romana, bajo el dominio de la señora de las gentes, guarda sus antiguas leyes, el sentimiento de igualdad tan arraigado en su corazón, su organización democrática, sus grandes ligas, sus asambleas, sus fiestas en los templos, que eran su vida, porque en ellas se dilataba su alma. El pueblo romano conquistó fácilmente estas regiones. Un paseo militar bastó para someterlas; un cónsul y unos lictores bastaba para conservarlas. Roma, sin embargo, imponía contribuciones tan crecidas, que aquellos países tan ricos casi se vieron exhaustos. Roma dividió en tres provincias aquella región; el Asia propiamente dicha, la Cilicia y Bithinia. El mundo romano llevó allí su gobierno, sus armas, sus ejércitos; pero no pudo grabar en este pueblo tan original su grande y poderosa idea, que era el alma de la humanidad, el destino del mundo.

Entre el mar de Chipre y el Efrautes, en las grandes ramificaciones del Tauro y del Líbano,

en valles dichosos, se extendía el antiguo Imperio sirio, cuna de infinitos pueblos, espacio de antiquísimos imperios, templo donde guardó por mucho tiempo la humanidad sus destinos, puerta filigranada de ese primitivo Eden, en que corrió pura nuestra inocencia, del misterioso Oriente; semillero de razas, que dirigiéndose ya al Asia, ya á Europa, influyeron maravillosamente en la historia de la humanidad, que ve aparecer y desaparecer los pueblos como las alteradas olas en la superficie de los mares. En aquel riquísimo país se contaban ciudades como Antioquía, Seléucis, Heliópolis, que el mundo recordará siempre como depositarias un día de su conciencia religiosa y de sus más caros dogmas. ¡Cuántas veces los profetas bíblicos, al pulsar su arpa cortada de los cedros del Líbano, recuerdan que su imaginación como una mariposa se ha bañado en los dulces aromas de la Siria! Los últimos días de este imperio, fueron días de luto, que lo prepararon para la servidumbre romana. Rota en mil pedazos su corona, repartido su manto de púrpura entre infinitas familias de reyes, arrojadas al viento las cenizas de sus más populosas ciudades, bañadas en sangre sus campiñas, habitando la guerra hasta el secreto santuario del hogar doméstico, destrozadas las aras de sus antiguos dioses, apagado el fuego de sus sacrificios, cortado en mil pedazos su imperio, pedazos que se movían como

los anillos esparcidos de una inmensa serpiente; martirizada en su agonía por las irrupciones continuas de los árabes y de los parthos, que talaban sus campos, destruían sus ciudades y violaban sus mujeres; el Imperio sirio se hallaba en uno de esos momentos en que la esclavitud es hasta un refugio. En efecto, Roma recogió en su carro triunfal aquella esclava, herida y moribunda, abandonada en un lodazal, manchada de sangre.

Los primeros días de la dominación romana fueron días de luto y desorden. Los pretores, por su propio luero, atizaban el fuego devorador de la discordia; los parthos y los árabes descendían á arrancar sus últimas perlas y sus girones de púrpura á la hermosa Siria. Era en vano querer atajar el paso á estos pueblos feroces. Viviendo en la cima de las cordilleras, saltando de roca en roca como tigres, ocultos en los peñascos y en las cuevas, alimentados con la leche de las camellas salvajes ó con las frutas que pródicamente ofrecía naturaleza, hijos de aquel sol ardiente y fecundo, descendían de sus montañas, se lanzaban sobre los pueblos, los devoraban y volvían á perderse en sus bosques inexplorados, en sus nieves eternas, en los cráteres de sus volcanes, en sus cavernas; como el águila que despues de haber agarrado su presa, se pierde lanzando agudos gritos en la inmensidad de la atmósfera. Pero despues que César y Augusto domearon aquellas

tribus y les pusieron una valla, Siria creció como esos árboles que crecen con el limo que las tempestades y las inundaciones depositan en su tronco y en sus raíces.

No eran solamente países sujetos á Roma los que Roma dominaba con su absoluto dominio, tenía tambien pueblos regidos por reyes independientes, aunque celados por su soberana autoridad. Entre estos se cuenta el antiguo país de los tracios. Este pueblo era bárbaro. Sus habitantes se pintaban el cuerpo á usanza salvaje, vendían en mercado público sus hijos, compraban sus mujeres, vivían del robo ó de la guerra, se aposentaban en chozas, tenían divinidades bárbaras que se abrevaban en sangre, ofrecían víctimas humanas en el ara de los sacrificios y levantaban sus templos en las grutas de las montañas, en la espesura de los bosques. Roma miró un día con menosprecio estas tribus salvajes, y les dejó sus leyes y sus jefes, contentándose con ejercer una prudente tutela. Pero Tiberio, queriendo hacer de la Tracia una provincia puramente romana, lleva la división á su seno; levanta al hermano, contra el hermano y logra debilitar y enflaquecer este país. San Gerónimo, por último, nos dice, que en su tiempo fué incorporada la Tracia al universo romano. En la misma situación dejó Roma á Capadocia. Sus reyes estuvieron sometidos al pueblo romano, pero dominaron al pueblo. Estos reyes eran tiráni-

cos. Cuando les faltaba oro, vendian para allegarlo infamemente los hijos de su pueblo. En una ocasion el senado romano prometió libertad á este pueblo, y el pueblo lo rehusó, con escándalo del mundo. Pero ¿qué podia esperarse de un pueblo débil de cuerpo por su miseria, más débil aun de alma por su antigua servidumbre? Habitando un terreno helado en invierno, calurosísimo y volcanizado en verano, terreno salino difícil para la vegetacion, aquel pueblo se habia hecho incapaz del trabajo, que es el gran cincel de la libertad. Así el pueblo rey, que gustaba de la dignidad hasta en sus esclavos, le abandonó á su triste suerte y le miró siempre con menosprecio. Los habitantes de Capadocia pues, arrastraban una vida triste y dificultosa al pié de sus altares. En este ó parecido estado se encontraban todas las regiones vecinas, divididas en tribus, mandadas por diversos reyes, ora de origen jafético, ora de origen semítico; pueblos que son en la historia como los inmensos desiertos arenales en la naturaleza.

En el interior del Asia habia un pueblo, que guardaba en tablas de bronce la idea de la humanidad que estaba por venir. Este pueblo maravilloso habia resistido constantemente toda extraña influencia, todo ageno poder. Ni el látigo de los babilonios pudo hacerle renegar de su idea, ni el beso amoroso de Grecia turbó su pensamiento. De

rodillas, al pié del santuario, alimentando el fuego que ardia sobre el altar, eterno solitario en la historia antigua, en el arca sagrada de su alianza guardaba la idea sublime de la unidad de Dios. Ningun pueblo de la tierra podia apagar la sed de lo infinito que aquejaba á la humanidad como este pueblo hebreo, cuya idea debia extenderse por las conciencias como la idea romana se habia extendido por el espacio. Su Dios guardado en el santuario, era el Dios de lo por venir, el Dios de la historia moderna. ¿Qué podia ofrecer más grande y más hermoso al mundo moderno el sagrado Oriente? El panteismo índico aniquilaba la humanidad; el dualismo persa llevaba una eterna guerra al espíritu. Solo este Dios personal, este Dios absoluto, este Dios único, este Dios-espíritu, este Dios-verdad, podia dominar el mundo que estaba en los limbos de lo por venir. Mas en el instante en que el pueblo hebreo necesitaba abrir su santuario á las gentes, en este mismo instante su antigua constancia le impedia realizar su idea. El verdadero Dios estaba en la sinagoga, pero su sacerdote no podia ser ya el pueblo hebreo. Dios, compadecido del largo martirio de la humanidad, se revelaba con toda su plenitud, con toda su verdad á las naciones, y el pueblo hebreo, con su egoismo, ahogaba esta revelacion porque anhelaba sostener su privilegio privativo del sacerdocio. Y el Dios de la verdad habia venido para romper

la frente del privilegio. Así vereis, señores, que cuando un pueblo se opone al progreso, ese pueblo muere y desaparece de la faz de la tierra. El pueblo hebreo se interponía entre el santuario del verdadero Dios y el corazón de la humanidad, y por eso la humanidad personificada en Roma debía arrancarle al pie del santuario. El templo antiguo donde se encerraba este Dios de una raza, que pasaba á ser el Dios de la humanidad, fué destruido, para que la luz que guardaba en sus espesos seculares muros alumbrase toda la tierra. Roma hizo su tributario al pueblo judío. Pero un día, este pueblo se levantó contra la señora de las gentes. Entonces habia cumplido ya su destino. Dios se habia hecho hombre, y habia depositado su revelacion eterna en la mente de otras razas, en el corazón de otros pueblos. El culto antiguo, los antiguos símbolos habian caido en el polvo, dejando paso á la realidad de la idea y de la vida. Entonces la mano de Tito aplicó á Jerusalem fuego, y ardió la ciudad, y se desvaneció el templo como una nube de humo. Diez y ocho siglos han pasado despues de esta gran catástrofe de ese pueblo, y todavía cuando leemos á Josefo lloramos tantos horrores; Jerusalem desgarrada por sus propias manos; las perlas de su corona quebradas por las lanzas de sus propios hijos; la peste pesando como la atmósfera de un sepulcro sobre su recinto; las calles cubiertas de cadáveres; el ham-

bre reinando fria como la muerte; sus vírgenes violadas; sus hijuelos comidos por los soldados; su templo, el templo que era su eterno refugio, demolido, quemado, y las piedras del santuario arrojadas en el lodo y la inmundicia. Apartemos nuestros ojos de este pueblo, recordando siempre que su idea ha sido como la raiz de nuestra religion, como el principio de nuestra vida.

Entre los pueblos antiguos ocupa un lugar importantísimo el Egipto. Por mucho tiempo la humanidad creyó que Egipto guardaba el depósito de la ciencia, creyó que su misteriosa Isis llevaba envuelta entre los pliegues de su blanco velo el alma de la naturaleza. Allí, á su templo, al pie de sus altares, iba la ciencia libre y espontánea de Grecia á recibir el sello de su origen divino, por ese anhelo que tiene el alma de ligar con lo infinito sus ideas. Sus sacerdotes guardaban una ciencia, que en el desarrollo dialéctico de la idea humana, era como un término medio entre Grecia y el Oriente. ¡Cuántas veces el sacerdote griego se llevaba la mirra egipcia á su templo para quemarla como una ofrenda gratísima á sus dioses, porque les recordaba el aroma misterioso de su patria! Así Egipto fué mirado por mucho tiempo con respeto en Roma; con ese respeto con que Roma trataba todos los oráculos y todos los dioses. Primero las armas romanas se declararon tutoras de Egipto. Pero un día, en ese

gran poema de la historia, el genio de Oriente dejó caer toda su vigorosa vida como un filtro en el pecho de una mujer extraordinaria. Esta mujer era como una Sibila del desierto. Sus ojos centelleaban el fuego del sol africano, sus ideas eran como serpientes ocultas entre flores, su alma tenía toda la vida de aquella colosal naturaleza. Conociendo que no podía vencer á Roma por la fuerza, trató de vencerla por halagos. Fijó sus ojos en los capitanes de los ejércitos romanos, los atrajo á sus brazos, derramó con sus labios ardorosos el fuego de Oriente en sus mismos señores, los embriagó, y viéndolos vencidos por sus encantos, creyó que en un inmenso festin podría tambien fascinar y vencer á Roma. Esta mujer extraordinaria era el último destello del alma de Egipto. Pudo seducir el entusiasmo de un soldado, pero no pudo seducir la fria astucia de un emperador. Roma comprendió que aquella mujer al ofrecerle en la copa de sus festines el hirviente vino, le ofrecia mezclado en el vino un veneno. La señora de las gentes temia á sus esclavos, y á pesar de su confianza ciega en la eternidad se libertaba de sus asechanzas. El pensamiento de la reina egipcia fué conocido; se vió el puñal agudísimo que guardaba entre flores. Entonces, descubierto su secreto, esta mujer se fué al sepulcro de sus padres, se vistió con todas sus galas y joyas como para celebrar sus nupcias con la naturaleza, be-

bió el cáliz de la muerte, y enterró consigo en su hondo sarcófago el pensamiento del Egipto. Era, pues, en vano, pensar resucitar ya aquel pueblo. Habia cumplido su destino, habia educado á los hebreos y á los griegos; habia hecho de tribus nómadas grandes pueblos; habia descifrado los símbolos y geroglíficos orientales; habia sostenido en sus manos la cadena de los hechos, que liga unos pueblos con otros pueblos; habia levantado del fondo de las piedras dormidas del Asia la esfinge y la columna, como una idealizacion de la materia; habia hecho el primer esfuerzo para unir el Oriente con el Occidente; habia dulcificado la antigua casta; habia querido hacer de su religion una ciencia positiva de la naturaleza; habia en fin agotado toda su vida, cumplido y realizado todo su pensamiento; y por eso sus templos, depósitos de tantos dogmas, escuelas de tantas razas, santuario de la naturaleza, faltos de la idea, que es el alma de una civilizacion, yacian abandonados, solitarios, amenazados de caer envueltos entre las arenas del desierto, señalando una revolucion ya extinguida del espíritu como los fósiles en las entrañas de la tierra testifican las grandes revoluciones de la naturaleza. En los tiempos que vamos historiando, aquella ciencia que habia oido con tanto respeto Herodoto, que habia interpretado con tanto entusiasmo Platon, se quedaba reducida al símbolo. Así, cuando al

principiar una era, iban los peregrinos de todas las naciones á buscar la sabiduría egipcia, se encontraban con que sus mismos sacerdotes no sabian leer los pensamientos guardados por los geroglíficos de sus templos. Aquellos geroglíficos estaban vivos aún en las paredes de sus templos, y sus ideas se habian perdido, se habian helado en la fria noche de la muerte de aquella civilizacion. El buey Apis no era el símbolo de un dogma, era el buey; el cocodrilo solo era el cocodrilo, y ante el buey y el cocodrilo se postraban de hinojos, adorándole realmente, y no como imágenes de una idea más alta. Así Roma, que tanto en otro tiempo respetara el Egipto, al verlo caido en tanta degradacion, le selló la frente con el sello de la infamia. El egipcio no podia ser senador, ¿qué senador? ni aun ciudadano. Esta region no se levantaba sobre el ritmo armónico de las leyes romanas como se levantaban todas las regiones de la tierra, nó; Roma no queria estrecharla contra su amoroso seno, temiendo que le envenenara con su aliento. Solo Alejandria se libertaba de este odio; pero Alejandria era una ciudad griega, ó mejor dicho, una ciudad humana. Hija predilecta del pensamiento de Alejandro, única imagen de su inmensa alma, único destello inmortal de su genio humanitario, hermosa, riente, preparada á los festines como una ciudad griega; inmensa, colosal como una ciudad asiática; asentada entre

el Mediterráneo y un lago, como surgiendo del fondo de las aguas; visitada por todas las razas de la tierra, querida de todas las gentes, destinada á recibir el soplo del Asia en su alma y el beso de Grecia en su seno; agitada por un eterno cántico, envidiada de la misma Roma, que no ocupaba un trono tan hermoso en la tierra; resguardada de los bárbaros por un inmenso desierto; bendecida por el Nilo, el rio de los dioses, el rio de los antiguos misterios, que se divide en varios brazos al acercarse á sus muros para más hermosearla, para más extenderse por aquella tierra de bendicion; Alejandria era el templo donde se citaban á unirse, á condensarse todas las escuelas de la tierra, todas las ideas que habian cruzado por la mente humana; y allí iban con sus ofrendas, con sus dones los antiguos sacerdotes del Oriente que no habian profanado el sueño del pensamiento dormido en la naturaleza; los hebreos que llevaban su Dios errante por el mundo para libertarlo de las asechanzas de Roma, y lo guardaban en el santuario de su alma; los cristianos que anhelaban derramar el bautismo sobre la frente de aquella ciudad tan hermosa; los platónicos que soñaban con la idealidad de su ciencia en las bibliotecas de aquella inmensa academia; los estóicos que se habian esparcido por todo el mundo, y en todas partes guardaban con sin igual esfuerzo su elevado pensamiento; los epicúreos que en

aquella ciudad de placeres se entregaban á todos los reclamos de sus sentidos; los gnósticos, los verdaderos hijos de esta ciudad, porque como ellos era oriental, griega, platónica, epicúrea, mágica, mística, theúrgica, la inmortal Alejandria.

El Atlas, el desierto y el Mediterráneo forman al salir de Alejandria para Occidente un inmenso país, vario, multiforme, ora cubierto de bosques hermosísimos y de ciudades populosas como la region más feliz de la tierra, ora desolado y envuelto en inmenso sudario de estéril arena. Allí, en aquella inmensa region se extendian desiertos inexplorados é inexplorables, sin un pueblo, sin una vivienda, sin un oasis; desiertos, en que de vez en cuando se encontraban algunas piedras arrojadas por los peregrinos de otros dias, como para testificar su angustia y señalar á los viajeros su ruta. El Mediterráneo tan plácido y manso, á pesar de sus llanas riberas, al besar los bordes de ese inmenso y maldito desierto, ocultaba bajíos inmensos formando costas inhospitalarias y horribles. La vida de la naturaleza, que se manifiesta en bosques, arroyos, en fuentes, en aves, allí no luce, como si al derramarla Dios se hubiera evaporado y perdido. La creacion parece allí un inmenso cadáver. Y sin embargo, este inmenso desierto, cortado muchas veces por las cordilleras del Atlas, que formando grandes vertientes, siem-

bra el Norte del Africa de países abundantes, felices, hermosísimos, adornados con todo el lujo de una espontánea y riquísima vegetacion. Entre el desierto y las vertientes Norte del Atlas se extendian tribus nómadas, guerreras, amantes del peligro, ágiles como el tigre, nobles como el leon; pero feroces como todas las alimañas que se crian en sus selvas y en sus montes. Por aquellas regiones andaba errante ya en esta época que historiamos el indómito kabila, envuelto en manto del color mismo de la tierra, centelleando de sus ojos la ardiente luz de su sol, ennegrecido y tostado por el calor del cielo y de sus montañas, pues parecia criado en inmenso y abrasador volcan. Y sin embargo, en estas regiones del Norte de Africa, la graciosa y armoniosa civilizacion griega levantaba sus templos, sus acueductos, sus ciudades, y celebraba sus rientes y hermosas fiestas en Cyrene. Allí el cielo era más trasparente y más claro; la tierra estaba bordada de flores, las montañas cubiertas de celestes reflejos y cortadas por valles dichosísimos; el mar claro, sereno, como si gozara en reflejar la hermosura de las riberas y el esplendor de las ciudades que se miraban orgullosas en sus aguas; tierra de bendicion semejante á un canastillo de perlas y de flores olvidado y perdido en el desierto. Los poetas epicúreos antiguos para quienes la vida era ligera y la muerte voluptuosa, creian que en el mundo no se encontraba un



lecho tan perfumado, tan hermoso para dormir tranquilamente el último sueño como esta tierra cyrenáica. Este país tan hermoso fué legado á los romanos. El último de sus reyes, iluminado por esa vision profética que inspira al hombre á la hora de la muerte, legó su corona á Roma y reconoció así su incontrastable soberanía. Extendíanse tambien por estas regiones la gran Sirte, la Numidia y la Maurithania, y allí sembradas las ciudades que habian guardado los destinos del mundo, como Cartago, último esfuerzo hecho por el genio de Oriente para sujetar la humanidad; Utica, sepulcro del severo estoicismo republicano de Roma; Tapso, Aquila, Tánger todas representando grandes fases del comercio y de la vida del Africa. La paz de cinco siglos, que iba á traer el Imperio, estaba destinada á levantar de su abatimiento estas regiones desoladas y á darles su antiguo esplendor, hasta el dia en que sonó la hora de la venida de los bárbaros.

En este largo viaje hemos recorrido las riberas del Mediterráneo, de ese mar misterioso y sagrado, que ha lamido con sus hondas los piés de todas las grandes ciudades, que ha reflejado en sus cristales los rostros de todos los héroes, que ha arrullado con sus cánticos la cuna de todos los dioses; de ese mar hermosísimo que ha teñido con sus reflejos celestes los cuadros de Apeles, y con sus húmedas brisas ha besado los vibrantes labios de

las musas, y con sus dulces ecos ha acompañado el cántico de Píndaro y Horacio, y con sus azules horizontes ha formado el fondo del teatro de Sófocles y Esquilo; de ese mar, que sobre sus ondas, semejantes á las palpitations de un corazón querido, ha llevado el secreto de la civilizacion de ribera en ribera, de gente en gente, envuelto en los perfumes regalados de los deleitosos campos que se miran en sus hondas; mar que Dios ha arrojado entre el Asia, Europa y África para unir á los tres continentes, y celebrar así la maravillosa fusion del alma y del pensamiento de los pueblos; mar que yo amo, porque he pasado mis primeros dias viendo sus hondas y he creído descubrir en sus estelas, en sus espumas, en su ligera celeste superficie las eternas huellas de su hermosa historia. Á orillas del Mediterráneo, en mitad de Europa, se levantaba el oráculo de la historia antigua, el templo de todos los dioses, el gran laboratorio donde los diferentes pueblos y razas perdian sus manchas, su egoismo y formaban el robusto cuerpo de un nuevo hombre, la hermosa Italia. Al descubrirla en los largos anales de la historia, despues de haber visto tantos imperios, tantas grandiosas naciones, pero tambien tantos esclavos sumidos en el polvo y tantos altares levantados al error, el alma dolorida y atribulada siente el mismo respeto y la misma alegría que Eneas y sus compañeros cuando la veian surgir entre las on-

das pura y hermosa como asilo reservado á su desgracia, como una nueva patria de su espíritu. Y en efecto, señores, sea cualquiera nuestra patria, cuando arribamos en la larga serie de los siglos á Italia, y recordamos que suya es nuestra legislación, suya nuestra lengua, suya la esencia de nuestra vida, sentimos hácia ella afecto filial, tanto más, cuanto que hoy la vemos oprimida, desgarrada por las atrevidas manos de los que nunca pronunciaron su nombre sin espanto, y nunca vieron lucir á lo lejos su refulgente escudo sin caer heridos en el polvo de sus campos, pidiendo de rodillas perdón á la que era la reina de las naciones, la madre de las gentes. Recostada en los Alpes que la coronan con nieves eternas, con lagos celestes, con bosques llenos de flores y perfumados por eternos aromas; envuelta en la gasa ligera, hermosa, de un cielo claro y límpido como el alma en la inocencia; sembrada de florestas, de jardines, que bordan su manto; hundidos los piés en el Mediterráneo como en una blanda alfombra; armada con el cetro de la tierra, que era el eje de toda la historia; rodeada de todas las razas que la miraban de rodillas como su diosa, como su oráculo; hollando blasones y trofeos como ni antes ni despues ha tenido ningun pueblo; Italia dilataba, auxiliada por el genio de la historia, su soberanía por toda la tierra, y elaboraba pensativa y silenciosa la gran obra del derecho. Pero miremos

hoy su estado material como hemos hecho con todos los pueblos de que lijeramente hemos tratado. Italia en los primeros tiempos de la República estaba floreciente y hermosa. El trabajo habia hermosado aquel país, porque el trabajo es la fuente de la vida. Allí se cogia el trigo de Campania y Apulia, el vino de Falermo, el aceite de Venafre; allí la agricultura, primer oficio de los romanos, florecia con singular florecimiento. Mas un dia cambió de aspecto Italia. Los nobles, los poderosos, oprimiendo al pueblo gravándolo con pesadimas deudas, se alzaban con todas sus propiedades y constituian inmensos patrimonios, fabulosas riquezas. Estas propiedades eran como un cáncer que devoraba la riqueza de Italia. El señor en Roma, en la ciudad, no podia tener por los campos ese afecto, ese amor paternal que siente el pobre agrícola cuando les vé transformados por su trabajo, rociados con el sudor de su frente, como si fueran parte de su vida y de su alma. Poco le importaba al noble romano que la agricultura decayese, que los campos perdieran su vida, que los labradores murieran de hambre al pié de los instrumentos de su labranza, que perecieran generaciones enteras y se arruinaran villas populosas, con tal de aumentar su riqueza y dar alimento á su avaricia. Las tierras trabajadas por los plebeyos con trabajo tan fecundo, aquellas tierras ricas en viñas, en olivares, en sem-

brados, en huertas de todo linaje, de regaladas frutas, fueron impiamente taladas, convertidas en praderas para la manutencion de grandes ganados, que se sostenian sin estipendios y sin trabajos abandonadas á la custodia de un esclavo. La madre tierra, que es tan productiva cuando el amor del hombre la fecunda, abandonada á sí misma, profanada por el trabajo servil, estéril y maldecido como todo cuanto proviene de la servidumbre, se habia esterilizado hasta el punto de no dar de sí ni un átomo de vida. Así, el pueblo romano, antes tan feliz con los productos de sus tierras, despues que el trabajo servil habia agotado las fuentes de la vida, se quedó á merced de las olas y los vientos que de extrañas regiones le llevaban el pan para saciar su hambre. Así es que muchas veces, cuando el mar encrespaba sus olas, cuando el viento desataba sus ráfagas y las galeras romanas no podian arribar á las riberas italianas, el pueblo romano se moria de hambre, golpeando en vano la puerta de la vacía Annona que habia agotado todo su trigo. Hé ahí, señores, la consecuencia del trabajo servil. Nuestro compatriota Columela miraba con los ojos arrasados de lágrimas aquella tierra infecunda y estéril, y decia que entregada á manos de los esclavos torpemente, los esclavos la trataban como crueles verdugos. Así el gran Tito Livio se dolia amargamente de que aquella Italia, semillero en otro

tiempo de hombres, no pudiese dar á la guerra ni aun diez legiones. Hé aquí el resultado de la concentracion del poder y de la riqueza en manos privilegiadas, y la concentracion del trabajo en manos serviles. Lo cierto, lo indudable es, señores, que Italia estaba agotada. Para deshacer aquella propiedad monstruosa, tiránica, la cuestion social torpemente planteada por el senado, y las cruentas guerras civiles habian llovido sobre los campos de Italia lluvias de sangre, bastantes á borrar los límites de cada dominio, de cada heredad, y el vencedor ora se llamase Sila, ora Mario, ora Pompeyo, ora César, daba aquellas tierras á sus soldados, á sus gentes, preparando así el dia en que el Imperio habia de levantarse á reivindicar todo el dominio de Italia y á soterrar toda la antigua aristocracia en el polvo de sus campos. Los veteranos de los ejércitos vencedores eran los propietarios de Italia, y así como con facilidad se levantaban á despojadores, con facilidad venian despojados. Todavía recuerdo, señores, con plácida ternura, que el cantor de Mántua, ese dulce y tierno poeta de la naturaleza, que reflejaba en su alma la luz del naciente Cristianismo como la luna reverbera en su tranquilo disco la luz del sol, lanzó sus primeros gorgoros en Roma, herido por el dolor de ver en el suelo destrozado el hermoso nido de flores en que habia desplegado por vez primera las pintadas alas de su divina fantasía. Y ya

creo haberlo dicho otras veces, y no necesito repetirlo; Italia estaba despoblada y también exhausta, porque en su titánico trabajo de la unidad del mundo y de la fusión de las razas, había agotado su propia vida, su propia sangre, de suerte que sus guerras sociales y su obra de civilizar á la tierra habían agotado todas las fuerzas de Italia como se agotan las fuerzas del artista cuando acaba de dar la última mano á su obra. En esta Italia tan desolada se extendía una región placentera y serena; la feliz Campania. Allí, á la luz de aquel sol, bajo el claro pabellón de tan hermoso cielo, respirando las áuras embalsamadas, con las esencias de las rosas y los mirtos, recostados en bellas casas de campo levantadas al pie mismo del Vesubio, dejando errar la vaga mirada por las celestes apacibles ondas que al quebrarse mansamente en la orilla cubierta de caracoles y conchas, lanzan un vago suspiro repetido como un cántico de amor por los ecos de las cercanas montañas; los señores romanos se entregan al placer y al ocio, apuran el vino de sus ánforas etruscas, liban la miel del amor en los labios de sus esclavas griegas, cantan al compás de doradas cítaras los versos amorosos de Tibulo y de Propertio, juegan con los dioses marinos que la imaginación finge entre las algas y las espumas, se bañan en el Lucrino para adobar y pulir su cuerpo, se pierden á la luz de la luna como el dios campestre

acompañado de sus bacantes en las viñas entrelazadas con los álamos y los cipreses, la alegría en el rostro, la copa en las manos; huyen de los ardores del estío en las frescas grutas humedecidas por las plantas acuáticas; y así dejan errar tranquilamente su vida al acaso, sí, su vida que se parece á una de esas hojas perfumadas desprendidas de las flores sobre la linfa de los arroyos, que juguete de las aguas, después de flotar sobre la verde grama y recorrer deleitosos espacios, va á perderse ó en el seno de los ríos ó entre el oleaje de los mares. Pero, me preguntareis, señores, ¿este mundo romano en esta época no tenía enemigos? Voy á satisfacer vuestra pregunta. Pasemos, pues, á otro asunto.

Ahora, señores, después de haber examinado el mundo romano en su interior, debemos examinarlo en sus fronteras, en los pueblos que le rodean. Al Norte estaban los britanos, los germanos y los dacios; al Oriente los escitas, los partos y los armenios; al Sur los árabes y los nómadas africanos. Veamos estos pueblos. Empezaremos por los del Norte. La religión druídica de la raza céltica había encontrado un refugio en medio de los mares, la isla Británica. Allí sus sacerdotes guardaban la tradición y la ciencia lejos del ruido de las armas; allí se daban á la meditación acompañados solo por el rumor de las olas del mar. En la Bretaña, la religión druídica había tomado

un carácter más grave, más solemne, más trascendental. La confianza en la transmigración de las almas, en el cambio de forma en la existencia, pero en la perennidad de la vida, hacia de aquellos sacerdotes una gran escuela filosófica, algo parecida á los cenobitas solitarios del Oriente. La casta sacerdotal se renovaba incesantemente con la admisión de jóvenes que le ingerían una nueva vida, y que por espacio de veinte años entregados al silencio, adquirían la madurez de los ancianos. Y sin embargo, esta religión tan trascendental, no se desvanecía ni se disipaba en el seno del misticismo, como la mayor parte de las religiones orientales, no; era una religión práctica, que daba al hombre amor á la patria, aliento para la guerra. A las orillas de aquel verdoso y oscuro mar, bajo las bóvedas que formaban las encinas, sobre una tierra bendecida y sagrada pero selvática, la raza drúidica encendía sus hogueras, predicaba la trasfusión de la vida humana en la naturaleza después de la muerte, y arrastraba los hombres al pie del ara para ofrecer su sangre, su existencia, como un holocausto á sus bárbaras y antropófagas divinidades. Entre aquella isla y las Galias había siempre misteriosas relaciones. Cuando la tribulación de la conquista llegaba á su colmo, los galos iban á buscar un asilo seguro en la Bretaña, y allí encontraban sus sacerdotes, y allí sus dioses, y allí un consuelo á su dolor. César

comprendió que no tenía bien domadas las Galias si no ataba á su carro también la umbrosa Bretaña. Y como entre su pensamiento y su voluntad no había distancia, atravesó el Océano, y puso su pie vencedor en la Bretaña. Tácito nos cuenta cómo resistían estos pueblos bárbaros á las huestes romanas; reunidos en grandes pelotones, con los ojos vueltos á sus templos, acompañados de sus mujeres y de sus hijos, dando gritos espantosos, ahullidos terribles, montados en caballos que relinchaban fuertemente en la pelea, bendecidos por sus sacerdotes, que levantaban los brazos al cielo para invocar la protección de los dioses y pedirles su fuego y su cólera contra sus enemigos, desesperados hasta el punto de arrojarlos á las ondas del mar en pos de un asilo más dulce que la patria encadenada, caían bajo las armas romanas como bajo la clava del destino, rendidos pero no humillados. César después de sus dos expediciones, solo había conseguido de estos pueblos un tributo en reconocimiento de la soberanía de Roma. Pero este tributo, de mal grado rendido, olvidábase bien pronto en aquellos naturales. Y tan cierto es que no daban este tributo, que Augusto reconoció la inutilidad de exigirlo, y renunció á este reconocimiento del poder de Roma por un pueblo bárbaro y oscuro, pues los gastos de la recaudación excedían á los rendimientos del tributo. Pero Roma no podía consentir que un

pueblo se burlase así de su poder, porque no estaba en su pensamiento ceder á ningun pueblo, ni en su destino desmentir la providencia, dejando en pié cruentos cultos. Roma iba á preparar el culto del Dios-espíritu como la Sibila que desde su silencioso templo y sin conciencia de lo que decía, anunciaba la venida de una nueva religion. Y era necesario que Roma, para preparar el reinado del Dios-espíritu, rompiese, destrozase el ara que destilaba sangre, donde era adorado en todo su horror el dios-naturaleza. Y así la nueva idea, pura, luminosa, inmaculada, iba hollando los trofeos de las victorias romanas, y alzándose sobre ellos para predicar la verdad y la justicia á los hombres. Era, pues, necesario que Roma no abandonase la conquista de la gran Bretaña. Claudio, que á pesar de sus grandes crímenes y de su reconocida imbecilidad, tenia en el trono esa intuicion que el espíritu de Roma daba á todos sus representantes, trató de purificar la tierra del culto druidico, arrojándolo del nido de encinas que se habia formado entre las ondas de los mares. A este fin, mandó allí sus procónsules y sus legiones. Alguna resistencia opusieron los régulos del país, pero resistencia inútil, porque bien pronto las armas romanas los precipitaron en el polvo. Roma vió con asombro entrar por sus puertas encadenados á reyes de la Bretaña, de aquella isla que Roma creía un mundo descono-

cido é inmenso. Caratac, régulo de Bretaña, á los piés de Claudio, rendido, le pedia la vida. Claudio, siguiendo la política tradicional de Roma, se valia de estos reyes para aherrojar á los pueblos. Y de esta suerte, poco á poco se venian á tierra los altares ensangrentados y espiraban los dioses antropófagos.

El gran peligro para Roma estaba á las orillas del Rhin. Allí se condensaba una nube, que habia de asestar sus rayos sobre el Capitolio y habia de borrar á Roma de la faz de la tierra. De vez en cuando esta gran tempestad, que Dios guardaba para el dia de los grandes castigos, reflejaba algun lejano relámpago sobre la frente de Roma. La reina de las naciones sentíase herida, y un presentimiento vago de su próxima ruina atenaceaba sus entrañas y mordia su corazon, y en su amargura enviaba á sus hijos á contener aquel grandioso y devastador torrente. Despues de un siglo todavía mostraban los romanos con horror los campos pútridos, donde los cimbrios, avanzadas ligeras de los pueblos germanos, habian hallado muerte, merced al heroismo de Mario, pero muerte que indicaba claramente cuanto de vida habia en el seno de aquella formidable raza, eterna enemiga de Roma, y su rival, si no por la inteligencia, por la fuerza y por las armas. Allende el Rhin, en aquella inmensa inexplorada soledad, entre bosques y riscos, se extendia este pueblo á

quien los galos en su terror habian llamado germano por su furor guerrero; pueblo, cuya cuna era un carro de guerra, cuya infancia una disciplina y apercibimiento perenne para el combate, cuyo patrimonio una espada y un escudo; pueblo que tenia por única diversion y recreo saltar sobre las puntas de las lanzas y deslizarse de lo alto de las montañas en sus anchos escudos; que adorando á Dios en la inmensidad, en los bosques, en las fuentes, en la naturaleza, sin darle ninguna forma humana, conservaba su espíritu libre de la idolatría; que sin agarrarse al suelo y á la patria, volaba de un punto á otro llevado por su instinto guerrero, verdadera voz de su destino; que no se degradaba bajo ninguna aristocracia sacerdotal, ni se hundia en ningun linaje de esclavitud; en sus mujeres hallaba fuertes heroínas, dispuestas á señalarle siempre el camino de la guerra y á decirle que es preferible la muerte á la esclavitud; que no tenia sosiego sino cuando respiraba el vapor de la sangre y oía la música salvaje formada por los combates; pueblo, en fin, rubio, de ojos azules, blanco, de larga cabellera, que mostraba en sus brazos fuerza para destruir un mundo y en su sereno rostro apacibilidad para dejarse dominar de una idea; pueblo, que Dios guardaba en sus designios entre las nieves y las sombras para confiarle la direccion de la historia el dia en que Roma descendiera del trono de la tierra, enflaque-

cida y degradada por sus crímenes. Los romanos, que conocian que este era el destino de los pueblos germanos, se oponian á toda costa á su carrera y á sus victorias. César, que resumia la humanidad de su tiempo, en su alta inteligencia trató de cortar con aquella su invencible espada esta continua corriente de pueblos bárbaros, cuyo poder y fuerza desconocia pero cuyo destino providencial, histórico, en su alta intuicion adivinaba. Los galos le referian con horror que alguna vez las tribus feroces de allende el Rhin atravesaban el rio y se lanzaban sobre sus campiñas talándolas, destruyendo sus chozas y sus villas, desperdando y esparciendo sus huestes, y dejando por todas partes como una huella inextinguible de lágrimas y sangre en pos de sus terribles correrías. Los romanos, á su vez, habian advertido que aquellos pueblos formaban dos grandes confederaciones, que unidas podian caer como un inmenso témpano de hielo sobre el altar donde ardia el fuego de la vida del mundo, y para evitarlo Druso se arrojó con sin igual esfuerzo entre ambos pueblos: empresa temeraria, porque era difícil, si no imposible, cortar la corriente de aquellas razas, empresa, en la cual tuvo que contenerse, porque un instinto superior le decia que allí podia perder sus gigantes alas el águila romana. Y el peligro era tan cierto, que un dia Varo quiso arrojarle á enfrenar aquellas feroces tribus, y todos sus sol-

dados perecieron en la demanda; desgracia horrible que heló á Roma, que derramó espanto y terror en todos sus habitantes; que afigió de tal suerte al emperador, que al saberlo quiso, en un raptó de dolor, estrellar su frente contra las columnas de su palacio. Un hombre extraordinario, un bárbaro de elevado pensamiento, abrazó en su mente la idea colosal, gigantesca, de unir aquellas razas, de disciplinarlas, pero como esta idea era contraria al espíritu y al carácter de los pueblos germánicos, fué asesinado, y asesinada en él la gran liga de los bárbaros. Lo cierto es, señores, que la reina de las naciones no podía gozar en paz sus victorias, mientras temiese ver á cada instante apareciendo sobre la cumbre de los Alpes como furias evocadas del Averno, aquellos hombres sangrientos, feroces, cuyos ahullidos atemorizaban al mundo. Germánico habia conseguido grandes victorias sobre estas indómitas razas, pero la política de Tiberio le arrancó á sus triunfos por miedo de que una gloria tan grande eclipsara su poder; que los celos son la enfermedad de los tiranos. Tiberio seguia con los bárbaros su política astuta, porque aquel hombre no habia nacido para las grandes empresas, sino para llegar como la serpiente por caminos tortuosos al cumplimiento de su voluntad, al término de sus deseos. Así es, que viendo que con la guerra echaba un cebo al furor de los germanos, mandó á sus

legiones pasar el Rhin, aposentarse en la ribera opuesta, velar sus armas, y aguardar allí á que las razas bárbaras, no teniendo un enemigo común y poderoso á quien combatir, volvieran contra sí mismas sus armas sedientas de sangre, y evitaran así á Roma el trabajo de sostener un eterno combate en aquellos umbrosos bosques. Calígula, que todo lo fantaseaba y exageraba, en un raptó de locura, creyéndose un general como César, llevado de ese amor á lo imposible, que era su enfermedad, quiso atajar el paso á los germanos, se armó de todas armas, atravesó los Alpes, se dirigió á las Galias, arrojó al viento palabras de guerra, de ira, de entusiasmo, fingió que iba á volver al Capitolio con los capitanes de aquellas razas encadenados á su carro; pero como en medio de estos alardes le sorprendiera la noticia de que los germanos habian atravesado el Rhin, se espanta, no sabe dónde esconderse, trata hasta de fletar un barco para que le llevase á Oriente, lejos, muy lejos de los bárbaros, porque ni Roma le parecia un asilo seguro á su terror. Claudio no imitó la conducta de Galígula; antes restableciendo la antigua política de Tiberio, mandó á sus capitanes que no acometiesen á los bárbaros, y que los dejaran desgarrarse mutuamente, sin más que velar por la seguridad de las orillas del Rhin. Y mientras Roma seguia esta política, los bárbaros se acrecentaban, sus huestes se apercibian con



una continua disciplina á grandes combates, y ávidos como todos los pueblos nómadas, que parecen privados del natural amor á la patria, ávidos de hollar nuevas regiones y respirar nuevos aires, soñaban allá en el fondo de sus bosques sombríos y de sus pantanos, con una tierra dulce, tranquila, hermosa, cubierta de flores, cargada de riquezas, muellemente reclinada á orillas de un mar apacible y sereno, ornada con todas las riquezas y todas las maravillas del arte; tierra, que destilaba vino y miel, y tenía hermosísimas mujeres y hombres débiles y afeminados; tierra, que al ver la espada de los bárbaros relucir como centellas sobre las cumbres de los Alpes caería sin fuerzas sobre su lecho de rosas. Tal era el pensamiento que Dios había depositado con su soplo inmortal en aquella raza, para renovar la vida del mundo y continuar la trama nunca interrumpida de la historia.

Pero no era el Rhin la única puerta por donde la barbarie amenazaba á Roma; el Danubio también escondía tras sus riberas pueblos bárbaros, que estaban, nuevos ciclopes, forjando en sus yunques rayos contra la reina de las naciones; rayos cuyas chispas se veían brillar como una perpetua amenaza del cielo en tan oscuros y dilatados horizontes. Un hormiguero de pueblos inmensos se extendían de un lado á otro del Danubio, recostados muchos de ellos en las vertientes de los

Alpes, otros perdidos en los pantanos y en los desiertos, los más ocultos en desiertos inexplorados é inexplorables, donde el romano temía encontrar terribles rotas como Varo las había encontrado en la Germania y Craso entre los parthos; de suerte, señores, que de aquellos pueblos solo se tenían las noticias dadas por los historiadores griegos, que los pintan feroces, indómitos, incapaces de toda disciplina, avezados al peligro y á la guerra, amantes de su libertad fiera y salvaje, constituidos en pequeñas tribus, adoradores de la naturaleza, con un sentido religioso bastante puro; dejándose llevar, sin embargo de la magia, del sortilegio y de los conjuros; y tan atrevidos, que cuando el cielo se cubría de nubes, y el aire se cargaba de tormentas, y el granizo cubría sus campos, y el rayo despedazaba sus encinas, en medio del fragor universal que produce naturaleza en estos grandiosos estremecimientos, se lanzaban al huracán, y asestaban sus flechas y sus dardos al cielo, desafiando orgullosos y airados al dios de las tempestades. Estos pueblos se dividían en varias naciones; los ilirios, los tracios, los dálmatas, los dacios y los getas. Un día se levanta entre ellos un hombre extraordinario, que lleva en su frente la adivinación del destino, en sus manos la espada de la victoria, en su pecho un amor inmenso á aquellas razas, y como si presintiera el gran proyecto que más tarde había de cumplir

Atila, llama en su auxilio la magia, se reviste de resplandores celestes, levanta á su lado un oráculo, invoca lo extraordinario y lo maravilloso, y por un instante logra someter á un yugo comun aquellas razas y levantar casi una Roma bárbara en frente de la Roma civilizada; pero aquellos pueblos cegados un instante por un fugaz relámpago de gloria, y cediendo pronto á sus naturales instintos, que los llaman al aislamiento, hieren á su señor, sirviendo de esta suerte á sus eternos enemigos. Sin embargo, en estas razas nunca se agota la vida, y siempre se levantan algunos hombres extraordinarios. Roma habia escalonado en la cima de los Alpes y en las orillas del Danubio legiones, que sirvieran como de límite al encrespado mar de la barbarie. Pero en algunas ocasiones, no pudiendo los bárbaros del Danubio sufrir las depredaciones de aquellas huestes, se levantaban feroces en armas contra su poder. De esto nos dan elocuente testimonio los tiempos de Domiciano. Decéballo, jefe de los dacios, se sublevó contra el emperador. Este abandona á Roma, se dirige á los Alpes, llega á las orillas del Danubio ansioso de guerra y de venganza. Pero los que lanzaban sus flechas contra el cielo airado, mal podian temer la ira del hombre. Resisten, y resisten heroicamente á todas las huestes que contra ellos manda Roma. Sin embargo, estos pueblos, cuando al primer empuje no han vencido, fácil-

mente se desmayan y vencen. Decéballo manda á pedir la paz, y Domiciano rehuye concedérsela. Entonces los marcomanos se sublevan, el emperador quiere llevarles la guerra y pide al jefe de los dacios la paz que él mismo habia rehusado. Entonces el emperador, el que se habia creído un dios y habia cubierto el Capitolio de víctimas consagradas á humear en sus sacrificios, el que tenia en sus manos el timon de la tierra y en su cabeza la corona de todas las razas, el que veía en el polvo á sus plantas las naciones más belicosas, los iberos, los egipcios, los persas, los medas, los galos, todos los pueblos más indómitos; ese hombre con toda su divinidad, con toda su fuerza, con todo su poder, cuando los bárbaros le miraban con terror y hasta en los últimos límites del mundo se pronunciaba con miedo su nombre, se hace tributario del rey de los dacios, rey pobre, oscuro, semi-salvaje, y le manda barras de plata, y le pide infamemente la paz, y despues vuelve á Roma y consigue el triunfo, por haber infamado su gloria, por haber vendido su dignidad, por haber quebrantado su incontrastable omnipotencia; y ¡oh mengua! el senado le concede la corona de laurel, el pueblo le acompaña con sus aplausos, y los poetas cantan sus victorias, y hasta los sacerdotes le queman el incienso guardado antes á los dioses; tristes señales, en verdad, de la ruina de Roma.

Aún había otros pueblos más bárbaros. Dios tenía enfrenados todos estos pueblos, porque no había sonado aún la hora de la descomposición y ruina del mundo antiguo. Más allá del espacio que ocupaban los getas, dilatándose hasta Palus Meotides, se extendían otros pueblos de menor unidad que las razas del Danubio, de más barbarie é independencia que las razas del Rin. Herodoto ha dejado una descripción viva y animada de los escitas, de este pueblo salvaje, que había de castigar á los romanos. Criados en chozas de paja, viviendo como las fieras abandonadas á su instinto, engendrados al fragor de la guerra y los combates, sin más Dios que un hierro mohoso y sangriento puesto sobre una piedra; montados siempre en sus caballos indómitos é impetuosísimos; devorando carne cruda y fresca, bebiendo la leche de alimañas salvajes, libando sus fétidos licores en los cráneos de sus enemigos, llevando siempre á su lado las cabezas cortadas en los campos de batalla, envueltas en las pieles de víctimas humanas adobadas de una manera desconocida y extraordinaria; estos escitas guardaban en la inmensa soledad de sus dominios el castigo del mundo antiguo, y así eran feroces, apegados á sus negras tradiciones, pues á los horrores que hemos recordado reunían el sacrificar los prisioneros de guerra en las aras de su sangriento dios, y matar familias enteras de siervos sobre la

tumba de sus reyes y de sus príncipes. Y cercanos á estos pueblos se alzaban también los piratas del Cáucaso. Estos hacían unas barcas particulares cubiertas, y en ellas se arrojaban á las ondas cuando más arreciaba la tempestad; y doquier el viento los impelia, allí ejercitaban su rabia y su furor, volviéndose á sus cavernas cargados de despojos. Roma, en realidad, nada podía temer de estas razas, porque para llegar á sus muros tenían que atravesar muchos pueblos también bárbaros, escalonados como un gran ejército que espera sólo la señal y la hora del combate.

Pero, señores, antes de concluir debo hacer una advertencia respecto á estos pueblos, que es muy oportuna, muy oportuna. Ellos habían de formar toda la trama de la historia moderna. En toda la civilización hay dos elementos; la unidad de la vida social y la variedad de la vida individual. Los pueblos germanos debían traer esos elementos; la variedad de la vida individual para que se viese que cada paso que dá la historia es un paso hacia la libertad del hombre; y la unidad de la vida social, para que se viese que la obra maravillosa del Imperio romano de ninguna suerte podía perderse en una hora fatal para el mundo. La idea de la variedad de la vida, del individualismo, debían aportarla á la historia contemporánea los pueblos de las orillas del Rin, los pueblos descritos por Tácito; al paso que la unidad social, la vi-

da uniforme de la especie, debían representarla los pueblos de las orillas del Danubio, más disciplinados, más orientales, los pueblos descritos por Amiano Marcelino. De esta suerte preparaba Dios la transformación lógica y necesaria del mundo.

Pero es necesario estudiar otras regiones, que pertenecen más por la historia á los tiempos que voy narrando. Hablo de la Armenia. El monte Ararat, centro de esta region, era como el núcleo de todas las grandes cordilleras que se esparcian por toda el Asia Menor. De sus montañas bajaban el Tigris y el Eufrates, esos ríos que han guardado en su seno tantos misterios de religiones y de imperios y en sus aguas han arrastrado tantas lágrimas de pueblos y de esclavos. Estas regiones montañosas, pero de una situación admirable, servían como de nido al espíritu poético de Grecia, para seducir á la raza semítica. Así es, que la sirena griega escondida en aquellos transparentes lagos y límpidos arroyuelos, entonaba sus cánticos para seducir al austero semita. Los hebreos, que á la vista de su templo no hubieran sido capaces de un perjurio, cuando se asentaban en las piedras de Armenia á reposar bajo sus cedros, y oían el cántico eterno del espíritu griego que habían dejado los seléucidas encerrado en aquella oriental naturaleza, embriagados de amor, prevencaban y ponían en olvido el altar y el Dios de sus padres. Y como el espíritu griego por una

ley general de la historia debía filtrarse en las venas de Asia, para devolverle la vida que de Asia había recibido, no pudiendo penetrar por las puertas del templo de Salomón cerradas á toda idea extraña, derramaba sus caudales en los desfiladeros de Armenia para que los pueblos asiáticos templaran su ardiente sed de lo infinito en las mismas corrientes de su vida purificada por el maravilloso genio helénico. La Armenia había sufrido varias transformaciones en su historia. Los persas la sujetaron á su dominio, porque la espada de los persas era para aquellos pueblos como el cayado del pastor para sus ganados. Pero como la espada persa no podía sostener por mucho tiempo el hilo de la historia asiática, pronto aparece por aquellos valles y aquellos montes un nuevo conquistador, que lleva en su frente el sello de la predilección del destino, y en sus manos cadenas de oro para amarrar el Asia, y en sus labios palabras de amor para impregnar de un nuevo espíritu aquellos secos aires. Este hombre extraordinario se llama Alejandro. Después quedan en Armenia por largo espacio de tiempo los seléucidas, los sucesores de Alejandro, encargados de velar por la idea, que como un filtro de nueva vida había llevado el conquistador al Asia. Más tarde, en aquella larga y oscura historia del Oriente, la Armenia sufre grandes cambios y transformaciones, ora entregada á los parthos, ora á Mitridates del Ponto,

ora á otros pueblos y reyes, pocas veces á sí misma, á su autonomía, á su independencia. La Armenia habia de ser un campo de batalla para Roma. La Ciudad Eterna tenia en frente á los germanos del Rhin, á los getas del Danubio, á los parthos del Eufrates. Para sujetar á los germanos habia menester las Galias, para sujetar á los getas la Panonia, la Iliria y la Tracia; para sujetar á los parthos la Armenia. Y la razon de estos tres puntos de estrategia militar es sencilla; los necesitaba para tener en paz su dilatado Imperio, para libertar la civilizacion de las irrupciones de la barbarie. Y en efecto, los germanos, blandiendo sus lanzas, sus espadas; los getas, lanzando ahullidos horribos; los parthos, montados en sus salvajes caballos, con el arco en la mano y el carcax á las espaldas, por un instinto ciego, por avidez de dilatar su vida y su Imperio, estaban siempre ansiando caer sobre Roma para pisotear sus diademas, fundir en el fuego de su ira aquella su tiránica espada y repartirse sus despojos. Los parthos especialmente, cuando poseian la Armenia, comenzaron amenazas terribles sobre las posesiones de Roma. Y en efecto, Artabano, rey de los parthos se posesionó de este pais, y sacrificó impiamente á Tigranis, que habia abandonado el verdadero Dios, sí, el Dios de los hebreos, para recibir el antiguo espíritu de los seléucidas. Pero en tiempo de Claudio, el ilirio Mitridates se apoderó

del trono de la Armenia. Mas bien pronto Rhadamisto, su sobrino, á quien Mitridates habia recibido como un hijo, le ahogó, y se posesionó del trono. Entonces los parthos proclaman á Tiridates por rey de Armenia. Pero Corbulon, guerrero romano, dice que no consentirá que principe alguno se sienta en el trono de Armenia, sin haber antes con toda solemnidad recibido de manos del emperador romano su diadema. Reinaba en este tiempo Neron. Tiridates, convencido de que Roma tenia en sus manos el principio de toda soberanía, la fuerza y el origen de todo poder, se encaminó á la capital del mundo. Su viaje fué por tierra, y duró más de nueve meses. Tiridates, montado en un caballo, partióse arrastrando por los campos su púrpura oriental, como para llevar á Roma en los pliegues de sus ropas átomos de polvo de todas las generaciones que Roma necesitaba para formar el cuerpo de la nueva humanidad. Acompañábale su mujer, cuyo rostro iba cubierto con un casco de oro, varios principes armenios, tropas de su raza; todo ese lujo que distingue al Oriente. Cuando llegó á Iliria, le aguardaban carrozas de marfil que le condujeron á Roma; cuando entró por las puertas de la Ciudad Eterna, Neron, en traje de triunfo le acompañó, y el pueblo le siguió con sus aplausos y su entusiasmo; cuando llegó el dia de su coronacion, un trono fué levantado en medio del Foro, el emperador vestido de

púrpura y seda le ceñó la diadema delante de todo el pueblo; cuando siguieron los festejos por tan extraordinario suceso, Neron, para celebrarlo, entoldó con púrpura el teatro, tocó la cítara como un farsante, corrió su carro en el circo como si fuera un gladiador; y cuando llegó la hora de volver al Asia, habiéndose embarcado en Brindis, los pueblos europeos de las orillas del Mediterráneo, las ciudades griegas, las islas cicladas y sicilianas le refirieron sus misterios, le mostraron sus oráculos, le admitieron en sus templos, como si vieran en el viaje de aquel rey representada la armonía de dos civilizaciones enteras, la fusión de dos mundos enemigos, la unidad de la especie humana que todos los pueblos buscaban intuitivamente en esta solemne edad de la historia.

Al lado de la Armenia se levantaba el gran Imperio de los parthos. Detengámonos un instante á contemplarlo. Los Arsácidas, sus señores, hábiles en manejar el caballo y disparar el arco, reyes de reyes, ceñidos con las tiaras que habian llevado los persas, los medas, los babilonios, extendiendo sus dominios desde el Eufrates hasta el Indo, elevados al trono por los sátrapas, sus grandes feudatarios, y por tanto, dependiendo de la voluntad de estos nobles; siempre en la guerra y en la caza, entre festines bárbaros; amenazados de las luchas domésticas que traen consigo los serrallos y las dilatadas familias de los reyes orien-

tales; concentrando la autoridad en sí, pero repartiéndola al mismo tiempo entre mil príncipes que afilaban en silencio sus puñales para todo linaje de traiciones; menospreciadores del pueblo, que conducen al lado de su caballo á la guerra y de cuya suerte no se curan; siempre refrenando las ambiciones que se levantan entre las grandes cohortes de sus nobles y de sus príncipes, llegan á componer un estado extraordinario, desconocido, en que se ve al lado del despotismo absorbente, incondicional, guerrero de los pueblos primitivos del Oriente, el feudalismo y el fraccionamiento de los bárbaros pueblos de Germania. Es inútil referir las guerras de estos pueblos con Roma, que nunca llega á domeñarlos; ni las guerras de estos pueblos entre sí, que se reducen á traiciones de serrallos, á venganzas inicuas, á continuas luchas, á tempestades y tormentas desencadenadas por los señores feudales, á remachar la servidumbre y esclavitud en el pueblo, dispuesto á darse la muerte por el mismo señor que le designan los nobles, sus eternos enemigos.

El Eufrates separaba el Imperio romano del Imperio de los parthos; pero sus orillas estaban plagadas de árabes, indómitos á todo yugo, indóciles á todo poder, amantes de la vida nómada, verdaderos bandidos desparramados por los desiertos. Al Sur de Palestina erraban los árabes nabateos, enemigos de los reyes judíos, contra los cua-

les pedian proteccion á la señora de las naciones, á Roma. Cuando hoy el viajero recorre estos desiertos de las orillas del Eufrates, se espanta de ver en la tierra arenosa que habitaban esos bárbaros; tierra sedienta, ingrata, en que el suelo es infecundo y el cielo como de bronce; restos de arcos, de columnas, de anfiteatros, de puentes, señales que indican que Roma tenia tauta vida en su pensamiento, que donde ponía el pié hacia brotar grandes ciudades, venciendo y superando por su ciega confianza en su destino y en su genio, hasta la misma naturaleza. Cerca del Nilo se extendian los árabes nubianos, poco temidos porque eran poco guerreros. Pero al Sur se extiende un Imperio dilatado, rico en tradiciones históricas, enlazado por ideas comunes y comunes recuerdos con el pueblo hebreo, antiguo amenazador de los Faraones, y en este instante que historiamos, próximo á posesionarse de la Arabia y de domeñar sus tribus salvajes; Imperio, que la historia puede conocer y estudiar bien poco, porque encerrado en su aislamiento apenas tenia parte en la vida universal de nuestra especie; Imperio que se conoce con el nombre de Abysinia. Las costas del Mediterráneo africano pertenecian en verdad á Roma, pero su poder no habia de ninguna suerte alcanzado á tocar el interior del Africa, allí donde habia pueblos salvajes, errantes, sin jefe, sin ley, sin nocion de justicia,

dados al robo, reclusos en inmensas soledades ó en cavernosas grutas, asilo de las fieras; que tienen por lecho el duro suelo, por alimento los dátiles de sus palmeras, por compañeros los tigres y leones; que ven siempre en todo hombre no perteneciente á su raza un enemigo; que el único signo de civilizacion grabado por ellos en el espacio son algunas torres, las cuales les servian como de fortaleza; razas, que aun vagan por las cordilleras del Atlas, por el interior del Africa, á pesar de los muchos civilizadores que han pisado las arenas de sus desiertos desde Omar hasta Almamun, y que aguardan el dia en que una raza más privilegiada les lleve la luz de la civilizacion, el néctar precioso de la vida, y las levante, por una educacion superior, del fondo de su barbarie á ser razas humanas, capaces de libertad y de derechos.

Hemos concluido esta revista de los pueblos dependientes de Roma, ó enemigos de Roma. Hemos visto el estado, la situacion de todas las razas. Hemos contemplado cómo en el instante mismo en que la idea cristiana descendia del cielo para unir el espíritu y fortificar la conciencia de la humanidad, los pueblos se unian, los pueblos se acercaban unos á otros, empujados por las legiones romanas. Todas las ciudades que habian contribuido á esparcir alguna idea grande y progresiva en la conciencia humana se unian; Jeru-

salem, que habia dado la idea de Dios; Atenas, que habia esculpido la idea del hombre; Alejandria, que habia interpretado todas las teogonias del Oriente; Roma, que habia reunido y disciplinado todas las razas de la tierra. El mundo callaba como para oír una verdad que todos aguardaban, que nadie conocia, y que el Cristianismo llevaba en su seno. Los profetas paganos sentian que aquel mundo tan inmenso y tan uniforme habia menester un espíritu más alto de libertad y de justicia. Séneca buscaba sobre los dioses del paganismo, sobre los seres individuales y fraccionados de la naturaleza, sobre los cielos y las estrellas un Dios de justicia; Lucano, al pulsar las cuerdas de su robusta lira, no pedia inspiracion al genio pagano, que habia iluminado la frente de todos los poetas desde Homero hasta Horacio, sino á un genio inmortal oculto en la conciencia humana; Tácito levantaba sus ojos al cielo pagano, y lo veia como de bronce á las oraciones y á los clamores de los hombres, vacío de toda divinidad, lleno de sombras; Roma no veia en el Panteon, en aquel templo de todos los dioses, una religion, una teogonia, sino trofeos amontonados de sus victorias, señales de su soberanía sobre toda la tierra. Y Roma no conocia que su trabajo de unidad, de armonía, no era para sí, no; era para otra idea más alta, para la idea cristiana.

Hemos visto cómo Roma habia realizado la unidad de la especie humana, atando á su carro los grandes guerreros del mundo antiguo, los españoles, los feroces y altivos galos, los dacios y los ilirios, todos los grandes pueblos que se extendian por los Alpes y los Pirineos; hemos contemplado á la Ciudad Eterna recibiendo en su alma la inspiracion divina de Grecia, trasformando en su pensamiento la filosofia clásica, pulsando la lira de los antiguos poetas, recogiendo las hojas de laurel que caian de la corona de los dioses y las musas; la hemos visto interpretar los oráculos del Egipto, recoger las ideas de Alejandria, aspirar los aromas de Cyrene, ceñirse la frente de flores en el Asia Helénica; y á pesar de tanta gloria, de tanto poder, de esta soberanía inquebrantable y cuasi divina, la hemos contemplado triste, zozobrosa, velando siempre á las orillas del Rhin, del Danubio, del Eufrates, temiendo las nubes que allí se condensaban, cortando el paso á los germanos, á los getas, á los parthos; pero con el triste presentimiento de que su Imperio se deshacia, á pesar de su fortaleza, para abrir paso á una nueva humanidad, á otra gran civilizacion.—He dicho.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

# INDICE.

## CURSO PRIMERO

### Leccion octava.

#### EL PAGANISMO.

Causas que mueven al profesor á dejar para las últimas lecciones el paganismo.—Combate al sentido religioso de los enciclopedistas.—Naturaleza de las religiones.—Dificultad de juzgar una religion, y sobre todo el paganismo.—Vida que ha tenido el paganismo.—La filosofia griega y el paganismo.—Naturaleza de la raza indo-europea, madre del paganismo.—El paganismo estudiado á priori.—Necesidad de estudiarlo en la historia.—El hombre primitivo.—Enlace de su vida y de su religion.—Primera forma religiosa de Grecia.—Primitiva religion romana.—Influjo del Oriente en las primitivas religiones griegas y romanas.—Trasformacion del paganismo en forma y espiritu.—Las pléyades.—Dogmas que hay á la cabeza de esta religion.—Religion etrusco-romana.—Carácter oriental de todas las divinidades.—Apolo.—Su significacion histórico-religiosa.—Carácter sacerdotal de esta época.—Baco.—Significacion de este mytho.—Homero.—Su protesta contra la religion antigua.—Trasformacion de todos los dioses.—Gradaciones de la religion pagana.—El arte auxilia á la revolucion homérica.—Teologia de Hesiodo.—Influencia social del paganismo griego y del paganismo romano.—Primeros ataques de la razon al paganismo.—Guerra de la escuela eleática al paganismo.—Proposiciones de Sócrates contra el paganismo.—Las escuelas imperfectas socráticas.—Platon y Aristóteles.—Defensa que los sacerdotes hacian del

paganismo.—Resúmen de la anterior.—Reaccion religiosa.—Su impotencia.—Combate á los dioses de Hesiodo y Homero.—El arte combate al paganismo.—Escuela de Evhemero.—Los misterios.—Su naturaleza.—Misterios de Adónis y de Baco.—Los grandes misterios de Eleusis.—El paganismo estaba herido de muerte.—Diferencias de Grecia y Roma en la esfera de la religion.—La religion romana en sus relaciones con la política.—Desecomposicion del paganismo en Roma.—Lucrecio.—Ciceron.—Varron.—Séneca.—La escuela alejandrina.—Exámen de su sentido religioso.—Conclusion. 1

### Leccion novena.

#### EL CRISTIANISMO Y EL IMPERIO.

Exordio.—Necesidad social del Cristianismo.—Carácter de Israel.—Los esenios.—Los judios.—Venida de Jesucristo.—La Iglesia.—Aparicion del apostolado.—Primeros obstáculos en la conciencia.—Simon el Mago.—Apolonio de Tyda.—El espíritu divino solo puede redimir al hombre.—Los apóstoles.—Judios convertidos al Cristianismo.—Su mezquino sentido religioso.—Aparicion de San Pablo.—Su carácter.—Los judios no aceptan las ideas de San Pablo.—Concilio de Jerusalem.—Eficacia civilizadora del Cristianismo.—Primeras persecuciones contra el Cristianismo.—Neron.—Tendencia á la igualdad de clases.—Destruccion de Jerusalem.—San Juan.—Su Evangelio.—Conclusion.—Aplicacion de las ideas de este siglo con el nuestro. 79

## CURSO SEGUNDO.

### Leccion primera.

#### INTRODUCCION.

Exordio.—Trascendencia del asunto.—Fin práctico y moral de las lecciones.—Necesidad de elevar á la fe el espíritu de la juventud.—Necesidad del estudio de la historia.—Carácter de la raza latina.—Explicacion de sus tendencias á los estudios históricos.—Naturaleza de la historia tal como se concibe en los tiempos modernos.—Encarnacion del espíritu en los diversos grados de la vida histórica.—Decadencia del mundo antiguo.—Significacion de la familia.—La mujer.—Su destino en la familia y en la sociedad.—La mujer en tiempo de la República.—La mujer en tiempo del Imperio.—El Imperio.—Explicacion de la idea del Imperio.—El Imperio es la dictadura democrática.—Naturaleza del despotismo.—Edades del Imperio.—Edad desde César hasta Neron.—Caracteres de esta edad.—Carácter de la edad que se extiende desde Neron hasta Trajano.—Carácter de la edad que se extiende desde Marco Aurelio hasta Probo.—Necesidad que tenia el Imperio de la fuerza militar.—Commodo.—El gnosticismo en el Imperio.—Heliogábalo.—Alejandro Severo.—Maximino.—Carácter de Tácito y de Probo.—Carácter del Imperio desde Diocleciano hasta Teodosio.—Espíritu religioso de esta edad.—Persecuciones y martirios de los cristianos.—Muerte del paganismo.—Constantino.—Concilio de Nicea.—Los eremitas.—La creacion pagana personificada en Juliano.—Las heregias.—Triunfo definitivo del Cristianismo con Teodosio.—Los bárbaros.—Caída de los bárbaros sobre el Imperio.—Alarico.—Atila.—Angustias de Roma.—Vándalos y Alanos.—Jenseric.—Correrias de Jenseric.—Desesperacion del mundo.—La Ciudad de Dios de San Agustín.—Conclusion. 139

## Leccion segunda.

EL IMPERIO DESDE GALBA HASTA TRAJANO.

Carácter de esta época.—Tendencias á la República.—Causas de la caída de la República.—Tristísimo estado de Roma.—Carácter del pretoriano.—El aristócrata.—La postracion explicada por desamor al trabajo.—El esclavo.—Carácter particular del esclavo.—El pueblo romano.—Su decadencia.—Vida del pueblo.—Fiestas del pueblo.—El Campo de Marte.—Corrupcion del pueblo.—Carácter del pueblo de la República.—Carácter del pueblo del Imperio.—La aristocracia era la responsable del estado del blo.—Muerte de Neron.—Impresion que la muerte de Neron hizo en el pueblo.—Epicureismo romano.—Tristeza que hay en el fondo del epicureismo.—Un convite romano.—Perversion del ejército.—Historia de los acontecimientos en esta edad.—Partidos y clases á quienes habia satisfecho la muerte de Neron.—Partidos y clases á quienes habia dolido la muerte de Neron.—Ninfdio Sabino.—Corrupcion de los emperadores.—Galba.—Carácter de Galba.—Pasiones que habia contra si concitado Galba.—Entrada de Galba en Roma.—Favoritos de Galba.—Avaricia y largueza de Galba.—Adopcion de Pison.—Lucha entre la idea epicúrea y la idea estóica.—El epicureismo personificado en Othon.—Carácter de Othon.—Estado de los ánimos.—Cómo se aprovechaba Othon del estado de los ánimos para conquistar el Imperio.—Galba interroga á los dioses sobre la suerte reservada á su Imperio.—Othon en el foro.—Principio de la sublevacion.—Othon ante los pretorianos.—Galba sabedor de la sublevacion.—Indecision de su ánimo.—Salida del emperador de su palacio.—Atrevimiento de los pretorianos.—Muerte de Galba.—Muerte de Pison.—Othon.—Idea que representa.—Su carácter y hechos principales de su vida.—Insurreccion de las legiones del Norte.—Vitelio.—Heróica muerte de Othon.—Familia de Vitelio.—Carácter de Vitelio.—Vitelio desde su campamento hasta Roma.—Politica de Vitelio.—Reflexiones sobre la idea y la vida de los emperado-

dores.—Insurreccion de las legiones de Oriente.—Vitelio renuncia el poder.—Se arrepiente y acomete y destroza el Capitolio.—Lucha dentro de Roma.—Asquerosa muerte de Vitelio.—Dos ideas en el Imperio.—Idea positiva que representa Vespasiano.—Carácter místico de Vespasiano.—Oposicion entre el estoicismo y la familia de Vespasiano.—Reconstruccion del Capitolio.—Tito.—Continuacion de la idea de Vespasiano.—Carácter de Tito.—Generosidad de Tito.—Oposicion del estoicismo.—Muerte de Tito.—Domiciano.—Su carácter.—Su política.—Su crueldad.—Decadencia del senado.—Vida del pueblo.—Fiestas en el circo.—Violenta muerte de Domiciano.—Fases del Imperio que representa cada uno de los emperadores.—Triunfo del estoicismo.—Realidad de las ideas.—Nerva.—Oposicion de los pretorianos al estoicismo.—Su triunfo prueba la inmanencia de las ideas en la historia.—Conclusion.

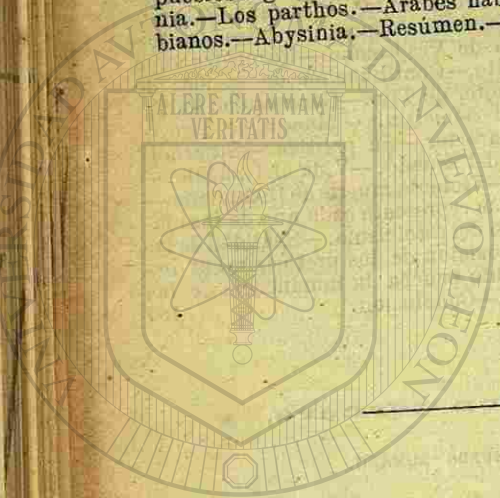
187

## Leccion tercera.

EL MUNDO ROMANO.

Naciones que se reunen al pié del Capitolio.—Razas.—Carácter de la raza indo-europea.—Carácter de la raza semítica.—Tendencias á la unidad.—Estado de los diferentes pueblos.—Iberos.—Finandeses.—Celtas.—Germanos.—Raza helénica.—Pueblo romano.—Semitas en la orilla del Mediterráneo.—Carácter de las dos luchas que Roma sostiene en los pueblos del Norte y en los pueblos del Mediterráneo.—Fusion de todos los pueblos en Roma.—España.—Las Galias.—Pueblos de los Alpes.—Grecia.—Sicilia.—Creta.—Asia Menor.—Colonias griegas del Asia Menor.—Imperio sirio.—Los sirios y los parthos.—Tracia y Capadocia.—Pueblo hebreo.—Egipto.—Tribus normandas del Norte del Atlas.—Tribus de las orillas del Mediterráneo.—Colonia griega de Cyrene.—Grandes ciudades del Norte de Africa.—El Mediterráneo.—La Italia.—Enemigos de Roma.—Los bre-

tones.—Los pueblos de las orillas del Rin.—Pueblos de las orillas del Danubio.—Los getas.—Pueblos piratas del Cáucaso.—Ideas que cumplen estos pueblos segun la diversidad de su carácter.—Armenia.—Los parthos.—Arabes nabateos.—Arabes nubianos.—Abysinia.—Resúmen.—Conclusion. 273



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

